EL MILAGRO DE SAN GENARO

SÁNDOR MÁRAI



salamandra
NARRATIVA

EL MILAGRO DE SAN GENARO

SÁNDOR MÁRAI

Traducción del húngaro de
Mária Szijj y
José Miguel González Trevejo

salamandra
NARRATIVA

A Pasqualino,
por llevarse cada mañana la basura, con sólo seis años

Al pescador manco,
por calmar el mar

A san Estratón,
por cuidar de la casa y de los enfermos

A las flores

A los animales

Al mar

A los pobres de Posillipo

A Italia

PRIMERA PARTE

1

Al inicio de la primavera corrieron rumores de que en una caseta de un jardín de Posillipo vivía un hombre que quería salvar al mundo. La primera persona en mencionarlo fue Anastasia, la hija del hortelano, que llevaba por las tardes la leche recién ordeñada. Mientras vertía la leche en el tazón de aluminio, comentó con voz monótona, indiferente:

—Son extranjeros. Llegaron antes de Navidad.

Empezó a cantar y bajó a toda prisa por las oscuras escaleras.

Cuando trae la leche ya tarde —aquí, en Posillipo, el hortelano nunca deja a sus vacas salir del establo al prado y, al final del invierno, los animales, cegatos y sin hierba fresca, no dan leche hasta bien entrada la noche—, Anastasia siempre canta por las escaleras, porque tiene miedo.

La noticia de que en una de las casetas de Posillipo se había instalado un hombre que pretendía salvar al mundo no causó la menor conmoción arriba, en la colina. En el empinado camino que subía desde la calle de San Estratón, por donde circula el trolebús hasta la colonia densamente poblada conocida con el nombre de Villa Ricciardi, los transeúntes no daban mayor importancia al asunto. En la región ya habían vivido, tiempo atrás, otros que pretendían salvar al mundo. Así pues, sólo mencionaban de pasada

la noticia de que había llegado del extranjero un hombre en olor de santidad. No lo consideraban nada del otro mundo. Por un lado, porque de un extranjero, sobre todo de un inglés, se podía esperar cualquier cosa. Además, era natural, nada extraño, que alguien pretendiera salvar al mundo. También lo había hecho nuestro señor Jesucristo.

—Amén —sentenció el vinatero, tocado con boina, cuando se lo contó el vendedor de callos.

Varios vecinos los escuchaban sentados sobre unos barriles. El vendedor de callos era comunista. Pero también estaba el albañil, que durante el invierno no tenía trabajo y por eso se dedicaba a vender estampas de santos y a pedir limosna para la construcción de un monasterio en un lugar lejano de ubicación geográfica incierta. El vendedor de callos había fijado sobre su triciclo una caja de madera en la que llevaba los callos frescos a las viviendas de Villa Ricciardi y a la cima de la colina. Era un hombre de pelo negro, enjuto, siempre furioso y, sobre todo, un gran actor. Colocaba con buen gusto, en la caja montada sobre el triciclo, entre ramos de laurel y limones, su mercancía, los callos —estómagos de carnero y de cabra partidos por la mitad—, y con un cuchillo pequeño cortaba con gran habilidad tajadas de las vísceras crudas que rociaba con limón y ofrecía así a sus clientes, que se comían allí mismo, sin pan, aquel sabroso bocado de consistencia esponjosa y difícil de masticar. Era comunista. No creía en ningún tipo de salvación, salvo la que prometían desde Moscú. El albañil no era comunista por el momento, porque vendía estampas de santos y sus magros ingresos le impedían participar en la vida del partido.

El vendedor de callos declaró:

—Todos los ingleses son capitalistas. No pueden salvar al mundo. Sólo los comunistas pueden ayudar. Vosotros —le preguntó al albañil —, ¿cuántos dormís en la habitación?

—Ocho —repuso él con tranquilidad.

—¿Sabes cuántas habitaciones hay en el Vaticano? —preguntó el vendedor de callos.

Pero entonces intervino el vinatero. Era un hombre gordo. También llevaba boina, además de una chaqueta de colores chillones. En su juventud se había hecho una foto —la fotografía, en color, mostraba un paisaje bajo la luz de la luna con el Vesubio al fondo, escupiendo fuego rojo hacia el cielo, y él, el vinatero, estaba en primer plano, vestido de negro, con una bufanda blanca y la mano en el borde de la gorra, haciendo un saludo militar—. El vino lo compraba en Gragnano y lo guardaba en un barril hecho con tablas de castaño.

—¿Sabes cuántas habitaciones hay en el Kremlin? —preguntó.

—Muchas —dijo orgulloso el vendedor de callos.

—¿Sabes cuántos duermen en una habitación moscovita? —preguntó entonces el pescadero manco.

Al vendedor de callos se le nubló el rostro. Y, como se sintió arrinconado, se puso rápidamente ante los barriles y empezó a actuar. Los dos muchachos que subían el carbón en una tartana tirada por un burro desde Bagnoli hasta Posillipo, el albañil y uno que vendía cacahuetes junto a una cercana parada de trolebús, a la sombra de un plátano, frente a Capri, se inclinaron hacia delante con la mirada atenta y experta, pues sabían que empezaba la función. Escuchaban sujetando un vaso en el que brillaba el vino tinto. El

vendedor de callos cerró los ojos en busca de inspiración e interpretó su papel con ademanes lentos.

—He visto a Peppino, el domador —empezó solemne—. Lo recordáis, ¿no?

Los mayores lo recordaban. El vendedor de callos sintió que era el instante adecuado, como el actor callejero que recita poemas de Tasso junto a la Porta Capuana y detecta justo el momento psicológico en que, con el poder de la palabra y del arte, puede arrancar a la humanidad circundante de su indiferencia cotidiana. Son instantes de voluptuosidad para el actor callejero. La tensión y la atracción fluyen hacia él. Continuó en voz baja:

—Una vez, en Calabria, durante la función, uno de los leones se rebeló...

La historia no era nueva. El pescadero y el vinatero ya la habían oído. Aun así, escuchaban atentos, pues los gestos y la mímica, es decir, la calidad de la interpretación, les importaban más que la historia misma. Lo seguían con los ojos negros y brillantes llenos de interés. Sólo el vendedor de cacahuetes lo observaba con expresión arrogante porque, desde su puesto de venta bajo el plátano, contemplaba todo el día Capri y el mar, y los automóviles americanos que pasaban bufando por la carretera principal; aquello explicaba sus aires de superioridad. Pero cuando el vendedor de callos llegó a la escena, bien conocida, pero siempre irresistible, de su narración, en la que Peppino, el domador, se arrodillaba ante el león rebelde, se santiguaba y, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, suplicaba a la bestia que no lo devorara, todos empezaron a aplaudir con alivio. Y es que el vendedor de callos interpretó magníficamente la escena: se arrodilló entre los barriles, se santiguó con la mano

temblorosa y, gimiendo y con los ojos llenos de horror, imploró a la bestia invisible, pero plenamente presente al Arte, y luego se levantó satisfecho, porque el éxito lo complacía y sentía que había salvado su prestigio.

El gordo vinatero se secaba las lágrimas de la risa.

—Ya ves —observó luego—. Sí que hay salvación.

—Es simplemente una historia —replicó el vendedor de callos con soberbia, y se sacudió el polvo de las rodillas de sus harapientos pantalones—. No hay más solución que la justicia social.

—Eso lo has leído en el periódico —observó con calma el pescadero manco.

—Estás loco —sentenció el vinatero.

—Mi padre era marino. He estado hasta en Génova —añadió ofendido el vendedor de callos. Empezó a silbar, presuntuoso, y salió a la calle. Con el pañuelo ahuyentó las moscas de los callos y limones. Aquel año, ya a principios de primavera había una insoportable cantidad de moscas en Posillipo.

2

El viejo barón, que paseaba todas las tardes bajo los plátanos y los eucaliptos de la avenida de Posillipo, observó:

—Yo también he visto a ese hombre. Por las mañanas sube en solitario al mirador. Pero por las tardes baja con su esposa a Marechiaro. Comen pizza y beben vino en la terraza de Finestrella. Creo que no tiene mucho dinero. No es verdad que todos los ingleses y americanos tienen dinero. Éste lleva gafas y sandalias. No creo que pueda salvar al mundo. Es simplemente un extranjero que ha venido a vivir aquí con su mujer. Alquilará un piso amueblado, se quedará una temporada y luego se irá. Ya ha habido varios ingleses que hicieron lo mismo. Todos acabaron marchándose. —Levantó la mano con anillo de sello y manchas de vejez—. Lo sé porque he conocido a mucha gente respetable y, lamentablemente, entre los extranjeros hay pocos.

—*Cavaliere* —advirtió el almirante—, vamos a andarnos con cuidado. El mundo es cada vez más materialista. Yo conocí personalmente al doctor Moscati y puedo probar que hay gente que llega a la santidad aún en vida.

—Por ejemplo, el Padre Pío, en Foggia —intervino el viejo que, por las tardes, dirigía el juego de la bola junto a la rotonda, rodeada de eucaliptos, al borde de la cuesta que baja a la bahía de Marechiaro.

No hay forma de saber a qué se dedica ese hombre, porque viste con elegancia. Hasta en verano lleva traje azul marino y zapatos con suela de cuero. Y se pasa todo el día sentado en un banco al borde de la rotonda. Pero por las noches es él quien dirige el popular juego de azar en la calle. Cada uno de los jugadores paga cincuenta liras; luego, con sumo cuidado, hacen rodar una bola de madera del tamaño de la cabeza de un niño junto al borde de la acera. Y el que logra tirar la bola según las reglas del juego, gana quinientas liras.

»El Padre Pío está aquí, en San Giovanni —continuó el viejo—, aunque a veces hay que esperar hasta cuatro días para verlo. Usa mitones negros porque lleva las llagas de Cristo en las manos.

—Y también en los pies —añadió en voz grave otro anciano que llevaba boina y que andaba con muletas porque en invierno le habían cortado cinco dedos gangrenosos de un pie.

—Eso no es seguro —objetó el almirante.

—Es más que seguro —insistió el anciano que dirigía el juego de la bola—. Mi tío también fue a ver al Padre Pío. Cuando confiesa a la gente, huele a flores. Y la fonda es barata.

El barón levantó el índice donde llevaba el anillo de sello:

—Cuidado —advirtió—. Del Padre Pío se habla mucho, pero la Iglesia aún no se ha pronunciado. Hay hombres que parecen en olor de santidad, pero al cabo de un tiempo se descubre que ese olor se ha disipado. El caso del doctor Moscati es distinto. Con respecto a él, la Iglesia ya se ha pronunciado...

El almirante intervino con voz chillona:

—Pero lo ha hecho con precaución. Yo conocía muy bien al doctor Moscati. Vino a mi casa cuando mi hija estuvo enferma. Le prescribió un jarabe y se le quitó la tos. Eso no prueba nada.

—No —replicó el barón con voz ronca, pero pronunciando las palabras atropelladamente—. Y tampoco prueba nada el que haya curado las erupciones de la marquesa que vive en la plaza de San Luis. Le dio levadura y rezaron juntos. Ayer pasé por su casa y se encontraba bien. Nada de eso prueba nada. En Novara hay un veterinario que también sabe curar a la gente con levadura. Pero el arzobispo ya ha permitido que en la iglesia de Gesù Nuovo coloquen una lápida sobre la tumba del doctor Moscati y graben en ella la buena nueva.

—¿Qué buena nueva? —preguntó desconfiado el viejo de los dedos amputados.

—La de la santidad —repuso el barón. Pronunció la palabra «santidad» lenta y precisamente, sílaba a sílaba—. Aún no es un santo, ni siquiera un beato —continuó emocionado—, pero ya lo rodea la nueva de la santidad. FAMA SANCTITATIS... dice la lápida de mármol sobre su tumba en la iglesia. Eso ya es algo. No todo, lo reconozco: la gloria que en este momento rodea la cabeza del doctor es minúscula. Una gloria así aún puede perder fuerza. No es seguro que llegue a convertirse en una gloria plena. Pero, de todas formas, alrededor de la cabeza del doctor está la fama de la santidad y una especie de pequeña gloria. A veces venía a mi casa. Venía por las tardes y bebía zumo de naranja. Hablaba poco. Eso me resultaba simpático. No me gustan los santos dicharacheros.

—¿Tenía paraguas? —preguntó el almirante con curiosidad y voz de anciano.

El barón entrecerró los párpados. Con los ojos vidriosos miró el cielo anaranjado sobre la colina de Posillipo. Luego murmuró desorientado:

—¿Paraguas? Pues no sé —reconoció confuso—. Igual tenía paraguas. Era todo un caballero.

—Nunca he visto a ningún santo con paraguas —observó el almirante.

Se quedaron callados, todavía sentados en el banco de barras de hierro. Sólo estaba de pie el barón, que necesitaba moverse. Todos eran ancianos. No estaban harapientos, pero eran pobres. Hasta el almirante era pobre porque, con su pensión de almirante mermada por la inflación, pagaba los estudios de Derecho de su hijo en la Universidad de Nápoles. Y el hijo andaba en motocicleta, lo que también costaba lo suyo. Pero era lo que estaba de moda, como antes montar a caballo: la motocicleta, un vehículo jadeante, bajo, de ruedas pequeñas. El almirante comprendía que su hijo, estudiante de Derecho, no podía ir andando, pero todos eran pobres. El barón tenía una casa en Sicilia, pero casi se venía abajo en tiempo de lluvias. El hombre que llevaba zapatos con suela de cuero incluso en verano, y que dirigía el juego de la bola, a veces ganaba en el juego, porque tenía una larga experiencia. Pero quinientas liras en billetes no eran mucho dinero, aunque bastaran para vivir un día si uno tenía donde dormir y sabía dónde abastecerse. Todos eran pobres y ninguno había visto un santo con paraguas. Guardaron silencio y reflexionaron.

Unos jóvenes pasaron por la amplia avenida de Posillipo en bajas y malolientes motocicletas de moda. Los siguieron con la mirada. Una bandada de aves volaba formando una uve hacia la cumbre de Posillipo. El sol se ponía detrás de Baiae, dejando una gruesa y grasienta mancha dorada en el horizonte azul marino. En Bagnoli aullaban las sirenas de la fábrica Ilva. Esas sirenas llevaban allí

desde la guerra, cuando anunciaban bombas y peligros mortales. Nápoles estaba llena de cráteres, sobre todo alrededor del puerto. Allí las bombas habían causado destrucción al azar, porque los americanos no apuntaban. Más tarde, los americanos repartieron cigarrillos y chocolate entre las jóvenes y los chiquillos de Nápoles. Los negros eran especialmente dadivosos. En eso debían de estar pensando, porque el barón —por una asociación de ideas propia de la vejez— comentó:

—Los americanos no tienen santos.

Asintieron. Entonces el barón adoptó una postura de esgrimista, como siempre que iniciaba combates intelectuales consigo mismo o con el mundo. Con gesto suave, se echó el sombrero hacia la coronilla. Se puso una mano en la cadera y juntó los dedos de la otra. Habló moviéndola de arriba abajo, como si tirara una pelota:

—Los americanos no tienen otra salida que tomar las riendas del mundo. Y eso es muy peligroso, porque no tienen santos.

—Sí tienen —objetó el almirante—. Una mujer. Se lo contaron a mi hijo en la Farmacia Internacional. Allí también van americanos.

—¿Qué santa? —preguntó el barón, desconfiado—. ¿Ha nacido allí...?

—No —respondió el almirante en voz fina y llorosa, casi de anciana—. Es una inmigrante. Una *displaced person*— le susurró al barón en tono confidencial.

—*Eh!* —exclamó el barón. Y levantó la mano juntando los dedos.

Aquel «*eh!*» se entendía sin problema. La palabra, que para ellos ya era una nota musical, significaba muchas cosas, como las palabras chinas de una sola sílaba. Significaba: «Hay que ver.» También: «Al final, da lo mismo.» Otras veces: «Bueno, ya

veremos.» En los alrededores de Nápoles, en toda la Campania, cualquier discusión terminaba con aquel «*eh!*».

Sobre la colina de Posillipo —allí donde se construía el campo de fútbol y donde, desde la barandilla, se veía la isla de Nisida y la roca a la que Ulises amarró su barco cuando él y sus compañeros fueron a dormir a la cueva de Polifemo— se puso el sol. Sobre Baiae y cabo Miseno la luz trazó una franja dorada sobre las casas y la cumbre, parecida a las aureolas de los santos en las pinturas baratas de las iglesias de Nápoles. Entrecerraron los ojos y miraron el sol poniente. Las aves callaron entre las hojas de los eucaliptos. En el aire flotaba un olor a resina. Sobre el mar se perseguían las aves acuáticas y el barco de Ischia pasó balanceándose lentamente ante la bahía de Marechiaro. Como se trataba de algo que sucedía todas las tardes, permanecieron en silencio.

Al otro lado de la calzada apareció el matrimonio extranjero. En efecto, el hombre llevaba sandalias y gafas negras. La mujer era pelirroja y vestía pantalones. Ambos caminaban apoyándose en sendos bastones. Ya no eran jóvenes, pero tampoco viejos. Caminaban sin rumbo fijo. No estaban paseando, pero se notaba en su andar que no iban hacia ningún lugar concreto. En la zona, en Posillipo y en Amalfi, los extranjeros siempre caminaban así, algo vacilantes. Como quien no sabe adónde ir, pero tampoco se decide a marcharse. Sentados en el banco, los ancianos los observaron. Cuando desaparecieron en el recodo de la bajada, el barón observó:

—No creo que tengan dinero.

—Pagan el alquiler regularmente. Se lo he oído decir a mi hermano —aseguró el almirante.

El hombre que dirigía el juego de bolas, algo ingenuo, observó:

—No es seguro que alguien que paga el alquiler sea capaz de salvar al mundo.

—*Eh!* —exclamó el viejo al que le habían amputado los dedos.

3

El primero en llamar, a las seis de la mañana, es Pasqualino. Viene a por la basura. Tiene seis años y el cubo de basura es mayor que él, que tiene que cargarlo. Es tísico, raquítico y muy majo, con ojos negros y brillantes. Arrastrar el cubo por las escaleras le cuesta tanto como a la pequeña geisha de las obras de teatro japonesas acarrear la enorme caja de sombreros. Pasqualino, como aquí el pueblo en general, es orgulloso. Llevarse la basura no es más que un pretexto para llamar con orgullo a las seis de la mañana. Le dan tres caramelos de leche y un puñado de colillas. Se aleja en silencio, vuelve al cabo de unos minutos y ofrece una camelia, un lampazo o un ramo de mimosas. No acepta nada gratis, ya que sus antepasados fueron procónsules o esclavos. Lo que, con la perspectiva de dos mil años, da lo mismo: eran latinos. Hacia las ocho llega el vendedor de huevos. Sin duda debe tener algún antepasado español. Entra por la puerta de abajo, la de la huerta, y trae sobre la cabeza un cesto lleno de huevos. Es un hombre mayor, sordo, y camina como Blondel, el bailarín de la cuerda floja. Posa con precaución un pie delante del otro, haciendo equilibrio. Con trescientos huevos en un cesto sobre la cabeza, no tiene que ser fácil subir en línea recta por la estrecha vereda del huerto.

—¡Huevos, huevos! —grita ya en la parte baja del huerto. Lo hace en voz ronca, como todos en los alrededores, porque la cálida y pringosa humedad del mar empaña las palabras en la garganta. Camina orgulloso, con el cuerpo tieso, de otro modo se le caería la cesta. Ha cumplido los sesenta, tiene rasgos turcos y mongoles, como mucha gente de origen campesino en la costa occidental del mar Mediterráneo, como los campesinos que vendimian uva en los cuadros de Velázquez. No hay forma de saber cuándo acabaron aquí los mongoles, entre sarracenos, griegos y latinos. Tal vez fue una tribu turcomongola extraviada en tiempos de la gran migración de los pueblos o quizá más tarde, cuando los Anjou combatían al frente de las tropas húngaras alrededor de Nápoles. Pero su raza ha dejado una huella marcada y tenaz. Él también tiene raíces mongolas: pómulos prominentes, ojos inteligentes y brillantes, apenas rasgados, orientales. Tal vez sólo sea mongol por parte de madre. Su carácter y conducta son más bien españoles. Cuando se abre la puerta y se detiene en el umbral, la forma en que se baja de la cabeza el cesto de huevos, agarrándolo con ambas manos, e hinca suavemente las rodillas para saludar con un gesto lento, llevándose la mano derecha a la frente, ese gesto ya es español. Así saludaban al virrey los grandes de España y los hidalgos con sombrero de plumas.

—*Eccellenza* —murmura. Y empieza a escoger los huevos. No espera respuesta. No vale la pena protestar contra el tratamiento, porque en Posillipo todos son excelencias. En Nápoles hay muchas excelencias, pero no tiene la menor importancia. Lo son todos los extranjeros, los propietarios de vivienda y, en general, los funcionarios de Estado y los curas. Con el paso de los años, en el

uso cotidiano el título ha perdido todo matiz de reverencia y ofensa. La complicidad que durante siglos de convivencia se ha formado entre las excelencias y las no excelencias, la profunda y visceral conciencia de que todo el mundo conoce los secretos corporales, familiares, materiales y psíquicos del otro, ha llevado a simplificar en gran medida el valor de los títulos y tratamientos. En Nápoles vivían reyes y había corte. En Roma vivían papas y había monasterios. Más arriba, en el norte de Italia, en Toscana y Piamonte, vivían conspiradores y aventureros, y un napolitano de pura cepa recela de la gente del norte. Pero en Nápoles también vivieron españoles que dejaron tras de sí edificios de mal gusto, cuentas sin pagar, promesas amorosas, comerciales y políticas sin cumplir, el recuerdo de una caballerosidad fría y rígida y de la opresión al pueblo. También dejaron nombres de calles y monumentos funerarios de mármol en los atrios de las iglesias. Y dejaron ciertos gestos de manos y de cabeza. Dejaron el «don», aunque en realidad era algo vergonzante. En el sur, todo lo negro, grosero y mortífero es un recordatorio de la densa sangre española, de la infamia. En las tabernas, alrededor de Torretta, y en las callejuelas de la parte oriental de la ciudad, donde venden aceite y vino, apuntan el nombre de los deudores en una pizarra con tiza blanca: *Don Giuseppe, 100 liras.* Debe algo, luego es español. Pero, al mismo tiempo, ser español también tiene algo de señorial; señorial, pero sospechoso, relacionado con la sangre, la ascendencia, el mal francés o la matanza de moros y de toros. Cuando el vendedor de huevos se marcha, en la parte baja del huerto empieza a cantar el cartero. Ya no tiene corneta de posta y él mismo es quien más lo lamenta. A falta de corneta, canta; al igual que el huevero o el

pescadero, el que trae frutas y verduras, el que recorre las calles con una taza llena de ascuas para sahumar a los transeúntes contra el mal de ojo.

—El correo, el correo... —grita el cartero en la parte baja del huerto.

Es joven, lleva gorra de plato y una capa de brujo que flota tras él. Bizquea y canta muy bien. Lleva el bolso de las cartas al hombro. Sube con pasos ligeros por la vereda del huerto, casi bailando y saltando, consciente de la relatividad de su papel social. Para los de la casa y los vecinos de los alrededores el correo no tiene demasiada importancia. Por un lado, pocos saben leer y escribir, así que no les agrada recibir cartas. Por otro, tampoco los que saben leer y escribir las esperan. Gracias a la experiencia de muchos años, saben que el correo pocas veces trae buenas noticias. La mayoría de las veces se trata de un cobro de impuestos o alguna circular oficial; en pocas palabras, algo de lo que más vale no enterarse. Aunque a veces escriben los parientes de Génova. O el joven en el ejército en Florencia, que pide un paquete. Eso sí tiene importancia, pero ese tipo de cartas son escasas. En realidad, el correo sólo les importa a los extranjeros. Hay extranjeros que todavía tienen, en algún lugar, una patria a la que regresarán un día, cuando abandonen Italia. Hay también otro tipo de extranjeros —en las costas occidentales del mar Mediterráneo siempre ha habido muchos así— que no tienen patria en absoluto. Para ellos el correo es vital. En realidad, sus días sólo cobran sentido entre una visita y otra del correo, mientras esperan cartas. El cartero está al tanto y por eso, a falta de corneta, nada más entrar en el huerto empieza a cantar con voz melódica y ronca anunciando la llegada del correo. Es bizco y muy comunicativo. Sólo

mientras esperan el correo de la mañana, revive en aquellos extranjeros sin patria la antigua tensión de la vida: la esperanza. Ni ellos mismos saben qué esperan, pero no pierden la esperanza. Saben que ya no tienen patria —una patria solamente se puede perder incondicional y definitivamente, y aunque los giros de la historia permitan a veces un regreso espontáneo y precipitado, no devuelven la patria— y, no obstante, esperan el correo. Saben que la patria no es sólo un fenómeno geográfico que se puede trazar en el mapa, sino un círculo de experiencias positivas similar al amor. El que ha salido de ese círculo, en vano regresa a la persona o al lugar que una vez amó: no encuentra a la patria o a la amada, sino un país y una mujer que entretanto ha engordado o se ha casado con otro. Los extranjeros lo saben. Y, sin embargo, esperan al cartero. Y el cartero también lo sabe. Sube las escaleras despacio. Por todo Nápoles los peldaños son de mármol, sucios, altos e incómodos. Los escalones así sólo se pueden subir y bajar despacio y con cuidado, con una solemne cautela. En Roma, donde han vivido papas ancianos y curas obesos, las escaleras de los palacios tienen peldaños anchos, bajos y cómodos, porque en algunas casas antiguas siempre esperan la visita del papa, aunque a veces pasen siglos sin que aparezca por ahí; pero cuando aparece sube despacio las escaleras, arrastrando los pies. Cuando el cartero llega arriba, llama, y entonces el extranjero retiene el aliento. No corre a abrir la puerta, porque con ello revelaría que apenas puede dominarse. Pero aprieta el paso porque, sin el correo, su vida carece de todo sentido. El cartero sonríe en la puerta. Los bizcos siempre sonríen como si disimularan una mala noticia.

—Me voy a casar —dice.

Es una buena noticia. Le dan dos cigarrillos y veinte liras en billetes. Se lo dan todos los días, aunque no les entregue más que el folleto de unos grandes almacenes. Pero si les lleva correo de verdad —cartas con sellos extranjeros—, entonces le dan más. Para el cartero, esta costumbre —la propina a cambio de las cartas— no encierra ningún propósito secreto. Aceptar ese detalle es un simple gesto de cortesía y de ternura por su parte. El extranjero que espera el correo, en cambio, tiene una intención más oscura. Para él es una especie de soborno. Aunque no es al cartero al que intenta sobornar, sino al destino, para seguir recibiendo correo. Ciertamente, también desean animar al cartero a que les lleve cartas tantas veces como pueda. Es un contrato minúsculo y secreto, una artimaña inocente, aunque también práctica. De este modo se puede tener la esperanza de que el cartero preste más atención al correo del extranjero y por culpa del calor no entregue las cartas en direcciones equivocadas —no por mala fe, sólo por desinterés, por apatía señorial, porque al fin y al cabo todo da igual y en verano hace mucho calor—. Así, llevará al destinatario lo que es suyo. Está en la puerta con sus ojos bizcos, una sonrisa educada y las cartas en la mano. Se alegra de poder entregar el correo. No por la propina. Se alegra porque es italiano y tiene buen corazón.

—Me caso este mismo verano —repite. Lo hace por decir algo amable, reconfortante, cuando las cartas son pocas o cuando, cree, no son satisfactorias. Piensa que, como cartero, puede hacer mucho por el correo de cada día. Puede entregar cartas buenas. Puede entregar cartas indiferentes o repugnantes. También puede perder alguna al repartirlas; con ese calor sofocante, sería lo más natural del mundo. Puede mezclar las cartas de los extranjeros, porque los

nombres de ciudades y apellidos extranjeros no se distinguen con facilidad. Todos los extranjeros tienen nombres parecidos y todos han nacido en lugares como Southampton o Azerbaiyán, con nombres incomprensibles e impronunciables. Por eso, el cartero coloca generosamente su gran bolso ante el extranjero que espera una carta y le dice con cortesía:

—Mire si hay algo para usted...

4

Los cazadores se apostan con sus perros en la parte alta de la colina de Posillipo, cerca del mirador. Desde allí se divisa la isla de Nisida, donde vivió Bruto. Ya no queda rastro de la casa donde, al día siguiente del asesinato de Julio César, Bruto recibió a Cicerón —quien llegó en un velero pardo desde la vecina isla de Pozzuoli para hablar con él sobre el asesinato y su significado para la salvación de la república—. De los cazadores, dos fueron varios años a la escuela y uno incluso ha visitado el museo de Nápoles. Son hombres mayores y saben algo sobre Bruto, y también que Lúculo, aquel sibarita, se instaló en Posillipo y tuvo allí una casa.

—Y Virgilio vino a morir a Posillipo —solía agregar, muy serio, el cartero, que pasaba todas las mañanas por la colina porque le interesaba la caza.

Los cazadores y los perros observan atentamente la pendiente. La colina de Posillipo desciende en suaves ondulaciones hacia el fondo. Junto a las ruinas de la casa de Vedius Pollio, en la espesa maraña de las viñas, de tanto en tanto alza el vuelo un pájaro. Entonces los cazadores disparan hacia la hondura, en dirección al mar. Pero hace ya mucho que ninguno vuelve a casa con una presa. Son cinco. Está el vinatero, que ha completado su equipo de caza con unas botas de agua previendo la posibilidad de que algún día abata un pato salvaje

y tenga que bajar corriendo con el perro por las laderas hasta la orilla del mar y rescatar de las olas la presa, un pato que nada con las alas ensangrentadas. Pero nunca ha cazado un pato. Está también el veterinario, que caza patos inexistentes con una pistola de cañón estriado; o, mejor dicho, que a veces apunta y dispara hacia las casas de Vedius Pollio y Lúculo con una pistola heredada de su padre, un médico que en otros tiempos hacía de padrino en los duelos. Pero él tampoco ha cazado nunca nada. Hay un señor mayor que tiene una casa en Marechiaro y una caja de seguridad en el Banco di Napoli, donde guarda sus acciones. En Posillipo lo sabe todo el mundo, pues él mismo habla con orgullo y satisfacción de su caja de seguridad. Es rollizo y, muy temprano, se viste con un traje de caza de corte elegante, aunque ya algo ajado: calzones hasta la rodilla, un cinturón de cartuchos ceñido sobre la barriga y un sombrero de cazador adornado con pelos de rebeco. Tiene una escopeta de dos cañones y un perro braco que, con el certero instinto de los animales, no participa en la cacería y se limita a ladrar cuando su amo dispara. También va con ellos un oficial retirado del ejército que no alcanza a sostenerse con su pensión, así que vende material de oficina por el centro. Pero con eso tampoco le llega. Sale de caza con una escopeta de un solo cañón y no tiene perro porque no puede pagar el impuesto canino. Otro regresó de Somalia el verano anterior. En Somalia había trabajado como técnico dental, pero ahora no hace otra cosa que cazar y pescar. En Posillipo, la caza es una actividad noble, de larga tradición, pero poco rentable en cuanto a presas. Los cazadores tienen hasta un círculo social arriba, en la cima: el Circolo dei Cacciatori. Es un local comercial vacío que los cazadores de Posillipo alquilan a un módico precio para

reunirse por las tardes en torno a mesas plegables con patas de tijera, beber vino tinto y discutir sobre la caza y la situación mundial. Los miembros del círculo se acuestan temprano, ya que un cazador de pura cepa se levanta de madrugada. A finales de marzo, hacia las ocho, sobre el mar flotan brumas azules y doradas, y en las laderas de la colina, entre viñas, naranjos, limoneros, arbustos de pino del Himalaya y granados, se extiende una niebla cálida y pegajosa con olor a resina. A esa hora los cazadores ya están al acecho en lo alto de la loma. Han elegido el sitio con gran acierto, porque desde allí la vista se abre libremente hacia el mar y hacia todos los puntos cardinales, y si un día pasara un pato procedente de la bahía de Salerno, una alondra desde Capri, una avutarda desde el cráter del volcán extinguido del Epomeo o una paloma silvestre desde las laderas de Gaeta, el vinatero, cazador de pulso firme, abatiría el ave de un solo tiro. Pero hace ya mucho que no pasan aves por allí. Sólo se oye el canto de los pájaros en la fragante espesura de las mimosas de los jardines. Un día Shelley vio allí una alondra y la inmortalizó en un poema.

—Es incomprensible —comenta malhumorado el técnico dental—. En Somalia hay más aves.

—Es el destino del cazador —repone lacónicamente el vinatero, el único de ellos que ha abatido una presa: un búho, tres años atrás. Hay que decir que nadie estaba presente cuando lo hizo, pero no es de buen gusto dudar de su palabra. Clavó el búho con las alas extendidas en el dintel de la entrada de la bodega. Lleva allí tres años, colgando como un ídolo. En su día, el ave dio mucho de qué hablar en los alrededores, tanto a los cazadores como a la gente de Agnano y Bagnoli. El vendedor de callos, enfermo del estómago,

desconfiado y malintencionado, aseguraba que el vinatero lo había comprado vivo en Gragnano, donde él compra el vino, y que luego lo había matado con una navaja y había dejado que se desangrara. El vinatero, reservado y sobrio, no habla mucho de su aventura cinegética.

—Lo maté de noche —asegura en ocasiones, sin entrar en detalles —. Me despertó ululando. Cogí el arma, llamé al perro de un silbido... —Hace un ademán con la mano y no dice más.

Los cazadores pasan todas las mañanas junto al mirador, en lo alto de la colina. El sol, que se levanta tras el Vesubio, ya está, a las ocho, bien alto sobre el volcán. En marzo, los jardines exhalan un aroma intenso. Ya se han cosechado las naranjas, pero aún quedan limones en los huertos. La fragancia resinosa de los castaños y cipreses flota por el aire salado. Los hortelanos queman ramas de pino en lo hondo, entre la espesura de las viñas. A esa hora llegan los grandes barcos a la bahía de Nápoles, y con sus ceremoniosos bocinazos anuncian que han cruzado felizmente el océano trayendo carbón y petróleo. Los barcos americanos llegan desde Gibraltar y, desde la bahía de Salerno, los australianos, los egipcios y a veces algún barco israelí con la bandera del nuevo Estado. Los buques cruzan con sigilo la bahía de Nápoles siguiendo las rutas invisibles de las corrientes, bien conocidas por los marineros y marcadas en las cartas náuticas con líneas rojas y onduladas. Las aguas, surcadas desde hace siglos, están llenas de esos caminos invisibles, pero bien conocidos, y los pescadores, los barqueros de Mergellina, los vagabundos acuáticos de la bahía de Pozzuoli conocen tan bien sus rutas como los niños las veredas de los huertos. Los habitantes del litoral, que desde hace miles de años recorren los caminos acuáticos

de la bahía azul, van de pie en las barcas, con los pantalones arremangados hasta las rodillas, las piernas separadas y los pies ligeramente vueltos hacia dentro, porque esa postura compensa el balanceo inestable de la embarcación. Así llegó un día el barco de Ulises a la costa, al pie del peñón donde los cazadores acechan cada mañana. Empuñan sus escopetas con ambas manos, virilmente. Todos han nacido allí, en la costa. Miran como quien conoce todo lo que puede aguardarle a uno en el agua y en tierra firme. Miran hacia las profundidades, hacia los barcos que llegan, hacia los barqueros que remolonean alrededor del muelle de Nisida, a las rocas de Capri y de Ischia, como los que conocen íntimamente el mar y la tierra. Pero también miran atentos, como quien espera sorpresas. Es una mirada extremadamente antigua. Así miran todos en la costa occidental del mar Mediterráneo. Miran como quien espera un milagro. Miran con seriedad, con conocimiento de causa.

5

El periodista señaló:

—Los extranjeros no lo entienden. Piensan que los napolitanos somos creyentes. Y no es verdad. Eso sí, nuestro pueblo es supersticioso. Pero no creyente. Yo creo que en Calabria hay más pobres que en Nápoles, y que la pobreza allí es más sombría, más desesperanzada. ¿Verdad, Michele?

El vendedor de gemas y camafeos, que tenía un taller en Torre del Greco y una tienda en Nápoles —en el Foro, en un rincón de la Galleria Umberto—, asintió muy serio.

—En Calabria ya no creen en nada. Ni siquiera en los milagros.

—Ni en el gobierno, naturalmente —opinó el periodista—. ¿Por qué iban a creer en el gobierno? En los últimos tres mil años ha habido aquí muchísimos gobiernos. Y todos eran iguales. Al final, nada ha cambiado. El pueblo lo sabe. Por eso no cree en nada. Sólo en los milagros. O no, Michele, tienes razón: no cree en los milagros, pero cuenta con ellos como una posibilidad más.

—Para ser precisos —intervino el experto en hípica, que conocía las posibilidades de todos los caballos en el hipódromo de Agnano—, apuestan por los milagros, como hacen con los caballos y las quinielas.

Reflexionaron un momento.

—Es cierto —confirmó de pronto el periodista, como quien acaba de entender algo—. Tal vez porque en Nápoles hay un milagro oficial dos veces al año. En primavera y otoño.

—Exacto —volvió a decir el columnista de hípica—. Como en las carreras de caballos.

Todos se inclinaron hacia delante y atendieron con los ojos resplandecientes y, en la mano, las minúsculas tazas en las que humeaba un café muy fuerte y azucarado. Les pareció que el columnista de hípica había dicho algo importante. Estaban sentados en el Foro, en butacas bajas de mimbre, alrededor de sucias mesas de mármol, bajo el techo de cristal de la Galleria Umberto. A través del techo, el sol primaveral les lanzaba flechas doradas. Era el tipo de sol repentino, estridente y violento que a veces resplandece en el cielo napolitano como la chispa de una explosión atómica celestial. Con el calor de principios de primavera, el aire azul fermentaba como la leche. A esa hora, el Foro —las cuatro naves de la Galleria Umberto— se llenaba de gente. Era la misma gente de siempre, los que desde hacía miles de años mataban el tiempo en aquel lugar, al mediodía y al atardecer: estraperlistas, muchachas que esperaban a los marineros americanos, escribientes clandestinos, testigos profesionales y ocasionales, guías turísticos, limpiabotas, contrabandistas de morfina, cambistas, policías de paisano que observaban tranquilamente a la multitud ociosa y a los que iban a comprar morfina o a buscar testigos porque por la mañana tenían algún asunto en la comisaría o el ayuntamiento. En medio de la algarabía y el tumulto reinaban ciertas reglas ancestrales. Cada uno estaba en su sitio. El dólar bajaba o subía unos puntos y, a una

mesa del café, un abogado de barba puntiaguda discurría en voz alta sobre las perspectivas del Partido Comunista italiano.

De vez en cuando, entre el caos de la muchedumbre, pasaba un cura o un mendigo. Los curas llevaban cepillos para limosnas. Los mendigos pedían con desgana. Los había que devolvían un billete de cinco liras si estaba demasiado gastado. Un franciscano barrigudo y con cara de payaso, que se pasaba el día pidiendo limosna por la zona, repartía estampas de santos entre las jovencitas y los marineros americanos. Otro franciscano, joven, de barba negra y semblante serio, prefería rondar con su cepillo en torno a los cambistas.

En el entresuelo, junto a las ventanas abiertas de las oficinas, los empleados de los periódicos locales jugaban a las cartas. A veces llamaban a gritos a los conocidos que pasaban abajo, entre la multitud: cambistas ociosos, figurantes del teatro San Carlo que andaban sin rumbo, agentes de los grandes bancos cercanos. Las mujeres avanzaban despacio, atentas, por el mugriento desorden. Algunas llevaban el pelo de un rojo cinabrio; otras, de un azul chillón. Un sacerdote negro, sombrío y triste, estaba de pie en medio del alboroto, con una cartera en el sobaco y un paraguas colgado del antebrazo. Una vieja mendiga iba de mesa en mesa por los pequeños cafés y pedía cigarrillos con un tono cantarín. Bajo el sombrero de plumas asomaban sus mechones canos y lanosos. En torno a su sombrero revoloteaban sucios lazos de colores. Llevaba una chaqueta de manga corta pasada de moda, un grasiento cuello de pelo que se le pegaba al pescuezo, unos guantes de gamuza descosidos y un bastón de ébano con empuñadura de plata. Hacía décadas que lucía el mismo disfraz. Mientras pedía, no paraba de

hablar y maldecir. No aceptaba dinero, sólo cigarrillos. De vez en cuando, un viejo cura atravesaba la multitud arrastrando los pies. Ya no tenía aspecto de cura, y apenas parecía humano. Caminaba con los pies torcidos, metidos en unos zapatos con hebilla de plata que se caían a pedazos; las medias moradas dejaban al desnudo una media luna por encima del talón; su sotana estaba pringada y harapienta, y en su sombrero de ala ancha la grasa capilar y el sudor afloraban en blancas manchas de moho. Iba siempre sin afeitar, y las cerdas blancas y grises de la barba le cubrían la cara como manchas cadavéricas. Agitaba su paraguas morado mientras decía algo. Nadie le hacía caso.

Luego llegaron unos marineros americanos con cintas amarillas en el brazo, indicando que eran los policías de un buque de guerra atracado en el puerto. Caminaban despacio, meneando sus porras. Vigilaban a los marineros a los que los rufianes de pelo negro, graso por la brillantina, conducían en fila india hacia los restaurantes, prostíbulos y casas de cambio de las callejuelas.

—Arriba, sobre Frisie, ya cerca de la cima del Posillipo, vive ahora un extranjero que quiere salvar al mundo —comentó el periodista del diario matutino.

—¿Es alemán? —preguntó el vendedor de gemas.

—No —respondió con aire de superioridad el columnista de hípica —. Polaco.

El periodista gritó hacia la ventana abierta del entresuelo donde sus compañeros de trabajo jugaban a las cartas:

—¡Anastasio! Ese hombre allí arriba, en Posillipo...

Un joven en mangas de camisa le contestó desde una ventana más arriba.

—El inglés.

—No es inglés —replicó con desprecio el columnista de hípica—. Si fuera inglés lo conocería, porque iría a las carreras de caballos. Es polaco —insistió con obstinación y furia.

—Los polacos no pueden salvar al mundo —observó tranquilo el comerciante de gemas.

El periodista se levantó. Era un hombre bajo y gordo. Su rostro napolitano, colorado, regordete y de nariz gruesa, resplandecía; no era un rostro mongol, ni español, más bien latino, y tenía algo de payaso. Era calvo y llevaba gafas amarillas. Alzó la mano, gorda, pecosa y con manchas de vejez, juntando los cinco dedos en pico. Y exclamó:

—*Eh!*

Todos se echaron a reír.

6

Por la mañana llaman al timbre cada media hora. A veces son las hijas del hortelano, Giulia o Valeria. Traen flores, mimosas o camelias rojas. No piden nada a cambio. Tampoco esperan a que se lo agradezcan, simplemente entregan las flores, se ríen y salen corriendo descalzas. Sus pies desnudos resuenan sobre las escaleras de mármol. Traen las flores como otros sonríen en la calle al transeúnte que pasa. En Posillipo las flores son una forma de comunicación humana, cotidiana y educada, que no conlleva ninguna obligación, pero que siempre es sincera. Dan flores porque es lo único que pueden dar. Dinero no tienen. El vino se bebe en casa. La pasta y el aceite escasean. Los compartirían con cualquiera, si se lo pidieran. Frente a la puerta trasera del huerto, en el *basso*, donde el albañil sin trabajo cena con su familia de ocho con la puerta abierta, siempre ofrecen brócoli con aceite o sopa de caracoles al que pasa. Los caracoles los recoge Antonio, el hijo mayor, por la tarde, entre las rocas de la bahía de Marechiaro. Siempre hay quienes piden un poco; no lo hacen con palabras, sólo con la mirada, con su existencia misma. Piden porque son pobres. Pero, al mismo tiempo, siempre dan: una camelia o una sonrisa, un saludo educado y melodioso. Siempre dan, porque son pobres.

No obstante, siempre esperan algo, porque son pobres. Giulia y Valeria salen corriendo después de entregar las flores; no piden nada a cambio. No hay segundas intenciones en la idea de coger un ramo de mimosas del huerto y entregárselo sin que nadie se lo pida a los extranjeros instalados en el piso de arriba. La idea no nace en su mente, sino en su corazón. El gesto de dar algo vive en sus manos, igual que nunca dejan de sonreír, ni siquiera cuando gritan y se enfadan. Tampoco cuando están tristes. Ni siquiera cuando acompañan a sus muertos al cementerio. Entonces lloran y se lamentan en voz alta, pero en el tercer coche que sigue al féretro ya discuten y gesticulan con ambas manos, y al llegar a la puerta del cementerio se ríen a carcajadas. Saben que vivir es algo extraordinario. Saben que morir no es lo más importante. Saben que sonreír, darle a alguien una flor sin que la pida, gritar un saludo melodioso mientras se van, como un pájaro que gorjea al volar, en el éxtasis feliz y etéreo de la existencia... en fin, saben que eso es importante porque así la vida resulta más llevadera.

Alguien llama al timbre cada media hora. A veces son chiquillos desconocidos que cargan sobre la cabeza cestos con patatas o dos manojos de ajo, o unas alcachofas, o unos hinojos —tiernos, con sabor a anís y leche— aún manchados de tierra. O cuatro limones. O tres mandarinas. O —en verano— cerezas e higos chumbos. O —en otoño— castañas y nísperos. Todo eso crece en los huertos, en el de casa y en el de los vecinos, en los huertos de Posillipo y en los de Marechiaro, y más abajo, en los de la costa, alrededor de Pozzuoli. El chiquillo que llama pocas veces tiene más de siete u ocho años. Siempre va descalzo, porque en Posillipo y por toda la zona los zapatos son un bien escaso, y no sólo para los niños. Los niños

siempre andan mugrientos, pero no están sucios en el sentido occidental de la palabra, porque la luz del sol, esa radiación desquiciada, la chispeante luz azul y dorada de la bahía, lo desinfecta todo, incluidos los cuerpos humanos. Siempre sufren raquitismo, y muchas veces también tisis, pero esta gente lo soporta todo con una superioridad pasmosa porque, tras miles de años viviendo en la zona, sus cuerpos se han adaptado a todo tipo de enfermedades. El extranjero muere de tifus si se come un caracol crudo en la bahía, pero los niños y los adultos de la zona no enferman de tifus al consumir crudos los caracoles marinos de concha vellosa y con sabor a yodo, que se pescan con red y un palo con clavos o se extraen con un arpón de alambre de entre las rocas costeras, resbaladizas por el verde musgo. Los extranjeros contraen el tifus por comer verduras crudas, rábanos, cebollas, lechugas, porque en muchos sitios de Campania los huertos se fertilizan con excremento humano. Pero estos niños extraen rábanos y lechugas de la tierra y se los comen tal cual, sin que les dé tifus.

Y siempre son bonitos. Sus ojos brillan como si estuvieran llenos de una luz oscura. Y siempre están serios, casi devotos, como los pobres en general. Tocan el timbre y se quedan de pie en el umbral con el cesto sobre la cabeza. Luego se arrodillan, colocan el cesto en el suelo y levantan la mercancía con una mano. Siempre muestran una pequeña cantidad, una especie de muestra sin valor. La levantan con un antiquísimo gesto lento y ceremonioso, el gesto instintivo del comerciante. Un limón con una hoja verde. O una naranja con la corteza dorada aún aceitosa porque acaban de arrancarla del árbol. O unos ajos. Miran al comprador con la cabeza ladeada, de rodillas, con la mercancía en alto, sin decir una sola palabra. Luego, en voz

baja y seria, sueltan el precio. La mayoría de las veces sólo piden el doble de lo que piden los vendedores de las fruterías de Mergellina, allá abajo, por un producto parecido, aunque de mejor calidad. Pero a veces es el triple. Hablan en voz baja y les brillan los ojos.

—Es caro —opina el comprador.

—Por la calidad —contestan en voz baja y tranquila. La escena es monótona y se repite varias veces al día. Niños, naranjas y ajos abundan en Posillipo. Parece que los niños crecen en racimos, como las uvas, los nísperos y las mimosas. Si detectan, con un servicio de espionaje como el de los indios, que en alguna parte, en alguna villa, viven extranjeros, transmiten la noticia con las señales de radio de su servicio de telégrafo sin hilos. Mercancía siempre hay; en el peor de los casos se obtiene en un momento de despiste en la huerta vecina o en las cestas del hombre que va en carro. La escena se repite, y siempre con una nueva y renovada tensión. Alguno de ellos es tan joven que apenas sabe caminar. Apenas habla, usa el ronco dialecto napolitano, tragándose el final de las palabras, un lenguaje de interjecciones rápido y mascullante. Nada más dejar el pecho de la madre, ya saben negociar.

—La calidad —repiten con toda seriedad.

La mayoría de las veces no importa el objeto del regateo. Tampoco la suma, el precio del producto. Lo que importa es el regateo mismo. Cada dos días se presenta un pequeñín raquítico y tísico, de ojos brillantes. No llega a los seis años y está muy sucio. Le cuesta subir las altas escaleras con el cesto sobre la cabeza. Expresa lacónicamente los conceptos básicos del comercio: la calidad, la temporada, la oferta y la demanda, el precio de mercado y los precios de Posillipo, especiales e independientes del mercado.

Pero en su estilo —su porte, su forma de ofrecer, la manera en que alza los ojos al cielo— ya no se manifiesta el niño, sino el comerciante. Escucha la contraoferta, luego se aprieta pudorosamente las manos contra el pecho como si hubiera oído algo indecente. Su mente ha asimilado con la leche materna los conceptos de «beneficio», «interés», «bruto» y «neto», «tara»... Son conceptos heredados de los fenicios y, posteriormente, de los griegos. Los ha aprendido de su padre, quien a su vez los aprendió de los sarracenos, los moros, los godos y los normandos. Por eso es tan consecuente. También sabe que el regateo puede salir bien, sobre todo si el vendedor tiene cinco años, sube las escaleras, llama a la puerta con el cesto sobre la cabeza, levanta la mano con una naranja magullada y dice con insistencia: «Calidad.» Acaba ganando, porque hay que comprarle algo. Aunque sea por encima del precio del día.

—Mañana vendré de nuevo —promete con las treinta liras en billetes y las diez colillas de cigarrillo en la mano.

Sabe que esas cosas agradan a los extranjeros. Ya podría irse, pero sigue en la puerta con el cesto vacío en la mano. Ya sólo habla con los ojos. Está en la puerta con la boca medio abierta, esperando algo. Sin duda, un milagro. «¡Obra un milagro!», dice sin pronunciar palabra. «Somos ocho. El próximo año seremos nueve. Luego diez. Seremos diez, aunque muera alguno de nosotros. A la escuela sólo va el primero, porque no hay más zapatos en casa. Tampoco hay libros ni cuadernos. No hay nada. Pero el primero sólo termina el segundo o el tercer año, luego deja la escuela.» Calla un instante. Antes ya estaba en silencio, pero aún hablaba con los ojos. Ahora calla del todo. Sus ojos se agrandan, redondos y brillantes como los

de quien fuerza la vista en la penumbra, en la oscuridad. Así dice en silencio: «Haz un milagro. Eres extranjero. ¡Haz un milagro!»

7

El pescadero llega temprano desde Pozzuoli. Él también canta en la parte baja del huerto, como el cartero, el que trae las verduras y las frutas, o el que lleva el cesto de pan sobre la cabeza. Porque siempre están en camino, van y vienen, trajinan. En el mundo tienen fama de vagos, pero no lo son. Andan desde la madrugada hasta la medianoche buscando trabajo. Y en su búsqueda no les queda tiempo para trabajar. Es cierto que desprecian el trabajo. No lo consideran un fin en la vida ni tampoco una solución. Simplemente lo hacen cuando toca, con manos ágiles y ligeras. Las diferentes posibilidades humanas —acción, creación y trabajo— sólo les interesan en teoría. Para la acción no son lo suficientemente crueles. Para la creación están cansados porque tiraron la casa por la ventana en el tremendo derroche del Renacimiento. No reconocen el trabajo como una finalidad en la vida. De lo que disfrutan es de la actividad.

Son incansablemente activos, como las aves que revolotean bajo el cielo azul y dorado. Saben que la actividad no es acción. Ni creación. Ni trabajo. Estar activo significa cambiar algo dentro de las posibilidades del momento. Eso se les da bien.

El pescadero también está siempre en actividad. Ciertamente, no es un pescador de verdad, porque en Pozzuoli los pescadores

genuinos no permiten que los profanos como él se acerquen siquiera a las barcas cuando zarpan rumbo a Ischia con sus focos de batería eléctrica y sus redes, que limpian, secan y remiendan durante horas en la costa. Las redes son muy valiosas: con una sola red viven familias, tribus y generaciones enteras. Y la barca también es valiosa. Y los cestos tejidos de juncia en los que yace el pescado entre bloques de hielo y ortigas de mar verde oscuro. Y los cestos en forma de campana, tejidos con las cañas que crecen en la orilla, en los que engordan cangrejos. Todo ello tiene un gran valor en Pozzuoli y en toda la costa, donde viven pescadores de oficio. Pero este pescadero no es más que un vendedor ambulante al que los aristócratas de la pesca costera no dejan acercarse a sus barcas ni siquiera cuando salen de noche. A lo más, puede apostarse hacia mediodía en la ladera de Posillipo o en los lugares frecuentados por los pescadores en la playa alrededor del Castel dell'Ovo —fortaleza pirata y cámara del tesoro de Federico II— para ayudar a tirar de las redes. Es un pseudopescador sin oficio ni beneficio y no puede aspirar a nada más. Hacia la una del mediodía, cuando empiezan a tocar las campanas de la capilla donde está enterrado san Nazario, las redes ya están todas en la orilla, y entonces el pescadero, que ha ayudado a arrastrarlas hasta tierra, recibe una parte de la captura: un plato de pescado crudo.

Ahora canta abajo, en el huerto, con el cubo de madera en la cabeza. Dentro lleva, entre ortigas de mar, piezas escogidas de la captura matutina y pescaditos para freír.

—*Alici!* —canta.

Tiene buena voz. Le gusta cantar. Se detiene bajo la ventana y espera que, al oírse su canto, se abra el postigo y asome una mano

femenina. La mano femenina hace bajar un cesto atado a una fina cuerda. El cesto se balancea en torno a la cabeza del pescadero, un mozo joven y un gran tunante. Se sube la gorra de piel hasta la coronilla, sobre los rizos pelirrojos; lleva un pañuelo de colores atado al cuello y los pantalones arremangados hasta la rodilla, va descalzo. Así canta bajo la ventana. Ni el vendedor ni la compradora tienen prisa. Sienten que no vale la pena apresurarse. El sol brilla y las aves —a las que los cazadores de Posillipo han apuntado en vano con sus rifles en horas matutinas— cantan con un dulce regodeo bajo el cielo azul, entre los naranjos. A esa hora temprana se levanta una fina neblina azul proveniente del mar, y se mezcla con la fragancia de las mimosas y los eucaliptos. Es entonces cuando el pescadero se pone a trabajar. Con los ojos cerrados, mete la mano en el cesto y, con dos dedos, saca al azar y muestra en lo alto un pescado de piel resbaladiza, y, con los ojos cerrados e inclinando la cabeza hacia atrás, se mete el pescado fresco en la boca y se lo traga. De esta forma prueba que el producto está fresco y que procede de la captura de la mañana. Con este clima, hacia el mediodía la captura de la madrugada ya huele, y ante la Porta Capuana, donde los caracoles y el pescado se venden sobre largas mesas, a las cuatro de la tarde ya recogen la mercancía y la llevan a los hospitales, para los enfermos pobres, a los que ya todo les da lo mismo. Ahora, una vez hecha la prueba, el pescadero llena el cesto con sardinas jóvenes y vuelve a cantar. Canta el precio y mira parpadeando hacia arriba, hacia la blanca mano femenina que sube con agilidad la fina cuerda. El pescadero enciende un pitillo. Descalzo bajo la ventana, su cabello pelirrojo brilla bajo la luz, igual que el incipiente bigote sobre el sudoroso labio superior. Con los brazos en jarra mira hacia

arriba. Es evidente que la vida es bella. No es fácil, pero hay algo magnífico en ella. El cesto desciende lentamente con la contraoferta: el precio que la compradora está dispuesta a pagar por el pescado. Es decir, la mitad de lo que el pescadero acaba de cantar en forma de aria melodiosa. Él cuenta los billetes y canta de nuevo. No mira hacia arriba; canta un aria prosaica, a la lejanía, lamentándose. Le canta al destino. Habla sobre el mar, iracundo y peligroso; de la noche, llena de pasiones; de los peces, caprichosos, que evitan este tramo del litoral. En pocas palabras, pide cincuenta liras más y lamenta no poder dar su mercancía más barata. Pero no le dan más. Sólo un pitillo. Ahora sonríe. Se coloca el cubo sobre la cabeza.

—*Alici!*... —canta.

8

Enfrente se abre una ventana. Luego, inesperadamente, unas cuantas más. En la ventana del primer piso hay una joven que gesticula con ambas manos mirando hacia abajo, donde está el vinatero, que gesticula a su vez, hacia arriba, con ambas manos. En Posillipo las discusiones son poco frecuentes, pero poseen siempre una fuerza elemental, como los chaparrones de otoño y primavera. Estallan en situaciones inocentes —en realidad, como caídas del cielo despejado—, se desploman y se desparraman, inundándolo todo. Arrastran argumentos y razones como una marea embarrada, rompiendo diques y relaciones humanas, y en todo ello palpita el ritmo de las grandes revelaciones de la naturaleza. Tal vez tenga que ver con el mar. Tal vez, con los volcanes. Rodeada de volcanes, la gente discute de otra forma que más lejos, en tierra firme, donde las reglas sociales establecidas limitan las riñas. En la costa, entre volcanes, la gente discute con quien se ha enfadado, pero también, a la vez, con los dioses griegos y árabes que vivieron allí y enmarañaron el destino de los hombres, y con los demonios y espíritus que moran en árboles y manantiales, y con los elementos que aún no se han apaciguado y arrojan humos sulfurosos desde el interior de los montes, vapores hirvientes desde el fondo del mar, alientos salvajes desde el cielo azul, desde África, cuando la

tempestad avanza de las faldas del Atlas a las laderas de lava del Vesubio. En lugares así la gente discute de forma distinta que en Roma, entre curas y monasterios. Discute aún como el viento, el mar, el cielo y las montañas de fuego. El motivo de la discusión es secundario. Los que discuten aquí no pretenden convencer, sino manifestarse. En días con olor a terremoto, a finales de verano, cuando el aire se llena de una niebla similar al humo y por el aire denso flota la pavesa invisible del aceite ardiente, cuando a veces entre Capri e Ischia el mar ondea desde abajo hacia arriba: en Posillipo, tras los primeros acordes, tras los carraspeos iniciales, la discusión se inicia de pronto, con una dulce plenitud, con una melodía feliz y rebosante.

En la puerta abierta del bajo que da a la calle hay un hombre afeitándose. Como todos, también él observa la discusión. Como tantos otros en los alrededores, también él está sin trabajo, pero se mantiene activo: a veces trabaja como albañil —entonces, entre las siete de la mañana y las siete de la tarde gana el equivalente al precio de un litro de aceite—; a veces recoge las olorosas piñas caídas de los pinos que bordean la avenida que sube al Parco della Rimembranza, para vendérselas a gente adinerada que vive en villas de varias plantas. Puestas entre la ceniza ardiente del brasero, las piñas llenan las habitaciones de los ricos de un olor a resina acre y estimulante. A veces él también juega al juego de la bola al borde de la callejuela que baja a Marechiaro. A veces sube carbón desde Bagnoli, en un carrito tirado por un burro, para las casas donde no hay gas y cocinan con carbón vegetal. Se está afeitando. Se ha puesto una camisa limpia. Ya tiene media cara rasurada y la otra mitad enjabonada. Pero ahora interrumpe su afeitado. Como un

melómano abonado al teatro de la ópera de San Carlo, tras oír la obertura, inclina la cabeza y, con mirada seria y severa, escucha la melodía del motivo inicial de la disputa. Atiende con la navaja abierta en la mano; mira hacia arriba, donde, en el balcón, la joven de pelo suelto se aprieta las manos contra el pecho. Luego observa la calle, donde, en uno de los escalones de la empinada callejuela, está el vinatero, alzando su gorra hecha una bola. Tras la obertura, el vinatero y la joven atacan el dúo; entonces, el hombre que no tiene trabajo, pero siempre está activo, levanta la navaja: con ese gesto le indica a la joven que ha entrado demasiado pronto, que calle un instante. La joven no puede sustraerse al carácter imperioso del gesto y enmudece. El vinatero ha comprendido que el compás de la discusión lo marca ya un director experto, y por ello cierra los ojos, abre los brazos y da rienda suelta a su voz.

El público asomado a las ventanas —en los balcones y en las puertas de los *bassi*, esas viviendas-cueva abiertas a la calle— observa atentamente la discusión. Espectáculos así no son raros en Posillipo, pero suponen siempre un acontecimiento. Los artistas de verdad escasean. Los verdaderos discutidores, también. Los espectadores, de oído fino y mirada bien entrenada, enseguida perciben cuánta pasión personal —la materia prima— hay en una discusión pública y cuánta teatralidad consciente —el arte—. E igual que sobre el escenario no es el borracho el que mejor interpreta al beodo, sino el gran actor plenamente sobrio, así, saben los espectadores, no discute bien el que está realmente enfadado, sino el que tiene talento, el artista, que al discutir no quiere enfadarse, sino actuar. Por eso atienden.

Las dos voces de la discusión —la voz femenina, una *mezzosoprano*; y la otra, la voz del *buffo*, un barítono pleno y cavernoso— vuelan por el aire con olor a siroco. La joven aún es novata, pero ya no una simple aficionada. Eso lo advierten todos. Se apoya en la barandilla del balcón y alza las manos al cielo con gesto trágico, tiene el pelo desgreñado... El vinatero, tras el aria inicial, ha dejado de prestarle atención: ya no mira al balcón, sino más allá, hacia el cielo. Su voz es cada vez más grave, porque ahora discute con los dioses. Sus gestos son sobrios, a veces cierra los ojos. Es un hombre mayor, con enorme experiencia en el arte de discutir.

El hombre con la navaja en la mano de pronto hace una señal que corta la discusión. Los que discutían se callan y quedan inmóviles. No suenan aplausos, porque los espectadores tienen tacto, pero los ojos resplandecen. Los pájaros empiezan a piar entre las polvorientas copas de los olivos. Poco a poco, el público vuelve a sus casas y sus talleres. El hombre que ha dirigido la discusión continúa afeitándose. La joven, con la cabeza ladeada, se inclina por encima de la barandilla de hierro y, desde el balcón, mira muda hacia abajo. El vinatero también se calla; sólo habla todavía su mano derecha, en silencio, con pequeños movimientos circulares.

9

Bajo el plátano, desde donde se ven los huertos que descienden hacia el mar —y luego el mar y Capri—, al oír las campanadas de mediodía, el hombre que vende cacahuetes monta su tumbona y se acomoda a la sombra. Tendrá cuarenta y cinco años, pero si pasa unos días sin afeitarse le sale una barba canosa. Es un marido joven, sólo tiene tres hijos. Los dos mayores, un chiquillo y una niña, se pasan el día jugando en el polvo, bajo los plátanos. Al tercero, el bebé, la joven esposa sólo lo baja de la callejuela de Villa Ricciardi, en la parte alta, cuando lleva el almuerzo para que coman todos juntos.

Este hombre tampoco tiene trabajo, pero también se mantiene activo. Se dedica a un negocio bien pensado, calibrado en función de los magros ingresos previsibles y ejecutado con buen olfato comercial. La inversión, cuyo riesgo asume a diario, es prudente. Baja la tumbona a eso de las diez desde un portal de Villa Ricciardi, donde vive con su familia en una de las muchas covachas abiertas en la cal conchífera. No abre antes porque su clientela —niños y madres encintas— no anda por la calle a esas horas. Monta la tumbona, raída y desvencijada, pero cómoda, junto a la puerta de una vinatería cercana. El vinatero vende vino a granel, y su olor fuerte y fermentado se extiende hacia la calle de San Estratón, llega

hasta la tumbona del vendedor de cacahuetes y vuelve más respirable aquel aire dulzón y sofocante, cargado de olor a mimosas y a mar. Tras colocar escrupulosamente la tumbona mirando a Capri, cuelga su chaqueta en una rama baja del plátano y se pone manos a la obra. Del saco que trae al hombro desde lo alto de la colina, saca su mercancía y los útiles necesarios para empaquetarla. La mercancía es siempre la misma: puñados de cacahuetes. Se sienta, cruza las piernas como un gran señor y descansa un rato. Luego reanuda su tarea. Él también desprecia el trabajo. Está demasiado cansado para ponerse en acción. De crear ya se ocuparon sus antepasados, los griegos y los latinos. Y, sin embargo, él se muestra diligente. Con hojas de periódico forma pequeños cucuruchos de papel para los clientes que le comprarán cacahuetes durante el día. Luego, con un gusto exquisito, dispone la mercancía en montoncitos sobre una gran hoja de papel de estraza. Al terminar, reposa un poco. Se echa en la tumbona, entrelaza los dedos detrás de la nuca, cierra los ojos. El sol brilla. Los dos niños gatean a su alrededor con la lentitud de una tortuga. Él enciende un pitillo que saca de una caja de hojalata de las que usan los marineros de los barcos orientales para meter de contrabando cigarrillos egipcios en el puerto y exhala largamente el humo en dirección a Capri. Ya ha hecho todo lo que podía en bien de su familia, la sociedad y el honor del oficio, así que descansa.

En realidad, no le gusta vender: ese aspecto de la actividad lo fastidia. Prefiere saludar: a su clientela, a conocidos que pasan, al conductor del trolebús. En eso es un maestro. El modo en que inclina el torso hacia delante en la tumbona —nunca se levanta del todo—, la negligencia con que alza el brazo, la sonrisa que deja ver

sus encías desdentadas y ennegrecidas por el jugo del tabaco: todo ello forma parte de su actividad, pero significa algo más y algo muy distinto. Así se hizo la Ciudad, con esa misma sonrisa augusta. Así se hizo la Vida Pública, cuando, tres mil años atrás, sus antepasados, los colonos griegos, desembarcaron en la cercana Cuma. Este hombre tal vez no lo sepa conscientemente, pero lo sabe con el corazón. Contra la cordialidad y la cortesía nada pueden hacer los extranjeros. La cordialidad conquistó y expulsó a los sarracenos, igual que recientemente a los alemanes y los americanos. Todos ellos desembarcaron con armas y terminaron marchándose turbados porque nada podían hacer contra una sonrisa cortés.

Si llega un cliente —un puñado de cacahuetes vale diez liras, ése es el precio— sonríe, pero al mismo tiempo suspira. Rara vez se pone en pie porque es un hombre con familia y no quiere fatigar su corazón con esfuerzos innecesarios. Pero incluso así, sentado, es infinitamente cortés. El ademán con que señala la mercancía es siempre una invitación, en el sentido elegante y señorial de la palabra. No vende, sino que ofrece. Inequívocamente, invita al comprador a disfrutar de un puñado de cacahuetes como lo habría hecho Lúculo con sus amigos hace dos mil años, no lejos de allí. Luego, cuando el cliente se ha ido, vuelve a su tumbona, entrelaza los dedos detrás de la nuca, cruza de nuevo las piernas y entrecierra los ojos. Mira el mar Tirreno y Capri, entre una bruma azul y húmeda.

Así aguarda a que su esposa ponga la mesa bajo el plátano, cerca de la parada del trolebús, en el borde de la acera. Comen temprano. La mujer coloca una caja de cartón en la orilla de la acera, la cubre con mantel limpio y colorido, saca de una cesta una jarra de barro y,

sobre el colorido mantel, dispone las fuentes y la comida. No siguen una dieta muy variada, pero la mesa resulta vistosa. Los que esperan al trolebús en la acera observan los preparativos con interés. Sobre una fuente esmaltada, la mujer coloca en un bonito montón, con ágiles manos, unos cuantos pimientos y rábanos. En otra fuente, cebollas y patatas hervidas flotan en agua con aceite. Rara vez comen carne, porque en este clima al organismo humano le apetece más bien poco. O tal vez porque nunca tienen el dinero suficiente para comprar una buena ración. Tal vez no haya bastantes cacahuetes en el mundo para que un padre de familia de Nápoles pueda comprar carne para sí y los suyos. Comen pan blanco, que la mujer saca del fondo de la cesta, y a veces una pequeña cantidad de pescado frito frío. Una vez puesta la resultona mesa, la mujer llama a los niños y el marido se despierta. Bosteza, se frota los ojos y la barbilla hirsuta, y con amable interés y la preocupación propia del cabeza de familia, se inclina sobre la mesa puesta en el borde de la acera. La mujer y los hijos se sientan en el suelo, pero él sigue en la tumbona. Se frota las manos, mira alrededor y, con un gesto amplio y amable, invita a sentarse junto a él, en el suelo, a los que esperan, que sin duda tragan saliva, hambrientos, y miran con avidez la mesa modesta, pero dispuesta con tanto gusto.

—*Eh!* —dice.

Se ponen a comer. El hombre posee un cuchillo de filo corto y mango de madera, pero pocas veces lo usa. El filo del cuchillo es reglamentariamente corto —de seis centímetros—, el afilador le ha redondeado la punta, porque en este clima un cuchillo puntiagudo ya se considera un arma peligrosa. El vendedor de cacahuetes y su familia prefieren comer con las manos, con la punta de los dedos,

como sus antepasados, los refinados romanos. Tocan la comida con una elegancia maravillosa, incluidos los niños. El pan, el aceite, la sal, el rábano, la cebolla: todo adquiere un nuevo significado cuando el padre de familia toma de la fuente, con la punta de los dedos, esos manjares refinados. Comen con delicadeza, picoteando, como los pajarillos. Y en efecto, sobre su cabeza y bajo el cielo azul, entre las frondas del plátano, los pájaros también almuerzan. Todos almuerzan a mediodía en Posillipo, y eso tiene algo de prodigioso, porque las condiciones del almuerzo siempre son como las de un pequeño milagro. Comen como los pájaros, en la calle, a la sombra de un plátano, junto al mar. Nadie sabe de dónde sale cada día lo necesario para poner esa mesa al borde de la acera. No lo saben los pájaros. Ni el alcalde. Ni siquiera el vendedor de cacahuetes.

Los niños y los gorriones se comen hasta las migas que caen a la acera. Las picotean con presteza y habilidad; los niños compiten con los pájaros, que dan saltitos a su alrededor y entre las hojas del árbol. Al terminar el almuerzo, la mujer recoge los cacharros y la botella de vino tinto. Guarda los enseres del almuerzo en su hatillo y saca de la alforja una pequeña mandolina. El hombre ya ha encendido un pitillo, se ha reclinado en la tumbona y ha colgado el sombrero de una rama del plátano. El sol a esa hora es intenso, cruel. A mediodía, a mediados de mayo, hay una especie de fatalidad en aquella luz suspendida, teñida de oro y azul. El mar, inmóvil, es de un azul profundo. En Nápoles, cientos de miles de personas duermen a esa hora, a mediados de mayo, a las dos de la tarde. Duermen en los *bassi*, en la única cama, con la ropa puesta y la boca abierta, como desmayados. Duermen junto al mar, en el paseo de Posillipo, en los bordes de las vallas de piedra; mantienen

en sueños un equilibrio incomprensible y no caen desde el borde al vacío. Duermen en medio de la acera y los transeúntes les pasan por encima, indiferentes. En otras partes del mundo, si una persona yace inconsciente a mediodía en medio de la acera, la toman por un accidentado. En Nápoles, no. Es simplemente una persona que duerme. El sueño los invade como una imperiosa necesidad corporal, como el hambre, la sed o la pasión amorosa. Se quedan dormidos de pronto, al instante; en su vida no hay transición entre la vigilia y el sueño.

El vendedor de cacahuetes también se duerme. Fuma y sonríe en sueños. Los niños se alejan del árbol, saltando con los pájaros. La mujer se acomoda junto a él, se cuelga la mandolina al cuello y la aprieta contra el pecho. A través de las hojas del plátano, la luz azul le cae en la frente y en ese momento, aunque desaliñada y triste, se vuelve bella. Toca suavemente, puntea las cuerdas de cobre con dos dedos para el hombre con quien vive, a quien le ha dado hijos, que vende cacahuetes en la avenida de Posillipo, frente a Capri, en el borde de la acera. Él tiene las piernas extendidas, lleva zapatillas de lona. Duerme, pero en sueños escucha la música y siente la cálida luz. Así dormía Tiberio, enfrente, en Capri, en una de sus casas con columnas, a primera hora de la tarde, cerca de la roca desde la que mandaba arrojar al vacío a sus esclavos y amantes. Así dormían los emperadores de antaño. La mujer toca una melodía muy antigua, dulce y triste, sabia y vulgar. No es seguro que tenga oído musical. Pero su cuerpo tiene una especie de oído, y la mandolina, si la toma en manos un napolitano, empieza a sonar por sí sola, como lo hacen las piedras en oriente cuando la luz de la madrugada acaricia las peñas del desierto. El hombre escucha la música en sueños y sonríe.

Una mosca se posa en su nariz y allí se queda. Permanecen largo rato así, en la luz y en la música.

10

Todo el mundo sabía que algo tenía que ocurrir. Hasta los periódicos lo decían. El cardenal había declarado en la catedral que ya iba siendo hora de que los ricos empezaran a ocuparse de los pobres. En el hotel Excelsior se organizó un baile de disfraces en el que varios miembros de la aristocracia del sur de Italia —jóvenes hermosas y hombres gallardos— participaron en cuadros vivos con el objeto de recaudar fondos para paliar la penuria invernal de los pobres. Los presentes —varios príncipes, algunos margraves, numerosos condes y barones con sus correspondientes damas— hicieron todo cuanto estuvo en su mano para aliviar la miseria de los menesterosos, y los diarios de la mañana publicaron la lista de participantes. Corrió el rumor de que, en una iglesia de la via Chiaia, la imagen de la Virgen de los Dolores había empezado a sangrar en su nicho. De inmediato se congregó allí una multitud, con la esperanza de que por fin ocurriera algo. Pero las autoridades eclesiásticas examinaron la imagen y declararon a los diarios vespertinos que la esperanza había sido precipitada, que de momento no ocurría nada, que se trataba tan sólo de que la pintura se había derretido por el calor. No obstante, la muchedumbre siguió agolpándose en la iglesia hasta bien entrada la noche, y los

carabinieri tuvieron que dispersar cortésmente a los que aguardaban esperanzados en la calle.

Por la noche, bajo el eucalipto, el barón, con el índice en alto, le dijo al almirante:

—Estas noticias resultan extrañas. ¿Se ha fijado, señor almirante?... Esa gente de los alrededores a la que últimamente le ha salido fama de profeta permanece callada. No creo que sean profetas. Son simplemente unos locos ingleses. En Inglaterra abundan los dementes. Uno de mis tíos estudió en Oxford, porque en aquella época en Sicilia los campesinos aún trabajaban y los señores podían cultivarse, no como ahora, cuando los campesinos ya no trabajan y lo único que quieren es hacerse con la tierra de sus señores. El caso es que ese tío me contó que, en muchas casas de campo inglesas, hay ancianos instalados en alguna habitación de la planta superior que se pasan el día recortando estrellas de papel moradas con unas tijeritas de uñas. Los de la casa no se ocupan de ellos. Dicen que es su *hobby*. ¿Le suena, señor almirante?

—Sí, también lo he oído —respondió el almirante con calma—. Una vez atracamos con la flota en Southampton. Allí también había muchos locos.

—Los extranjeros de aquí son simplemente ingleses sin dinero —insistió el barón—. Son parcos en palabras, como los ingleses dementes en general. Creo que no es muy difícil aprender a hablar en inglés. Es mucho más difícil aprender a callar en inglés.

—Los ingleses saben callar excelentemente en inglés —dijo el almirante.

—Nunca hablan —replicó el barón—. Me he fijado en cómo pasean. A veces siguen con la mirada a las aves rumbo al mar. Me

figuro que el que quiera salvar al mundo hablará mucho.

—Cierto —asintió el almirante—. San Francisco hablaba por los codos.

—Hablaba incluso con los peces —prosiguió el barón—. Y con las aves, el viento y el fuego. Y cuando no hablaba, se ponía a escribir poemas o a cantar.

—A lo mejor este tipo también escribe poemas —aventuró el almirante en tono de suficiencia—. Últimamente son muchos los que escriben poemas.

—Es por la máquina de escribir —intervino el que dirigía el juego de la bola—. Se escribe mucho más fácil a máquina.

Nadie le prestó atención.

—Benedetto Croce nunca ha escrito poemas —añadió el Almirante —. Lo sé por mi hijo, que va a la universidad. Allí lo saben todo.

—¡Croce! —exclamó el barón y levantó los brazos—. Es un genio. Aunque un genio pagano. Nunca llegará a ser santo. Hay que decir que tampoco es que aspire a serlo. Pero puede que, en secreto, él también se deje llevar por las supersticiones. Nuestra planchadora va a casa de Croce, en Trinità Maggiore. Me ha contado que Croce escribe con pluma. Los viejos escritores, sin excepción, escriben con pluma, como Leopardi y Dante. La máquina de escribir no sirve para escribir buena poesía —dijo en tono de desprecio—. Tampoco la pluma estilográfica. La poesía verdadera sólo puede escribirse con una pluma que el poeta moja lentamente en el tintero mientras escribe. Ese movimiento, amigos míos, es muy importante —prosiguió muy serio el barón—. Lo hablé una vez con el doctor Moscati, que no escribía poemas, pero ya estaba en olor de santidad, y por tanto debía de saber algo del asunto, porque los

poetas y los santos son gente de la misma condición. Los poetas a veces se dan a la bebida, pero en su caso no importa. Quien escribe con pluma estilográfica escribe deprisa. La idea que se le ocurre al poeta necesita cierto tiempo de maduración antes de ponerla por escrito. Ese tiempo transcurre mientras moja la pluma en el tintero, sacude sobre el papel secante lo que sobra y fija en el papel la idea ya madura. En los años treinta yo también escribí algunos poemas —añadió con humildad.

Se quedaron pensativos.

El matrimonio extranjero volvió a aparecer en la esquina del camino que conducía a la cuesta de Marechiaro. Caminaban con parsimonia, como quienes temen llegar antes de tiempo. Entraron en la cafetería La Alondra. Los que estaban sentados en el banco de hierro bajo el eucalipto los siguieron atentamente con la mirada. El barón se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Luego lo introdujo en una boquilla corta de madera, observó las ascuas del tabaco y, como si discutiera con alguien, comentó con voz grave:

—Son extranjeros que por algún motivo no tienen ganas de volver a su patria. Eso se les nota a los extranjeros. Son muchos los que han huido a Italia. La policía lleva un registro. Me lo ha contado un hermano que tengo en la policía.

—La Iglesia no se ocupa de esos extranjeros con fama de querer salvar al mundo. La Iglesia ya es muy vieja y sabe que no se necesita más gente que quiera salvar al mundo —dijo el almirante.

—De los que... de los que quieren salvar al mundo —dijo el anciano de los dedos amputados— ahora sólo se ocupa la policía. Los curas...

—Bah, los curas... —lo interrumpió el que dirigía el juego de la bola.

—¿Un café, señor almirante? —preguntó el barón con elegancia, haciendo un ademán de anfitrión.

Se levantaron con esfuerzo y entraron en la cafetería. En el patio de La Alondra, las glicinias moradas colgaban de alambres tensados por encima de las mesas, formando un techo suspendido, bamboleante y oloroso. Se sentaron a una mesa redonda y prestaron atención. Dentro, junto a la barra, el anciano —cabeza de familia y dueño de la cafetería— le vendía cigarrillos al matrimonio extranjero. Detrás de la barra estaba la esposa del dueño de La Alondra, una anciana encorvada que cortaba, para los conejos, hojas verdes de brócoli que iba dejando caer en un cubo de hojalata. Los conejos saltaban por el murete de piedra del jardín. Eran muchísimos, y al saltar parecían multiplicarse sin descanso. De tanto en tanto entraban a la carrera y se perseguían chillando entre las mesas, las sillas y los clientes sin que nadie les hiciera el menor caso. Con la familia pasaba casi lo mismo: ni siquiera los clientes habituales sabían exactamente cuántos eran, porque aquella comunidad humana y tribal también se multiplicaba sin cesar. De pronto nacían nuevos hijos y nietos, y allí estaban luego, gateando y correteando entre los clientes, bajo las sillas y las mesas, como los conejos. El dueño, su esposa y su familia tenían además un perro, un gato y un corderito mimoso y exigente que cada dos por tres había que coger en brazos. En el local y el jardín también tenían palomas, un burro que ayudaba a subir el hielo y las bebidas hasta Posillipo y dos tortugas. Todas estas criaturas vivían allí, en la cafetería y el jardín, junto con la familia y los clientes. Nadie les

prestaba atención. A todos les gustaban los animales, porque eran pobres, tanto los clientes como los de la casa, y disfrutaban viendo a su alrededor a más y más seres vivos; hombres y mujeres, niños o animales, aves, tortugas u otros seres de cuatro patas. Sólo importaba que estuvieran vivos. Pensaban que la pobreza era más llevadera si uno no estaba solo.

Los extranjeros compraron cigarrillos de los más baratos. El almirante observó, entre discretos parpadeos, cada uno de sus gestos. El hombre ya empezaba a encanecer y, al encender el cigarrillo, le tembló ligeramente la mano, como a los fumadores enfermos del corazón. La mujer tenía el cabello de un rojo apagado, como si se lo tiñera sin esmero y con un tinte barato. Ya no era joven, pero aún parecía una mujer a la que no le importa su edad. Tenía los ojos verdigrises y fumaba sin cesar, incluso cuando paseaba. Los animales se congregaron en torno a ellos. El corderito, una de las tortugas y algunos conejos se pusieron a olisquearlos. Más tarde entró un cura y se quedó de pie junto a la barra. Había llegado en bicicleta. Llevaba una boina encajada en la frente, la sotana ajada y remendada, los zapatos gastados y descosidos. Era joven, de ojos negros y rasgos mongoles. De tanto en tanto se reía nervioso, con ironía y amargura; más que risa, era una mueca torcida, como la de alguien que recuerda algo vergonzoso.

—Padre, ¿viene de casa de un moribundo? —preguntó el barón.

—No —respondió muy serio el joven cura—. Hemos jugado al fútbol.

Muchos sonrieron. La pareja extranjera también, pero con timidez, como sonríen siempre los extranjeros, porque no tienen derecho a inmiscuirse en la conversación de los lugareños, ni siquiera con una

sonrisa. El que dirigía el juego de bolas habló de pronto. Lo hizo como si rematara una conversación obsesiva iniciada hace tiempo, como los dementes cuando les da por hablar de lo que los obsesiona permanentemente:

—La Iglesia ha decidido excomulgar a los comunistas —dijo—. Lo he leído en el periódico. Se prohíbe bautizar a los comunistas, casarlos y enterrarlos. Eso está bien. Pero es muy difícil reconocer a un comunista. Los hay muy astutos, que no llevan la insignia del partido ni firman los formularios por la paz. Que van a confesarse y a comulgar. La Iglesia es impotente —añadió en voz alta.

Nadie contestó. El cura fumaba. También él fingió no haber oído. Era uno de los curas jóvenes que por las tardes andaban en cuadrillas por Posillipo. Toda una tropa negra de jóvenes campesinos de Campania, Calabria, Sicilia y Emilia, que habían llegado al seminario quién sabe cómo. Cientos y cientos de muchachos campesinos enjutos, huesudos, con el rostro picado de granos. Llevaban sombrero de terciopelo negro y ala ancha y largos abrigos del mismo color, tipo caftán. Por las tardes jugaban al fútbol y entonces sus zapatos y los bajos de sus sotanas se cubrían de una gruesa capa de polvo. Luego iban a pasear. No había forma de saber lo que pensaban. Se consideraba una suerte que un joven campesino de Calabria o Campania llegara al seminario, pero era imposible saber lo que pensaban de la excomunión o de los comunistas.

El joven cura pagó despacio, con cara de preocupación. Eran veinticinco liras. Juntó con dificultad los billetes ajados. Evidentemente era todo lo que tenía. Al salir por la puerta dijo, desconcertado:

—*Chiao*.

Uno de los niños corrió tras él y le besó la mano. Él soportó turbado el beso. Luego se subió a la bicicleta y se alejó apresuradamente. Entonces algunos se prepararon para ponerse en camino. También la pareja extranjera. Caía la noche y los faisanes, que los cazadores de Posillipo habían esperado en vano, empezaron a lanzar sus reclamos entre la maleza de la ladera que descendía hacia el mar. Oscureció de pronto, de forma trágica. El Vesubio irradiaba una luz roja, oscura e infernal, porque los rayos del sol poniente iluminaban directamente su cráter desde Baiae. El cráter muerto y la lava vertida en la última erupción ardían en la luz con un trazo negro en forma de horquilla, como si fuera el cauce de un río. Un barco esbelto, el *Principessa di Piemonte*, pasaba por delante de la bahía de Marechiaro y su bocina bramaba en voz grave y animal, como si advirtiera de peligros ocultos a la población de la costa. Al oírlo, la pareja de extranjeros se marchó. Caminaron callados, despidiéndose con una sonrisa mecánica. También había algo de mecánico en sus andares. El dueño del bar y los clientes los siguieron con la mirada, mudos. Algo en aquellos extranjeros olía a muerte. Y eso lo percibían todos.

11

No volvieron a hablar de los extranjeros hasta que a finales de verano subió el agente de la comisaría del distrito e interrogó tanto en el bar como arriba, en las casas de Villa Ricciardi, a los que habían visto y conocido personalmente a la pareja. Los periódicos escribieron poco sobre lo ocurrido.

Acabó el invierno y, con la primavera, se abrió alguna posibilidad de vida para la población. Hacia finales de abril, un ánimo optimista se derramó por todo Posillipo. No había forma de explicarlo, se trataba más bien de una impresión. Ese año las tuyas y los naranjos florecieron temprano, y en los pequeños jardines chillaban vistosas flores moradas, amarillas y azules. Como si Dios inventara nuevas especies de flores en invierno, mientras la gente pasa las noches frías durmiendo sobre el suelo de mármol, igual que lagartos muertos. Un jardincillo de dos palmos, en la pendiente de la colina que cae hacia Agnano, se llenó de amapolas. Las mimosas florecieron ya a principios de febrero, y su aliento pesado, con olor a vainilla, flotó sobre la bahía y los jardines hasta finales de marzo como una nube radioactiva y perfumada que, tras una enigmática explosión atómica, los vientos africanos hubieran arrastrado hacia las costas occidentales. Una mañana, hacia finales de abril, se abrió el firmamento y una luz azul lo inundó todo. Era un azul cálido,

profundo, que no se parecía a nada. Tenía algo de turquesa, de anilina, del azul de las pupilas de los niños pequeños y de la leche aguada; pero, más allá de todo eso, era un brillo azul nacido allí, fruto de la armonía entre el mar y el cielo. También se llenaron de luz azul las tierras aceitosas y negras de Campania, fertilizadas con ceniza de lava como por una lluvia eléctrica. En el azul oscuro del mar y del cielo resplandecían partículas doradas. Entre Nápoles y Salerno, la capa de algas alojada bajo la superficie del mar reflejaba esa luz azul con la potencia de una misteriosa central eléctrica.

Había quienes opinaban que en Italia ya no cabía nadie más. En los últimos tres mil años, en la región siempre había vivido más o menos gente, pero nunca habían sido cincuenta millones de personas. Saber que eran tantos resultaba sublime y deprimente al mismo tiempo. Tenía también algo de alentador y de terrible. Hubo quien propuso un reparto de tierras como solución al problema. Otros exigían controlar la natalidad, y opinaban que ya era hora de que la Iglesia se pronunciara y de que, a través de las rejas de los confesionarios, los curas instruyeran a las madres napolitanas en lo que debían hacer para evitar que nacieran más niños de la cuenta. Otros demandaban que los americanos aumentaran las ayudas a Italia, y había quienes pensaban que la única solución era el comunismo. Algunos más reivindicaban que le devolvieran a Italia sus colonias. Muchos, millones, ansiaban emigrar. Llegaron noticias de que en Brasil, un país más extenso que toda Europa, cabrían todos los italianos, los cincuenta millones al completo. También llegaron noticias parecidas de otros países sudamericanos, y más tarde de América del Norte, de Canadá y de Australia. A consecuencia de aquellas noticias, en Nápoles, cada mañana, una

multitud de italianos —gente con ganas de vivir, pero sin ninguna perspectiva concreta de poder ganarse la vida— se presentaban en los consulados de Venezuela y Colombia, en la esquina de la calle Santa Lucia, y hacían cola con la esperanza de que por fin ocurriera algo. Formaban largas filas hasta las primeras horas de la tarde ante consulados de pequeños Estados de América del Sur. Y no sólo en Nápoles. En todas partes donde había consulados de Estados extranjeros. Luego, por la tarde, se iban, porque no ocurría nada. La mayoría de ellos carecía de cualquier documento oficial; ni siquiera tenían pasaporte: simplemente eran italianos, y pensaban que el mero hecho de serlo los autorizaba a vivir y a emigrar. Naturalmente, jamás llegaban a hablar con los cónsules, sólo con el portero, que terminaba enviándolos a casa. No se atrevían a presentarse en los consulados americano o británico porque sabían que, en su situación, plantarse ante las puertas del consulado de Estados tan grandes e ilustres no sólo era inútil, sino incluso impertinente. Así que no les quedaba otra salida que esperar un milagro.

Y no esperaban aquel milagro de forma frívola ni impulsiva. Lo hacían conscientemente, basados en la experiencia. En Nápoles, el primer milagro oficial del año se producía el primer sábado de mayo en horas de la tarde, y luego se repetía el 19 de septiembre y el 16 de diciembre entre las nueve y las diez de la mañana. En esos días, la sangre de san Genaro se licuaba en la catedral, dentro del relicario, y también en Pozzuoli, en el santuario dedicado al santo, donde se custodian unas gotas de su sangre. Cada año, la prensa local daba parte del milagro oficial. Pero, del mismo modo, se contaba con la posibilidad de milagros furtivos, extraoficiales. La emigración se tenía por un milagro, aunque poco frecuente. Cada

domingo alguien ganaba en las quinielas, un juego deportivo y humano, y también aquello era maravilloso, y en más de un sentido. En una ocasión, una anciana del Piamonte ganó setenta millones de liras, pero perdió el boleto y no pudo cobrar el premio. Aquello también fue un milagro: un milagro perverso y fallido. Creían que no bastaba con que el milagro ocurriera. Había que ser espabilado y estar al acecho nada más sentir en el aire el aroma a milagro; para el milagro hacían falta olfato, oído y vista aguda. Así lo creían.

A veces alguien conseguía un empleo en una empresa petrolera estadounidense o en los ferrocarriles. No era un milagro propiamente dicho, pero, en medio de la desesperación general, claramente lo parecía.

12

Un día llegó a Sorrento el comunista Togliatti. Venía a descansar. Durante unos días no se habló de otra cosa. Los lugareños no entendían muy bien de qué descansaba, pero hablaban de él. Se corrió la noticia de que vivía en una villa en la costa, no lejos de otra casa de Sorrento donde, tras la Primera Guerra Mundial, había vivido un escritor ruso, Gorki. En Castellammare y Sorrento aún quedaba gente que había conocido a Gorki y que incluso había hablado con él. Un día, Togliatti convocó un mitin en Castellammare y muchos acudieron a verlo.

El comunista habló al aire libre, cerca de la costa, a los pies del monte Faito. Era corpulento y llevaba gafas. Mientras hablaba, se reunieron varios miles de personas en la plaza. Permanecían en silencio, mudos bajo el sol. Togliatti habló de que todo iba muy mal en Italia, pero que un día él, Togliatti, y los comunistas tomarían el poder y todo sería diferente e iría mucho mejor. Llegaron policías en jeeps color burdeos y se detuvieron en la esquina. Nadie expresaba aprobación. Tampoco disconformidad. El altavoz esparció la voz de Togliatti sobre la bahía. Su voz subía y volaba por el aire azul y cálido, hacia las cumbres del monte Sant'Angelo, hacia el bosque, en lo alto, donde crecían los abetos. Se elevaba sobre los arcos frondosos de los castaños que conducían a la cumbre. Flotó entre las

hileras de estatuas barrocas medio desmoronadas que conducían al palacio situado en lo alto: un edificio enorme y macizo pintado de rojo pompeyano, con salas abovedadas y balcones con columnas. La voz del orador comunista llegó hasta allí porque el potente altavoz eléctrico la dispersaba en el aire seco como si fueran las gotas de un furioso chubasco veraniego. El palacio, adonde había huido de la peste el rey Ladislao de Nápoles y donde, más tarde, residiría Fernando de Borbón, estaba podrido y descascarillado como si lo hubieran roído las termitas del tiempo. En cada recodo de los pasillos había, abiertos en los muros, unos huecos donde en su día descansaban los centinelas. Las salas rezumaban un histórico y característico olor a pies, como todos los lugares donde han vivido reyes y centinelas. El jardín también estaba en ruinas; los enormes castaños y eucaliptos se desintegraban con una fragilidad mohosa e indolente. La voz llegó hasta el palacio donde antaño residían reyes enfermos y aburridos. En la primera planta, donde ahora había un hotel, una princesa permanecía junto a una columna, en un rincón apartado del amplio balcón, entre jarrones chinos y plantas mediterráneas. Se apoyaba en el pretil y escuchaba a Togliatti. Era anciana y estaba muy delgada; con una mano se apoyaba en su bastón, como las princesas apuñaladas de las pinturas antiguas. Era la princesa de Aosta, que vivía allí porque en Italia ya no reinaban los reyes. Había alquilado unas habitaciones en el hotel. El pueblo creía que tenía dinero y joyas. Allí estaba, delgadísima, mirando hacia abajo, a la plaza mayor de la ciudad, al mar, a Italia.

Su hijo había muerto en Abisinia, adonde los fascistas lo habían enviado como gobernador. Pero ya nadie hablaba de ello. La anciana princesa escuchaba al orador comunista, pero con gesto impasible:

no había forma de descifrar lo que pensaba. Y tampoco lo que pensaban los demás: los pescadores, los barqueros, abajo, en la plaza. Togliatti hablaba del futuro, pero todos callaban. No había forma de saber lo que pensaba Italia.

13

Cuando, a finales de mayo, Antonio enfermó de tifus, enseguida pusieron sábanas limpias en la cama del *basso*. Le cambiaron la camisa, llamaron a la abuela y se dispusieron a recibir a las visitas. Ese día en Posillipo el calor humeaba como si hubiera habido una explosión. Hacía mucho que no llovía, y los jardineros de Sorrento habían organizado una procesión para implorar lluvia. Con la sequía se había disipado la fragancia de los jardines, se habían quemado las flores. Antonio tenía diez años y siempre estaba activo. En la escuela había cursado, diligentemente, dos años de primaria, luego había dejado de ir porque ya había estudiado bastante y no tenía zapatos. No había terminado sus estudios en vano: no sabía escribir, pero sí leer, y también hacer cuentas. Cada sábado rellenaba la quiniela para su padre y sus tíos —todos los hombres de la familia jugaban —; con sus estudios llegaría lejos, decían, henchidos de orgullo.

Tras dejar la escuela por no tener zapatos, Antonio había continuado sus estudios complementarios en el terreno práctico. Durante un otoño había salido de noche en la barca del pescador manco. Pescaban con focos en la bahía entre Ischia y Pozzuoli, y él se encargaba de controlar las baterías eléctricas. Era un trabajo instructivo, pero poco rentable: sólo le proporcionaba un puñado de pescaditos o, tras largas noches en la mar gruesa, un plato de

sardinas mustias. Por ello, en invierno, había pasado a trabajar con un zapatero. El oficio prometía ser práctico y beneficioso, pero el zapatero no tenía encargos. Eso sí: era filósofo. Se pasaba el día en cuclillas ante la puerta de su ruinoso cuchitril, acodado sobre una mesa baja, leyendo el periódico deportivo. Eran raras las veces en las que alguien le llevaba un par de zapatos para que arreglara la suela o el tacón y, durante semanas, Antonio escuchaba de la mañana a la noche las observaciones filosóficas de su maestro. Como no había forma de vivir de eso, había entrado al servicio de un carpintero que habría trabajado junto a la puerta de entrada de Villa Ricciardi si le hubiera surgido algún encargo. Pero el carpintero tampoco tenía trabajo, así que, durante aquel invierno gélido, maestro y aprendiz se dedicaron a reducir a virutas unas vigas que el primero subía hasta Posillipo, en un carro de mano, desde el almacén sin vigilancia de un arquitecto arruinado, en Agnano. Con las virutas preparaban pequeñas hogueras artísticas para calentarse junto al brasero.

Pero tampoco había forma de vivir de eso, de modo que, al llegar la primavera, Antonio había empezado a recoger, por las mañanas, ciclámenes en el Parco Virgiliano, en la cima de Posillipo. Con ellos hacía pequeños ramos que intentaba vender a los enamorados que subían a la colina en calesas de alquiler para disfrutar de las vistas. La idea no era del todo nueva, y su rentabilidad era más bien ocasional. Por las noches, el padre de Antonio, un albañil en paro, se sentaba a la mesa familiar en el *basso* con los brazos cruzados y pasaba revista a los miembros de la familia; la mayoría de las veces estaban todos, y a veces incluso eran más que la noche anterior, porque durante el día había nacido un nuevo retoño. Pero nadie se

preguntaba en serio por la causa de aquellos aumentos ocasionales. Sabían que la familia no era algo cerrado y definitivo, sino una materia viva: se reproducía, se renovaba, se deshacía y volvía a formarse, como la flora carnosa de las anémonas y las palmas marinas en el acuario de via Caracciolo. A veces, en momentos así, el padre hablaba del futuro de Antonio. Un futuro que se antojaba bastante sombrío.

Un día un hombre había llegado de Milán a bordo de un inmenso automóvil y se había apeado junto al peñón del cabo de Posillipo para observar el ocaso. Era distinguido, corpulento y refinado. Llevaba gabardina y el olor de la brillantina se extendía por el paisaje a su alrededor. Iba solo. Llamó a Antonio y le dio cien liras por un ramo de ciclámenes. Al día siguiente, al atardecer, volvió, pero ya no prestó atención a la puesta de sol, sino que, de inmediato, buscó de nuevo a Antonio. Dijo que había estado pensando y que quería llevárselo a Milán para convertirlo en jugador de tenis. Que le compraría una gabardina, zapatos nuevos y le permitiría vivir en su casa: un palacio con muchas habitaciones y calefacción central. Antonio pidió veinticuatro horas para pensarlo. Por la noche, la familia deliberó largamente sobre la oferta. El albañil no intervino, se limitó a callar. Se acodó en la mesa con sus largos brazos y calló, agotado. Tras un largo día de trabajo uno nunca está tan cansado como tras un día entero de inactividad. Amalia, la madre, suspiraba y freía pescaditos sobre las brasas del humeante hornillo sin decir ni pío. Fue uno de los momentos más difíciles de la vida de la familia. Todos —incluidos los hijos— entendían qué estaba en juego. Finalmente, decidieron no aceptar la oferta del elegante caballero milanés. Pero callaron con amargura. Al día siguiente

Antonio no subió al mirador del peñón y el hombre elegante no volvió a aparecer.

Todo había seguido como siempre hasta que Antonio enfermó; aquello trajo un solemne trajín a la vida de la familia. Pusieron sábanas limpias en el lecho común, en el centro de la covacha, y acostaron al niño febril. En la primera planta vivía un fotógrafo que le prestó al enfermo una camisa y unos calzoncillos blancos. La abuela llegó con un paipay de enea, se sentó en medio del *basso*, junto a la gran cama, y se puso a abanicar al niño. El albañil subió al Vomero, donde en primavera había reparado un muro en el jardín de un boticario, y trajo unos remedios que el boticario le había dado contra el tifus. Por la noche se los hicieron tomar con vino tinto. Pero Antonio siguió con fiebre. Al tercer día ya estaba desvariando. En la amplia covacha, la familia no paraba de atarearse en torno al enfermo. Las visitas llegaban regularmente, se sentaban junto a la cama y conversaban con amabilidad y buen humor. Uno llevó un globo; otro, una docena de caracoles peludos. El hombre que vendía cacahuetes llevó un puñado de cacahuetes. Así pues, cada uno hizo por el enfermo y contra el tifus todo lo que en las condiciones reinantes estaba en su mano. La abuela, con un vestido dominguero negro, se pasó todo el santo día sentada junto a la cama limpia, ahuyentando con el paipay las moscas del niño febril. A pesar de que hicieron todo lo posible contra el tifus, al tercer día el niño deliraba con los ojos desorbitados. Entonces, el hombre que vivía unos escalones más arriba y vendía gafas de colores en la playa a las inglesas que estaban de paso dijo que sería recomendable llamar a un médico. Amalia, la madre, se echó a llorar de rabia al oír semejante estupidez. El padre, que bebía vino tinto sentado a la

mesa frente al enfermo, golpeó el sobre con el puño. Él también se había enfurecido ante aquel consejo tan necio. Todos sabían que había que llamar a un médico, pero el año anterior, en el huerto de la parte baja, la hija de Luisa había enfermado de tifus, y el abuelo —un hortelano al que le gustaba aparentar que tenía dinero— llamó al médico, y éste se presentó y pidió por adelantado mil quinientas liras por cada consulta y cada inyección. El tifus de la hija de Luisa terminó costando cincuenta mil liras y aun así la niña murió. La parentela consiguió reunir el dinero, pero la tragedia —no tanto la muerte como el gasto— era recordada en la zona. Por eso ni siquiera se dignaron a contestar al petulante hablador que había propuesto llamar al médico.

Al cuarto día, Antonio empezó a agonizar. Entonces decidieron que ya era hora de hacer algo.

En realidad agonizaba desde la mañana. Los labios se le habían puesto blancos y tenía los ojos —aquellos brillantes ojos morenos— desorbitados. Ya lo habían advertido por la mañana, pero el día transcurrió como los demás: Amalia limpió el *basso* a conciencia; sobre la cama, bajo la imagen de la Virgen de Sorrento, encendieron una lámpara de aceite. La abuela llegó puntualmente por la mañana y se sentó junto a la cama. Esperaron a las visitas, que fueron llegando a su hora, con sentido del deber. Todos tenían consejos que dar —contra el tifus en general y contra la agonía en particular—, y los exponían mientras los de la casa —con amabilidad, buen ánimo y cortesía— escuchaban. Brillaba el sol. Hacía un calor insoportable. Todo indicaba que el niño moriría antes de la noche. En efecto, después de medianoche empezó a fallarle la respiración. Se acostaron en la gran cama, junto al niño enfermo, como siempre: el

padre a la derecha y la madre a la izquierda. En medio yacía Antonio. También acostaron en la cama, a los pies de la madre, al hijo de apenas dos años, que a veces se despertaba de noche llorando. Siempre dormían así. Tras la medianoche, la madre notó que el niño enfermo ya no ardía, sino que estaba más bien frío y no se lo oía respirar. Despertó al padre y a un tío que dormía en un rincón de la habitación, y que había llegado de visita desde Aversa. Como no podían hacer nada más, se arrodillaron a rezar en torno a la cama. Rezaron por turnos, en voz alta, medio desnudos, con la puerta de la calle abierta. La oración salía a la noche, al silencio de la callejuela. En aquel calor negro y pegajoso las palabras resonaban con una monotonía alarmante. El tío se puso los pantalones —también era de Calabria, de joven había servido en un submarino y las situaciones peligrosas de la vida no le eran desconocidas— y se sentó en el rincón a pensar. Los que rezaban lo observaban de reojo porque sabían que era inteligente. Hacia la madrugada, tras mucho pensar, agarró la mano fría del niño. Antonio aún vivía. El tío dijo:

—Empezad la novena.

Las dos hijas se despertaron. Estuvieron de acuerdo. Todos comprendieron que la situación era seria y que por fin tenía que pasar algo. Acordaron que la novena la empezaría la madre esa misma mañana, abajo, en Mergellina, en la capilla donde estaba enterrado san Nazario. Una de las hijas había propuesto la capilla de los barnabitas, porque estaba más cerca. Pero habían rechazado la propuesta: no confiaban lo suficiente en la capilla de los barnabitas. El niño ya soltaba sus últimos estertores, pero, ahora que por fin tenían decidido qué hacer, todos se calmaron.

El padre volvió a acostarse junto al niño moribundo y se quedó dormido. Amalia, la madre, buscó un vestido y ropa interior limpios porque, por la mañana, quería bajar arreglada a la capilla de Mergellina para empezar la novena. Amaneció temprano: a las cuatro y cuarto de la madrugada ya empezaba a clarear sobre Salerno, tras el Vesubio. Aún no era luz, tan sólo un aliento verde pálido. Luego, primero minuto a minuto y más tarde a intervalos más largos, empezaron a levantarse, flotando, unos suaves velos naranjas, verdes, amarillos y azules, cada vez con tonos más intensos. Desaparecían lentamente en las alturas. La intensidad de los colores crecía cada cuarto de hora, y las estrellas se iban desdibujando ante el ataque de la luz. La brillante estrella del alba ascendió más rápido que las demás. El silencio era apagado, solemne, lleno de tensión y expectación. Hacia las cuatro y media, los faisanes de los alrededores empezaron a llamarse entre sí. Los murciélagos revolotearon inquietos mientras el paisaje se colmaba de luz —hacia las cinco, cuando el sol aún no había aparecido en el firmamento— y, como por arte de magia, desaparecieron en los resquicios entre los ladrillos de cal conchífera que formaban las paredes de las casas. Amalia ya estaba mucho más tranquila. A las ocho de la mañana subió por la callejuela empedrada un señor gordo, de gabardina. Cruzó el umbral y se detuvo mudo en el *basso*, frente a la cama. Lo reconocieron. Era el médico oficial del distrito.

El médico sudaba y fumaba. Cuando todos se despertaron y se levantaron, se acercó a la cama y se inclinó sobre el moribundo. No habló: sabía que hacerlo sobraba. Los demás también callaban, somnolientos, porque sabían que hablar sobraba. El médico examinó los ojos de Antonio, le tomó el pulso, luego —sin decir nada—

envolvió el frío y endeble cuerpo del niño en la sábana y lo levantó. No pesaba mucho. Así, sudando y jadeando, con la colilla en la comisura de los labios y el niño en brazos, bajó lentamente por el largo recodo de la callejuela hasta su automóvil, que lo esperaba en el cruce. El padre y el tío lo siguieron de lejos.

La madre se lavó: quería empezar la novena aseada. El médico metió al niño en el automóvil y se fue. El padre y el tío observaron el coche alejarse desde la esquina.

—*Eh!* —dijo el tío.

Cumplieron la novena escrupulosamente. Cada día a las ocho, un miembro de la familia bajaba a misa en la capilla de San Nazario, rezaba y comulgaba. Ni por un instante dudaron que las cosas acabarían bien, porque sabían que la novena, si se cumplía a rajatabla, siempre ayudaba. Cuando, al noveno día, en la oficina del Ospedale della Pace, en la via dei Tribunali, el funcionario informó a la madre de que Antonio ya no tenía fiebre y de que al día siguiente podría volver a casa, se sintieron orgullosos.

14

Nadie rezó la novena por Pietro, y por eso —o quizá por otro motivo — murió. Murió a las tres de la madrugada, súbitamente. Ya era viejo, no tenía trabajo, hacía de conserje en una villa frente al *basso* donde vivían Antonio y su familia. Tenía una forunculosis generalizada, pero no se atendía. En aquellas semanas, mucha gente sufría de furúnculos en Posillipo. También Raffilina, en las manos y en el cuello. Pasqualino tenía la cara llena de granos. El pescador manco, que entendía del tema, dijo que aquello era cosa de san Juan —era el día de su festividad—, que debía de haberse enfadado por algo.

Cuando murió Pietro, de pronto no pudieron encontrar calzoncillos blancos limpios en la casa, así que lo velaron con la ropa interior que llevaba puesta. Por la noche le lavaron una camisa y unos calzoncillos, y en la madrugada del día siguiente lo cambiaron de ropa. Yacía en una cama blanca, en medio de la vivienda del conserje. Le habían atado la barbilla con una gasa. El barbero de la esquina lo afeitó gratis por caridad. Encendieron una lámpara eléctrica junto a la cama y echaron camelias sobre la manta. Los parientes se colocaron en torno al lecho a esperar a las visitas. Llegaron todos, incluido el casero, un distinguido comerciante de cuero; el barón; varias personas ociosas de las laderas de

Marechiaro y también el hombre que, cada madrugada y cada atardecer, sacaba arrastrando a pasear por las calles de Posillipo a su hijo paralítico, un adolescente de dieciséis años, barbudo y completamente ido. Habían cubierto la cara del difunto con organdí, pero cuando llegaba una visita, una de las mujeres de la familia levantaba el velo, se inclinaba sobre el cadáver, y retorciéndose las manos y con lamentos rítmicos y mecánicos bien aprendidos, se ponía a explicarle:

—Aquí está fulano. Ha venido, y tú ya no puedes verlo...

Se lamentaba de esa forma durante dos o tres minutos y luego se sentaba tranquilamente al lado de la cama y continuaba la cháchara.

Naturalmente, sólo los hombres podían acompañar el féretro al cementerio. Las hijas hicieron como si se lanzaran tras el ataúd, soportando que los hombres las retuvieran suavemente, pero con decisión, y gritando como si deliraran de dolor. Lo hicieron fantásticamente bien, la comitiva quedó satisfecha.

Cuando sacaron el féretro de la habitación, la viuda miraba desde detrás de la ventana enrejada de la cocina de verano. Había vivido cincuenta años con Pietro. Ahora extendió las manos huesudas entre las rejas de hierro y agitó el puño hacia el muerto. Parecía que estaba lanzando maldiciones.

El almirante, el barón, el casero y algunos más acompañaron el féretro hasta la esquina. Al cementerio, en Poggioreale, sólo fueron los parientes. Cuando el coche fúnebre y la comitiva llegaron a la esquina, donde el camino gira hacia el Mausoleo, el barón dijo, encendiendo un cigarrillo:

—Nuestros antepasados, los latinos, en estas ocasiones hacían exorcismos en las casas. Era una costumbre más que acertada.

Ovidio lo relata al hablar de las lemurias romanas. ¿Se acuerda, almirante?...

El almirante asintió con la cabeza temblorosa, como un anciano.

—*Manes exite paterni!* —declaró con voz de pito.

El barón hizo un gesto afirmativo. El sol brillaba. Entonces apareció en la esquina el matrimonio extranjero. El hombre estaba muy delgado e iba agarrado del brazo de la mujer. Ambos llevaban gafas de sol. Caminaban lentamente hacia la bahía.

SEGUNDA PARTE

1

A los santos los colocaban en vitrinas. Pero cuando hubo que reconstruir la iglesia de Santa Lucía, dañada durante un bombardeo inglés, pusieron la figura de la joven santa sobre el altar, sin vitrina. Entonces, al volver a abrir y consagrar la iglesia, la santa empezó a recibir por primera vez muchos visitantes, porque el arzobispo había anunciado dos semanas de indulgencia.

La víspera de la reapertura de la iglesia habían sacado en procesión la imagen de la santa, habían desplegado banderas y por la tarde había habido fuegos artificiales en el puerto. El arzobispo había anunciado que cada fiel que rezara siete días en la iglesia de nuevo consagrada recibiría indulgencia plenaria. Muchos se apresuraron a aprovechar la posibilidad. Más que nada, las mujeres: napolitanas de carnes blandas, piel blanca y pelo negro —no sólo aquellas sobre las que recaían graves y recientes pecados, sino también las demás, las que sólo habían cometido pecados comunes, cotidianos y habituales—, se agolpaban en la iglesia para recibir indulgencia plenaria de forma fácil y rápida. Habían acogido la noticia con esa misma actitud práctica con la que el necesitado pueblo de Nápoles aprovechaba cada ocasión que se le presentaba. Esos días las damas napolitanas se llamaban unas a otras a primera hora de la mañana.

—Querida —piaba al teléfono a las nueve de la mañana la *signora* Mathilda, mujer de un abogado que vivía en via Crispin, al hablar con su amiga, *donna* Nina, que residía más lejos, en el barrio Vomero, y era esposa de un médico—, la llamo tan temprano porque creo que será mejor que no nos veamos en Santa Catalina. No, querida, mejor nos vemos en Santa Lucía. ¿Es que no lo ha oído? Durante una semana dan indulgencia plenaria. Escúcheme, querida. Voy a la sombrerera a las diez, usted salga a las diez y media para la ciudad en el funicular. A las once nos vemos en Santa Lucía. Me pondré ante el pequeño altar de la derecha, allí no suele haber nadie. Estaré sin falta. La espero, querida.

Por lo general, las damas napolitanas se reunían en las iglesias por la mañana, cuando iban a hacer la compra o a la modista. No iban a pastelerías porque eso no estaba bien visto. Cada una tenía varias iglesias repartidas por los distintos barrios, y cada iglesia, un santo particular a quien visitaban por la mañana, entre compras y citas, o al atardecer, cuando Nápoles estaba especialmente triste, ya que todo resultaba ruidoso y desesperanzado. A esa hora, en las iglesias, se encendían lámparas eléctricas ante las vitrinas de los santos, y las damas se encontraban allí con sus amigas o sus galanes. Se arrodillaban, rezaban con un susurro rápido y atropellado y, mientras, cotilleaban en voz baja.

Siempre hablaban de lo mismo: de la vida. El santo las miraba desde la vitrina con la cabeza ladeada. Una dama napolitana educada y de buena familia nunca se citaba con sus amigas ni con sus amantes en un lugar público que no fuera una iglesia.

Pero eran bastante raras las ocasiones en las que se podía obtener indulgencia plenaria tan fácil y rápido, en pocos días y a cambio de

unos pocos rezos. En Roma, la Iglesia sólo ofrecía la posibilidad una vez cada veinticinco años, en el Año Santo. Entonces la multitud inundaba la ciudad desde todos los rincones del mundo y el precio de las habitaciones de hotel se disparaba. Los vendedores ocasionales invadían los alrededores de la basílica de San Pedro, vendían llaves bañadas en oro y todo lo que pudiera necesitar un peregrino: agua bendita, tirantes para pantalones, estampas de santos, objetos votivos e incluso preservativos. Pero sólo sucedía una vez cada veinticinco años. Los napolitanos no tenían en alta estima el Año Santo, y trataban de aprovechar las ocasiones que se les presentaban entretanto.

Si en alguna de las iglesias de Nápoles se anunciaba indulgencia, la gente acudía en masa, como a los grandes almacenes cuando, a mediados del invierno, se rebajan los artículos pasados de moda. Las iglesias siempre estaban llenas, ya que todos temían algo; era un miedo antiguo, acumulado durante miles de años y transmitido por las distintas religiones que se habían sucedido en la región. Temían más que nada a la pobreza; después, a la enfermedad y, finalmente, a la muerte y a lo sobrenatural. Por ello, en las horas en las que el calor o el régimen de vida de los curas permitía abrir las puertas protegidas por polvorientas cortinas, las iglesias se llenaban regularmente de napolitanos arrodillados ante altares o imágenes de santos, o de fieles que se limitaban a sentarse en las sillas de enea en la penumbra. En Nápoles había pocos sitios para descansar sentado un buen rato sin pagar y sin ser molestado. En los bares había que estar de pie junto a la barra. Las cafeterías eran pocas y caras. Los parados —en verano, bajo un calor de justicia, o en

invierno, con un frío que mordía con dientes afilados—, por lo general descansaban en las iglesias de sus idas y venidas.

Las iglesias no disponían de calefacción, pero la penumbra, los gruesos muros, el destello de las velas, el polvo centenario y la falta de ventilación bajo las bóvedas regulaban la temperatura, incluso en invierno. Los pobres lo sabían. En las iglesias sólo se caldeaban las sacristías; allí, el sacristán colocaba un brasero junto al confesionario, ya que los curas de más edad, anémicos y arterioescleróticos, pasaban frío. Los napolitanos pobres sabían, por una experiencia milenaria, cuándo visitar a cada santo, qué esperar de cada uno, a qué precio y con qué condiciones. En las familias de Nápoles este saber pasaba de padres a hijos. Cada familia tenía un santo doméstico. Había además santos de difícil acceso, con fama y autoridad. También estaba el santo oficial de la ciudad, por no hablar de los santos provinciales, a quienes sólo se acudía en caso de percances extraordinarios, de enredos en la vida familiar o en los negocios, al igual que el enfermo visita a una conocida curandera de las afueras porque ya no confía en los consejos de su médico de cabecera. Como en Nápoles los santos estaban tan cerca de la gente, en la ciudad entera y en sus alrededores no debía de haber ningún santo al que le chocara que un napolitano, en situaciones de extrema necesidad, se dirigiera no a un santo local, sino a alguno famoso en la provincia, de moda por un milagro inesperado. Los santos no sólo estaban expuestos en vitrinas en la penumbra ennegrecida por el humo de los siglos, sino que sus retratos y estatuas se hallaban bajo cada portal y en cada local comercial; en las oficinas, en las tahonas, incluso en las salas de los prostíbulos donde las jóvenes recibían a las visitas. Sobre los tocadores de los

burdeles siempre había flores frescas ante la estampa en color o la imagen de algún santo venerado. Por ejemplo, aunque san Felipe Neri no gozaba de mayor aprecio, como tenía un baño termal en Gerolomini, cerca de Pozzuoli, algunos lo visitaban a veces. Al baño iban, sobre todo en invierno, los que padecían de los pies.

Pero todos tenían su propio santo, y la mayoría de las veces su imagen estaba en la sala de estar, ante el espejo, sobre el vidrio que cubría el tablero de la cómoda. La imagen o estatua de tamaño casi natural estaba en la iglesia que llevaba su nombre. Pero no se trataba de una regla estricta. Santa Rita, la patrona de las causas imposibles, no contaba con una iglesia propia en Nápoles. Sin embargo, mucha gente agobiada por alguna crisis, cuando ya no confiaba en su santo doméstico o no podía visitar a la milagrosa Virgen de Pompeya por falta de tiempo o de dinero para costearse el viaje, iba a la iglesia de San Fernando, donde tenían a santa Rita en una vitrina.

2

Rara vez visitaban Roma, a los santos de la capital. Como tampoco iban a Roma al médico o al abogado. Los napolitanos viajaban poco y, si se decidían a hacerlo, iban a Milán, donde era más fácil encontrar trabajo. Pero no buscaban con especial ahínco el amparo de los santos de Roma. Opinaban que en Roma todo estaba demasiado centralizado, era demasiado burocrático y oficial. Pensaban que en Roma, en torno a los santos, todo era tan burocrático como en el Ministerio de Hacienda o de Justicia. Por ello no acudían a los santos de Roma.

En realidad, sólo confiaban en sus propios santos locales, que vivían en total intimidad con las familias napolitanas. Ésos estaban en todas partes: en los *bassi*, en las covachas, en los talleres. También en las casas y oficinas de los cambistas, de los evasores de impuestos y de los contrabandistas de morfina y de cocaína. Y bajo las bóvedas de cristal de la Galleria Umberto, que ocupaba el lugar del antiguo Foro, donde los cambistas, los traficantes de jóvenes de ambos sexos, así como sus intermediarios, que ofrecían napoleones de oro, se afanaban desde por la mañana hasta altas horas de la noche. Esa gente llevaba mucho tiempo, miles de años, trajinando allí. Muchos se asemejaban a Lucio Cecilio Giocondo, el banquero que murió abrasado por las cenizas cuando la lava cubrió Pompeya,

y cuyo busto de bronce estaba expuesto en el museo de Nápoles, en la última sala de la izquierda, junto a las estatuas de emperadores romanos. Algunos cambistas tenían incluso una verruga idéntica a la que tenía junto a la nariz Lucio Cecilio Giocondo. Naturalmente, los cambistas de la era moderna ya no eran paganos. Entre dos negocios, dos compras y dos ventas siempre entraban en la iglesia de Santa Brígida, se detenían ante la vitrina de algún santo —su preferido era san Gerardo—, rezaban y metían en el cepillo un billete doblado que le debían al santo.

En la iglesia de Santa Brígida se decía misa constantemente en alguno de los altares. Siempre había algunos feligreses sentados inmóviles ante algún altar iluminado por velas humeantes. Era una iglesia refinada. Tenía una iluminación y un olor peculiares, aunque a veces —por ejemplo, antes de Pascua, cuando cantaban las letanías de las *Tre ore d'agonia* y en su interior se hacinaban miles de fieles — llegaba a despedir un olor agrio y rancio, insoportable. Pero el resto del tiempo siempre olía a flores. No era la iglesia de la gente más selecta, pero era refinada, una de las trescientas iglesias de Nápoles donde entraba por igual todo tipo de gente: príncipes, contrabandistas, prostitutas y grandes damas. Era distinta, más auténtica que la mayoría de las iglesias napolitanas, que semejaban más bien oratorios construidos en edificios de viviendas y empotrados entre callejuelas. En aquellas iglesias incluso vivía gente: de la ventana del entresuelo donde habitaba el sacristán, justo sobre la entrada, colgaban pañales y calzoncillos puestos a secar, y en algunas hasta olía a comida grasienta porque el cura y el sacristán guisaban allí mismo. Eclesiásticos y legos, y gente a medio camino entre unos y otros, habitaban en esas iglesias secundarias,

perdidas y poco frecuentadas sin llamar la atención, pero con naturalidad: allí, dentro del templo o alrededor de él, los bautizaban, se reproducían, enfermaban y morían. La mayoría de esas iglesias vivía plenamente adherida a la vida en general y a la vida de las casas vecinas. En las callejuelas, junto a las iglesias, no era rara la presencia de burdeles, tabernas y casas de comidas. Y el napolitano, cediendo a los impulsos de la vida y la fe, por la mañana, de camino al trabajo, entraba con la misma disposición en el bar, para tomarse una taza de café negro, dulce y ardiente, y luego en la iglesia, para implorar a un santo del que esperaba algo. Ciertos santos, en ciertas iglesias, despachaban las peticiones de forma distinta a como lo hacían otros santos en otras iglesias, y los napolitanos conocían perfectamente las cualidades y particularidades de cada uno de ellos. Así, por ejemplo, en caso de pleitos legales nunca se dirigían a san Lorenzo, porque no entendía de asuntos de tal índole, sino más bien de querellas familiares. O, al salir de la iglesia, entraban en el burdel vecino por unos minutos. Las iglesias y los santos estaban tan metidos en todo lo que formaba parte de la vida de la gente que la iglesia ya no se veía como un ámbito separado, protegido por derechos extraterritoriales y rodeado de una veneración especial, como ocurría en otros lugares. Por eso los napolitanos entraban y salían deprisa, según el impulso del momento, de iglesias, bares, talleres, casas de comidas o burdeles, obedeciendo a una necesidad pasajera del cuerpo o del alma. Y, en ellos, el cuerpo y el alma no estaban claramente separados. El alma, igual que el cuerpo, siempre tenía sed o hambre, miedo o deseo de algo. Así vivían. Y siempre iban corriendo. En la calle —salieran de una iglesia, del trabajo o de un burdel— se arreglaban con la mano la corbata torcida o los rizos

engominados, revueltos por la pasión de la oración o del amor, por el ardor de los tratos o del trabajo manual. Después seguían su jornada entre iglesias y santos, con la esperanza de que los santos pudieran ayudarlos: avanzaban como termitas por su laberíntico nido. Así vivía la gente en Nápoles. Y los santos lo sabían.

3

Entre las diversas posibilidades, los napolitanos consideraban el milagro como la más probable. El comunismo tenía muchos adeptos, pero lo veían más bien como un medio de presión. Incluso los comunistas, si eran realmente italianos, confiaban sólo en un milagro.

Había un consenso general en que los milagros eran obra de los santos. Pero tampoco es que confiaran demasiado en ellos. La pobreza, cuando viene de muy antiguo, no confía en nada ni en nadie. No obstante, el milagro, como una de las posibilidades de acabar con la desesperación general, formaba parte de su vida. El milagro podía ser simple, cotidiano o complejo, oscuro, enigmático. Pero eran napolitanos, y con sus santos sólo llegaban a acuerdos cautelosos.

Como los santos, más de una vez, surgían de aquellas mismas casas miserables —y a veces incluso habían conocido en persona al que acabaría siendo santo—, los napolitanos no podían verlos sino como a parientes que habían alcanzado una posición extraordinaria en este mundo y en el otro. En toda familia numerosa latía una posibilidad natural y sobrenatural a la vez: que un día, de entre la multitud de críos, alguno llegara a santo. Las madres napolitanas contemplaban siempre a sus ocho o diez hijos con la misma

esperanza con que en otros lugares las madres de familias numerosas esperaban descubrir en alguno de sus hijos o hijas el talento necesario para llegar a músico, escritor o estadista. Del mismo modo, en Nápoles abrigaban la esperanza de que un día el pequeño Giuseppe o Filippino llegara a santo. Esa esperanza rara vez se hacía realidad, pero de tanto en tanto se cumplía. Así pues, sopesaban con calma, sin arrebatos piadosos ni falsos lamentos, quién podía tener madera de santo. Dentro del círculo familiar no se esperaban milagros inmediatos de aquellos candidatos a la santidad. Más bien los observaban con preocupación, con una leve sonrisa, pero muy en serio.

—Este niño nunca llegará a ser santo —le decía de pronto a la esperanzada madre algún visitante; un pariente, quizá, con mala uva —. Ven aquí, Giuseppe —añadía, con aire de entendido, mirando a los ojos al crío, que no paraba quieto—. No, Lionella —sentenciaba escéptico—. ¿Santo este niño? Nunca. Como mucho, beato... — concedía al final, para paliar la decepción materna.

Cuando canonizaron a María Goretti en la basílica de San Pedro, ante su madre y hermanos —y también su asesino, ya excarcelado y convertido en terciario franciscano—, muchos refunfuñaron. María Goretti era la santa de la pureza por haberse resistido a su violador. Pero en Nápoles y Salerno, muchas madres se encogían de hombros. «Mi hija también se resistió», decían mientras la radio transmitía la ceremonia. «Para todo se necesitan contactos», reconocían las más ancianas.

Con los santos se hacían tratos prudentes. No les prometían mucho porque sabían que las promesas debían cumplirse y que, en estos asuntos, los santos no se andaban con chiquitas. Se podía

engañar a todo el mundo, menos a los santos. Por eso prometían con cautela y regateaban largamente. Quien los viera en la penumbra de la iglesia, pensaría que estaban rezando ante las vitrinas de los santos, pero en realidad negociaban y regateaban. Estaban dispuestos a sacrificarse por un milagro, pero querían saber con exactitud qué clase de milagro sería y cuánto les costaría. Durante miles de años, primero en el Foro y luego en las tiendas y en los bancos que ellos mismos habían inventado, en templos donde unos dioses sustituían a otros a medida que se inventaban dioses nuevos, habían mezclado sin cesar la oración con el cálculo: las nuevas cifras, el crédito, el interés, el préstamo lombardo, la letra de cambio; lo natural con lo sobrenatural. Esa práctica cotidiana, perfeccionada durante milenios, les había enseñado a tratar con cautela a los santos.

Había que andar con cuidado con cada palabra. En Nápoles era bien sabido que san Genaro, el santo patrón de la ciudad, nunca decía que no. Según otro dicho, los milagros no se repetían nunca. Sabían que no bastaba con pedir y prometer, y tampoco con cumplir lo prometido. Este peculiar regateo, la negociación con los santos, era una de las operaciones más confidenciales de su vida, y sin embargo no la mantenían en secreto. Requería mucha práctica, experiencia y unos conocimientos concretos. Como no creían en nada de manera incondicional, porque eran paganos y pobres, también creían con cautela en los santos y los milagros. Se detenían ante la vitrina donde los curas habían puesto al santo y se quedaban un rato mirándolo fijamente, con los ojos vidriosos y atentos. Un extraño que entrara por casualidad en la iglesia pensaría sin duda que estaban rezando. Pero en realidad hacían cálculos. Los hacían

con la mirada fija y los labios moviéndose en silencio. Luego, de pronto, extendían la mano, tocaban con dos dedos el cristal que separaba al santo del mundo exterior, se rozaban con la punta de los dedos la comisura de los labios, se arrancaban de allí una especie de beso pegajoso y viscoso de saliva, y lo estampaban en el cristal, a los pies del santo. Todas las vitrinas que albergaban santos estaban llenas de aquellas pegajosas huellas de dedos. Luego, con rapidez, de forma caótica e irregular, se persignaban varias veces, trazándose cruces en la frente, en los labios, en el pecho, a la altura del corazón; trazándolas incluso en el aire. A continuación volvían a mirar de frente, fijamente. Era una mirada inconfundible. Sólo sabe mirar así quien mira lo sobrenatural. A veces se daban empujones ante algún santo en boga, porque también importaba que quien exponía su asunto le hablara al santo desde un ángulo determinado y desde una posición ventajosa. Si uno se ponía de lado, el santo podía no verlo, y entonces no atendería sus ruegos. De modo que se esforzaban por colocarse enfrente o —con habilidad y conocimiento del terreno— se situaban hacia donde apuntaba la mano del santo, levantada y extendida para la bendición. De esta forma, cabía esperar alguna pequeña ventaja de aquella bendición mecánica, impersonal y general.

Los curas sabían todo aquello. Los curas y los fieles sabían unos de otros cosas de las que no se hablaba en el confesionario. Y así como el sacristán salía, antes de misa, a tocar la campanilla en la callejuela a la entrada de la iglesia napolitana —como el saltimbanqui que anuncia el comienzo de la función—, también los curas sabían que, bajo aquella luz que iluminaba su vida y penetraba incluso en la penumbra de las iglesias, el sentimiento religioso no

era el mismo que en la Europa al occidente y norte, entre sombras. Lo barroco, lo chillón, lo dorado, los azules vivos, los rojos cinabrio y los amarillos canario de la calle y el mercado se infiltraban también en las iglesias. Los curas vestían a los santos con colores vistosos, para que atrajeran las miradas y causaran mejor impresión. Había santos vestidos con hábitos pobres y desvaídos, pero sólo los veneraban unos pocos, más que nada gente excéntrica. A la mayoría de los santos los vestían con una abigarrada policromía de payaso. Los fieles rodeaban las vitrinas de sus santos más queridos con todo tipo de objetos ofrecidos en momentos de peligro.

En la via Santa Brigida, a la derecha de la entrada, estaba san Gerardo; nadie sabía con exactitud de dónde venía ni cómo había llegado a ser santo. Sólo sabían que no había sido sacerdote, pero que ahora era santo. No obstante, muchos acudían a él, sobre todo los marinos y los extranjeros. También iban a verlo militares y funcionarios públicos de cierta edad. Era un santo enclenque, de rostro huesudo y rasgos asiáticos, que miraba al cielo como a punto de desvanecerse y extendía la diestra con un gesto que era mitad bendición, mitad reprobación y rechazo. Llevaba ropa ajada, una túnica negra y polvorienta. Los fieles habían llenado su vitrina con objetos devotos. Había de todo: una calavera, un abanico de marfil con la seda descolorida, muchos relojes de pulsera de níquel baratos, una brújula de navegación, una antigua espada de caballería, una fusta de montar, unos prismáticos, sortijas y pendientes baratos, cuentas de coral, medallas al mérito con cinta de seda, diplomas de nombramiento escritos en pergamino y atados con cintas, una pluma estilográfica, un diente de oro. Alrededor de los pies del santo, el interior de la vitrina parecía el puesto de un

chamarilero en el mercado semanal de Salerno. Los cambistas también solían acudir a él antes y después de cerrar un negocio.

4

Querían un milagro rápido, seguro, para ese mismo día o para una fecha concreta. Por eso regateaban con el santo incluso en público, murmurando en voz apenas audible. Exponían las cosas con claridad. Y, como no siempre pedían ayuda para asuntos honrados, al santo no le quedaba más remedio que guardar silencio. Recurrían a él contrabandistas del puerto, traficantes de personas y toda clase de gentuza harapienta, grasienta, apestando a pescado. Pero también lo hacían damas muy finas, envueltas en nubes de perfume, que se arrodillaban entre los vagabundos dejando al descubierto las pantorrillas embutidas en medias de nailon. Sin lugar a dudas, ser humano era tremendamente duro. El santo callaba.

La gente no sólo pedía que se curara el niño enfermo, que Lucia regresara con su amado, que el Estado concediera una pensión a un padre anciano o que el hijo recluta escribiera desde lejos cartas diciendo que estaba contento. Con peticiones así, útiles o virtuosas, pero posibles por sí mismas, no valía la pena molestar a los santos. Eran napolitanos y, en el fondo, con su experiencia milenaria, sólo entendían de dos cosas: de milagros y de dinero en metálico. Ambas escaseaban en sus vidas, así que calculaban con cautela qué milagros pedirles a los santos y qué suma ofrecer en caso de que se cumplieran.

Los que no ofrecían dinero, sino que trataban de pedir milagros a los santos con promesas piadosas —«Estaré dos semanas sin fumar, dominaré mi pasión amorosa, pediré perdón a los que he ofendido...»— sabían que promesas así apenas impresionaban a los santos. No eran del todo inútiles, pero no constituían un verdadero sacrificio. Sólo había una clase de sacrificio real, uno que llegaba a la carne y al hueso, al meollo de la vida: decidirse y pagar con dinero en efectivo, con billetes de banco. La suma también importaba. Sabían que no bastaba con meter en el cepillo algún billete pequeño, a modo de símbolo. Tampoco estaba bien visto ofrecer billetes rotos, porque en la práctica diaria un billete así valía algo menos que uno intacto. Había que entregar billetes limpios, poco arrugados, y una suma en justa proporción con el valor del milagro o de la ayuda que se pedía.

Si uno encargaba un milagro mayor, debía pagar mucho, una suma que le doliera al donante. Había que dar lo suficiente para que doliera ese mismo día, al instante. Ricos y pobres estaban igualmente obligados a ofrecer un donativo piadoso y doloroso. El santo sabía que a los ricos les dolía más dar dinero que a los pobres, porque eran tacaños por naturaleza; de otro modo no serían ricos. Además, los ricos sabían que con dinero en efectivo —sin la intercesión del santo— se podían comprar muchas cosas con las que los pobres ni siquiera soñaban. Cosas que a ojos de los pobres equivalían a milagros. Por eso a los ricos les costaba más pagar por un milagro que a los pobres. Pero ellos también terminaban pagando, porque sabían que, de lo contrario, el trato hecho con los santos no tenía validez.

Pero, como los santos no se quedaban con el dinero —por la tarde los curas lo sacaban del cepillo—, podían seguir siendo objetivos. Dentro del triángulo formado por los fieles, los santos y la posibilidad del milagro, el valor de la suma tenía una importancia casi mística. Naturalmente, en este peculiar mercado negro celestial nada tenía un precio fijo, establecido. No se podía decir que tal o cual milagro costara tanto o cuanto. La necesidad, la situación económica y social del feligrés, la naturaleza del milagro deseado e implorado, y luego los casos particulares, cuando también los no creyentes, a regañadientes, se veían obligados a solicitar la ayuda de los santos: todo eso determinaba el precio de un milagro. Por eso el regateo con el que se dirigían a los santos tenía cierto carácter astuto y comercial. Al mismo tiempo, sabían que aquello no tenía nada que ver con la fe.

Sabían que la fe sólo valía si ardía, como el amor o la ira. Si era espontánea, fiera, inquieta y desconfiada. La fe —lo sabían en cuerpo y alma— sólo podía ser humana. Pero así como la ira verdadera, la gran pasión y el verdadero amor eran fenómenos raros en la vida —la mayoría tenía que conformarse con riñas quejumbrosas, baratijas de la pasión y platos de segunda en figones amorosos—, también eran raros los grandes momentos en los que el hombre se dirigía a Dios sin intermediarios y sin regateos. Lo sabían. Por eso se acercaban a los santos con humildad, avergonzados, porque la mayoría de las veces pedían milagros humanos, miserables y deformes. Que el curso del dólar canadiense subiera al día siguiente en el mercado negro. Que la penicilina hiciera efecto y al día siguiente se curaran de la enfermedad venérea contraída la víspera en una callejuela. Que su rival comercial o amoroso muriera

de difteria de forma imprevista y sin sufrir demasiado. Esto último no era un milagro elegante ni sublime, sino un deseo humano natural.

En asuntos así había que llegar a un acuerdo con los santos de una forma distinta que con el contrabandista de divisas, el médico de enfermedades venéreas o algún asesino a sueldo de la mafia que estuviera sin trabajo. Porque la mafia aún existía, humeaba con ascuas turbias en el fondo de las covachas. Las autoridades lo sabían. También los santos. Pero de aquello sólo se podía hablar con los santos. También se podían pedir milagros a plazos, pero había que cumplir escrupulosamente las fechas de pago. El santo callaba. Todo aquello era complejo e incomprensible para los no creyentes.

A los curas les besaban la mano. Pero, por lo demás, cuando hablaban de ellos se encogían de hombros. En la administración de lotería estaban uno al lado del otro el feligrés y el cura; ensalivaban con preocupación la punta del lápiz y se daban consejos al rellenar el boleto.

Había iglesias ruinosas, a punto de venirse abajo, dañadas durante la guerra. En la sacristía de aquellas iglesias abandonadas, entre piedras polvorientas, junto a la entrada, había viejos curas sentados como arañas en la penumbra. Por las mañanas, esos curas viejos y desaseados abrían sus iglesias ruinosas como comerciantes chapados a la antigua que levantan la persiana de una tienda en una callejuela apartada, donde venden artículos baratos y pasados de moda. En esas iglesias abandonadas nunca sonaba el órgano. Tampoco se gastaba en velas. Sólo decían misa una vez al día, a primera hora de la mañana, más bien como pretexto para mantenerlas abiertas. Casi nunca iba nadie a confesarse, y para

casarse hasta los más pobres buscaban alguna iglesia más hermosa y con más vida.

No obstante, el sacerdote abría cada mañana la iglesia en ruinas, se sentaba en la sacristía y esperaba. La mayoría de las veces se sentaba de tal modo que desde su escritorio pudiera ver la estatua de san Antonio, porque, entre todos los santos, san Antonio seguía siendo el más visitado incluso en esas iglesias abandonadas. El sacerdote leía el periódico y esperaba. Cuando llegaba un feligrés, se levantaba y se asomaba desde detrás de la cortina de la entrada. Pocas veces iban extraños a esas iglesias. El sacerdote sabía que aquel san Antonio pobre, de ropa sucia y harapienta, sólo recibía la visita de los más necesitados, que rara vez daban más de cinco liras o, como mucho, diez. Pero de cuando en cuando entraba algún extraño que pagaba más. También acudían ateos, pálidos y avergonzados, que entraban a hurtadillas para pedir la intercesión del santo y no querían que nadie de sus conocidos los viera. Ésos a veces pagaban mucho. En ocasiones se presentaban mujeres que sólo llevaban flores al santo.

A mediodía, el sacerdote vaciaba el cepillo. Por las tardes nadie entraba en esas iglesias pobres, maltrechas, arruinadas y ruinosas, que no podían competir con los famosos templos de moda del centro y no ofrecían nada especial. Ni siquiera tenían sacristán. A mediodía, el sacerdote cerraba personalmente la puerta de rejas de hierro con un viejo candado oxidado y colgaba un letrero indicando dónde se podía solicitar la extremaunción para los moribundos. Luego se iba.

Pero esos santos indolentes, recluidos en iglesias solitarias, polvorientas y abandonadas, a veces llegaban a ser muy poderosos. Los excéntricos buscaban santos baratos y olvidados en las iglesias

destartaladas igual que los expertos en arte y antigüedades husmean cuadros valiosos entre los cachivaches de mugrientas tiendas de artículos usados, en casas llenas de sábanas tendidas. Ante un harapiento san Francisco de Sales o un san Juan Bosco de mano rota, a veces se detenían vagabundos de pelo engominado y cuello desabrochado, con las manos cruzadas sobre el corazón. Sus ojos lanzaban una luz fija y exaltada hacia la figura de cera, y sus labios se movían sin sonido. Tal vez era gente que no se atrevía a entrar en iglesias fastuosas ni a rezar a santos de moda. Rezaban en éxtasis y sólo se atrevían a hacerlo ante las jaulas polvorientas de santos harapientos. Para ellos, esos santos olvidados de las callejuelas eran los patronos más poderosos.

El santo se sentaba a la mesa familiar, participaba en las querellas cotidianas igual que los frailes mendicantes. A veces corría la voz de que algún santo había dado una señal. Un pescador que arrastraba las cuerdas de su red a mediodía, en la costa de Mergellina, relataba de forma convincente que una tarde, en la iglesia desnuda y sin adornos de San Pietro di Maiella, mientras rezaba, de pronto se habían encendido las guirnaldas de bombillas eléctricas sobre la cabeza de san Antonio, la iglesia se había llenado de luz y el órgano había resonado con estruendo. Todos sabían que aquello no podía ser una «casualidad». Pero esas señales rara vez iban seguidas de milagros inmediatos, de giros afortunados en la vida. Los deseos y los ruegos no se cumplían enseguida. Era sólo una señal. La señal indicaba que el contacto entre el hombre que imploraba y las fuerzas sobrenaturales se había producido, nada más. A quien le sucedía algo así no estaba salvado todavía, pero podía abrigar una esperanza. Sólo significaba que los santos a veces enviaban

mensajes. Los milagros, con frecuencia, se hacían esperar, y también podía ocurrir que no llegaran nunca: el santo cambiaba de opinión, o el hombre que imploraba no merecía el milagro. Había que contar con esa posibilidad.

A veces, cuando se cerraba el trato y se depositaba la suma en el cepillo, pero luego no sucedía nada, al día siguiente o al tercer día el implorante volvía a la iglesia, se detenía ante la vitrina del santo y rezaba con reproche. Otros preferían no pagar toda la suma ofrecida y daban sólo un anticipo. Otros sólo prometían; y cuando se producía realmente el giro afortunado y el santo cumplía lo que se le había pedido, volvían, murmuraban mentiras con gestos sospechosos, se resistían y regateaban, tratando de rebajar algo del valor del sacrificio ofrecido en un momento de necesidad. Todo el mundo sabía que esos estafadores acabarían mal.

5

Los sacerdotes también callaban. Y no sólo los viejos sacerdotes mendicantes, sino también los grandes hombres de Iglesia, los obispos y arzobispos más célebres. Hasta el papa parecía guardar silencio. A veces hablaba, soltaba palabras altisonantes y la radio retransmitía su discurso; pero, por lo demás, un gran silencio rodeaba al papa y a los curas en las iglesias. En aquel papa, la carne era ya sólo un ropaje ligero. En todo su ser y en su sufrimiento había algo doliente. Los que lo veían de cerca decían que no estaba sano, que tenía el rostro demasiado pálido.

A mediodía, en la pastelería Caflisch, tomando un vermut, el periodista del diario matutino comentó:

—Este papa es un ciudadano. Un ciudadano romano. —Se sentaban allí cada mediodía. La noche anterior había llegado a puerto un barco procedente del Lejano Oriente. Traía a refugiados rusos. Habían huido de Rusia, de los bolcheviques, treinta años atrás. Se establecieron en China y se dedicaron a vender pieles. Se habían enriquecido y se creían completamente a salvo. Ahora volvían a huir, otra vez de los bolcheviques, desde China. El periodista del diario de la mañana había estado en el puerto al amanecer y había hablado con ellos. Continuó—: Este papa no será santo, es demasiado inteligente. Le falta la santa ingenuidad.

—No todos los santos son ingenuos —observó el columnista de hípica.

—Todos los santos son alegres —terció el vendedor de gemas—. Y este papa sonríe muy poco. No creo que sea alegre. Por eso no llegará a santo.

—Hoy en día es difícil que un cura llegue a santo —prosiguió serio el periodista—. ¿Qué vemos cuando subimos a Camaldoli, donde viven los frailes contemplativos? —extendió los brazos hacia la colina, como un orador—. Vemos a sacerdotes, a veinte sacerdotes que guardan silencio. Viejos, con barba blanca y hábito blanco. Subí el otro día. —Se rascó la barbilla—. Allí arriba el aire es frío, alpino. Desde los jardines del monasterio se divisan Gaeta, Formia y toda la costa del mar Tirreno. Los frailes viven en pequeñas casas. Vi a uno muy viejo que se arrastraba hasta el altar ayudándose de un bastón. Apenas podía caminar. Ante el altar cayó de rodillas. Se necesita mucha fuerza para que, en un sitio así, con ese ambiente, uno conserve la agilidad del alma —añadió solemnemente—. En la mayoría de los casos, esa forma de vida conduce a la pereza, a una especie de automatismo y de locura. Ser santo en una gran ciudad, entre gente pecaminosa y tentaciones tan emocionantes, no es difícil. Uno ve enseguida cuánto vale aquello a lo que tiene que renunciar. Es mucho más fácil que ser santo en un monasterio donde guardan silencio todo el día.

—Debe de estar bien eso de callar por deber institucional —comentó el columnista de hípica.

El sol centelleaba sobre los adoquines de la via Partenope. Y en el mar parecían arder chispas de bengalas. El Castel dell'Ovo, la fortaleza-tesoro de Federico II, brillaba bajo la luz con sus piedras

mugrientas. La gente de Nápoles pasaba por la amplia avenida en coches de punto: en cada coche se apelotonaban ocho o diez niños, todos riendo y chillando; no sólo los niños, también el cochero, hasta el caballo. Delante de la pastelería, unas inglesas sentadas a las mesas miraban turbadas la luz. El periodista, el columnista de hípica y el vendedor de gemas se pusieron gafas oscuras porque el sol les quemaba los ojos. Pensaban con envidia en quienes sabían callar.

—No están siempre callados —repuso luego el periodista, con resquemor y mala intención—. Los he espiado. He visto que a veces charlan e incluso se ríen. Es como si un artista del ayuno interrumpiera de vez en cuando su número para zamparse de noche una rodaja de salchichón al ajo.

—La Iglesia calla —sentenció el vendedor de gemas, que era socialdemócrata.

—El padre Lombardi ha hablado —objetó el periodista.

—¡El padre Lombardi! —saltó el columnista de hípica—. Acaban de mandarlo a América del Sur por hablar demasiado.

—Lo escuchaban cien mil personas —apuntó el vendedor de gemas.

—Doscientas mil —precisó el columnista.

—Serían unos mil los que lo escuchaban —corrigió el periodista con aires de superioridad—. Yo también lo escuché. Habló aquí, en San Francesco di Paola —hizo un ademán de desprecio—. En la iglesia habría unas mil personas. O diez mil a lo sumo —agregó condescendiente—. Habló sobre la pobreza y la riqueza.

—Ajá —soltó con sorna el vendedor de gemas.

Volvieron a reír, nerviosos. Hablaban en la luz como las gaviotas chillando sobre el mar. Hablaban como los insectos zumbando

cuando, al volar, el sol les baña en oro las alas. Hablaban como mariposas suspendidas en la luz.

—Últimamente también callan los santos —afirmó el periodista.

—Ya sólo hablan los políticos —dijo el vendedor de gemas—. Pero los santos nunca se ofenden. Ése es el secreto.

El periodista empezó a silbar. Estaban sentados al sol con las piernas estiradas. Se sentían embriagados por la luz, como les suele pasar a los napolitanos a principios de la primavera. Así, embriagado aunque sobrio, el periodista refunfuñó:

—Nunca hay que ofenderse. ¿Qué sería de nosotros, los italianos, si nos ofendiéramos? Hay que aceptarlo todo y sonreírle a todo el mundo. Hay que sonreír con orgullo y cortesía, y aceptar las cosas con generosidad. Uno no puede estar siempre esperando milagros.

Se miraron serios y observaron a los transeúntes. En sus ojos brillaba una ebriedad helada, como si hubieran tomado morfina. Se observaban unos a otros y miraban el mundo con un embelesamiento sobrio, con la mirada de una razón embriagada de sí misma.

Al oír la conversación, las inglesas empezaron a lanzarles de vez en cuando miradas turbadas. Un limpiabotas se acurrucó ante la mesa y empezó a abrillantar los zapatos del periodista. Era un hombre mayor, desdentado, y llevaba una sucia gorra de marinero americano. Llevaba a la espalda la caja, con el betún y los cepillos. Era uno de esos limpiabotas ambulantes y ocasionales que callejeaban por Nápoles sin rumbo fijo y a veces tamborileaban con una vara en el costado de la caja que les colgaba del hombro. Tenían un rango inferior al de los limpiabotas napolitanos de casta, que sentaban a sus clientes en butacas pesadas, tachonadas de

latón, como si fueran tronos. Aquellos tronos con incrustaciones negras y amarillas procedían de los tiempos de la ocupación española. Había en ellos dignidad, una pompa sombría y una grandeza casi desfallecida. Quien se acomodaba unos minutos en un trono así, mientras le limpiaban los zapatos, podía sentirse como un virrey español. Pero el limpiabotas ambulante vivía de los desperdicios del oficio. El periodista esperó con paciencia a que sus zapatos empezaran a brillar y entonces le arrojó al hombre dos billetes de diez liras y un cigarrillo. Pero el limpiabotas no tenía prisa. Los zapatos brillaban ya, pero él se llevó el pie del periodista al corazón, empañó el zapato con el aliento y se puso a acunarlo como si no pudiera separarse de una criatura querida y conmovedora. Mimaba aquel pie como si hubiera encontrado un bebé abandonado en la calle. Abrazó los zapatos, volvió a acariciarles la punta con un trapo de terciopelo rojo. Luego encendió el cigarrillo y se alejó con pasos indecisos. Dio unos pasos, volvió la cabeza para observar de nuevo los zapatos, como quien se despide tristemente de la experiencia de un encuentro inolvidable.

—El que es realmente humilde —observó inesperadamente el columnista de hípica— no se conforma con lo que le da la vida. Creo que los santos de verdad a veces incluso se quejan.

—Es posible —replicó en tono serio el vendedor de gemas—. Probablemente besar la mano de los leprosos no sea tan difícil como besar la de una princesa arrogante que no paga sus cuentas puntualmente.

—El mundo es un gran regalo —declaró el periodista, y se desperezó. Escupió la colilla al suelo. Estiró orgulloso los pies con los

zapatos ya relucientes—. Hay que aceptarlo tal y como es. Hay que ser magnánimo y aceptarlo.

Una escuadra de la flota mediterránea de Estados Unidos entraba en el puerto de Nápoles. En el centro iba un portaviones; a su alrededor avanzaban lentamente los cruceros. Los hombres observaron el desfile parpadeando, con miradas entendidas tras sus gafas de sol. El periodista, a quien la flota parecía haberle traído algún recuerdo, preguntó:

—Esos ingleses que son polacos... ¿siguen aquí?

El columnista de hípica se encogió de hombros:

—¿Los del olor de santidad?...

—No tenían olor de santidad —repuso serio el periodista—. Están bajo observación. En la jefatura de policía aseguran que el hombre quería salvar al mundo...

—No sé —dudó el columnista de hípica—. La gente que quiere salvar al mundo no permanece mucho tiempo en un mismo sitio. O los encarcelan o los expulsan. A saber dónde andarán ahora —añadió nervioso.

En los mástiles de los buques americanos revoloteaban banderas multicolores en la luz dorada y azul. Luego, de pronto, la luz se apagó, el mar encaneció y empezó a escupir espuma verde y gris. El viento frío procedente del Vesubio invadió la ciudad, las palmeras, la gente, las casas donde las manillas de las puertas no cerraban bien y había que encadenar las hojas de las ventanas para que el viento alevoso no rompiera los cristales. La tramontana mordía a todo el mundo en los tobillos y les arrancaba un siseo. El mordisco del frío napolitano tenía un efecto hilarante, como cuando un perro faldero muerde la pantorrilla de un transeúnte desprevenido; pero dolía

igual que la mordedura de un perro lobo. Las inglesas giraron la cabeza desconcertadas. En ese instante sintieron lo que sienten en Nápoles todos los extranjeros con el paso del tiempo: una perfidia sonriente y amable, y una melancolía sofocante que grita ronca a los extranjeros desde el ruido y la luz.

Empezaron a tener frío. La luz se desvaneció, la flota llegó por fin. Los hombres bostezaron. Las inglesas, sentadas junto a sus vasos llenos hasta el borde de vermut, observaron la flota con la mirada alarmada. Los vendedores de tarjetas postales, las mujeres, los chicos, los vendedores de plumas estilográficas falsificadas y los cambistas ambulantes ilegales formaron una cola en via Partenope, junto a la barandilla del paseo marítimo, a la espera de los marineros. Los proxenetas permanecían algo apartados, pero llenos de solemnidad, como los miembros de un gremio ancestral. Esperaban pacientes en medio del viento ululante y del crepúsculo que se había colado de improviso en lugar de la luz. Todos aguardaban.

6

De madrugada granizó y las bolas de hielo rompieron los paneles de cristal de la cúpula de la Galleria Umberto. Para los desempleados fue una buena noticia, pero no tanto para la gente que se agolpaba y trapicheaba por la zona del Foro, ni para los cambistas ni para los traficantes de cocaína. No dejaban de pasar cosas, pero el pueblo empezaba a impacientarse.

En los primeros años de la posguerra, el gobierno había logrado aplacar esa impaciencia con el argumento de que aún no había llegado el momento de que la vida del pueblo diera el ansiado giro favorable; antes había que retirar las ruinas de la guerra y los restos del fascismo. Y, en efecto, algo se había hecho. En el puerto habían apilado los ladrillos de los almacenes bombardeados, se habían construido numerosas estaciones nuevas y se habían tendido puentes sobre los ríos. En el Parlamento se habían aprobado leyes que permitían juzgar debidamente el pasado fascista. El pueblo observaba y esperaba. Como no podía hacer otra cosa, vivía, se multiplicaba, observaba y esperaba. De vez en cuando se formaban partidos políticos que, durante breves períodos, levantaban un eco ruidoso. Se construían muchas cosas con la ayuda de Estados Unidos, pero el pueblo esperaba algo más tangible, una ayuda más

personal. En realidad, nadie habría sabido definir con exactitud qué esperaba...

Una tarde, bajo la bóveda formada por las copas de los eucaliptos de Posillipo, el barón hizo una observación al almirante:

—Cuando estuvo en Egipto —dijo—, Napoleón se llevó consigo tres libros de «política»: el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y el Corán... ¿De qué partido cree que sería hoy Napoleón, almirante?

Y se pusieron a pensarlo.

7

Los terremotos solían ocurrir de noche. Hacía décadas que en Nápoles no se había producido un terremoto grave, de los que derrumban casas y palacios. Al terminar la guerra, cuando el Vesubio entró en erupción por última vez, la tierra apenas se estremeció. Pero había pequeños temblores, sacudidas leves que llegaban casi siempre hacia las tres de la madrugada.

En los matorrales y bosquecillos de Posillipo, lo primero que anunciaba que algo sucedía en las entrañas de la tierra o en el fondo del mar eran los gritos roncos de los faisanes. Los faisanes, como las aves en general y los animales domésticos, las vacas y los perros, poseen una especie de instinto para presentir los terremotos. El grito de los faisanes, esa señal que anunciaba que algo malo iba a ocurrir, resonaba de pronto en mitad de la noche. Lo oía tanto la gente que dormía en los callejones de Nápoles —el pueblo de los *bassi*— como los príncipes y los altos prelados que dormían en los palacios. En mitad de la noche, las palomas empezaban a arrullar en los callejones, avisando de que algo sucedía.

Pero ante aquella señal los napolitanos de las callejuelas y de los palacios se limitaban a darse media vuelta en la cama. Como todos los que nacen a los pies de un volcán, sabían que el peligro formaba parte constante de su vida. Esos pequeños terremotos, habituales,

propios de la primavera, rara vez derrumbaban edificios. Por lo general, sólo balanceaban suavemente las lámparas del techo en las habitaciones. O, por la mañana, la puerta de un armario ya no cerraba porque durante la noche se había desplazado unos milímetros de su posición original. Pero al cabo de una semana volvía a cerrar, porque el suave desequilibrio invisible, aunque siempre inquieto, de la tierra o del mar la había devuelto a su sitio.

Los temblores leves se originaban y se propagaban constantemente en el centro del Mediterráneo, donde había un volcán submarino e invisible, pero siempre perceptible; el Etna, el Vesubio, el Stromboli, la Solfatara y el Epomeo, que parecía extinguido, no eran más que chimeneas de aquel horno oculto en las profundidades. Cientos de generaciones habían percibido esas vibraciones. Estaban acostumbrados a ellas, habían construido su vida, sus casas y sus planes sobre aquellos mensajes subterráneos. Estaban al tanto incluso mientras dormían.

Y sabían que la política y todo cuanto hacían los seres humanos no eran más que oscilaciones de péndulo sobre aquella profunda inestabilidad en la que habían cimentado su vida. Los curas permanecían casi inmóviles sobre el suelo tembloroso, con los brazos en cruz y la mirada vidriosa. El pueblo les besaba la mano y seguía su camino. Ya no esperaban un milagro de los curas. No es que éstos los hubieran decepcionado; hacía dos milenios que conocían de cerca su naturaleza humana, sus debilidades y la esencia de sus instituciones. Sabían que de ellos ya no podían esperar milagros. Su destino, aquella miseria congénita impregnada de sol, se hundía con todo su peso en el suelo de lava, como los bloques de mármol con que los griegos habían construido sus

templos en la costa. Sólo un milagro podía mover un destino tan pesado. Y de los curas ya no lo esperaba nadie.

Su inteligencia resplandecía como la luz en la que vivían. Y ese resplandor los hacía desgraciados y desesperados. A veces se desplomaban sin previo aviso, y entonces miraban al cielo, mudos, sin sentido, con los ojos en blanco, como quien comprende de pronto el destino y ya ni siquiera se lamenta.

Aquel día en que la granizada hizo añicos los paneles de cristal de la cúpula de la Galleria Umberto, los desempleados comunistas convocaron una manifestación en la via Roma. Se congregó una gran muchedumbre, casi tanta gente como en la procesión del Corpus, cuando media ciudad desfila por el centro de la calzada con los hábitos de las cofradías y la otra mitad contempla el paso desde las aceras. Los policías acompañaban en silencio el desfile de los manifestantes. Soplaba un viento frío, y sobre Nápoles cayó una gelidez inesperada y caprichosa, un invierno improvisado que hizo estremecerse a los animales, heló a las personas y a las mimosas florecidas antes de tiempo, porque no había forma de escapar de aquella luz fría.

En la esquina de la via Roma, al comienzo de una de las callejuelas, tres chiquillos harapientos habían improvisado una hoguera con virutas de madera blanda encontradas entre la basura del puerto. El fuego iluminaba sus rostros sucios y radiantes. Cuando se inclinaban sobre las llamas y tendían las manos pringadas hacia el fuego crepitante, les caían sobre la frente los rizos grasientos. Se reían a carcajadas, con los ojos brillantes como las chispas que saltan de la leña encendida.

La multitud de desempleados se detuvo y todos se echaron a reír. La risa centelleante de aquellos chiquillos era irresistible. Los manifestantes se contagiaron de ella como de una epidemia imparable de tifus o de gripe. Los niños se reían hasta ahogarse, bajo el cielo azul oscuro, en medio de los desempleados, a la luz rojiza de las llamas, como si por fin pudieran reírse sin freno. Se reían con el pelo al viento y los rostros sucios iluminados por los reflejos rojos de las brasas. Se reían enseñando los dientes blancos, feroces y triunfantes.

La multitud se había detenido. Reían los manifestantes y reían también los policías. Nadie sabía por qué. Reían llenos de nerviosismo y tristeza. Los chiquillos se inclinaban sobre el fuego, se golpeaban la barriga con las manos negras de suciedad y se reían con lágrimas en los ojos.

En tardes así, los napolitanos a veces encendían la lumbre. No dentro de casa, sino delante de ella, ante la puerta siempre abierta del *basso*. Construían la diminuta hoguera con arte y dedicación, echando virutas blancas y finas, y avivaban con un fuelle el fuego chispeante. Cuando por la tarde esperaban visita, siempre encendían la lumbre. No caldeaban la casa, sino el palacio, el mar y la costa bajo el cielo oscuro, el palacio invisible bajo cuyas columnas y bóvedas vivían. Caldeaban el mundo que era suyo. Ya no les quedaba otra cosa.

8

De vez en cuando se detenían al borde de la acera y miraban en silencio. Miraban como miran todos en el Sur: con mucha atención, dispuestos a asumir todas las consecuencias. O entraban en una tasca con un saco lleno de basura a la espalda, se paraban ante la barra, se tomaban lentamente un vaso de vino y luego se quedaban observando con sus brillantes ojos morenos. Miraban sin queja, sin reproche, mudos y sin piedad. Su mirada callaba por sí sola. Sabían que hablar estaba bien, pero no merecía la pena. Para ellos, callar era una forma especial de placer. Pero también una venganza. El que habla regatea y al final se cansa y se conforma. Quien calla hasta las últimas consecuencias no quiere conformarse, porque busca justicia y venganza.

A veces ante los cines había mujeres despeinadas y harapientas. No mendigaban; simplemente observaban. La gente mejor situada volvía la cabeza para no mirar a aquellas criaturas zarrapastrosas y entraba a toda prisa desde la calle oscura en el cine iluminado. La gente acomodada no daba nada a aquellas mendigas mudas, porque era lo bastante culta y distinguida para saber que dar diez o veinte liras era casi un insulto, cuando una limosna no iba a solucionar el verdadero problema. En aquellos años, los ricos habían aprendido mucho. Ya no decían, con reproche, que los pobres eran pobres

porque no querían trabajar. Sabían que los pobres eran pobres por otras razones. Y, como tampoco los ricos veían ninguna salida, se afiliaban a algún partido político que les prometiera amparo. Pero los pobres seguían callando y observando.

También había sacerdotes que se limitaban a observar y callar. Ante la puerta de San Domenico Maggiore se colocaba cada tarde un dominico joven, enjuto y de semblante oscuro, y miraba el callejón y la plaza del mercado con los brazos cruzados, en silencio. En aquella iglesia, en la galería de la capilla, yacían los cuerpos embalsamados de antiguos príncipes napolitanos y de otras figuras ilustres, guardados en baúles de madera con cierres de metal y apilados unos sobre otros. Los dominicos custodiaban aquel ilustre depósito de cadáveres, y en las cajas de madera los huesos corroídos de margraves y príncipes se alineaban como, en el almacén de un transportista espectral, los recuerdos de una familia arruinada que se hubiera mudado muy lejos. El joven dominico, ante la iglesia, parecía Caronte, el barquero infernal que transporta por las aguas del tiempo a sus pasajeros cuidadosamente embalados. Estaba ante la iglesia con los brazos cruzados y callaba, sombrío.

No había forma de saber lo que sucedía en los monasterios. Los franciscanos mendigaban y convivían con el pueblo, muy cerca de todo lo humano. Los jesuitas estaban lejos del pueblo, igual que los políticos. Los dominicos callaban. Callaban como si ocultaran algo.

9

Reflexionaban sobre las posibilidades y, unas veces con palabras y otras sin ellas, concluían que la mejor solución sería emigrar. Pero no podían hacerlo. Los únicos que podían marcharse eran los extranjeros, los refugiados que en otro tiempo habían llegado a la Italia fascista huyendo de los nazis; allí nadie les había causado el menor daño y, una vez terminada la guerra, se habían quedado. Al puerto seguían llegando nuevos refugiados, y desde allí continuaban su viaje. Entre ellos había refugiados distinguidos que se comportaban como si su huida fuera una gira turística. También los había tan necios que sostenían que para Italia sería un giro positivo y valioso que precisamente ellos, refugiados distinguidos y necios, se establecieran allí. El jefe de policía estaba ya nervioso, porque en aquellos años todo el mundo quería un permiso de residencia.

Al final se lo daban a todos, pero entonces los refugiados descubrían que el permiso de residencia italiano no equivalía todavía a un permiso para vivir. La mayoría de los italianos tampoco tenía permiso para la vida, aunque nada más nacer se convirtieran en ciudadanos italianos de pleno derecho. Así, por ejemplo, podían pagar impuestos si les daba la gana, o solicitar un pasaporte y emigrar. Los extranjeros no pagaban impuestos, y a todos les parecía natural, porque la mayoría de los italianos tampoco los

pagaba; habría resultado una extravagancia que un extranjero se empeñara en pagarlos. Los refugiados no tenían pasaporte, pero sí toda clase de papeles sellados, y con ellos, sin patria ni ciudadanía, viajaban sin cesar entre continentes, como las aves. Un italiano no podía hacerlo, porque tenía un pasaporte con el que no lo dejaban entrar en la mayoría de los países del mundo, y, si lo dejaban entrar, más pronto que tarde lo devolvían a Italia.

Así que, al sopesar las posibilidades —el milagro, Estados Unidos, la emigración, el comunismo y el fascismo—, los italianos sentían que quizá convendría inventar algo nuevo. También los extranjeros y los refugiados estaban desconcertados y, como no podían mantenerse aunque tuvieran permiso de residencia, al cabo de un tiempo abandonaban Italia. Como grandes masas de italianos tampoco tenían de qué vivir allí, nadie encontraba en ello nada sorprendente.

A los extranjeros se los recibía con agrado y se los trataba con cortesía, incluso cuando no eran extranjeros de verdad —es decir, turistas que sólo venían unas semanas, gastaban algo de dinero en Capri y luego volvían a casa—, sino extranjeros sin pasaporte, fugitivos que, en cuanto obtenían el permiso de residencia, empezaban a soñar con montar algún negocio o conseguir un empleo en Italia. Los italianos escuchaban aquellas fantasías con paciencia, cortesía y compasión, y enseguida pasaban a hablar de otra cosa, como hacen los adultos experimentados cuando no contestan a las preguntas insistentes y absurdas de los niños.

Muchos creían que, al final, sólo América podía ayudar.

En los cafés, las tabernas y luego en el Foro deliberaban sin parar sobre esa posibilidad. Había llegado la noticia de que antiguos

miembros de la mafia siciliana que habían emigrado a América habían seguido allí una carrera provechosa. Del otro lado del océano llegaban noticias de gánsteres famosos; no ladrones románticos como el siciliano Giuliano, sino delincuentes de verdad, con metralletas, pistolas automáticas, radios y automóviles. Los periódicos escribían sobre esas celebridades. También llegaban desde América paquetes enviados por italianos anónimos que al otro lado eran barberos, comerciantes o actores de cine. Allí vivían millones de italianos anónimos, laboriosos, corteses, de manos finas, de quienes no escribían los periódicos, pero que podían mandar paquetes a los suyos. Eso también alimentaba la esperanza.

De cuando en cuando, América entregaba ayudas de cientos de millones de dólares al gobierno italiano, pero esa noticia se leía con recelo en los periódicos, porque aquel regalo oficial se extraviaba de algún modo por los intrincados recovecos de la administración pública, de manera que, en la práctica, personalmente, nadie podía hacer nada con él. En cambio, desde América a veces llegaban cheques o paquetes de parientes a nombre de una persona concreta. Eso sí era tangible.

A veces llegaba a bordo de un transatlántico italiano algún familiar que había dejado Italia veintiocho años atrás y volvía porque había ahorrado unos cuantos dólares y quería vivir en su tierra. Pero esos retornados tampoco se quedaban siempre en Italia. Algunos, tras una breve estancia, volvían a embarcar y regresaban a América. Los parientes y los amigos napolitanos o genoveses acompañaban al barco a esos fugitivos. Se detenían al borde del puerto, saludaban al barco y al pariente que partía, y lloraban. La orquesta tocaba marchas americanas e italianas. Desde tierra firme lanzaban al mar,

hacia el barco, serpentinas de todos los colores. El fugitivo, incapaz de acostumbrarse de nuevo a Italia y que volvía a América, lloraba. Apoyado en la barandilla del gran buque, lloraba: había regresado a Italia y ahora volvía a marcharse porque no era capaz de quedarse.

Todos, los que se iban y los que se quedaban, sabían que aquello era un gran secreto y un gran fracaso. Pero ¿quién había fracasado? ¿Italia? ¿América? ¿O el fugitivo que volvía y vacilaba? Nadie lo sabía con certeza. Lo único que comprendían era que ya no había nadie que se sintiera en casa en este mundo.

Pero no sólo regresaban los que habían reunido unos cuantos dólares al otro lado del océano. A hurtadillas volvían también italianos harapientos, pobres como mendigos, gente que unos años antes había conseguido llegar a América y que no tenía dinero en absoluto. A veces era la familia italiana la que les mandaba un pasaje de barco de los más baratos, porque ellos habían escrito que ya no soportaban más la vida en América, Australia o Brasil. Eran tan pobres que no tenían equipaje, sólo un hatillo. Al volver no traían regalos. Y no sabían decir qué era lo que no soportaban en el extranjero. Se quedaban simplemente en el puerto, con el hatillo en la mano y la familia alrededor, tan pobres al regresar como cuando se habían marchado años atrás. Todos lloraban. Luego se secaban las lágrimas con el dorso de la mano, se reían y se daban palmadas en el hombro.

No obstante, muchos seguían asegurando, con obstinación, que sólo América podía ayudar.

10

Cuando, a principios de verano, el sobrino del albañil llegó de visita desde América, decidieron celebrar el acontecimiento y ofrecer una especie de banquete en el *basso* en honor del huésped. Todos se lavaron y se pusieron camisas limpias. Fregaron el suelo de ladrillo de la covacha, cambiaron la ropa de cama y cubrieron el lecho con una colcha roja de rayón que pidieron prestada. Incluso pidieron sillas a vecinos más pudientes de Villa Ricciardi, y en el centro de la cómoda colocaron una jarra con un gran ramo de mimosas. Mandaron llamar desde Pozzuoli a la abuela de Antonio para que cocinara, y trajeron vino de Ischia. Trabajaban serios y laboriosos. Querían enseñarle al joven que volvía de América cómo era la vida en Italia. Querían demostrar que ellos también valían.

Para principios de verano, Antonio se había curado por completo y volvía a vender ciclámenes en lo alto de Posillipo, a los enamorados y a los extranjeros. Los enamorados pocas veces le compraban flores; subían más bien para ahorrar. Tras la guerra, la escasez de vivienda los empujaba a sacar su amor al aire libre. Pero los turistas americanos de más edad ya no estaban enamorados. Llevaban corbatas de colores, con dibujos extravagantes: la Estatua de la Libertad, el general Grant o vistas de Chicago. Tenían dentaduras

postizas blancas y relucientes, y sonreían siempre con desconcierto. Ellos sí compraban flores a veces.

Cosas así reforzaban la confianza en América. No es que hubieran olvidado la guerra ni la ocupación. Pero Italia, en los tres mil años anteriores, había sido ocupada por soldados de muchas naciones, y los italianos recordaban que los ocupantes siempre se habían comportado de un modo sorprendente y poco grato. Sabían que en la guerra no había que sorprenderse de nada. Los americanos, después de ganar la guerra, habían dado a la población penicilina, chocolate, trigo, gasolina y mucho dinero. Los italianos asentían con afectuoso reconocimiento, porque sabían que otros ocupantes no daban nada. Los ingleses, por ejemplo, no daban ni un céntimo. Los miembros de la legión polaca tampoco daban nada. En conjunto, eran los americanos quienes más daban. De los franceses ni siquiera hablaban: al mencionarlos, sólo hacían un gesto nervioso con la mano. Era sabido que los franceses nunca daban nada; aunque eran ricos, más bien preferían recibir. Por eso, cuando se hablaba de los franceses, hacían un ademán de desprecio.

Ya no guardaban rencor a los americanos. La cuestión de la responsabilidad, la guerra, Mussolini, las colonias, la emigración: todo aquello quedaba ya muy lejos. En el fondo, en la historia de todo gran pueblo siempre había habido guerras, y cuando un pueblo perdía una guerra, era responsable de algo. Los pueblos más jóvenes aún no lo entendían y refunfuñaban sobre justicia y venganza. Los italianos callaban y observaban.

Los americanos parecían siempre algo turbados. Eran callados y poco espontáneos, y mostraban una seriedad obstinada y pueril incluso al reírse; ese silencio y esa turbación los distinguían de todos

los demás extranjeros que habían pasado por la zona desde el desembarco de los colonos griegos en Cumas. Se diferenciaban de los ingleses. Tenían los labios rígidos, los ojos algo vidriosos. Era evidente que aquello era consecuencia de algo. No eran europeos, sino americanos, lo cual implicaba unas cuantas cosas. Eran distintos de los franceses, de los alemanes, de los húngaros, de los lituanos, de todas las naciones que habían pasado alguna vez por las laderas del Vesubio. Y como todos tenían la mirada vidriosa —incluso los italianos que volvían después de pasar unos años en América tenían la mirada vidriosa; sólo los negros tenían ojos vivos y brillantes—, los napolitanos tenían la impresión de que en los americanos había algo incomprensible.

Lo más inquietante era que tenían dinero y, sin embargo, por su comportamiento nervioso y turbado, parecían estar siempre tristes. Era algo que los napolitanos no entendían. Les resultaba incomprensible que alguien tuviera dinero y estuviera nervioso y turbado.

Incluso en los prostíbulos los americanos seguían igual de turbados y tristes. Soportaban que, al entrar, una anciana les retirara el bastón de paseo, el paraguas y cualquier objeto o utensilio que pudiera servir para matar o pelear. Más aún: lo soportaban todo, confusos, y luego pagaban sin decir esta boca es mía. Las chicas los trataban como si todos tuvieran quince años y estuvieran de vacaciones; como si acabaran de salir de una escuela rigurosa y hubieran entrado en un mundo donde podían hacer travesuras: no lavarse como Dios manda, no ponerse una camisa limpia cada día, comer mucho helado e ir al prostíbulo.

En los museos también estaban turbados y tristes. Se detenían mucho rato ante estatuas y pinturas, con las cámaras colgadas del cuello, corteses. Cada vez que podían, sacaban fotos o compraban algo: plumas estilográficas americanas falsas, que en casa habrían podido comprar auténticas y más baratas; antigüedades también falsas; postales de colores chillones con el Vesubio echando humo y escupiendo fuego rojo y piedras ardientes al cielo. Cuando no sacaban fotos ni estaban parados ante cuadros o estatuas en los museos, se sentaban ante los cafés de via Caracciolo o via Partenope y escribían con ansiedad tarjetas postales mientras bebían zumo de naranja con hielo.

Todo aquello era difícil de entender. Los napolitanos trataban de ser amables con ellos. Les vendían todo lo que podían, pero no llegaban a comprenderlos. A veces casi los compadecían.

Pero muchos pensaban que, al final, sólo ellos podían ayudar.

11

La familia invitó a dos personas más a cenar a su covacha: al padre Carmine, franciscano —y hermano de Amalia, la madre—, y al señor Russo, secretario del Partido Comunista en el distrito, que había sido guía turístico en Roma y ahora se dedicaba a la política en Pozzuoli. Invitaron también a Gigina, amiga de Luisa; tenía veinte años, era mona y trabajaba en una pastelería en la via Roma, donde se pasaba todo el día preparando un pastel de hojaldre llamado *sfogliattella*. Así pues, hicieron todo lo que estaba en su mano para recibir con el debido respeto al pariente llegado de América. Lo esperaban con solemnidad y emoción. En realidad, era su última esperanza. Sabían que si América no ayudaba, ya sólo quedaban los santos, porque nadie más iba a ayudar.

El sobrino del albañil, al que habían visto por última vez de adolescente —cuando un tío suyo, jesuita en Colorado, se lo llevó consigo—, se había dejado entretanto bigote: un bigotito recortado con esmero, como el de los actores americanos que veían en las películas del cine de barrio de Torretta. Llevaba una corbata amarillo pálido con lunares azules y rojos, y una camisa hecha de una nueva tela sintética que no necesitaba plancha. Por lo demás, vestía con normalidad, salvo por una pequeña pluma verde que se había

puesto en el sombrero. Dijo que en América todo el mundo llevaba una pluma en el sombrero, como los cazadores.

Aún hablaba correctamente el italiano, aunque a veces tenía que buscar alguna palabra; entonces la familia lo ayudaba con entusiasmo. Entregó enseguida los regalos. Todos se sentaron a la mesa limpia, delante de la cama. El albañil sirvió vino tinto en las copas y bebieron. Atardecía y Capri relucía entre la bruma, más allá de las palmeras.

Abrieron el paquete y contemplaron los regalos. El albañil, como correspondía al cabeza de familia, no se movió. Charlaba con los invitados y servía el vino mientras las mujeres terminaban de preparar la cena y desenvolvían el paquete. Todos estaban conmovidos. Rara vez recibían paquetes. Rara vez recibían algo. El chico llegado de América y aquel paquete envuelto en papel de estraza y atado con un cordón de lino no eran todavía el milagro; pero, en conjunto, se acercaban bastante a lo que su imaginación entendía por milagro. El sacerdote, el secretario del Partido Comunista y la joven invitada callaban, corteses y solemnes.

Pero todos eran tan pudorosos, tan considerados, y parecían tan desesperados, que al recién llegado se le hizo un nudo en la garganta. No se atrevió a llorar; se limitó a fumar nervioso. Todos estaban pálidos. Hacía mucho tiempo que no sucedía nada en sus vidas.

Las mujeres miraron el contenido del paquete y rompieron a llorar. Lloraban en voz baja, con pudor y recogimiento, como sólo saben llorar los pobres cuando por fin sucede algo y en ese instante comprenden que su vida es pura desesperación. Amalia, madre y tía a la vez, se retiró a un rincón, hundió el rostro en una combinación

de seda roja y lloró en silencio. Antonio no lloró, pero estaba muy serio. Apretó contra el pecho un par de zapatos con suela de goma y se quedó mirando fijamente.

El invitado se puso en pie. Le temblaban los labios, tenía miedo y quería decir algo. También el albañil se levantó. Agarró con ambas manos los brazos del huésped y lo hizo sentarse de nuevo.

—*Favorite* —dijo, serio y triste.

Y le sirvió vino.

12

El regalo era modesto. Distinto de lo que esperaban, aunque en realidad tampoco habrían sabido decir qué esperaban, en el fondo de su corazón, de alguien llegado de América. El chico había traído dos latas de conserva: una de piña y otra de melocotón de California. También un novedoso aparatito para abrir huevos pasados por agua. Parecía una diminuta guillotina y, de un solo tajo, cortaba la cáscara del huevo. Todos observaron el objeto con el máximo respeto, pero nadie se atrevió a tocarlo, porque nunca habían comido huevos pasados por agua.

También había traído un camisón de nailon rojo sangre, que tocaron con exclamaciones de entusiasmo dictadas por la cortesía, aunque con cierta reserva, porque la prenda no les pareció del todo decorosa. Y una corbata azul celeste, de falsa seda, con una vistosa imagen de las cataratas del Niágara. Y otro objeto extraño, que parecía una pequeña pala —no mayor que la palma de la mano de un niño—; sí, una paleta de goma.

—¿Y esto qué es? —preguntó el albañil.

—Es para la tía Amalia —dijo el huésped—. En América la usan para quitar los restos de comida antes de fregar los platos. Por eso os la he traído. Espero que os guste —dijo con modestia.

Todos agradecieron en voz alta aquel regalo tan útil y luego murmuraron, satisfechos. A Antonio le había llevado unos zapatos con suela de goma y una hucha que reproducía en miniatura un buzón americano, pintada de verde y con una ranura para los dólares y otra para los centavos. Al recibir el regalo, le brillaron los ojos.

—Junta muchos dólares —le dijo su padre, magnánimo.

Por tacto, nadie se atrevió a recordarle que no había dólares que meter en la hucha. La abuela recibió un cepillo de nailon con un mango largo para frotarse la espalda. Todos se alegraron muchísimo; sólo la abuela se echó a llorar, porque en aquel objeto había algo espantoso y amenazadoramente extraño. Además, la abuela no se bañaba nunca, ni siquiera en verano. Después de que todos lo admiraran, guardaron el cepillo con sumo cuidado sobre la cómoda, debajo de la lamparilla votiva.

A Luisa, el huésped le había llevado un gato de terciopelo con ojos de cristal, y al albañil, un nuevo tipo de anzuelo del que colgaba un señuelo artificial. El señuelo imitaba un pez del tamaño de un dedo.

—Con esto se pueden pescar muchísimos peces —dijo el chico con voz insegura, en tono de leve disculpa—. Los peces más grandes pican enseguida con este tipo de anzuelos.

Todos asintieron y mascullaron en señal de aprobación.

Apartaron los regalos. Amalia y la abuela sirvieron la cena. Comieron primero una sopa de brócoli, hinojo y pasta; luego llegó, en una gran fuente, una fritura de pescaditos, seguida de ravioli, piernas de cabrito, callos, salchichas, un dulce de anís, mozzarella de búfala y taralli a la pimienta. Comían despacio. Se llevaban los trozos de cabrito a la boca con la ayuda de las manos y dejaban los huesos

perfectamente limpios con los dientes. Pero comían con movimientos delicados, sin hacer ruido al masticar.

Al final, Amalia preparó un café fuerte en una cafetera de aluminio y puso en el centro de la mesa una gran fuente redonda de loza, de esas que venden los alfareros de Castellammare, llena de naranjas, nísperos, higos verdes y mandarinas.

Ya era de noche, y el perfume dulce e intenso de las mimosas de los jardines se extendía por todo Posillipo. Sobre Salerno apareció la luna. Los que regresaban a casa subían despacio por la empinada callejuela de adoquines y se detenían a saludar ante el umbral del *basso*. En Posillipo todos sabían que había fiesta en casa del albañil sin trabajo porque un pariente suyo había vuelto de América. El vendedor de cacahuetes, que por el origen del producto guardaba una lejana relación con América, subía por la cuesta con su mujer y sus hijos, como todas las noches; la mujer llevaba a los dos niños en brazos, y el hombre cargaba con su tienda: el costal en el que guardaba las bolsitas de papel y los cacahuetes. Al hombro llevaba la tumbona en la que yacía todo el día para no cansar su corazón. Ellos también se detuvieron en el umbral y saludaron con educación. Los de la casa invitaban a todo el que pasaba por el recodo a esa hora; todos lo agradecían y declinaban la invitación.

Hacia las diez sonó la campana de la torre de la iglesia de Villa Ricciardi. Anunciaba la hora con el melódico dialecto del sur de Italia, con campanadas rápidas y parlanchinas: una hora que era, al mismo tiempo, las diez de la noche y algo más, algo más melodioso y menos esperanzador que unas simples diez. Escucharon las campanadas en silencio. El invitado prestó atención como si llevara mucho tiempo sin oír campanas. Las mujeres terminaron de servir la

comida y se sentaron a la mesa. La habitación estaba a oscuras. Sólo brillaban la luna, el fuego mortecino del brasero y la lamparilla bajo la imagen de la Virgen. Y las colillas en los labios de los hombres.

13

El albañil preguntó con cortesía, pero con firmeza:

—¿Cómo es América?

Todos se inclinaron hacia delante. El sacerdote carraspeó. El secretario del Partido Comunista tosió nervioso. Las mujeres callaron, sombrías, y los ojos de Antonio resplandecieron.

—No lo sé —respondió el huésped en voz baja.

Asintieron, satisfechos. Era la respuesta que esperaban. Se sentían incómodos en las sillas de enea, alrededor de la mesa redonda en cuyo mantel ya se dibujaban manchas de vino y de grasa. Tenían la sensación de llevar mucho tiempo sentados allí: en el tiempo, junto al mar, continuando una conversación iniciada por los griegos en aquella costa hacía tres mil años. Un día, un italiano nacido en Génova había partido de aquella costa en un barco; luego había regresado a esa misma costa, y la gente le había preguntado: «¿Cómo es América?» El italiano les había mostrado loros, objetos de oro y esclavos de piel roja. Pensaban vagamente en él.

—¿Todos tienen coche? —preguntó Antonio.

La pregunta era ingenua. El sacerdote se encogió de hombros. El secretario del Partido Comunista quiso protestar. El invitado contestó con rapidez y amabilidad:

—Hay muchísimos coches. Pero no todo el mundo tiene coche.

—Todo el mundo tiene nevera eléctrica —intervino Luisa, seria—. Se lo he oído decir a un marinero.

—Hay muchísimas neveras eléctricas —aseguró el huésped—. Y radios, varias en una misma casa. Y hay relojes eléctricos en la pared de la cocina. Y también hay maquinillas de afeitar eléctricas. Y secadores eléctricos para el pelo. Pero no sé cómo es América —añadió con firmeza.

En la penumbra, todos se inclinaron unos hacia otros y atendieron con los ojos ardientes. El invitado hablaba con sinceridad, y eso, de algún modo, agradó a todos. No presumía ni fanfarroneaba, como tantos otros que regresaban. Más bien parecía intimidado. Era como si tuviera una sordina pegada a la voz.

—Pero hay libertad —apuntó el albañil.

—Sí —repuso enseguida el huésped, y tragó saliva—. Pero yo no sé cómo es América.

—En todos los rascacielos hay ocho ascensores eléctricos. Suben y bajan a toda velocidad —dijo Antonio. Los ojos le brillaban de impaciencia.

Entonces el huésped empezó a hablar. Hablaba con disciplina, en voz baja, un poco despacio, como si temiera que alguien estuviera escuchando cerca. Hablaba sin mirar a nadie. Y, si los demás se reían, le temblaban nerviosamente los labios. Los de la casa lo escuchaban con atención. No entendían, pero sentían que aquel chico tenía miedo de algo. Lo observaban mudos.

—No hay tantos rascacielos —señaló en voz baja—. Los hay, pero no tantos. En general, las casas son de una o dos plantas. América está muy vacía —agregó con timidez, y sonrió—. En las aldeas apenas se ve gente. Tampoco se ven muchos perros. Vacas y búfalos

también se ven rara vez. Pero, cuando se ven, entonces hay cien mil vacas juntas y cien mil búfalos. Luego otra vez nada, durante mucho tiempo. Sólo hay bosques y costa, y a veces campos de trigo tan grandes como toda Italia. Se ven muchas máquinas y la carretera. La carretera que va de un océano a otro. O entre tres océanos. No sé cómo es América —volvió a decir, alzando la voz—. Una vez vi también una ballena —añadió, y sonrió con tristeza.

—¿Dónde? —preguntó el librero, desconfiado.

—En Maine —respondió el huésped—. Es un estado. Allí el agua del mar es fría. Allí, en una bahía, vi una ballena.

Callaron, pensativos. Las noticias eran interesantes, pero no eran las que esperaban. El albañil preguntó con cortesía y en voz baja:

—¿Cuánto ganas?

—Ahora, cuarenta y siete dólares —repuso el huésped.

—¿Cuánto es eso? —preguntó la abuela desde el fogón.

En el *basso* se hizo un profundo silencio. Antonio calculó a media voz. El albañil calculó en silencio. El sacerdote hizo las cuentas en voz alta:

—Veintiocho mil —contestó.

—Eh, padre —dijo nervioso el secretario del Partido Comunista—. Oficialmente, veintiocho mil. Pero en el mercado libre, treinta mil.

—¿A cómo está el dólar? —preguntó la abuela.

—Oficialmente, a seiscientas veinticuatro —dijo el pequeño Antonio con su voz cambiante de adolescente.

Pero el sacerdote hizo un gesto de desaprobación:

—Ayer estaba a seiscientas cincuenta.

—A seiscientas sesenta —corrigió el secretario del Partido Comunista.

—Esta mañana, en el puerto, lo pagaban a seiscientas sesenta y cinco —aseguró el albañil con gravedad—. Pero hoy es miércoles. Hacia el fin de semana suele bajar.

La abuela volvió a preguntar:

—¿Ganas veintiocho mil al mes?

—No —contestó el huésped—. A la semana. Pero de eso hay que descontar los impuestos.

—¿Pagas impuestos? —preguntó la abuela con ese tono desconfiado e incrédulo propio de los ancianos.

—Sí —repuso el joven—. Los impuestos los descuentan enseguida. También la seguridad social. A mí me descuentan ocho dólares a la semana.

Hasta ese momento Luisa había estado callada. Ahora preguntó con voz ronca:

—¿Cuánto es eso?

—Cinco mil —respondió al instante el sacerdote.

—Oficialmente —corrigió el secretario del Partido Comunista—. En realidad, cinco mil cuatrocientas. ¿Y eso es lo que pagas cada semana de impuestos? —preguntó con sorna.

—Ahora sí —dijo el huésped—. Pero eso es sólo el impuesto federal. En abril también hay que pagar el estatal.

—Es un sistema muy malo —opinó el albañil, serio.

Todos asintieron con rostros severos. Como ninguno de ellos pagaba impuestos, calcularon y se ensombrecieron. Por la voz del invitado, era evidente que no mentía. Sin embargo, había algo increíble en todo lo que contaba. Porque, aunque no tenían nada de dinero, todos, incluidos los sacerdotes, conocían perfectamente la cotización del dólar, del franco suizo y de la libra egipcia. El albañil,

al ir al puerto a recoger al invitado, había consultado en el periódico el cambio del dólar en el mercado libre. Nunca había poseído ni un dólar, y había algo peculiar, escalofriante, algo que ponía la piel de gallina, en la devoción con la que pensaba en la moneda extranjera, como cuando uno piensa en el placer, la venganza o el milagro.

—Si ganas treinta mil a la semana —dijo el sacerdote—, entonces no es un sistema tan malo.

—Es un sistema muy malo —replicó el secretario del Partido Comunista—. En América todo es mucho más caro. Si haces la conversión, verás que ganan menos que nosotros aquí.

—No es seguro —volvió a opinar el albañil, abatido—. Treinta mil a la semana son ciento veinte mil al mes. Les restas veinte mil de impuestos. Quedan cien.

Dejó el vaso en la mesa y se cruzó de brazos.

—Yo trabajé la semana pasada. ¿Sabes cuánto cobré? Mil al día.

—Éste también es un mal sistema —dijo el secretario del Partido Comunista—. En la Unión So...

Todos le gritaron a la vez:

—¡No es verdad!

No justificaron aquella afirmación. El comunista sonrió, desconcertado. Ya no merecía la pena exponer los argumentos detallados de una discusión infinita y eterna. Sabían que todo en su vida estaba mal, y sabían también que el sistema soviético no era una solución a los problemas de su vida. Pero en ese momento se trataba de América. Querían saber si en América había solución para los problemas de su vida. Por eso, la abuela, con el fuelle en la mano, preguntó desde el fogón:

—¿Cuánto cuesta un litro de aceite?

Antes de que el invitado pudiera contestar, intervino el albañil:

—Yo, si trabajo, aquí gano doce litros a la semana. El precio de doce litros de aceite. Tú ganas sesenta litros de aceite a la semana —le dijo al huésped, y siguió calculando—. Nunca es bueno pagar impuestos —dijo, serio—, pero con sesenta litros de aceite se pueden pagar impuestos.

—Todo se compra a plazos —explicó el huésped en voz baja—. Pero hay que tener cuidado, porque lo que compras a plazos sale más caro. Si trabajas, en los grandes almacenes puedes comprar ropa, una tostadora eléctrica o un gramófono. Todo a plazos.

—¿Y ahora qué haces? —preguntó el sacerdote.

—Ahora trabajo en una fábrica de radios —contestó el huésped.

—¿Entiendes de radios? —preguntó el albañil, desconfiado.

—No —respondió sencillamente el invitado—. En América no todo el mundo entiende de lo que hace. Te enseñan algo y, si necesitan obreros, puedes trabajar.

—¿A la gente le gusta trabajar? —preguntó el sacerdote.

—No les gusta —repuso el huésped.

—En América se trabaja a un ritmo febril —dijo Antonio. Hablaba con voz cantarina, como si recitara la lección—. Lo he leído en el periódico.

—No hay ningún ritmo febril —aseguró lentamente el huésped—. Trabajan, pero más bien despacio. A los obreros no les gusta que alguien trabaje más que los demás obreros.

—En Rusia a todo el mundo le gusta trabajar —dijo el comunista —. Hay estajanovistas que ya están haciendo el trabajo que tendrían que hacer en mil novecientos setenta. Han hecho por adelantado

todo su trabajo hasta mil novecientos setenta. Les gusta trabajar porque trabajan para el pueblo.

Sonrieron en silencio. Ahora estaban solos en el *basso*, frente al mar y Capri, bajo el firmamento en cuyo tapiz negro brillaban ya las estrellas doradas. Había en todo aquello una especie de amparo. Callaron, sonrieron, estiraron las piernas. En un rincón sombrío de la covacha, Luisa, con un gesto rápido y discretamente pudoroso, se desabrochó el sujetador y luego volvió a la mesa, porque aquella noche quería sentirse del todo a gusto. El albañil sirvió vino y, como la botella panzuda se había quedado vacía, hizo una seña a Antonio, que sacó rodando de debajo de la cama la barrica de Ischia. Su capacidad era oficialmente de once litros y medio, y por su forma parecía una calabaza alargada. Pero nunca se podía determinar su volumen con absoluta exactitud. En esas barricas había una cautelosa posibilidad de juego y de engaño, consagrada desde muy antiguo, que los compradores pasaban por alto con generosidad, porque todos sabían que en aquella costa llevaban miles de años engañando con toda clase de medidas, incluidas las de volumen. El albañil levantó la barrica y vertió en la botella, en un chorro dorado, el vino dulce y aceitoso.

—¿Hay vino en América? —preguntó la abuela desde el fogón.

—Hay —respondió el invitado—. Pero es muy caro. Hay vino italiano, pero sabe como si ya no fuera vino. También hay vino francés. Pero un litro cuesta un dólar. Y es el más barato. Ni siquiera es un litro —añadió, nervioso y alzando la voz—. Sólo siete decilitros y medio. Y cuesta un dólar...

Negaron con la cabeza.

—Este vino —señaló el albañil, y levantó la gruesa copa hacia la luz de las ascuas del fogón— cuesta sesenta liras. *Favorite* —añadió, y dio un sorbo.

Todos bebieron, incluso la abuela, que, al apartarse la copa de los labios, preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué beben en América?

—Aguardiente —contestó el invitado—. Pero beben de mal humor. Beben nerviosos y deprisa, mucho aguardiente, incluso de día. He visto a una vieja que se tapaba la nariz con dos dedos mientras bebía. Lo hacía como si fuera una medicina. No soportaba ni el olor. Lo he visto yo mismo —agregó, muy serio.

—Todavía no saben beber —comentó el albañil, indulgente—. Hace falta mucho tiempo y mucho vino para que un pueblo aprenda a beber. *Nonna*, tú nunca te tapas la nariz al beber —le dijo a la abuela.

—No, nunca —respondió la abuela con el rostro serio. Y dio un trago.

Entonces el invitado miró a su alrededor.

—Beben —señaló en voz baja, como si revelara una confidencia— como quien quiere olvidarse cuanto antes de algo.

—¿De qué? —preguntó Antonio.

El padre contestó serio:

—Del peso que llevan en la conciencia. Quieren olvidarlo.

—La alegría cuesta cara en América —aseguró el huésped, y volvió a mirar a todos los presentes, como si quisiera protegerse de oídos indiscretos.

—¿Qué alegría? —preguntó Luisa con curiosidad.

El invitado se encogió de hombros.

—Toda clase de alegría —respondió—. Todo lo que da alegría. El vino, por ejemplo. Cualquier cosa.

—¿Y qué es barato? —preguntó la abuela.

El invitado reflexionó. Todos se inclinaron hacia él y lo observaron con los ojos ardientes. Pero la respuesta se hizo esperar.

—Creo —dijo al fin el joven, con una lentitud escrupulosa—, creo que las bombillas son baratas. Y también las camisas.

Sopesaba cada palabra, porque estaba informando a su tribu sobre las posibilidades que ofrecía el mundo, y cada palabra suya debía resultar creíble. Y así lo escuchaban, sin reservas, con todas sus consecuencias. Nadie contestó. La abuela suspiró y se puso a avivar las ascuas del fogón con el fuelle.

14

El sacerdote comentó:

—Un día se convertirán, ya verás.

—Ya se han convertido —replicó el huésped, asustado—. Hay muchas iglesias y siempre están llenas.

—Ahora en América sólo hay congregaciones —observó el sacerdote, sereno y con aires de superioridad, mientras se sonaba la nariz—. No es lo mismo que la religión. Pero un día las congregaciones se convertirán. Entonces los americanos vivirán inquietos y serán felices. Sólo es feliz el que se ha convertido.

—¿Cómo se convertirán? —preguntó el albañil, curioso—. ¿Todos serán católicos?

—No —saltó el secretario del Partido Comunista con voz alta y chillona—. Padre, usted lo ha dicho. No lo sabe, pero lo ha dicho. Un día se convertirán todos los americanos, porque reconocerán la justicia social. Todos serán comunistas.

—Nunca serán comunistas —repuso el sacerdote con calma—. Vosotros, los comunistas, tampoco sois ya realmente comunistas... Nunca lo habéis sido. El comunismo ya no es más que un peligro, no una solución. Está obsoleto. —Hablaba lentamente y por momentos cerraba los ojos—. Cuando vuelvas a América, fíjate bien —prosiguió ceremonioso, volviéndose hacia el invitado—. No sé si los

americanos serán católicos. No es seguro. Pero un día todos estarán inquietos, todas las congregaciones. Todos tendrán máquinas eléctricas —añadió en voz alta—. Pero echarán algo en falta.

—¿Qué echarán en falta? —inquirió el albañil.

—A Dios —respondió el padre con calma y sin énfasis.

Callaron cortésmente. No se miraban unos a otros. El albañil llenó las copas. Bebieron mudos.

15

—¿Cómo es el dólar? —preguntó Amalia desde el fogón, con voz aguda y fina.

La pregunta le quemaba en la garganta, como si hubiera tragado ascuas. Todos se estremecieron. Los hombres carraspearon. Hacía ya un buen rato que todos querían preguntar lo mismo, pero tenían la impresión de que no estaba bien sacar el tema antes de tiempo. Ahora que Amalia lo había dicho, respiraron aliviados.

El huésped sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Era una cartera delgada. Metió con cuidado dos dedos en uno de los compartimentos y sacó un billete. Lo observaron con atención, con los ojos brillantes. El huésped sostuvo el billete con la punta de los dedos y lo acercó con cuidado a la lámpara.

—Esto es un dólar —murmuró.

—Yo ya había visto uno —apuntó Antonio con devoción—. Pero no era exactamente así.

—Tonterías —replicó el albañil con la garganta seca y una emoción contenida—. Tú viste un dólar de guerra, impreso con letras italianas porque perdimos la guerra.

—No perdimos la guerra —saltó Luisa, excitada—. Mi novio combatió en Albania. Sólo depusimos las armas porque Badoglio firmó la paz antes de tiempo.

La miraron con compasión. A la familia no le gustaba hablar del novio. Aquellos novios que habían desaparecido en Albania o en Trípoli y sólo habían dejado hijos allí, en los *bassi*, en las callejuelas, no eran testigos demasiado convincentes del desenlace de la guerra. La luz fría de la luna iluminaba el *basso* y teñía de plata los rostros. Parecían figuras del belén cubiertas de papel de plata. Miraban con gesto acongojado. El dólar estaba en el centro de la mesa, entre las copas de vino. Nadie extendió la mano para tocarlo. Las mujeres se acercaron a la mesa, se inclinaron sobre los hombros de los hombres y lo observaron. Los hombres permanecían sentados con los brazos cruzados. Nadie lo tocó. Todos miraban solemnes, serios.

—¿A quién representa? —preguntó el albañil inclinándose sobre el billete.

Se acercaron más a la mesa y contemplaron el dólar con el gesto ansioso de un experto en arte.

—A Washington —respondió el huésped.

—¿Está en todos los dólares? —preguntó Antonio, emocionado, en voz baja.

—No —intervino de pronto Luisa—. Ése es un billete de un dólar. El de cinco dólares tiene a otra persona.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó de pronto Amalia.

Y le arreó un bofetón a Luisa. La joven soltó un chillido. Los hombres no miraron a las mujeres. Luisa, con el rostro encendido y los brazos cruzados, siguió inclinada sobre el dólar. Lo observaba como ida, como si no le hubieran pegado. El sacerdote bajó la cabeza.

Amalia rompió a llorar. Lloró con estrépito, entre jadeos; luego se volvió hacia la pared y gimió con pudor. Todo aquello sucedió

deprisa, de golpe, como cuando en la bahía resplandece y se apaga de pronto la luz del sol, como cuando de noche, bajo las estrellas, la tierra tiembla inesperadamente. Todo sucedía en sus vidas con esa rapidez, sin transición alguna. Ahora el dólar yacía sobre la mesa, bajo la luz plateada de la luna, al alcance de la mano. Y Amalia había abofeteado a Luisa por revelar que conocía otra clase de dólares, unos que no llevaban a Washington. Todos, incluso los niños, comprendieron que aquella información solamente podía proceder de algún pecado. Luisa no lloró. Tampoco protestó. Sólo levantó los brazos, con un gesto amplio, como si fuera a lanzarse, ida, contra todos y contra todo, contra el mundo. Luisa tenía treinta y ocho años, estaba entrada en carnes y tenía un bonito rostro, ya marchito. Su perfil era como el de las matronas de las medallas antiguas desenterradas por los picos de los arqueólogos y los arados de los campesinos en Campania. El hijo que el novio había dejado como recuerdo estaba sentado bajo la mesa y jugaba con los huesos; igual que un perrito, jugaba con los huesos caídos de la mesa del banquete. Ahora que Amalia había abofeteado a Luisa, comprendieron que el dólar tampoco podía ayudar. Los brazos extendidos de Luisa flotaban en el aire. Y entonces, como impotente, se abofeteó a sí misma con todas sus fuerzas.

—Basta —ordenó el albañil con voz ronca.

Las mujeres comprendieron que lo más sensato era abandonar la estancia. Amalia abrazó a Luisa y salieron al jardín; se sentaron bajo la adelfa en flor. La abuela las siguió como una sombra oscura y se sentó en una piedra, a la luz de la luna. Antonio fue hasta el umbral, se sentó allí por precaución y observó. Los hombres guardaron un largo silencio.

—Lo has visto —le dijo el albañil al invitado al cabo de un rato. Tenía la voz ronca, pastosa—. Guárdalo —añadió luego, irritado.

Y señaló el billete con la punta del dedo.

El invitado guardó el dólar en la cartera con un gesto rápido y temeroso. El sacerdote encendió un pitillo con las manos temblorosas. El comunista, con los brazos cruzados, se aclaró la garganta.

Por la cuesta adoquinada de la callejuela pasaron dos sombras junto a la adelfa. El albañil y Antonio saludaron en voz alta. El sacerdote se levantó.

—*Mon ami!*... —exclamó sorprendido, en francés.

Las dos sombras se detuvieron en seco. El hombre contestó:

—*Oui, mon père!* —dijo en tono de disculpa, y añadió, como pidiendo perdón—: *C'est toujours nous! À demain!*

Entonces fue la mujer quien dijo algo en lengua extranjera. Las sombras se detuvieron unos instantes en la luz. Luego se volvieron y bajaron con pasos ligeros por la pendiente de la callejuela.

Cuando desaparecieron, el sacerdote se quedó en el vano de la puerta abierta y los siguió con la mirada. Estaba pálido.

—¿Los conoce, padre? —preguntó el albañil.

—Los conozco —respondió el sacerdote, hablándole a la noche—. Pero creía que ya se habían ido.

Volvió a sentarse a la mesa.

—¿Quiénes son? —preguntó tímidamente el huésped.

El sacerdote no contestó. El albañil habló con calma:

—Unos ingleses que quieren salvar al mundo. ¿Verdad, padre?

—No son ingleses —repuso el sacerdote—. Dices tonterías.

—Son americanos —observó Antonio.

—Lo mismo da —sentenció el albañil con autoridad paternal—. Todos los americanos son ingleses. En fin, extranjeros, gente distinta. Padre, usted los conoce bien, ¿verdad? ¿Cómo quieren salvar al mundo?

—Tonterías —cortó el sacerdote con severidad—. Es un científico. Extranjero. Ahora, sin patria. ¿De dónde sacas eso de que quiere salvar al mundo?

El albañil se encogió de hombros.

—Eso dicen. Aquí lo sabe todo el mundo —contestó, mirando el humo del tabaco—. Los rumores corren. ¿Van a la iglesia?... Usted, padre, seguro que lo sabe —agregó, desconfiado.

El padre no contestó.

—Últimamente, la gente que quiere salvar al mundo ya no va a la iglesia —comentó el librero comunista.

El albañil hizo un gesto de desprecio.

—¿En América hay gente que quiera salvar al mundo? —preguntó entonces, dirigiéndose al huésped.

Esperaron la respuesta. El invitado reflexionó. Su rostro joven y triste se volvió obstinado.

—No creo —respondió al cabo de un rato—. Los americanos son prácticos. No quieren salvar al mundo, sino producir y vender.

La luz de la luna brilló con un resplandor plateado. La covacha se llenó de una luz fría. Estaban allí sentados, con los rostros rígidos y brillantes, como hechizados.

Todo lo que veían en aquel momento era al mismo tiempo realidad y sueño. Veían a Mussolini, con la mandíbula prominente, hablándoles desde el balcón del palacio, diciendo que había que obedecerle y vivir peligrosamente. Luego veían a Mussolini boca

abajo en la plaza del mercado de Milán, porque le habían atado la soga a los tobillos y lo habían colgado. Veían los Alpes nevados, de donde llegaban normandos y godos, rubios y ebrios de cerveza. Veían Palermo, donde un maestro árabe colocaba teselas de mosaico en el marco de una ventana, a la sombra de un limonero. Veían el mar, que levantaba espuma azul en la bahía de Nápoles. Veían al papa sentado en su trono, vestido de blanco, pálido y con el rostro picado de granos. Veían a los difuntos que yacían en pequeños nichos de Poggioreale, en sepulturas comunes. Veían muchos muertos italianos, huesos y dentaduras. Veían cuerpos femeninos blancos, morenos y dorados en el caos del abrazo, muslos y brazos, cuellos y vientres. Veían a los santos mirándolos inmóviles e impasibles desde las polvorientas hornacinas de las iglesias.

Los huéspedes se marcharon. Al llegar a la parte baja de la callejuela, Gigina, la invitada, que había estado callada toda la tarde, de pronto empezó a cantar. Había callado por pudor y, como no sabía expresar con palabras todo lo que habría querido decir, después de despedirse se puso a cantar, descarada, en la callejuela. La canción llegó hasta el huerto. Las mujeres se abrazaron por los hombros y la escucharon con la cabeza ladeada.

Poco después, los de la casa empezaron a desvestirse. Primero amontonaron cuidadosamente los regalos encima de la cómoda, bajo la lamparilla votiva. El albañil, en camisa, sentado ante la mesa revuelta, cavilaba mirando el señuelo americano. El pececito de hojalata brillaba a la luz de la luna. Antonio se sentó junto a su padre, apoyó la barbilla en las palmas de las manos y contempló en silencio el señuelo artificial.

—No creo —susurró más tarde con tristeza—, no creo que con esto se pueda pescar.

El albañil no contestó. Apagaron la lumbre y los tres se acostaron en la cama común. Permanecieron mucho rato despiertos y mudos, con los ojos abiertos. No se atrevían a hablar. Tampoco a rezar. Ni a moverse. En sus corazones reinaba un profundo temor. Como si hubieran comprendido que no había nadie que pudiera ayudarlos.

16

El viento llegaba a las cuatro de la tarde y se precipitaba susurrante hacia la costa como un pirata blandiendo un hacha. Venía del mar, de África, de las cuevas de la cordillera del Atlas. Asustadas y molestas, las palmeras sacudían la cabeza desgreñada. Abrazados por el viento, los pinos, con sus copas en forma de sombrilla, se doblaban como señoritas remilgadas con el pelo cortado a lo *garçon*. El viento corría por el mar y, a su paso, el agua se deshacía en un polvo gris, como el de una carretera en el desierto.

El viento llegaba siempre a las cuatro, con un deslizamiento alevoso y furtivo. Tenía una senda de paso entre Capri e Ischia; por allí venía. O bien llegaba desde Salerno, rodando por la costa, a los pies del Vesubio. Se llamaba de distintas formas, pero era siempre el mismo viento. A veces soplaba caliente y tenía un aliento fétido. Otras veces era fresco y oloroso. La tramontana irrumpía en las habitaciones como un revolucionario excitado que quiere imponer orden a costa del desorden, revolvía la ropa de cama, desgarraba las cortinas y gesticulaba como una loca. El siroco era viscoso y se pegaba a todo lo que tocaban sus manos sudorosas. En Nápoles el viento se sentía como en casa. Le gustaban las callejuelas, donde, con la familiaridad de un granuja adolescente, palpaba la ropa interior tendida ante las ventanas, levantaba e hinchaba las

enaguas, se asomaba bajo las combinaciones, hacía oscilar las sábanas húmedas y los calzoncillos raídos. Corría furioso por los recodos, precedido por la basura, el polvo, la gente, los olores, las mondas de fruta, la mugre animal, los caracoles viscosos y los peces podridos; barría y desperdigaba toda clase de desechos, escupía la inmundicia a la cara de los transeúntes y luego, entre chillidos y aullidos, huía hacia el mar, hacia el puerto. Al llegar a Posillipo, tomaba un laúd y empezaba a cantar.

Tocaba y cantaba con voz cristalina, con una vibración lenta y nerviosa, sobre cuerdas metálicas. Aquel sonido vibrante, silbante, inquieto y fastidioso resultaba familiar. Los oriundos del lugar lo reconocían al instante, a las cuatro de la tarde. Los napolitanos, que desde mediados de mayo dormían en la calle, a mediodía, un sueño de verano —como animales que hibernan y sobreviven al invierno en una especie de inmovilidad defensiva, reducida toda actividad del cuerpo a ese sueño de muerte aparente—, despertaban a las cuatro de la tarde al roce del viento. A través del mar, desde las islas y desde África, el viento traía a veces olores extraños, y también un polvo invisible, finísimo, el polvo blanco del desierto, que picaba en los ojos y provocaba urticaria. Todos reaccionaban a su contacto. Cuando despertaba el viento, el mar respondía de forma distinta según la estación del año. Porque, antes y después de la comida, también el mar dormía la siesta, panzudo y perezoso como un animal prehistórico, mostrando su vientre blanco y plateado, hinchado, volviéndose de un costado a otro con todo el peso y la torpeza de un cuerpo inmenso. Pero hacia las cuatro, cuando lo tocaba el viento, despertaba. A esa hora llegaban desde lejos, desde la bahía de Túnez, olas lentas y traicioneras, olas anchas que

avanzaban parsimoniosas, ajenas al lugar, y venían a morir contra las rocas de la costa. Entonces se agitaban también las olas de la bahía y se levantaban verdaderos surtidores desde las aguas verde oscuro de Marechiaro.

En todo aquello había algo temiblemente familiar y, por eso mismo, tranquilizador. Todos sabían que no vivían sólo en el destino personal de su propia vida, sino que participaban de un destino mayor: no del mísero provinciano o nacional, sino del destino de las sacudidas provocadas por las tempestades africanas y los volcanes. En los huertos colgantes de las laderas de Posillipo, los hortelanos escudriñaban el cielo en cuanto se hacía sentir el viento. En cualquier momento podía traer una promesa o una amenaza. El viento podía traer una lluvia abundante o una larga sequía. Lo olían, lo saboreaban, lo cataban con la punta de la lengua. Las grandes tormentas llegaban de África y por eso eran tan sabrosas, tan especiadas, y al mismo tiempo cálidas, polvorientas y enervantes. Traían el olor del Sáhara, los vapores del Congo, el hedor sensual y podrido de la selva. Los hortelanos de Posillipo vigilaban. Los huertos colgantes descendían escalonados desde la colina hasta la costa, y el viento bajaba apresurado, a paso de baile, por aquellos peldaños olorosos, siguiendo la pendiente hacia el mar. Los hortelanos de Campania, azadón en mano, husmeaban el aire. Todo dependía de lo que trajera el viento y de si lo traía a tiempo. Si traía lluvias cálidas y propiciatorias, o bien una tromba que caía de pronto desde el cielo oscurecido y en cuestión de minutos arrastraba cuanto se había cultivado trabajosamente en las pequeñas parcelas de los huertos colgantes: los hinojos y las preciosas verduras, los frutos aún verdes de los granados y las higueras, la cosecha de naranjos y

limoneros, que quedaba pisoteada en el barro. Porque a veces la lluvia llegaba sin aviso, con una furia negra, como un sarraceno enloquecido. Y no sólo arrancaba la cosecha de la tierra, sino que desgajaba la tierra misma de la base caliza de los huertos colgantes y hacía escurrirse hacia el mar, en forma de lodo líquido, la tierra volcánica, grasa y negra. Otras veces el viento sólo traía polvo: un polvo sahariano de olor amargo y ácido, y sequía durante meses y meses. Entonces la vegetación de los huertos colgantes vivía del vapor de la madrugada, de la condensación salada, de aquel húmedo abono artificial que el mar rociaba generosamente en todas direcciones entre las cuatro y las cinco de la mañana. Pero aquel vapor no bastaba para vivir ni para morir. En esas ocasiones, los hortelanos corrían a Sorrento y organizaban procesiones con banderas de colores. A veces eso ayudaba.

Pero, por muy desesperante que fuera todo, hacía tres mil años que aquellos huertos se cultivaban cada día, en todas las estaciones del año. Los hortelanos trabajaban en sus parcelas minúsculas igual que los grabadores en los escaparates de las tiendas de via Partenope, que, con una visera en la frente, tallaban en pedazos de caparazón de tortuga no mayores que una uña, con puntas de aguja y cinceles de acero semejantes a mondadientes, bajorrelieves de escenas de guerra o de mujeres con los pechos desnudos. Los hortelanos trabajaban cada surco, cada hendidura de tierra, cada hoyo diminuto y cada terrón: cavaban, removían, sembraban y cubrían los surcos. Acariciaban con la palma de la mano la tierra, la blanda ceniza volcánica, y abrían con las uñas pequeños huecos para los guisantes. Con la devoción de los artistas, unida a una intensa pasión sensual, los hortelanos de Campania se inclinaban sobre la

tierra de sus pequeños huertos de Posillipo, de apenas unos metros cuadrados, una tierra que casi nunca era suya. No la «cultivaban»: la mimaban, la halagaban, la reanimaban con su aliento, y luego tocaban con dedos embarrados pero delicadísimos todo cuanto la tierra les daba: flores, hortalizas, incluso las malas hierbas. Sólo un artista es capaz de amar así la materia de su creación —ya sea mármol, lienzo, Melodía o Pensamiento— como mimaban y acariciaban la tierra aquellos paupérrimos hortelanos de Posillipo. Y los huertecillos, aquellos pañuelos de tierra de unos pocos metros cuadrados, respondían a la llamada susurrada y ardiente, a las caricias insistentes de los hortelanos, como responde el cuerpo en el abrazo: resistiéndose y estremeciéndose, pero abriéndose a la fecundación al simple contacto de la mano del amante, que quiere a la vez dar y arrebatar. Al final, el huerto entregaba su cuerpo negro al hortelano y, de la materia de su organismo, ofrecía en cada estación y en cada mes, con la abundancia de un manantial copioso, los frutos siempre nuevos de su ciclo productivo: flores de colores chillones, frutas de una dulzura casi excesiva, legumbres tiernas y claras como la leche. Tal vez ése fuera el milagro. Entre un temporal y una sequía, entre la miseria y la exuberancia, algo sucedía en el paisaje de la costa, de día y de noche: la tierra creaba con una abundancia grasa y sucia. Los hortelanos no tenían dinero para abonos químicos, de modo que fertilizaban sus minúsculas parcelas con los excrementos de la familia. Por su parte, la tierra también arrojaba desde sus entrañas ardientes un abono infernal: la ceniza volcánica hirviente que a veces caía de forma invisible y otras se pegaba negra al suelo en forma de hollín o flotaba en el aire, y que desde hacía millones de años recaía sobre los terrenos circundantes.

En todo aquello había algo de bendición. Y también de maldición. Puede que ése fuera el milagro.

Pero con eso tampoco se podía vivir.

17

Tal vez sólo se podía vivir, en cierto modo, del mar. Por eso, cuando se cansaban de vivir de la tierra —generosa, pero al mismo tiempo enigmáticamente avara—, se apresuraban hacia el mar, con barcas y redes, arpones y granadas de mano, o con inglesas y americanas que buscaban la magia marina del amanecer o del crepúsculo, música de mandolina y dulces canciones. Antes de salir, las inglesas regateaban con recelo, porque no les sobraban las divisas y no podían pagar aparte los servicios extras que los barqueros ofrecían mar adentro. Las americanas, en cambio, se mostraban más generosas y dadivosas en el mar y, si en la barca se dejaban arrebatar por el alba o el atardecer, o quedaban satisfechas con los servicios adicionales del barquero, pagaban más de lo acordado sin que nadie se lo pidiera.

El mar lo sabía todo. Y ellos, que habían nacido allí, lo sabían todo del mar. Era como la madre tierra: el mar se podía recorrer en viejas barcas, avanzando lenta y furtivamente, como ladrones que atravesaran los huertos. El mar tenía sombras a cuyo fresco se podía dormir. En el mar había pequeñas calderas ardientes que desprendían un calor repentino, como las cenizas del brasero. Por el mar corrían caminos misteriosos, veredas, laderas, callejuelas y recodos por los que el barquero avanzaba a hurtadillas, observando

las posibilidades bajo el ala del sombrero. Bajo la superficie del mar había escondites donde se prendían la punta del arpón y del gancho, rocas invisibles bajo las aguas profundas, y entre los líquenes verdes y negros, resbaladizos y aterciopelados de las rocas, se podía ocultar la captura: joyas, armas o cestos llenos de cangrejos puestos a engordar.

A veces el mar era viejo, caprichoso, agotado y enjuto. Pero a la mañana siguiente rejuvenecía y se presentaba glorioso, revuelto y espumoso. Era capaz de renovarse y transformarse a partir de su propia sustancia, de su materia infinita y amorfa. No temían al mar. Siempre era peligroso, incluso cuando yacía somnoliento, oleoso y muerto bajo la sábana gris y sucia de las capas de aire cálido; tal vez era entonces cuando más peligroso resultaba, porque su despertar —cuando se incorporaba, rugía y agitaba el puño— era pavoroso. Pero no lo temían, porque era un destino conocido, y había que asumirlo. El mar era al mismo tiempo cuarto de baño y aventura, templo y prostíbulo.

La espuma hacía bailar objetos peculiares, sorprendentes, a veces incluso repugnantes: preservativos, excrementos humanos, una naranja, una faja... El mar era a la vez útero y letrina, fosa y escenario de óperas con pasiones dulces y salvajes. Por eso lo amaban. Lo amaban también cuando era cruel y caprichoso. El Mediterráneo era como ellos: callado y luego, sin transición alguna, atropelladamente locuaz, refunfuñón y parlanchín, cortés y ocioso, y después, de nuevo sin transición, se lanzaba a morder cabezas humanas, igual que ellos se mordían la nariz cuando discutían.

Y el mar aún no había dicho su última palabra. También había en eso algo inquietante y sentimental. Llevaba miles, millones de años,

arrebatándole algo a la orilla a cada instante, cada día, apropiándose de un milímetro más de litoral. En la bahía de Marechiaro, los bañistas nadaban sobre cimientos y columnatas de casas romanas, porque entre la orilla firme y la superficie del agua todavía seguía cambiando y formándose algo. En dos mil años, el nivel del mar había subido dos metros. El mar encerraba el destino: el destino personal, el alimento y la muerte. Y, además, la posibilidad de la aventura, del gran mundo.

Lo respetaban, pero no lo temían. Lo trataban con confianza, le rezaban oraciones antiguas y paganas, ocultas bajo una capa de catolicismo, con un temor supersticioso, porque temían a la vez a Poseidón, el antiguo dios del mar, y a los santos de la nueva religión, disgustados por su paganismo. Rezaban al mar, pero luego escupían y orinaban en él. No obstante, en conjunto, el mar era algo más y algo distinto de una captura abundante o de la posibilidad de un accidente mortal. Cada noche arrojaban granadas explosivas al mar, pescaban de manera clandestina, y el mar eructaba con la granada, rugía furioso y muchas veces arrancaba la mano del pescador que no había ajustado bien la espoleta. En la orilla abundaban los mancos y, como ya habían pagado su tributo al mar, no lo temían: volvían a salir en sus barcas a pescar con explosivos. Se decía que el mar perdonaba a quienes habían pagado con la mano; llevar a bordo a un tullido de ésos traía suerte.

Junto a la costa, desde el fondo del mar, brotaban manantiales de yodo, hierro y azufre, y los pescadores se zambullían en sus aguas efervescentes y burbujeantes. Su piel y su carne recordaban que procedían de allí, y regresaban a la corriente yodada y sulfurosa que emergía de las profundidades igual que un adulto vuelve en sueños

al hechizo del refugio protector y amparador del líquido amniótico. El mar ofrecía posibilidades: no tenía principio ni fin, sólo costas. Con ayuda de contrabandistas, en veleros, sin pasaporte, gracias al viento del oeste, en una sola noche se podía llegar desde aquellas costas a África, a una de las bahías de Túnez, y luego continuar por el océano Atlántico hacia puertos de continentes lejanos, con nuevas posibilidades latentes: amor, contrabando de cocaína, tala de bosques o la posibilidad de ocultarse bajo el uniforme de la Legión. El mar prometía todo eso.

Y también existía el mar turístico, que traía y se llevaba grandes barcos, con gente que poseía talonarios de cheques y a la que, cuando el mar permitía que desembarcara, se le podía vender todo tipo de cachivaches con una amplia sonrisa y un dulce regodeo. Les vendían cualquier elemento del paisaje que a ellos mismos, hijos del paisaje, ya los aburría o no podían ni ver; les vendían a las mujeres y a los muchachos que servían para eso y a quienes los lugareños amaban gratis; les vendían comidas y bebidas de calidad mediocre, servidas con gusto y a precios inflados. El mar era cómplice, y a veces, al caer la noche, el mar y la gente nacida en la costa intercambiaban miradas de connivencia.

Conocían el mar y no lo temían. Sin embargo, cuando aquel año —a principios de junio, a las cuatro de la tarde— corrió por el litoral la noticia de que una tromba marina, un torbellino procedente de África, se acercaba a grandes saltos a Marechiaro, enseguida se pusieron a chillar y a lamentarse. Por la mañana hacía un calor infernal: olía a terremoto, a peste ácida, a humo y lava, a carroña. Hasta las mimosas apestaban. Los trabajadores de la compañía telefónica que iban a Posillipo en automóvil, equipados con escaleras

para reparar los tendidos, a las dos de la tarde empezaron a gritar, agitaron los puños y luego se tumbaron en el suelo y se desmayaron. El vinatero y el vendedor de pescado estaban sentados al fondo de la bodega, con sus muros de cal de concha, en la penumbra que apestaba a alcohol fermentado, entre barriles de madera de castaño; en mangas de camisa y con gorra, prestaban atención en silencio. Todos los nacidos en la costa sentían, sabían en sus entrañas, que aquel día sucedería algo extraordinario. Tal vez un terremoto. Tal vez el Vesubio entraría en erupción. Tal vez la radio anunciaría que habían inventado una nueva bomba o que había fallecido el papa.

En aquel silencio agobiante, acre y ardiente, ya desde primera hora de la mañana latía la Posibilidad, con las garras retraídas, como en la costa opuesta, en África, el puma o el tigre alerta en la húmeda maleza de la selva. Esperaban a ese tigre, la Posibilidad. Esperaban el milagro, que podía manifestarse en que alguien hubiera perdido la cartera mientras hacía el amor bajo los pinos de Posillipo y luego ellos, los lugareños, la encontraran. Otra forma posible del milagro era que las autoridades actuaran racionalmente y adoptaran medidas para favorecer al pueblo. Pero en eso creían pocos. Otra forma del milagro era que los santos indolentes de feria se movieran en sus vitrinas, empezaran a hacer aspavientos con sus manos de madera, sangraran y de pronto todo cambiara, y la vida recuperara una solemnidad interior y un orden exterior. Esperaban algo más allá de lo que ofrecían los americanos, los santos, el hipódromo, la lotería del Estado y el comunismo. Cuando la sucia columna de vapor, la tromba marina, apareció sobre el mar aquel verano, a principios de junio, a las cuatro de la tarde, empezaron a

chillar y a lamentarse, porque sentían que la desesperanzada impotencia llegaba por un instante a su fin y que por fin iba a ocurrir algo en sus vidas.

Ya desde la mañana la luz era inquietante; en el cielo colgaban nubes sucias, grises y pardas. Hacia el mediodía, el cielo se cubrió de nubes negras y el sol brilló cálido e invisible detrás de ellas. La gente de los *bassi* se colocaba al borde de la terraza y escuchaba en silencio los gritos desgarradores que subían desde abajo, desde la costa. El vinatero bajó rápidamente la persiana de hojalata, como si eso sirviera de algo. El barón y el almirante corrieron al café. De pronto, tres columnas de vapor emergieron del mar. Reinaba un silencio de mal agüero; no se oía ni el ulular del viento. Era un viento ardiente, mudo, silencioso. Como si rugiera bajo la superficie del mar. Las columnas de vapor avanzaban a gran velocidad hacia la costa, hacia las casetas de baño de Marechiaro, sujetas sobre pilotes de madera y parecidas a las casas construidas sobre troncos por los indígenas de las islas Fiyi; la marea se precipitó sobre la zona de baño y destrozó los pilotes. Muchos de los que estaban en la costa y lo vieron se echaron a llorar. La marejada parecía unida a las negras nubes por un tubo o embudo oscuro, y la columna de vapor parecía alimentar su rabia a través de aquella tetina. Uno de los remolinos chocó contra las rocas de la costa y se hizo añicos. Los otros dos avanzaron por el mar, tambaleándose y bailando, rumbo a Salerno.

Todos palidecieron. Pero también era por aquellas luces maliciosas. El almirante entró en el patio del café La Alondra y encendió un cigarrillo con las manos temblorosas. El anciano dueño observaba el mar desde el umbral, haciéndose visera con la mano. Todos callaron. En aquel silencio resonó un coro de lamentos que

llegaba de la playa, de los cuchitriles de Marechiaro y de las ruinas de las villas de Lúculo y Virgilio. En realidad, no era un canto, pero tampoco eran simples lamentos. Parecía un viento invisible e impalpable que cantara bajo la tierra y bajo el mar. Parecía como si a lo lejos, frente a Amalfi, entre las rocas de Li Galli, cantaran sirenas con voz aguda, chillona y entrecortada para seducir a los navegantes. Era como si un pueblo que había soportado su destino en silencio durante miles y miles de años se pusiera de pronto a hablar. Chillaban y se lamentaban rítmicamente, como participantes de ceremonias paganas, cantando próximos al gozo y al éxtasis, cuando lo natural se vuelve sobrenatural y lo cotidiano, premonitorio. El canto quejumbroso, el coro aullante, resonaba en la costa. Y como, por lo demás, el mar permanecía callado —desmayado e inmóvil, dejando que aquellos monstruos priápicos pasaran por su superficie—, el canto era al mismo tiempo obsceno y místico, como ocurre siempre con los fenómenos en que la pasión humana se cruza directamente con las fatales y apáticas inclemencias de la naturaleza.

—Un terremoto —dijo el almirante.

Olfateó el aire, abriendo las aletas de la nariz, y se esforzó en mostrar su superioridad. Parpadeaba como si estuviera a bordo de un buque de guerra. Trató de seguir pareciendo competente en la cuestión, porque en el mar ocurría algo extraordinario y él era el almirante. Pero nadie le hizo caso.

—No es un terremoto —repuso el barón—. Algo sucede bajo la superficie, pero no es un terremoto. Ha entrado en erupción un volcán bajo el mar, nada más —añadió sin énfasis—. Plinio el Viejo ya describió el fenómeno.

Pero estaba pálido.

No discutieron, aunque cada cual expresó su opinión. En realidad, ignoraban lo que pasaba, pero de alguna forma lo entendían. El mar se había achatado, como torturado por tremendos espasmos, como si se hubiera tumbado boca abajo. El torbellino negro avanzaba hacia Salerno. Los lamentos en la playa ya eran tan rítmicos como si el pueblo cantara en una procesión. Algunos corrieron hacia el pescador manco y le imploraron que obrara un milagro. Era sabido que aquel hombre era capaz de calmar el mar embravecido, porque conocía las palabras que había que murmurar para volver impotente a la tromba marina. El pescador se caló la gorra hasta la frente y, con un gesto napoleónico, se metió la mano entre la camisa y la chaqueta, a la altura del corazón. Fue un instante solemne. El pescador no dijo que no, pero tampoco dijo que sí. Permaneció callado y grave. Se comportaba como los santos cuando los hombres les piden lo imposible. Muchos lo rodeaban: mujeres con niños en brazos, el vinatero, los vendedores de la cima de Posillipo, los floristas clandestinos.

Y como el mar seguía callado y no se movía ni una brizna de aire, en aquel silencio desmayado los lamentos resonaban con una fuerza espantosa. En el campanario de la iglesia de Villa Ricciardi, las campanas tocaron asustadas, enloquecidas, sin orden ni concierto.

Entonces llamaron a la puerta.

En el umbral estaba la extranjera. Iba sin sombrero; el pelo teñido de rojo, revuelto, se le pegaba a la frente y a las sienes. Sobre los hombros le ondeaba un pañuelo de seda amarillo, porque en la escalera se había levantado de pronto una corriente de aire

traicionera. Tenía los ojos gris azulados y llevaba unas sandalias alargadas, parecidas a zapatillas.

—Perdonen. —Entró—. Me he atrevido a venir porque ustedes también son extranjeros —añadió. Se sentó. Encendió un cigarrillo. Un relámpago iluminó el cielo de una forma extraña—. He tenido mucho miedo —murmuró, con el cigarrillo temblándole en la mano —. Pero no de la tormenta. Él... se ha ido. Esta mañana ya se había ido.

Hablaba con voz ronca. Volvieron a llamar. Era el agente pelirrojo, el joven de piel blanca que controlaba a los extranjeros en la comisaría del distrito.

—Malas noticias, *signora* —anunció, mientras, para ocultar su turbación, hacía girar el sombrero entre las manos. Había bajado la mirada, como si se avergonzara de llevar malas noticias—. *Che brutta figura* —dijo en voz baja, confuso y con la cabeza gacha.

La extranjera se levantó. Los dos, el policía y ella, miraron en dirección al mar. Pero el mar ya estaba tranquilo.

TERCERA PARTE

1

—Este informe, así como está, no lo puedo enviar a Roma —dijo el subcomisario, levantó con dos dedos, asqueado, la pila de papeles, y la dejó caer sobre la mesa. El joven agente pelirrojo estaba pálido sentado ante la mesa.

—Pero es la verdad, *commandatore* —dijo en voz ronca.

—Hijo —continuó el subcomisario—, usted es joven aún. Debe aprender que la verdad siempre es otra.

El subcomisario era un tipo gordo, oriundo de Caserta. Tenía la nariz carnosa, astuta, y los ojos morenos y brillantes, llenos de inteligencia, sospecha, ironía y buen humor.

—En Roma vive gente lista —dijo con calma—. El Ministerio de Interior italiano es el mejor de Europa. Siempre somos corteses, ¿verdad? Y lo sabemos todo —dijo lleno de soberbia—. No —siguió resuelto y devolvió el expediente al agente—. Este informe no lo puedo enviar a Roma.

El joven se levantó aturdido. Le sudaba la frente. Tomó el acta y preguntó rezongando:

—¿Qué puedo hacer, *commandatore*?...

Desde la ventana de la sala de la cuestura se veía la plaza que ahora llevaba el nombre de Matteotti, el político asesinado por la policía de Mussolini. Tras el subcomisario, en la pared colgaba un

sencillo crucifijo. En el alféizar de la ventana había unas cuantas macetas. En la plaza, a la luz burbujeante y efervescente, ante el palacio de correos construido con la opulencia y patetismo del fascismo, la multitud avanzaba como las crestas de las olas en la costa cercana. El subcomisario miró a la luz y negó con la cabeza. Luego se encogió de hombros. Se sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo y ofreció al joven agente. Le dio fuego.

—Siéntate —dijo con calma. Los dos se sentaron—. Cuéntamelo todo —dijo el subcomisario—. Ya me entiendes. Todo.

2

El agente dijo:

—No creo que lleguemos a saber la verdad. Es posible que se haya suicidado. O que lo hayan matado. Quizá se tratara de un loco. —Levantó la mano derecha—. Puede que fuera un fascista fugado. —Con la mano izquierda dobló el índice de la derecha hacia la palma —. Puede que fuera un comunista desengañado que había huido. —Dobló el dedo corazón—. Puede que fuera un espía comunista que se hacía pasar por refugiado. —Dobló el anular—. Puede que fuera un refugiado de verdad, pero que tuviera miedo de emigrar. Puede... —Se detuvo. El meñique quedó en el aire. Con dos dedos agarró el meñique y dijo, turbado y desorientado—: Puede que...

El subcomisario lo miró sonriendo. Se encogió de hombros. Exhaló el humo y en voz ronca, como la de los adultos cuando les hablan a los niños, dijo:

—Puede que fuera un hombre común y corriente.

Se rieron.

3

—En ese tramo el pretil de piedra estaba agrietado —explicó el agente—. A esa hora el viento podía soplar a unos cuarenta kilómetros por hora. El precipicio bajo el mirador es de ciento veinte metros. Lo hemos medido todo. La oficina técnica municipal recomendó ya el año pasado reparar el pretil. Es un rincón muy visitado del Parco della Rimembranza: llevan allí a todos los extranjeros y todos se apoyan en la barandilla. En días de viento, a esa hora, casi no pasa nadie por allí. El lugar está desierto. El año pasado desalojamos a los mendigos que vivían en cuevas cavadas en la tierra. Pero este año han vuelto. Dicen que no han visto nada. La tormenta llegó sin previo aviso, se escondieron en sus cuevas, como topos. Más tarde vieron que el pretil se había derrumbado en un punto. Y que abajo, en la orilla, yacía el hombre con los brazos abiertos. Uno de los que pasaban por allí, el vendedor de flores, corrió entonces al bar cercano y llamó por teléfono. Nos presentamos allí enseguida, el brigadier y yo. Tomamos declaración a los presentes. Me tocó comunicarle a la señora lo que había pasado. No fue nada agradable —dijo en voz baja.

—¿Era su esposa? —preguntó el subcomisario.

—No —repuso el agente—. Llegaron juntos. Vivían juntos. Pero no era su esposa. Ella tiene visado para Estados Unidos. A él se lo

dieron para Australia. Estaba previsto que se separaran. El barco de él zarpaba al día siguiente. Ella se va a América la semana que viene. Ya le habían comunicado al casero que dejaban el piso. Hemos hecho un inventario completo. Vivían en cuatro habitaciones, en la parte baja de Marechiaro, cerca de la iglesia. Tenían un balcón con vistas al mar. Pagaban escrupulosamente el alquiler. Ya no les quedaba mucho dinero. En el cuarto del hombre, en el cajón del escritorio, encontramos una cartera con el pasaje de barco, los documentos de identidad y trescientos sesenta dólares. El brigadier se hizo cargo del dinero y lo dejó en depósito. ¿Qué hacemos con el dinero, *commandatore*?

El subcomisario se encogió de hombros:

—Dádselo a la mujer. Bajo mano —murmuró—. Bajo mano, ¿me entiendes? No hay que hablar mucho. Si empiezan los trámites de la sucesión... nunca recibirá nada. —Reflexionó y añadió nervioso—: Dádselo a ella.

—Sí —respondió el agente—. Es lo que teníamos pensado.

—Que firme un recibo —ordenó el subcomisario y se inclinó hacia delante. Luego preguntó bajando la voz—. ¿Cómo es ella?

—Ya no es joven —contestó el agente—. Pero sigue siendo una mujer.

—Entiendo —repuso el subcomisario. Intercambiaron una mirada experta—. ¿Qué había en el piso?

—Cuatro trajes —contestó el agente—. Gastados, pero bien cortados, de paño fino. Y un abrigo Loden, de los que aquí no se llevan. Como mucho en Bolzano, en el norte, entre los tiroleses. Eso era todo. Una raqueta de tenis inglesa y una cámara fotográfica alemana. Pero no jugaba al tenis ni hacía fotos. Además, una

máquina de escribir con las letras de su país. Son gente curiosa —añadió—. Todos se aferran a los acentos.

El subcomisario alzó la cabeza:

—¿A los acentos? No entiendo. ¿Qué acentos?

El agente se encogió de hombros.

—A los acentos en general. Todos los que últimamente llegan del otro lado del telón de acero se aferran a sus acentos. En Bagnoli, en las oficinas donde extienden los documentos, no hacen más que protestar para que les devuelvan los acentos a sus nombres. Hay toda clase de signos en sus nombres, en sus documentos, en las vocales, incluso en las consonantes. O signos que parecen acentos. Húngaros, rumanos, checos y polacos, cada uno con lo suyo. Y no vea cómo se aferran a ellos. En Bagnoli había un abogado checo que, después de que le dieran el visado, insistió en volver a ver al cónsul americano porque se habían dejado un acento en su nombre. Insistía en que era algo importante. Parece que ya no tienen nada y un día se dan cuenta de que, sin esos acentos, en este mundo ya no son lo que eran. Por eso llevan consigo, de un continente a otro, sus viejas y desvencijadas máquinas de escribir, porque todavía tienen los acentos.

—Puede que simbolice su personalidad —cortó escuetamente el subcomisario—. Temen perder algo de su personalidad. ¿Tenía libros?

—Pocos —respondió el agente—. Más bien diccionarios. Italiano-francés, inglés-alemán, francés-español. Diccionarios de todo tipo. Esa gente siempre se prepara para andar por el mundo. Se preparan como para un examen de idiomas. Cuando ya no tienen acentos, tampoco tienen lengua materna, y por eso hablan y leen sin ton ni

son en toda clase de idiomas. Este hombre era un científico —concluyó sin darle importancia.

El subcomisario asintió.

—Lo sé —repuso—. Era miembro de sociedades científicas. Desde Roma nos ordenaron tenerlo vigilado. Por eso es tan desagradable lo sucedido. Aún tenía fama en el mundo. Con o sin acentos, aún era alguien. ¿Qué otros libros tenía?

—Una biblia —contestó el agente—. En su lengua materna. En italiano sólo tenía dos libros.

El subcomisario volvió a asentir.

—Curioso —observó con un destello en los ojos—. ¿Qué libros eran?

El agente sacó su arrugado cuaderno de notas. Lo hojeó y leyó letra a letra:

—Pico della Mirandola —levantó la vista—. Ése era uno de los autores.

—*Eh!* —exclamó el subcomisario.

—*De hominis dignitate* —leyó trabajosamente el agente—. Así se titula.

—Entiendo. Buen título —comentó el subcomisario, y se echó a reír.

—El otro era un libro de poemas —continuó el agente—. Un libro pequeño, impreso en Florencia. *Rime e lettere...* —leyó y sonrió confundido— *di Michelangelo Buonarroti*. —Parpadeó como los miopes y se metió el cuaderno en el bolsillo exterior—. No sabía que Miguel Ángel escribiera poemas, *commandatore*.

—Escribía poemas breves —repuso el subcomisario con aires de superioridad—. Y bastante buenos. ¿Quería llevarse esos dos libros a

Australia?

—Eso parece —respondió el agente apesadumbrado—. Y los diccionarios. No sé qué pensar, *commandatore*.

El subcomisario se rascó la barbilla hirsuta.

—Nunca pienses nada —sentenció—. Sólo observa. ¿Qué más tenía?

—¿Objetos personales? —preguntó animado el agente—. Poca cosa. Un reloj de arena. Pero no era ninguna antigüedad, sino uno normal y corriente, como los que usan los telegrafistas en Correos para medir la duración de las conferencias interurbanas. Un reloj así cuesta cuatro perras. Ya estaba guardado en el equipaje. Y una brújula. Y una navaja, una especie de navaja de caza con sacacorchos. También una pequeña cerámica cuadrada para colgar en la pared. La *signora*, la mujer... dijo que la había comprado en Asís. No es una pieza de valor. Representa a san Francisco hablando con el lobo y con el fuego. *O beata solitudo* —recitó el agente sin pasión—. Llevaba esa inscripción.

—*O sola beatitudo* —corrigió el subcomisario en voz melódica, casi canturreando.

Se miraron.

—Había también una boquilla con filtro de nicotina —prosiguió el agente en voz baja—. Un viejo calendario impreso en una lengua extranjera, al que le habían arrancado parte de las hojas; la última fecha era el 11 de abril de 1948. Un billete de tranvía usado, de alguna ciudad del otro lado del telón de acero, guardado en un sobre: un billete corriente, perforado. Algunas corbatas, pero no de esas hermosas, de seda y colores vivos, que venden nuestros comerciantes. Y veinte centigramos de morfina.

El subcomisario alzó la vista:

—¿Era morfinómano?

El agente negó con la cabeza.

—La *signora* dijo que nunca había consumido morfina. En la autopsia lo examinaron a fondo. No tenía marcas de pinchazos en el cuerpo.

El subcomisario asintió:

—¿Se fijaron en el cuero cabelludo, bajo el pelo?

—Le afeitaron la cabeza y la examinaron. No había ni una sola marca de pinchazo en el cuero cabelludo. También miraron en las axilas, en todas partes. No era morfinómano. La *signora* dijo que guardaba la morfina por si acaso.

—¿«Por si acaso»? —preguntó el subcomisario en voz baja.

El agente agachó la cabeza, se miró la punta de los zapatos y continuó en voz queda:

—Pues de eso se trata, *commandatore*. ¿Para qué caso?... Si lo supiera, podría haber escrito otro informe. —Suspiró—. Era morfina antigua —agregó al rato en tono rápido y profesional—. La he mandado analizar. Tenía tres años. La había traído de su país. También tenía una jeringuilla. Una morfina tan vieja ya no tiene un efecto seguro...

—Ya —repuso el subcomisario con calma—. Quien se envenena con morfina antigua empieza a sentir náuseas. Náuseas y vómitos. ¿Qué más dijo la mujer sobre la morfina?

—Nada —respondió el agente—. No quiso hablar de eso. Lo que pasa, *commandatore*, es que en este caso la morfina no prueba nada. Porque, si quería suicidarse, la morfina habría sido mucho más cómoda que precipitarse desde ciento veinte metros de altura y

romperse la cabeza en la costa. También habría podido suicidarse con esa morfina antigua. Si se va de casa, alquila una habitación por los alrededores, en Salerno o en Sorrento, y se inyecta la morfina antes de acostarse... a la mañana siguiente está muerto, aunque entretanto la morfina antigua lo haya hecho vomitar. Tuvimos un caso así el año pasado, ¿se acuerda, *commandatore*?... El judío polaco que en el último momento no quiso emigrar a Israel. Fue un caso curioso —comentó en tono serio y bajo, evocador, como si se respondiera a sí mismo—. Tenía cincuenta y tres años, se había salvado, tenía visado de emigración y, la última semana, la semana anterior a la partida del barco, se mató con una morfina igual de antigua. Se la había dado un soldado alemán en Auschwitz. Esperó cinco años y luego se la inyectó, con toda precisión, en el brazo izquierdo. Lo hizo antes de partir, igual que éste... ¿Se acuerda, *commandatore*?

—Me acuerdo —repuso el subcomisario.

—¿Por qué? —preguntó el agente en tono infantil—. ¿Por qué se mata alguien que ha sobrevivido a Auschwitz y podría irse a Israel?

El subcomisario reflexionó.

—Tal vez —empezó pausado y con calma—, tal vez se matara precisamente por haber sobrevivido a Auschwitz.

Se pusieron a fumar. Hablaban en voz baja.

—Tal vez —concedió el agente, acongojado, y suspiró—. Ninguno de los dos dejó una nota. Éstos, la noche anterior, habían estado en la Ópera. En el entresuelo, en las butacas más baratas. Cantó Tebaldi, daban *Tosca*. Luego cenaron en la Finestrella. Antes, por la tarde, él había estado en la ciudad, buscando al sacerdote. Pero no lo encontró.

—¿Al franciscano? —preguntó el subcomisario, y, con la punta de la boquilla, señaló el informe que yacía sobre la mesa.

—Al padre Carmine —respondió el agente—. Ya informé el año pasado de que se conocían.

—¿Lo has interrogado? —preguntó el subcomisario.

—*Commandatore* —repuso el agente en voz ronca—, yo no me meto en los asuntos de los curas, pero he mirado sus antecedentes. Lleva seis años aquí. Vino desde Milán. Trabaja en la biblioteca. El refugiado y el padre ya se conocían de antes. Habían estado juntos en un congreso en Roma, hace unos años. Es lo que me dijo el padre. No me meto en los asuntos de los sacerdotes —insistió con decisión y negó con la cabeza.

El subcomisario se echó a reír.

—¿Les tienes miedo? ¿Incluso aquí, en la tierra?

—No lo sé —contestó el agente en tono grave, infantil y furibundo —. Pero no me meto en los asuntos de los sacerdotes. Ayer mandé limpiar dos muros en Posillipo —soltó de pronto.

El subcomisario se encogió de hombros.

—Que nuestro pueblo sea anticlerical —observó en tono tranquilo e instructivo— no significa que haya que tenerles miedo. ¿Qué pintadas había en los muros de Posillipo?

—Lo de siempre: EVVIVA LA RELIGIONE. I PRETI IN PRIGIONE. El padre vino a la jefatura de policía y pidió que las borráramos.

Se miraron con los brazos cruzados.

4

El agente se encogió de hombros.

—Por mucho que le demos vueltas, todo sigue siendo turbio, oscuro. Los curas callan, igual que los comunistas. Los de aquí lo saben todo unos sobre otros y callan. Estos extranjeros que ahora van y vienen por Italia son distintos de los de antes. Siempre ha habido por aquí gente extravagante: ingleses raros, americanos con los nervios destrozados, luego húngaros y alemanes que venían de turismo y se quedaban. La mayoría estaban locos, o eran científicos o escritores. A veces pintores. Pero con ellos nos las arreglábamos mejor. Durante la guerra vinieron judíos de Austria y Yugoslavia, y a ellos los salvamos. A veces les gritábamos, los encerrábamos en campos, pero sólo lo hacíamos para que los alemanes no metieran las narices. Se salvaron todos. Ahora esos viejos refugiados también están nerviosos. Todos quieren irse de Italia. En Bagnoli, en el campo, hay dos tipos de refugiados: los de verdad y los que un día decidieron que serían refugiados. Nuestros refugiados de antes, los que llevan años aquí, están intranquilos; afirman que ya no son simples extranjeros con permiso de residencia, sino refugiados. Y se van. No saben a dónde... Hay quien se apunta para irse a Brasil, pero por la noche cambia de opinión y al día siguiente va al consulado chileno, u opta por Australia. Ha habido semanas en las

que iba al campo cada día, porque el brigadier me pidió que examinara sus antecedentes... ¡Vaya antecedentes, *commandatore*!... ¿Quién sabe la verdad sobre la gente?... En Europa hay un montón de países pequeños y mucha gente que huye. No tiene nada de extraño que el cónsul americano o australiano desconfíe. Yo tampoco sé lo que ha pasado en Paraguay en los últimos diez años...

—Hijo —repuso el subcomisario—, ni siquiera sabemos exactamente lo que ha ocurrido en Italia en los últimos diez años. Sigue.

—En Chile ha debido pasar algo —comentó el agente, preocupado —, porque al actor lituano que quería ir a Chile lo ha rechazado la comisión. Le han dicho que Chile sólo admite refugiados de más de ciento setenta centímetros de alto.

El subcomisario asintió:

—Como Federico el Grande. ¿Qué ha sido de él?

—Optó por Canadá, pero lo rechazaron en el examen médico por tener el hígado duro. Si mides menos de uno setenta, no puedes ir a Chile. Si tienes el hígado duro, no puedes ir a Canadá. Hay un ruso que no ha podido ir a América por haber nacido en San Petersburgo. Tenía dos años cuando se fue con sus padres de San Petersburgo. Gritó que San Petersburgo no es lo mismo que Leningrado. Lo apuntaron en el acta. Pero, hasta que se averigüe la verdad, pueden pasar muchas cosas.

—Entiendo —repuso con calma el subcomisario. Exhaló el humo y se quedó un rato mirándolo—. ¿Qué más has visto en el campo?

—De un tiempo a esta parte, los refugiados se comportan como si supieran lo que quieren. Piensan que son ellos quienes deciden

sobre su destino. —El agente se cruzó de brazos y se inclinó hacia atrás. Estaba muy serio—. Se presentan ante distintas comisiones, sueltan su nombre, sus datos, su antigua ocupación. Luego van al control médico. Les hacen análisis de sangre y de orina. Eso ya los deja algo confusos. Entre ellos hay profesores universitarios y curas que no entienden por qué tienen que orinar cuando lo que buscan es una nueva patria...

—Se ponen nerviosos —observó el subcomisario con calma—. Las potencias quieren saber qué hay en los riñones y en la sangre de la gente.

—Noruega —apuntó el agente solícito—, Noruega ha aceptado a gente mayor con serios problemas pulmonares...

—Noruega —replicó el subcomisario con suavidad, pero en tono instructivo— se puede permitir el lujo de ser generosa, porque es un país pobre y pequeño. Nosotros tampoco hemos pedido, ni antes ni ahora, sangre, orina o radiografías a los refugiados, porque Italia también puede permitirse ese lujo. Pero, hijo, la situación de las grandes potencias es otra —añadió con paciencia—. Las grandes potencias deben tener cuidado, porque tienen mucho que perder.

—Puede ser —admitió el agente, y suspiró—. Puede ser, *commandatore*. Pero lo único que puede perder esa gente es su personalidad. No sé si me explico... Y cuando comprenden que, después de perder su hogar, a sus familiares, su patria y su lengua materna, ahora, en el mundo exterior, pierden también su personalidad, se ponen sorprendentemente nerviosos. Un día llegarán a comprender que ya ni siquiera tienen nombre... con o sin acento, pero que ya no tienen nombre propio. Porque el nombre no cuenta. Sólo cuentan la huella dactilar y el número de la ficha

correspondiente. Y eso les pone nerviosos. Me he fijado, *commandatore*, en que estos extranjeros se ponen especialmente nerviosos cuando se dan cuenta de que su nombre y su personalidad ya no significan nada en este mundo. Se reducen a un número en un acta y a una huella dactilar. Mucha gente se lo toma a mal. Hay quienes no entienden por qué les toman las huellas dactilares como a los delincuentes, si son refugiados que han abandonado su patria por motivos de conciencia...

—Puede que toda la humanidad sea culpable —reaccionó serio el subcomisario—. ¿Me entiendes? Todos, la totalidad. Si todos son culpables, entonces hay que tomarle las huellas dactilares a todo el mundo. Es posible —concluyó satisfecho, y sonrió.

—¿La orquesta también es culpable? —preguntó el agente, distraído e inocente.

El subcomisario alzó la vista.

—¿Qué orquesta?

—La orquesta checa —respondió el agente—. Eran catorce, llegaron con sus instrumentos. Cruzaron clandestinamente la frontera checa de noche; toda la orquesta, con sus instrumentos: el contrabajo, el flautín, todo. Estaban juntos, cada uno con su instrumento. Cuando les sacaron sangre aún se mostraron obedientes. Cuando los hicieron orinar, algunos protestaron, sobre todo los violinistas. Pero cuando se enteraron de que les iban a tomar las huellas dactilares, se rebelaron. Empezaron a gritar que no eran delincuentes, sino músicos. Hubo que llamar a la policía. Se llevaron a todo el grupo. No les han dado visado hasta hoy porque son sospechosos. Llevan ocho meses en el campo y ensayan cada día. Tocan fragmentos de la ópera *La novia vendida*, de Smetana...

El subcomisario negó con la cabeza.

—¿Por qué no tocan a Verdi? ¿O a Cimarosa?... Adviértelos de que están en Italia.

—No es seguro que esa gente quiera volver a su patria —soltó el agente sin transición—. Los refugiados de antes querían volver, todos. Querían vengarse, pero también volver a su país. Los nuevos ya sólo quieren irse. Cuanto más lejos, mejor. Hay quienes se pasan el día memorizando el mapa de Nueva Zelanda. Hay un pintor búlgaro que se ha leído todo lo que hay que leer sobre Nueva Zelanda. Dice que irá hasta allí porque ha consultado el mapamundi y, más allá de Nueva Zelanda, ya no hay nada. Luego hay quienes se van a Australia, porque lo paga la comisión para refugiados, viajan en las bodegas del barco y, al cabo de seis meses, vuelven a huir a Europa. Una vez aquí, resulta difícil expulsarlos, porque no hay Estado que los acepte de nuevo...

El subcomisario asintió:

—Sí, con ésos hay que tener mucho cuidado. Los que huyen y vuelven ilegalmente a Europa son ya unos recalcitrantes. Hay que encerrarlos en un campo, en Frascati. En Bagnoli, en el campo... ¿cuánta gente hay ahora?

—Cuatro mil trescientos —respondió el agente, con precisión casi militar.

—¿Y qué piensas? ¿Cuántos serán refugiados políticos?

—Oficialmente, todos —contestó el agente—. En realidad, pocos. Me refiero a los que abandonaron su patria por motivos de conciencia... Muy pocos. Hay quien ha huido por miedo. Muchos huyeron porque creían que emigrar sería una gran aventura, una diversión. Muchos huyeron porque eran nazis o fascistas y temían

que allí les llegara la hora. Muchos vinieron porque habían perdido sus tierras o sus licencias comerciales. Luego están los que se marcharon porque no soportaban el bolchevismo o, antes, el nazismo... Vinieron, unos con pasaporte y otros cruzando las alambradas, aunque podrían haberse quedado en su país... Gente que, por dentro, no podía soportar aquello...

—¿Qué porcentaje? —preguntó curioso el subcomisario.

—No hay forma de saberlo —respondió el agente, bajando la voz —. Hay gente así entre los refugiados, pero a saber en qué porcentaje. Esa clase de gente nunca es un porcentaje, *commandatore* —añadió serio y educado.

—Cierto —admitió el subcomisario con asombro, señalando el expediente—. ¿Cómo era este hombre?...

El agente hizo una pausa y miró por la ventana. Luego se observaron mutuamente y sonrieron. Continuó en voz baja:

—Seguro que no era un porcentaje. Lo ha dicho usted mismo, *commandatore*...

5

El agente contó:

—Cuando entré, el hombre estaba sentado en medio de la habitación, frente a la puerta abierta que daba a la terraza, con un libro en la mano. La criada me dejó entrar. No sabían que iría. Entré en silencio y me detuve en el umbral. Es muy difícil de explicar, *commandatore*. Y ponerlo por escrito, aún más. No pude detallarlo en el informe porque habrían pensado que estaba loco y me habrían expulsado del cuerpo. Pero ahora ya puedo contarlo. Ese hombre tenía fama de saber algo. La gente habla mucho. Se habían figurado que podía ayudar. Esas noticias se extienden como la espuma. No decían que pudiera obrar milagros, pero hablaban de él como si supiera algo distinto de lo que saben los demás. Estas habladurías siempre resultan sospechosas. Tengo que decir que tampoco tenía demasiada fama. Nuestro pueblo es especialmente desconfiado y sólo aparenta credulidad. Pero son tan desdichados y supersticiosos que corren tras cualquiera de quien crean que puede ayudarlos. Abundan los impostores, pero a ésos los mantenemos bajo vigilancia. Ya puedo decirlo, *commandatore* —añadió, y tragó saliva —. Aquella última tarde entré en la habitación, al atardecer, y me quedé en el umbral. Enseguida supe que ese hombre no era un embustero.

Hablaba en voz baja y ronca.

—Sigue —indicó escuetamente el subcomisario.

—Sólo puedo decir que no era un embustero. Para empezar, porque no prometía nada. Y tampoco pedía nada. No aceptaba dinero ni regalos. Si hay dinero alrededor de alguien, eso ya resulta sospechoso. Aunque se lo dé a los pobres o a un hospital. Pero él no pedía ni aceptaba dinero. He interrogado a todos los que hablaron con él. Recibía a cualquiera. Pero no daba consejos, como el Padre Pío. Simplemente escuchaba y sonreía con cierta timidez. Y los que iban a verlo y se sentaban frente a él, de pronto se calmaban. Sentían que ese hombre sabía algo. Yo también lo sentí. Sostenía un libro en la mano y tal vez ni siquiera leía. Por la ventana abierta se veía el mar, Pozzuoli e Ischia. Era un piso austero. Pagaban veinte mil liras por él. En el cuarto había unos pocos muebles baratos. Nada de imágenes de santos ni crucifijos. Ya había hecho las maletas porque su barco zarpaba al día siguiente. Tenía el equipaje al lado de la cama. Dormía en una sencilla cama de hierro plegable. Vestía un traje azul marino, de buen corte, una especie de traje de domingo, casi señorial. Tal vez se había vestido con toda solemnidad en honor a Australia. O para matarse al día siguiente. Resultaba extraño: un extranjero, solo en un cuarto, preparado para salir de viaje, con su último traje decente. Yo permanecí en el umbral. Nadie se movió. Pero dentro de mí despertó de golpe el policía. No sé si me explico... Nuestra profesión es sumamente monótona, *commandatore*.

—Sí —repuso el otro en voz apática—, el crimen siempre es monótono. Sólo merece interés la bondad. Me alegro de que ya lo haya entendido. Continúe.

—Siempre lo mismo —admitió el joven policía, agradecido—. Las actas, los testigos, las motivaciones... Tanto si estoy en la oficina hojeando fichas como si voy al lugar de los hechos, siempre tengo la impresión de investigar el mismo crimen... Sólo cambian los nombres.

—Sólo cambia la forma. Téngalo en cuenta —advirtió con seriedad el subcomisario.

—Lo tengo en cuenta —replicó sumiso el agente—. En aquella ocasión, en el umbral, lo tuve en cuenta. Algo pasaba en la habitación. No había forma de equivocarse. Para empezar, todo estaba en orden. Un orden que saltaba a la vista. El cuarto no parecía un lugar de donde alguien fuera a emigrar a Australia. Era como la celda de un fraile en un monasterio: ya quedaban muy pocos objetos, lo imprescindible, un vaso, una silla, una mesa, sólo una cosa de cada. Nada superfluo. Ésa fue la primera señal sospechosa: que en la habitación no hubiera nada superfluo alrededor de ese hombre. Y no sólo porque tuviera hecho el equipaje. Debía de haber tan pocas cosas en su cuarto porque, cuando abrimos las dos maletas al día siguiente, apenas contenían nada. El hombre ya había eliminado de su vida todo lo que sobraba. Eso fue lo que vi. Y esa soledad era chocante. Y sospechosa. Habían saqueado a un hombre, se había cometido un delito, y yo estaba en el lugar de los hechos, ante el delito y la víctima.

—Han saqueado países enteros —observó sombrío el subcomisario —. No lo olvide nunca. El país de ese hombre ha sido saqueado varias veces. Primero por los nazis, luego por los bolcheviques. No puedes echarle en cara que no se trajera el piano.

—No —aceptó el agente—. Sin embargo, la mayoría salva algo del saqueo. En el sitio del campo donde guardan el equipaje de los refugiados he visto objetos curiosos. Una checa que cruzó la frontera de noche se trajo su máquina de coser. No era una máquina fina ni valiosa, sino una muy vieja, de pedal, barata y gastada, de esas que venden en cualquier mercado de segunda mano. Debió de ser muy difícil cruzar con ella la frontera alemana, pasar de noche la alambrada. Pero la trajo. Un lituano que llegó a través de Alemania traía un carillón. Luego se fue a Nueva Zelanda y se lo llevó consigo. Algunos se trajeron patines de hielo; otros, un gramófono. En el último momento, antes de dejar su patria, agarran objetos curiosos, sin valor, y luego los guardan con recelo, como si la máquina de coser o el carillón fueran lo único que tienen, lo único de valor que queda en su vida. Los refugiados son de lo más curioso —concluyó el agente en tono inseguro, pensativo.

—Pero el que visitó usted aquella tarde —apuntó el subcomisario — no se había traído una máquina de coser.

—No —respondió el agente—. Ya no tenía nada, sólo unos cuantos objetos personales y los libros que encontramos luego. Yo soy un buen católico, *commandatore* —continuó con turbación, y entornó los ojos—. Pero tengo que decir una cosa. No creo en los milagros. Todo lo que monta la gente en torno a los milagros, el cepillo de limosnas, la sangre de san Genaro... Qué quiere que le diga, *commandatore*. No creo en ello. Pero cuando entré en el cuarto comprendí que allí sucedía algo. No un milagro... no sé qué es un milagro. Pero sentí calor. Compréndame, *commandatore*, tuve que tragar saliva, como si no pudiera respirar, y sentí un ardor. El hombre era muy delgado. Tenía canas. Estaba sentado en medio de la

habitación, frente a la puerta abierta y el mar, como los santos en las vitrinas. Quiero decir: miraba fijamente... y estaba tan inmóvil, tan rígido, como esos santos baratos a los que visten los curas y luego miran a los fieles con ojos de vidrio. Son muñecos y, sin embargo, miran. Yo no creo en los milagros —proclamó excitado, alzando la voz—, pero aquélla fue la primera vez que comprendí que hay algo. En aquel momento, en aquel cuarto, ocurría algo. ¿Me entiende, *commandatore*? —preguntó en voz baja, casi con humildad.

—Quizá —repuso el subcomisario en tono confidencial—. Siga.

—No se movía —prosiguió el agente—. La *signora* estaba en la terraza, echada en una tumbona. Los dos parecían figuras de cera. Oficialmente, ambos estaban a punto de irse. Pero, por la forma en que el hombre estaba sentado en el cuarto, parecía haber salido ya de Europa. Es algo que se les nota a los refugiados. Había dejado atrás todo lo que tenía que ver con él. En Posillipo y Marechiaro viven ahora algunos extranjeros que no están en el campo, pero tampoco son extranjeros de verdad, sino refugiados y gente que ya está fuera. Arriba, en Posillipo, vive un austriaco. Dicen que es psicoanalista. ¿Eso qué es, *commandatore*? —preguntó con curiosidad.

—No se preocupe —contestó el subcomisario, magnánimo—. No tiene importancia. Italia es vieja y sabia, y lo perdona todo.

—Entiendo —repuso el agente—. Lo menciono sólo porque al día siguiente, cuando estalló la tormenta, la mujer fue corriendo a casa de esos extranjeros. Allí la encontré cuando fui a darle la mala noticia... Pero el día anterior aún estaba tumbada en la terraza. Tumbada allí, parecía estar ya muy lejos del hombre. Como si ya se

hubiera marchado. Entonces el hombre advirtió que yo había entrado en el cuarto y se volvió lentamente hacia mí en la silla. No habló, no me conocía. Sólo me miró. Y entonces sucedió algo.

6

El agente se frotó las manos y se rascó. Estaba turbado.

—Tal vez no esté bien que lo cuente —dijo en voz baja—. Pero desde ese momento hay algo que me preocupa. Me miró, no se puso en pie. Me senté frente a él en una silla en el centro de la habitación. Nos miramos. La situación era que yo, un policía, hacía una visita de control a un extranjero a punto de marcharse. Tenía que preguntarle con toda cortesía cuándo se iba, tenía que retirarle el permiso de residencia italiano, no fuera a cambiar de opinión y se quedara; en pocas palabras, tenía que cerrar el caso. Era mi deber. Es lo que dice el reglamento. Al que sale del país hay que visitarlo y evitar que se quede o que pueda volver. Con cortesía, siempre con cortesía... Pero no sucedió nada de eso. El hombre estaba sentado en la penumbra de la habitación semivacía, la *signora* estaba en la terraza, sin moverse siquiera, como si durmiera. Y yo de pronto empecé a hablar. No le pregunté nada, no le pedí los papeles, no le solté ninguna formalidad, pero me puse a hablar. De mí mismo. Se lo conté todo.

—¿Todo? —preguntó el subcomisario.

El agente se encogió de hombros.

—Todo. Que vivo en Amalfi, en casa de mi madre. Que me gustaría emigrar, pero no quiero ir a América del Sur. Y a la del Norte

no me dan visado, porque fui fascista. Mi padre también lo fue. Y mi hermano. Nunca le hemos hecho daño a nadie. Pero fuimos fascistas.

—¿Qué contestó? —preguntó con curiosidad el subcomisario.

—Nada —respondió el agente—. Se limitó a estar en medio de la habitación, callado, con el libro en la mano. Los santos nunca contestan, *commandatore* —dijo, y se secó la frente porque estaba sudando.

—¿Crees que era un santo? —preguntó el subcomisario serio y calmado.

En la habitación reinaba el silencio. Desde la via Romana se oía el estrépito de los automóviles. Pero por lo demás reinaba el silencio.

—No lo creo —dijo el agente—. No creo en los santos —dijo de pronto con crudeza. Sus ojos destellaron.

—¿Y por qué le hablaste, si no crees que fuera un santo? —preguntó el subcomisario con toda intención.

—Porque había que hablarle. Hay gente así. No contestó, pero me escuchó. Fue la primera vez en mi vida que sentía que alguien me escuchaba y que no quería nada de mí. No quería juzgarme. Tampoco perdonarme. Por eso le hablé.

—¿Qué más le dijiste? —preguntó el subcomisario.

El agente entornó los ojos. Se miró la punta de los zapatos.

—Todo —dijo—. Lo que nunca le había revelado a nadie. Le conté que... pero aquí no lo puedo decir, *commandatore* —dijo pálido y serio.

—Entonces calla —dijo el subcomisario, severo.

Ambos pasearon la mirada por el despacho vacío.

7

—Más tarde he pensado que tal vez sí, que quizá lo mataran. La mujer. O los comunistas —expuso el agente en tono tranquilo y oficial—. Porque aquella tarde no había nada a su alrededor que uno asociara a una persona a punto de partir... Quiero decir que no se le notaba que al día siguiente fuera a marcharse definitivamente, y no sólo de Italia, sino de todo. Había algo peculiar en torno a él, en torno a toda la situación. La mujer... Yo hablaba en voz baja, pero la mujer lo oyó todo. Y ni por un instante me preocupó que alguien más me oyera. Como si los dos, la mujer y el hombre, fueran una sola persona. Ella estaba en la terraza, tumbada y sin moverse. Me había oído entrar, me había oído empezar a hablar, pero no se había levantado a saludarme, ni tampoco cerró la puerta de cristal de la terraza para dejarme a solas con él. Estaba tumbada, y a veces el viento le agitaba la falda sobre la rodilla y la despeinaba. No hizo ningún gesto para arreglarse la falda ni el pelo. Ni siquiera volvió la cabeza hacia mí. Tampoco cuando yo hablaba. Ni más tarde, cuando llegaron otros.

—¿Llegó alguien más? —preguntó a media voz el subcomisario.

—Más tarde —respondió el agente—. Ya oscurecía. No sé cuánto tiempo estuve hablando. Hay muchas cosas, *commandatore*, que uno ni siquiera sabe que piensa. Cuando llegaron los americanos, yo

estaba en Salerno. Creo —continuó de pronto con voz somnolienta y la mirada perdida, como un niño que acaba de entender algo y en la oscuridad se atreve a decirlo—, creo que matar no es una gran cosa.

El subcomisario se acodó en la mesa. Ladeó la cabeza calva. Entrelazó los dedos como si rezara.

—¿Eso cree? —preguntó en tono confidencial, triste.

—*Commandatore* —murmuró el agente con voz ronca.

Él también ladeó la cabeza, como alguien agotado. Estaba pálido. Se quedaron largo rato mirándose.

—¿En qué piensa? —preguntó luego el subcomisario en voz baja.

—Mientras hablaba —respondió el agente—, comprendí que le hablaba a un hombre que sabía lo fácil que es matar... Estos intelectuales siempre son peligrosos —soltó con brevedad, casi con furia, levantando la voz—. Más peligrosos que los delincuentes profesionales. A mí más tarde me mandaron a Calabria y Sicilia... pero usted, *commandatore*, conoce mis antecedentes. Creo que hice un buen trabajo. Pero después me daba a veces por pensar que quizá lo había hecho demasiado bien. Muchos empezaron la resistencia deteniendo a fascistas; luego, requisando libros en las casas de los fascistas; después comprendieron que en Italia no sólo había fascistas y libros fascistas, sino también candelabros de plata fascistas y alfombras persas fascistas. Cuando lo comprendieron, la resistencia también se llevó los candelabros y las alfombras. Tardé en comprenderlo. El gobierno también tardó. Para entonces la resistencia se había llevado a demasiada gente.

—Cállese —lo interrumpió brevemente el subcomisario. Sus ojos destellaron con una luz oscura—. No se meta en política. Continúe.

—Como usted diga —respondió el agente—. A ese hombre se lo conté todo. Una vez en la vida hay que desahogarse —añadió en un tono infantil, cantarín—. Así que se lo conté.

—¿Se presentó más gente? —preguntó el subcomisario.

—El comandante que tiene al hijo enfermo —respondió rápido el agente—. Cuando acabé, el hombre seguía callado. Y la *signora* igual, fuera, en la terraza, en la tumbona... También callaba. Callaban como quienes se quedan en silencio después de algo... cuando ya no queda nada por hacer porque todo ha pasado. Callaban como quienes no esperan ninguna respuesta. Entonces entró el comandante. En Posillipo lo conoce todo el mundo. Lleva a su hijo de paseo todos los días, por la mañana y por la tarde. El chico ya tiene dieciséis años y es idiota de nacimiento. Cuando era más pequeño no se le notaba tanto. Ahora ya le crece la barba y camina aullando por la calle, del brazo de su padre. Todo el mundo ve que es idiota. El padre combatió en la Segunda Guerra Mundial; ahora está jubilado. Los veo todos los días. Es un espectáculo penoso, *commandatore*. No sé si hay santos, pero este hombre delgado, que es evidente que pasa hambre, saca cada día a pasear a su hijo barbudo e idiota, que se ríe solo, ruge como un animal y a veces se toca indecentemente en medio de la calle, porque está en esa edad en que en su pobre cerebro empieza ya a despuntar cierta inquietud... Y la forma en que ese hombre lo arrastra, en silencio, día tras día, desde hace diez años... No sé si hay santos, pero a ese hombre podrían canonizarlo. Fue él quien entró cuando yo dejé de hablar —concluyó.

—¿A ellos tampoco les dirigió la palabra? —preguntó el subcomisario.

—No —respondió el agente—. Ni falta que hacía. ¿Qué podía decirles? Ese hombre lleva años arrastrando a su hijo por Posillipo. A veces, durante el paseo, se sientan en el borde de una tapia. El padre fuma, el hijo se ríe tontamente. O se pone a aullar. O, de pronto, como si hubiera entendido algo, se arrima a su padre en medio de la calle y apoya la cabeza en su hombro. Como si estuviera agotado de vivir y de ser idiota... Entonces el padre, en público, le acaricia con una mano el rostro sin afeitar. Nadie los mira. Puede que matar no sea gran cosa, *commandatore*... Pero a veces me quedo mirando a ese padre y a ese hijo, y comprendo que vivir sí es una gran cosa. Ese hombre nunca mataría a su hijo, que seguirá así, idiota, durante mucho tiempo, más adelante en alguna institución donde tendrán que ingresarlo porque estará ya demasiado inquieto y no podrán tenerlo más en casa. Ese hombre sobrevivió a la guerra, estuvo en Bengasi y en Albania, luego volvió y se encontró al hijo así, idiota, y desde entonces sale con él a pasear todas las mañanas y todas las tardes. Y fueron ellos quienes entraron, de pronto, en el cuarto del extranjero. Allí no hacía falta hablar. En Posillipo se conoce todo el mundo, y este hombre también debía de conocer ya a los extranjeros. Tal vez hubiera oído algo. El padre del muchacho... Una persona culta, muy delgada, consumida por el dolor. Nunca se queja. Cuando la gente sufre mucho, no se queja —observó ingenuamente el agente—. Sólo calla y sufre.

—Sí —repuso el subcomisario—. Sólo se lamentan los que se sienten ofendidos. ¿Pidió algo? —preguntó en voz objetiva.

—Un vaso de agua —contestó el agente—. Entonces el *professore* se levantó, salió a la cocina y trajo un vaso de agua para el muchacho. La mujer siguió sin moverse. Estaba tumbada como

quien ya no quiere moverse nunca más. Como quien está de vuelta de todo. Como quien al día siguiente se va a América. Como quien ha comprendido que todo movimiento está de más. Pero el *professore* le llevó al chico un vaso de agua. Le dieron de beber entre los dos, el padre y el *professore*. El chico temblaba, le salía espuma por la boca. El *professore* le sostenía la cabeza por detrás, con la mano. El padre observaba al hijo y luego miró al *professore*. No le pidió ayuda. Simplemente había ido a su casa. Pero comprendí que lo había hecho porque ya no aguantaba más. Tal vez hubiera oído que el *professore* se iba al día siguiente. Tal vez tenía la esperanza de que ese extranjero, en el último instante antes de marcharse, pudiera ayudar a su hijo idiota. Jesús también ayudaba a los idiotas. Jesús...

Se le quebró la voz.

—Los pobres de espíritu —dijo el subcomisario en voz baja, casi con solemnidad— deben estar en una institución. Jesús no se refería a esto.

—No sé a qué se refería —replicó con rapidez el agente—. Pero, al entrar en la habitación con el hijo idiota, el padre tal vez pensó que los milagros sí existen.

Se miraron. El subcomisario sopló el humo frío por la boquilla. Miró a través de ella hacia la ventana luminosa como a través de un pequeño catalejo y preguntó, cerrando un ojo y mirando a lo lejos con cierto aire de superioridad:

—¿Existen los milagros?...

8

—El muchacho se tranquilizó de momento —continuó el agente sin transición—. Se calmó sentado en el regazo del padre. Dejó de aullar, cerró los ojos, apretó el rostro contra el de su padre. Ambos estaban sin afeitar, padre e hijo. El hijo, grandullón y barbudo, se acurrucaba en el regazo del padre como un crío. Todos tomamos asiento, incluido el *professore*. Éramos cuatro en medio de la habitación. Había una luz intensa en el cuarto. Era junio, el día más largo del año. Ya atardecía, pero aún brillaba el sol. Me acuerdo bien. La luz era tan potente, *commandatore*, que todos los que estábamos en la habitación resplandecíamos. El *professore* se acodó sobre las rodillas. Miraba al suelo, y hasta en el suelo de piedra había una franja de luz ante él... como si se hubiera derramado agua luminosa. Tenía el pelo blanco y, al apoyarse sobre las rodillas y agachar la cabeza, el cabello también le brillaba. Yo he visto ya muchas cosas, *commandatore*. Nuestra profesión nunca es divertida. Anoche mismo estuve hasta las tres con el tipo de Aversa que se cortó tres dedos para cobrar el seguro por accidente laboral. Pero no lo cobrará, porque confesó que se los había cortado adrede... Tiene cinco hijas. No, nuestra profesión no es divertida, porque la desesperación de la gente es ya mayor que sus delitos. Pero aquella tarde no sólo se tranquilizó el muchacho, sentado en el regazo de su

padre. Yo también me calmé. Fue por ese hombre. Había algo en él —afirmó resuelto.

—Algo tuvo que decir —soltó de pronto el subcomisario—. Es imposible que sólo hablara usted. Haga memoria.

—Sí —respondió sumiso el agente—. Al cabo de un tiempo nos levantamos para irnos. El muchacho también se levantó, obediente. Pero hasta entonces no se había dicho ni una palabra. Sólo había hablado yo; luego entraron el padre y el hijo, y ellos tampoco abrieron la boca. Y la *signora* ni se movió. Ni siquiera nos miró. Como si estuviera acostumbrada a ver entrar en la casa a gente que esperaba algo. Y como si supiera que esa esperanza sobraba, porque no había forma de ayudar. Nos pusimos en pie, con la sensación de que ya no teníamos nada más que hacer ni que decir allí. Pero estábamos tranquilos, el muchacho también, como si hubiéramos recibido algo. Nos dirigimos hacia la puerta. Y entonces le pedí el permiso de residencia. Y sólo en aquel momento habló: «No se lo voy a entregar», me dijo. Estaba de pie junto a la puerta.

El subcomisario negó con la cabeza:

—¿Se negó a entregarle el permiso? No tenía derecho a ello —observó con seriedad.

—No, no lo tenía —respondió el agente—. Pero al día siguiente murió. Lo enterraron aquí, en Bagnoli. Tal vez pensó que los muertos tienen en todas partes, en Europa, permiso de residencia. Un permiso ilimitado —añadió nervioso, mordiéndose las uñas.

—Sí —repuso el subcomisario—. A tiempo indeterminado. —Se cruzó de brazos y se echó hacia atrás en su butaca. Sobre su cabeza pendía un crucifijo. Añadió en voz grave—: Creo que lo entiendo. —Parecía que hablaba más bien para sí mismo. Con dos dedos levantó

suavemente el acta. Y siguió en tono afable—: Pero este informe no puedo mandarlo a Roma. Necesito las declaraciones del sacerdote y de la mujer. Dígales que se presenten. El sacerdote, a las once. La mujer, a las dos. Gracias.

Pero no extendió la mano. Se inclinó sobre los papeles. Se acodó sobre la mesa y, con el índice de la mano derecha, se masajeó la sien.

9

—Trataré de contestar lo mejor que pueda —empezó el sacerdote—. Primero, los hechos. Coincidí con él en dos congresos. Trabajábamos en el mismo campo. Ahora que Italia se ha convertido en lugar de paso para refugiados extranjeros, a menudo vienen viejos conocidos al monasterio. Piden ayuda o consejo. Este hombre no pidió nada. Cuando llegó, sólo vino a verme. Quiero decir que no me pidió consejo ni consuelo espiritual. Ni cartas de recomendación para las autoridades. Creo que tenía algo de dinero. Se lo cuento a usted tal como lo vi y como más adelante, cuando yo tampoco entendía algunas cosas, traté de entenderlo... Tenía prestigio en su país. Y también fuera de él, en su campo profesional. Sé con certeza que no lo obligaron a huir. Nunca dijo que lo hubieran obligado. Era esa clase de persona a la que cualquier régimen opresivo tolera de buen grado dentro de sus fronteras. A la que ni siquiera le piden que ingrese en el partido. Los sistemas opresivos se alegran de que un profesional de prestigio, conocido en el extranjero, se quede y siga trabajando en un ámbito profesional neutro. Es lo que le pasó a él. Todo sistema opresivo se alegra de que un científico, un artista o un escritor permanezcan dentro de los límites del sistema. Los toleran aunque no hagan política... Vistas de cerca, las cosas son distintas. Para estos regímenes es más importante poder mostrar, dentro del

país y ante el mundo, a un artista, a un escritor, a un profesional que trabaja en una libertad relativa y aparente, y que con su trabajo beneficia al sistema, que tener a un mártir, a un mártir célebre al que el régimen se ve obligado a silenciar o perseguir. Eso resulta impopular. Persiguen al político que piensa de otro modo. Persiguen al profesional menor, no especialmente importante, que se opone en su puesto; al que no les cae bien, al que se puede sustituir o sacrificar para que sirva de escarmiento... Pero un nombre prestigioso, y más aún si es un gran profesional, vale mucho más si se queda en el país, en silencio, retirado, refunfuñando contra el régimen sin hacer daño. Un hombre así vale más para los nazis o para los comunistas que un mártir o un exiliado. Eso fue lo que le ocurrió a este hombre. Los nazis no lo tocaron. No lo mimaron, pero tampoco le hicieron daño... Y luego, cuando en su país todo cambió, tampoco lo tocaron los comunistas... Durante un tiempo lo apartaron. Pero toleraron que callara. De esto nosotros también sabemos algo aquí, en Italia, ¿verdad, *commandatore*?... Aquí, en Nápoles, también vivían hombres destacados que no eran fascistas, que estaban contra el fascismo, y nadie les tocó un pelo. Croce, sí... Y muchos otros, menos famosos... Los regímenes opresivos han aprendido mucho en las últimas décadas. Saben algo que al principio no sabían... Saben que necesitan a los escritores y a los científicos, los necesitan incluso cuando éstos están contra ellos. Necesitan el simple hecho de que el escritor y el científico existan. La literatura, la ciencia y el poder guardan una relación enigmática... El poder opresivo es impotente sin el asentimiento y la afirmación del intelectual. La opresión sólo consigue ganarse la confianza de las masas si el científico o el escritor prueban con su propio prestigio

que ese poder es bueno y merece apoyo. Para esos regímenes, el escritor y el científico valen mucho porque poseen, ante las masas, una especie de autoridad mágica, como la del chamán o el mago. Lo he visto muchas veces. En Italia también hemos visto con cuánto esmero trataron los fascistas a los escritores y a los científicos. Hasta donde era posible, se lo consentían todo. Los bolcheviques hacen lo mismo. Oficialmente les reprochan que sus opiniones y sus actos no coincidan con la política del partido, pero en la práctica siempre se lo consienten todo... con tal de que se queden, aunque sea en silencio... ¿No le parece, *commandatore*? ¿Que cómo lo sé?... Como ya le he dicho, en estos años han pasado muchos por el monasterio. Hemos hablado con mucha gente... ¿Cómo dice?... Sólo digo lo que he oído. Y no me lo ha dicho uno solo. Los regímenes opresivos hacen todo lo posible para obtener la aprobación de los intelectuales, de los creadores. Para ellos es más importante que el miedo de las masas, que las manifestaciones de apoyo organizadas o las elecciones fraudulentas. El sacerdote, luego el científico, el escritor... ésos son los que necesitan. Primero seducen, luego amenazan. La autoridad religiosa del sacerdote o la autoridad mágica del escritor y del científico valen mucho para los dictadores. Pero, al mismo tiempo, los dictadores han aprendido otra cosa. Algo bastante curioso. Cuando hacen todo lo posible para ganarse al sacerdote, al escritor o al científico con persuasiones o amenazas, los dictadores y quienes se dedican a reclutar intelectuales saben que, en el instante en que el sacerdote o el hombre creador entrega su voz al poder opresivo, pierde de inmediato su valor para ese mismo poder, porque al instante se hunde el crédito religioso o mágico que lo rodeaba a ojos de las masas. Tendrán a un sacerdote

que predica desde el púlpito lo que el poder le pide, pero las masas ya no le creerán. Tendrán a un escritor, a un científico que trabaja para ellos por vanidad o por miedo, pero las masas ya no apreciarán lo que escribe o enseña... De modo que, en secreto, los regímenes opresivos valoran más al científico o al escritor que permanece dentro del aura del sistema, sin afiliarse al partido, sin entusiasmarse por el fascismo ni por el comunismo. Forma parte de una oposición filosófica que calla o rezonga, y que en realidad es inocua; pero permanece en el país, trabaja, y el régimen opresivo puede decir a sus propias masas y al mundo: «Mirad, no somos tan bárbaros... Este hombre piensa y siente de manera contraria a la nuestra, pero lo toleramos, le damos sustento y no lo obligamos a montar espectáculos ni a hacer declaraciones contrarias a sus convicciones.» Croce odiaba y despreciaba sinceramente el fascismo, *commandatore*, eso lo sabe usted mejor que nadie, pues ya estaba usted aquí, en esta sala, en tiempos del fascismo... con perdón. Pero Croce, que aquí al lado, en via Trinità Maggiore, entre sus libros, se indignaba contra el fascismo y, al mismo tiempo, durante veinticinco años publicó *La Critica* y escribió sus obras, valía mucho más para Mussolini que un Croce mártir, perseguido con brutalidad, silenciado y empujado al exilio... De otro modo, en otra medida, lo mismo le ocurrió a este hombre en su patria cuando los regímenes opresivos empezaron a gobernar allí. Naturalmente, los fascistas y los comunistas no tratan con semejante astucia y cuidado a todo hombre creador. A la gran mayoría los obligan a entusiasmarse por el régimen, les exigen obras que glorifiquen los ideales del poder... Pero no tienen en gran estima a esa gran mayoría, aunque la paguen bien. Los dictadores han aprendido que necesitan una

oposición intelectual. Igual que en las elecciones, que en esos países no son elecciones de verdad: en el fraude que se anuncia como resultado electoral siempre se muestra un uno o un dos por ciento de votos para la oposición. Los dictadores necesitan esa hoja de parra intelectual. ¿Qué dice usted, *commandatore*?... ¿Que por qué abandonó este hombre su país si no le habían hecho daño?... Es difícil responder. Tal vez por eso mismo. Tal vez un día comprendió que tenía que irse porque, si se quedaba, les sería más útil a los comunistas como opositor tolerado que como partidario. No quería ponerse de su lado. Y tampoco quería seguir soportando que él, la oposición inocua, fuera una especie de pieza de museo que los comunistas exhibían con devoción irónica ante sus masas y ante el mundo. Es posible que se marchara por eso —concluyó, y extrajo del bolsillo de su hábito un pañuelo tosco, de lino de colores; luego, con gesto pudoroso, se sonó la nariz.

10

Dobló el pañuelo con cuidado y se lo guardó en el bolsillo del hábito. Cruzó los pies, calzados apenas con unas sandalias. El subcomisario le ofreció un cigarrillo. Se pusieron a fumar. El sacerdote ladeó la cabeza y observó las ascuas. Continuó en voz baja, con ritmo monótono:

—Si escuchamos a los que vienen de más allá del telón de acero, se oyen dos voces. La primera es la acusación. «No había forma de soportarlo», dicen. Si les preguntamos qué era lo que no se podía soportar, a veces la respuesta es sencilla. Otras no lo es. Dicen que no había forma de soportar que les quitaran las tierras y las fábricas, el sustento. No había forma de soportar la precaria forma de vida creada para los que no pertenecían a la casta de los privilegiados. Luego dicen que no había forma de soportar el miedo, la sospecha permanente. El miedo día y noche, en casa y en el trabajo. La sospecha del portero confidente de la policía secreta, del capataz, y luego otra sospecha, cada vez más profunda, entre esposa y marido, entre padre e hijo... Cuentan que no había forma de soportar que lo cambiaran y destruyeran todo a su alrededor. Que destruyeran, en la vida privada y en la pública, todo aquello a lo que estaban acostumbrados, todo lo que conocían. Cuentan que no había forma de soportar la propaganda monolítica, el erial en que habían

convertido las lecturas, los cines, los teatros, el zumbido unánime de la radio. No había forma de soportar la obligación de creer todos los disparates oficiales y todas las mentiras procedentes del Estado. Las marchas, las asambleas, el entusiasmo forzoso, la extorsión constante, los innumerables chantajes... No había forma de soportar todo eso. Si uno escucha esa infinidad de quejas personales y luego suma todo lo oído, llega a entender qué era, en realidad, lo que no había forma de soportar... A quienes han huido del otro lado del telón de acero, y a los cientos de millones que siguen viviendo allí, el régimen les ha quitado todo lo humano y a cambio les ha ofrecido una realidad cotidiana deshumanizada. Y, sobre todo, les ha ofrecido la promesa de que, a cambio de un precio tan inhumano, obtendrán algo en un futuro lejano... una sociedad sin clases, una comunidad de hombres comunistas. Eso les promete el régimen. Y como quienes no viven una vida humana en el presente tampoco pueden esperar alcanzar ese futuro, porque los nazis y los comunistas prometen la salvación y la plenitud en una perspectiva de siglos, un día la gente comprueba que su vida carece de toda esperanza, porque no hay nada que esperar. Hay un punto en ese erial que tal vez sea incluso peor que la cárcel. Es algo que la gente de esos países no entiende enseguida. Conservan la esperanza de que todo no sea más que el principio de algo que un día, quizá al cabo de mucho tiempo, se vuelva bueno. Muchos acuden a nuestro monasterio, *commandatore*. Tal vez más de los que vienen aquí, a la jefatura de policía... Y al monasterio van por voluntad propia. Algunos mienten, otros hablan por los codos sin saber muy bien lo que dicen, pero luego llega un momento en que cuentan la verdad... Una verdad gris. La realidad cotidiana en que viven cientos y cientos

de millones de personas es tan gris que da miedo. Es increíble lo primitiva que es la imaginación de los compañeros de viaje, por no hablar de la de los engañados y los esperanzados... «En nuestro caso será distinto», dicen los comunistas y los compañeros de viaje italianos, americanos o franceses... «Aquí, en nuestro caso, desde el principio será humano lo que al otro lado del telón de acero, en sociedades más atrasadas, sólo podía ser así: duro, cruel e injusto.» Eso dicen. Y olvidan que esos pueblos del otro lado del telón de acero no son atrasados. Los bálticos, los polacos, los alemanes, los checos, los húngaros no son pueblos atrasados y, al principio, cuando los bolcheviques se instalaron en sus países, muchos de ellos creyeron que, en su caso, el infierno sería distinto, más humano, más templado que en la lejana y bárbara Rusia, en las estepas, entre jantis y kirguises... La gente siempre se lo cree todo y luego recapacita despacio... Es increíble lo monótona que es esta historia. La he escuchado cientos de veces de boca de los refugiados, en el monasterio, en el campo donde viven y en todas partes por donde paso, también en la universidad, de jóvenes alumnos italianos que no tienen dinero para comprarse libros, cuadernos ni zapatos, y que por eso esperan que aquí sea distinto... Para un agnóstico, una letanía de vísperas puede resultar tan monótona y aburrida como para mí la letanía comunista. Pero como yo creo en mi religión, pues para algo soy sacerdote y católico, a mí la letanía de vísperas no me parece aburrida, porque quien cree tiene oído, y por eso en la monótona retahíla oigo la fe, el anhelo y el canto, el canto del corazón... De modo que muchas veces me pregunto si no estaré sordo para oír su letanía, la letanía comunista. Ellos también dicen que es sólo el principio, lo mismo que decían los primeros cristianos:

que primero había que destruir el mundo hostil, pagano, injusto e inhumano, y luego, una vez destruido aquel mundo antiguo y perverso, surgiría otro más justo y más humano. Eso lo oigo a menudo. «El comunismo es una religión», dicen, «una religión pagana e inmanente». «Es un movimiento lleno de energía religiosa», dicen los creyentes. Y todo lo que cuentan... y lo que cuentan quienes los escuchan, los que aún no son miembros del partido, ni siquiera compañeros de viaje, pero ya prestan oído en esa dirección... todo eso es realmente monótono, como un editorial o como una letanía de vísperas. En cada esquina, en cada revista, en la radio, en los salones, en los cafés, en las tabernas, todo el mundo dice lo mismo. El comunista desilusionado dice lo mismo que el compañero de viaje. También muchos escritores extranjeros. Los leo... ¿Que qué dicen?... Dicen que la masa acaba con el individuo. Luego dicen que los grandes sistemas digieren a las masas y las consideran materia prima. Eso dicen. También cuentan que un régimen promete menos libertad y pan más seguro, mientras que el otro promete más libertad individual y un pan menos seguro. Y todos afirman que el hombre, el individuo, ya no es un fin, sino un medio. Uno lo dice con indignación, otro con indiferencia, pero no hay día en que no lea o escuche eso mismo. Mi sacristán dice lo mismo que el comunista cuando teme a la muerte y viene a confesarse. ¿Este hombre?... Este hombre decía algo distinto. Preguntaba: «¿Se puede salvar al mundo?»

11

—Es natural que me hiciera sospechar, *commandatore* —continuó el sacerdote con calma—. Esta gente tiene toda clase de disfraces y nosotros, en el convento, tal vez seamos incluso más desconfiados que ustedes aquí, en la policía. El disfraz de salvador del mundo es bastante barato, una especie de traje de payaso intelectual. Quien se lo pone se defiende haciéndose el loco. Los de verdad, los profesionales que traman conjuras comunistas a escala industrial por todo el mundo, no lucen esos trajes de payaso de salvador del mundo. Ellos, con la tranquilidad, la objetividad, la formación y la competencia del buen profesional, no preguntan si es posible salvar al mundo, sino dónde vive un médico al que se pueda sobornar porque hace operaciones clandestinas, o dónde hay un antiguo soldado que sepa de arsenales secretos. Se fijan en los detalles, toman notas, elaboran fichas, trabajan ocho horas al día por el bien de la revolución, luego dedican ocho horas al ocio y ocho al sueño. Pero no quieren salvar al mundo. Sólo se preocupan de a quién acercarse, en un lugar y en un momento dados, para chantajearlo, aprovecharse de él o aniquilarlo... ¿Cómo dice? ¿Que si en el convento...? Naturalmente, también actúan en el convento. Nosotros, aquí en Nápoles, y en toda Italia, vivimos demasiado cerca unos de otros, sacerdotes y fieles. Vivimos demasiado cerca y con

excesiva intimidad. Los fieles ven cómo vivimos nosotros y nosotros vemos cómo viven ellos... Puede que eso no esté bien. Tal vez sería mejor que el sacerdote viviera lejos del mundo, para que no lo vieran de una forma distinta de cuando está ante el altar, con todos sus ornamentos, elevando la hostia... Nosotros, los franciscanos, pasamos el día mendigando. ¿Cómo íbamos a tener secretos ante la gente? Míreme, *commandatore*, ¿puedo yo tener algún secreto? Soy franciscano, un fraile mendicante. Y todos mis compañeros mendigan con regularidad. Ahora se exige mucho a la Iglesia, y entre mis compañeros reina tanta inquietud y turbación como en el mundo de fuera. Se exige que la Iglesia sea humilde y pobre, que renuncie a todos sus bienes y a su poder terrenal. Se exige que la Iglesia vaya descalza, como nosotros, los franciscanos... También dicen: «La Iglesia necesita un nuevo san Francisco, porque Satanás se ha presentado en la Tierra y el prestigio de la Iglesia está en declive.» Dicen: «Hace falta un san Francisco que predique la pobreza y la haga realidad, y entonces la Iglesia volverá a ser fuerte.» Dicen: «La Iglesia debe crear en la Tierra la justicia del Evangelio; la única posibilidad es una Iglesia social; no hay que predicar otra cosa que la igualdad social y la justicia; no hay que darle a la gente vanas esperanzas de recompensa en el más allá, porque la gente sufre. Pasa frío, pasa hambre, no tiene trabajo y sólo cree en una justicia que le prometa una compensación aquí, en la Tierra...» Yo me muevo entre la gente y oigo todo esto el día entero. Y a veces pienso que tal vez tengan razón quienes no están dispuestos a esperar el Cielo y exigen la solución aquí, en la Tierra. No puedo pensar en otra cosa. Y mis compañeros del convento también piensan en ello... Otros dicen: «Ahora es Satanás quien

recorre la Tierra; lleva el traje del Príncipe del Caos y promete la redención en forma de bolchevismo.» Pero también hay quienes dicen: «La gente sufre tanto que hay que escuchar incluso a Satanás.» Es natural que la inquietud llegue también a los conventos... Luego hay otros que afirman: «El hombre debe crear la justicia social en la Tierra, con medios humanos y tangibles; no es tarea de la Iglesia luchar por la jornada laboral de ocho horas, por un salario justo, por el derecho de huelga y por la seguridad social.» La Iglesia desea todo eso, lo aprueba, pero no es su deber poner orden en la relación entre el obrero y el patrón, entre el capital y el trabajo, o entre el socialismo de Estado y los trabajadores... Muchos dicen: «La Iglesia debería volver a la ortodoxia; debería dejar a los hombres la tarea de imponer la justicia en la Tierra, entre los hombres, y no ocuparse de otra cosa que de la salvación del alma, de las verdades morales y de la redención.» Y también hay quienes dicen que eso ya lo insinúa el Príncipe del Caos, porque, cuando la Iglesia es ortodoxa, renuncia a ser una Iglesia combatiente y luchadora... Cuando la Iglesia se conforma con que su reino no sea de este mundo, se pone al servicio de quienes sólo quieren que su reino sea de este mundo...

»Estamos muy atentos, *commandatore*. Hoy en día la gente dice muchas cosas, y no sólo estamos atentos en el confesionario, créame. Lo que se ha iniciado en el mundo es tan terrible, llega a tales profundidades, que en ocasiones ya no se ven los adversarios, no se oyen las acusaciones mutuas; sólo se ve la tremenda desgracia... Discúlpeme. Pero me gustaría decir lo que siento. Veo que me presta atención. Yo también lo hago con usted, *commandatore*. Usted no se fía plenamente de mí, del fraile

mendicante, y yo tampoco puedo confiar plenamente en usted, uno de los jefes de la policía, porque, igual que usted pregunta con toda razón si nosotros, en el convento, desconfiamos unos de otros, yo también podría preguntarle, con toda razón, si usted, aquí, en la jefatura de policía, desconfía de sus subordinados... ¿No es así?... ¿Por qué se ríe?... Gracias por escucharme. Quiero contárselo todo. A mí también me da la sensación de que no se trata de un caso cotidiano. Puede que lo sucedido no sea más que una tragedia ordinaria, semejante a otras cien mil. Pero la persona y el fenómeno no eran ordinarios. Por eso presté mucha atención cuando un día ese hombre vino a verme y me preguntó: «¿Cree usted que aún se puede salvar al mundo?...»

12

—Lo preguntó con calma, casi en tono objetivo —continuó el padre —. Presté atención y, tanto entonces como ahora, pienso que no estaba loco ni fingía. Hablamos en Sorrento, en el jardín del convento. Aún lo veo allí: sentado bajo un olivo, en un banco de piedra, cerca del viejo pozo; al fondo, el mar y Capri. Lo recuerdo bronceado, cano, con gafas oscuras, muy delgado. Hablaba en voz baja, en francés, con buena pronunciación. Sus preguntas eran exactas, meditadas. Si hubiera mostrado el menor arrebato, si hubiera detectado un solo tono falso en su voz, lo habría despachado con una respuesta indiferente. Conozco bien esos tonos falsos. Los oigo cada día en el confesionario. Alguien quiere hablar con sinceridad, pero su carácter o una idea fija se lo impiden, y entonces la voz suena falsa. Él no hablaba así. Llegó a primera hora de la tarde. Ya oscurecía cuando se fue. No se confesó. No creo que fuera creyente... Digamos que era uno de esos católicos por cortesía, como muchos escritores de hoy. Como Santayana, que murió aquí, en Roma: el filósofo español que escribía en inglés y que, sin ser un católico practicante, siguió fiel a la religión católica por simpatía, porque veía en nuestra religión una especie de poesía. En nuestros días hay muchos escritores así, católicos por cortesía o por apego. También a ésos les prestamos atención. Y él era uno de

ellos. Conocía a Santayana, también a Croce; incluso los había visitado. En el mundo existe una especie de alianza secreta más fuerte que la de los comunistas. Es la alianza anárquica y universal de los filósofos y los poetas. Cada uno cree en una cosa, pero de algún modo están unidos. Me contó que volvía de Roma, donde había visitado precisamente a Santayana, que agonizaba en un convento. Según él, Santayana se apagaba como corresponde a un poeta y a un filósofo: no con sabiduría estoica ni con aires de superioridad, sino con la furia y la desilusión de un filósofo que sabe que morir no vale la pena. Eso fue lo que me dijo. Me contó que, en el tren de Roma a Nápoles, iba sentado en un compartimento de tercera clase y aún tenía ante los ojos el rostro de Santayana, moribundo, consumido por el cáncer. Entonces el tren llegó a Formia. Si uno viaja entre Roma y Nápoles, Formia es la estación donde, para quien viene de Roma, aparece por primera vez el Mediterráneo. Me dijo que, a él, esa visión siempre le daba un vuelco al corazón. Y que también esa vez se levantó y salió al pasillo para mirar el mar. Lo amaba mucho. Así murió, por cierto: arrojándose desde lo alto, volando con los brazos abiertos hacia el vacío, hacia el mar... En aquella ocasión, en el tren, también miró el mar. Y en ese momento, por primera vez en su vida, pensó que había que salvar al mundo. Eso me contó. También me dijo que había sido un momento especial porque nunca antes, en su vida anterior, había pensado en serio que se pudiera o se debiera salvar al mundo. Me dijo: «Hasta entonces sólo había aceptado el mundo, en lo bueno y en lo malo, y nunca había sentido la necesidad de que alguien tuviera que salvarlo.» Y que tampoco sabía con precisión qué significaba salvar al mundo... ¿Un nuevo orden social? ¿Que la

gente fuera distinta? ¿Que se hiciera realidad el Reino de Dios en la Tierra?... ¿O que todo siguiera como ahora, sólo que la gente se sintiera salvada por dentro, en su alma?... «Cuatro preguntas», me dijo. Cuatro preguntas lo preocupaban desde aquel momento en que, viniendo de Roma, en Formia, pensó por primera vez que había que salvar al mundo. La primera: si era posible salvar al mundo. La segunda: de qué forma puede alguien salvarlo... Luego, qué significa en la práctica, de forma tangible, perceptible... qué significa que el mundo sea salvado. Y, por último, en voz baja, con seriedad, pero con mucha decisión, me preguntó qué pensaba yo: si una persona como él era apta para salvar al mundo... Eso me preguntó. Insisto: mientras hablaba con él, no olvidé ni un instante la posibilidad de que estuviera loco, de que fuera un caso patológico. Y tampoco olvidé ni por un instante con quién estaba hablando... Hablaba con un hombre que venía de detrás del telón de acero. Había abandonado su patria porque no quería vivir en un país gobernado por bolcheviques. Durante un tiempo había viajado por Europa y finalmente, un día, se dio cuenta de que ya no pertenecía a ninguna parte. Todo le advertía que ya no era ciudadano, que ya no formaba parte de una comunidad humana, sino que era un desterrado, un apátrida. Eso es algo que quienes se exilian por voluntad propia perciben más lentamente que los desterrados por la fuerza o quienes han elegido el destierro para alejarse de algún peligro... Los que se exilian voluntariamente creen durante mucho tiempo que tienen a sus espaldas una especie de patria y que, en el extranjero, los rodea cierta solidaridad. Luego, un día, despiertan de pronto. Y comprueban que están completamente solos. Ese estado de ánimo es peligroso. La patria que abandonaron por propia voluntad ha

dejado por completo de ser su patria, no por haber cruzado una frontera al marcharse, sino porque se alejaron voluntariamente, por libre decisión, de una comunidad afectiva. Y el nuevo mundo al que llegan nunca los acoge. Las autoridades, igual que los caseros, se lo recuerdan a cada paso. Son sospechosos porque vienen del otro lado, porque han visto algo y son testigos presenciales; porque un hombre que viene de una zona infectada tal vez sea portador de una bacteria... quizá traiga algo contagioso en el cuerpo o en el alma, algo que él mismo ignora... Fue curioso que hablara conmigo, un eclesiástico, de la salvación con tanta profesionalidad como hablan entre sí los especialistas. Como un médico extranjero que pide a un colega su opinión sobre una nueva terapia o un nuevo remedio. Veía la redención como la única posibilidad de salvar a la humanidad. Eso me dijo.

13

El sacerdote se secó la frente con el reverso de la mano. Callaba. Sus labios se movían en silencio, buscaba palabras y recuerdos. Luego continuó:

—Yo también hablé con él con profesionalidad. Desde el primer momento hasta el último hablamos en ese tono. «Puede que la idea misma de que hay que salvar al mundo nazca de la desesperación», dijo, «y que en el fondo no sea más que dolor y añoranza». Seguramente hay gente que, herida y expectante, piensa en la redención como una última y ambigua posibilidad de huida. Pero él no lo pensaba así. Para él, la redención no era una esperanza vaga, sino una última gran prueba: o se hacía realidad, o todo sería destruido en la Tierra, en el mundo de los hombres. «El momento es tan serio y tan peligroso que no merece la pena titubear», dijo. «Hay que intentar incluso lo imposible.» Le pregunté por qué pensaba que el momento era tan funesto y peligroso... Respondió con paciencia, lentamente: «Porque Dios ha muerto para el hombre. Naturalmente, Dios mismo no ha muerto», dijo, «porque Dios es eterno. Pero todas las religiones, todas las filosofías, han formulado la imagen de Dios para la conciencia y la responsabilidad individual, y hoy el individuo desaparece en la masa. La masa que devora al individuo no tiene Dios. La masa sólo tiene regímenes». Y él, que había vivido en un

mundo dominado por grandes regímenes ateos, con distintos nombres, pero con intenciones esencialmente idénticas, sabía que esos regímenes destruyen con una fuerza irresistible el gusto individual, la opinión individual y la propia conciencia personal. Una humanidad formada por personas a las que ya no guía la conciencia se verá obligada un día a destruirse a sí misma y a destruir el mundo, porque no habrá ningún mandamiento moral que la detenga en el camino de la destrucción. Por eso había que intentar incluso lo imposible. Cuando se fueron los nazis y llegaron los bolcheviques a la patria de ese hombre, él, como muchos otros escritores y científicos, decidió mantener la objetividad y observar. Pensaba, como muchos pensaban también en nuestro país y en todo el mundo, que durante los años anteriores los capitalistas y los fascistas habían mentido mucho sobre el comunismo. Por eso, ahora que el bolchevismo se había acercado a su país en toda su magnitud y estaba al alcance de la gente, él, el científico, decidió mantenerse objetivo y observar. Quería comprender si era posible, aquí en la Tierra, una «salvación». Si existía una salvación en sentido terrenal, social y económico, cuyo objetivo fuera crear para los hombres, con medios terrenales, sociales y económicos, unas condiciones de vida más soportables que las que se habían creado para las grandes masas humanas en la mayoría de los continentes. Y, como la mayoría de la gente no vive una vida digna, y como los bolcheviques prometían que, una vez superadas las dificultades iniciales, allí donde se implantara su régimen surgirían unas condiciones de vida dignas, decidió observar con objetividad si se producía en la Tierra, en la práctica, una redención social. Lo que vio al principio lo confundió; luego lo llenó de una dolorosa desilusión; más tarde lo

incitó a rebelarse, a protestar, y finalmente lo llevó a abandonar por voluntad propia su patria, donde agentes bien formados trabajaban en la realización de un gran fraude, de un fraude mundial llamado bolchevismo... Hablamos de ello larga y detalladamente, no sólo aquella tarde, sino también después. Ese hombre no era comunista, ni siquiera un compañero de viaje. Era un hombre que odiaba la injusticia y la violencia, y todo lo que había visto en el mundo nazi lo llenaba de tal horror que trató de acercarse al bolchevismo con expectación y objetividad, porque no podía ni imaginar que un régimen atacado con tanta violencia por el fascismo fuera igual de maligno e injusto que el agresor... No podía ni imaginarlo. Y cuando más tarde conoció a los bolcheviques y se horrorizó, y después, cuando llegó a Italia, donde hay libertad... porque aquí hay libertad, ¿verdad, *commandatore*?... entonces me dijo que nada le chocaba tanto como nuestros compañeros de viaje, que no eran capaces de reaccionar contra el bolchevismo con el mismo horror y la misma protesta con que habían reaccionado contra el nazismo. Al escucharlo, y más tarde al escuchar a otros, comprendí su desesperación. Porque los científicos y los escritores del mundo entero reaccionaron bien frente al nazismo y al fascismo. Los rechazaron, también aquí en Italia, ¿verdad, *commandatore*? En todas partes, sólo los mediocres, los insignificantes, se unieron al fascismo. Quienes valían algo en su campo, en todo Occidente, declaraban que el fascismo era un experimento perverso y demente. Lo era, aunque su excusa y sus lemas afirmaran que el fascismo era un experimento defensivo contra el bolchevismo. En los países occidentales, la mayoría de los intelectuales se opuso al fascismo; muy pocos lo aprobaron, y la mayoría lo rechazó, reconociendo que

contra un régimen opresivo no se podía ni se debía luchar con otra forma de opresión. Eso mismo pensaba este hombre... Y en su patria, los mejores intelectuales, es decir, los escritores y los científicos, casi todos, se opusieron unánimemente al nazismo. Y cuando el nazismo, un régimen cruel, injusto y violento, fue derrotado por las democracias y por el ejército bolchevique, y en los países que habían estado sometidos al poder nazi, tras una primera comedia democrática, se instaló la dictadura bolchevique, el hombre vio consternado lo que también otros contemporáneos suyos habían visto: que los mismos intelectuales que antes habían rechazado con todas sus fuerzas, y a veces incluso con heroísmo, una dictadura perversa, es decir, una forma de fascismo, no estaban dispuestos a rechazar con el mismo heroísmo y la misma fuerza otro régimen perverso y dictatorial, el bolchevismo... «Cuando llegué a Occidente, a la libertad», dijo, «y al cabo de un tiempo entendí los síntomas y las señales, cuando superé mi indignación inicial, noté en mí un asco y un desprecio que nunca había sentido al otro lado del telón de acero». Al otro lado del telón de acero, los intelectuales que no se enfrentaban con todas sus fuerzas al bolchevismo siempre conservaban la triste y fundada posibilidad de defenderse y justificarse. Podían decir, a veces no sin razón, que no podían protestar abiertamente contra la dictadura porque no eran libres, porque el Estado policial les controlaba hasta el aliento y tenían que disimular... Y era verdad. Pero cuando él llegó a un mundo donde los intelectuales pueden hablar en libertad, porque no es probable que al día siguiente los arrojen a las mazmorras de la policía secreta por sostener opiniones distintas de las del partido o el gobierno en el poder; cuando llegó a ese mundo y vio aquella misteriosa

conspiración sin nombre, sin insignia de partido y sin programa, basada sólo en un hecho: que muchas figuras destacadas de la intelectualidad occidental no estaban dispuestas a encolerizarse de manera tan incondicional contra el bolchevismo como antes lo habían hecho contra el nazismo, entonces se asustó de verdad. Durante mucho tiempo no dio crédito a sus ojos. Se asustó y se mantuvo a la espera. «Empecé a sentir miedo», dijo. Y un día vino a verme y me preguntó si yo, como sacerdote, creía que se podía salvar al mundo.

14

—¿Y qué le contesté?... —continuó—. Que era sacerdote y que, según mi fe, el mundo ya ha sido salvado. Sólo queda hacer realidad la exigencia de Dios en el mundo de los hombres. Eso es la salvación. Así se lo dije... Deambulamos por el jardín. Los naranjos tenían ya las flores marchitas. Me dijo que estaba muy atento a todo, que en su patria también lo había estado. Había visto a una clase de gente que simpatizaba sinceramente con el bolchevismo. Desde el punto de vista sociológico no es fácil definir a esa clase de gente, pero tal vez sea lo que suele llamarse lumpenproletariado... Es decir, el campesino degradado, el bala perdida del pueblo, el obrero indisciplinado y de escasa formación; para ellos, el bolchevismo ofrece una posibilidad de prosperar y, al mismo tiempo, de dar rienda suelta a su sed de venganza social, a su crueldad individual, a una especie de alboroto salvaje, brutal e irresponsable... Esa clase de gente se une con toda sinceridad al poder opresivo. Fueron los sanguinarios verdugos nazis y ahora son los chivatos y capataces en las fábricas y viviendas comunistas. No son una especie tan rara como se piensa en general, pero, a fin de cuentas, tampoco son tantos a ambos lados del telón de acero. Los jefes nazis y comunistas desprecian al lumpen, pero lo aprovechan con gusto para hacer el trabajo sucio. Luego observó a otro grupo

social, también difícil de determinar, que se define a sí mismo como intelectual y que, tras sus vacilaciones iniciales, acaba uniéndose a los comunistas o a los nazis porque espera algún beneficio, protección o una posibilidad de venganza... ¿Venganza por qué? Siempre por lo mismo: porque no ha conseguido abrirse camino. Porque uno de los sistemas opresivos, el nazismo, los ha ofendido cruelmente. Porque en otro mundo, que trató de defenderse del bolchevismo con el fascismo, los ofendieron alguna vez, en algún sitio... Porque no consiguen suplir con actos ni con logros lo que les falta en talento y en carácter... Son muchos y más bien inspiran compasión. Se unen enseguida al partido mayoritario, que les promete protección y ascenso social... El escritor con cierto talento, pero que siente que le falta algo... ese algo necesario para que la escritura sea creación... es decir, la fuerza necesaria para describir lo que sucede dentro de los hombres, no sólo lo que les sucede a los hombres, que eso también lo hacen los periódicos... y que, pese a tener éxito, sufre al constatar que lo que escribe carece de fuerza... Entonces se afilia al partido, porque allí se calma: se le alivian los tormentos de la responsabilidad individual, de la conciencia del escritor, y el partido responderá por él... El médico mediocre, cuyo consultorio esquivan los pacientes, y que, con el apoyo del partido, llega a ser jefe de servicio o profesor universitario... El cantante que ha perdido la voz por la bebida y piensa que, si se desgañita cantando *La Internacional*, le darán el papel de Lohengrin... No, ésos no interesan. Pero observó también a aquellos que se esfuerzan en engañarse a sí mismos y, pese al rechazo crítico de la razón, aceptan por un tiempo el comunismo como solución, como una posibilidad de resolver los problemas de la vida privada y de la sociedad... A veces

toman parte en conspiraciones comunistas, a veces sólo guiñan el ojo con una aprobación prudente, como intelectuales románticos que son... Y un día descubren horrorizados que un pueblo callado, dispuesto a todo, responde con un silencio espeluznante y rechaza de manera definitiva todos sus alevosos intentos de acercamiento... Entonces recapacitan y se aterran, se apartan de una u otra forma... Más adelante serán los excomunistas y excompañeros de viaje por vocación, los que se comportan como expertos diplomados y patentados del comunismo... Se sientan al escritorio, en el mundo libre, y explican con altivez y voz nasal a quienes nunca han sido comunistas qué tiene de malo el comunismo... Fíjese, *commandatore*, qué pocos son, entre ellos, los que reniegan de verdad del comunismo... No paran de repetir que los métodos son malos, que la empresa comunista es aún joven e inexperta, que todavía se cometen errores... Son muy pocos los que reconocen que no se trata de que los métodos sean malos, sino de que el comunismo, como idea y como práctica, es podrido e inhumano... Decía que esos excomunistas y excompañeros de viaje se comportan como un pirómano que se asusta del incendio... sí, del incendio que él mismo ha ayudado a encender... Luego se horroriza ante el fuego y corre a apuntarse como perito de daños en una compañía de seguros... A ésos les tenía una antipatía especial. Habló varias veces de ellos... Decía que en su patria había observado a esos pirómanos intelectuales que, con los ojos bajos y una voz remilgada, encubren el nihilismo... ¿Quiénes son? Siempre intelectuales tullidos... El hijo de un banquero que se mete a filósofo con los comunistas porque es incapaz de tener una sola idea propia, pero los comunistas le dan una cátedra universitaria desde la que anuncia ex cátedra que él, el

filósofo, en realidad sobra en la sociedad, ya que en el mundo comunista la conciencia de clase vuelve superflua toda filosofía... Esos tullidos intelectuales se castran a sí mismos con placer, para poder desempeñar luego un papel en el serrallo donde, en la época de los ideólogos, se les permite cantar con voz de capón... Siempre es el tullido intelectual... Un día se asustan y se largan... A veces simplemente permanecen en el país, carraspean un poco, se muestran dubitativos y revisan sus posiciones... Pero el tullido sigue siendo nostálgico para siempre. Si se largan, van y vienen por el mundo que aún no es comunista o ya ha dejado de serlo con una sonrisa dolorosa... Desprecian a todos los que no se han aprendido la lección tan bien como ellos, los verdaderos comunistas... Si se quedan en el país, les susurran a quienes desprecian el comunismo y a los comunistas que ellos sólo son comunistas y compañeros de viaje porque quieren ayudar al pueblo y, disfrazados así, velan por la nación... Pero la realidad es otra. La gente sabe que esos tullidos no velan por la nación cuando aceptan del partido la cátedra o el pan de misericordia, incluso el bollo de misericordia... No. Velan por otra cosa. Velan por el piso que les han entregado y por la criada de su esposa en una sociedad donde todos, salvo unos pocos privilegiados, han sido reducidos a criados... Velan por sus dietas de viaje, por las misiones en el extranjero, por las prerrogativas... Y, con el pretexto de salvar al pueblo, velan ante todo por el papel que interpretan... por la ilusión de que ellos también son alguien, aunque por sus propios medios no hubieran llegado a serlo, y sólo lo sean gracias a la ayuda cínica y burlona del partido... Esa gente refinada que un día se aleja ofendida del mundo comunista que ha ayudado a construir... y luego, fuera, allí donde aún no hay bolchevismo, susurra con

nostalgia que, en realidad, el bolchevismo sería bueno y hermoso si los bolcheviques no les hubieran impedido a ellos, los excomunistas y excompañeros de viaje cultos y refinados, realizarlo como es debido. Pero se equivocan, decía, al creer que el bolchevismo puede realizarse de una forma distinta a como lo hizo Stalin... Estaba convencido, decía, de que Stalin y sus fieles habían sido bolcheviques ejemplares, que habían implantado el bolchevismo de manera extraordinaria, porque una empresa inhumana que, con la promesa de una turbia utopía, arrebata a las personas la propiedad privada y luego las priva de la posibilidad de emprender, trabajar y escribir libremente, de vivir su religión en libertad y de expresar su opinión política, sólo puede llevarse a cabo con medidas inhumanas y violentas... Y, en el fondo, Stalin tenía razón al no confiar la realización del bolchevismo a comunistas románticos ni a compañeros de viaje tullidos, sino al exterminar a la vieja guardia, porque el infierno sólo se puede calentar con profesionales... Es decir, no con métodos ni concesiones más o menos liberales, sino con la eficacia de los buenos profesionales, como hicieron Stalin y los verdaderos bolcheviques... No simpatizaba ni con los ex comunistas ni con los compañeros de viaje hipócritas y quejumbrosos, esos que se lamentan avergonzados de que el problema está en los métodos empleados... «No vale la pena», me dijo, «vivir junto a gente que, por hambre o por interés, acepta lo mismo que su razón la obliga a condenar». También dijo que no creía en esa amenaza morbosa de los ex comunistas, cuando prometen a los comunistas que el juicio que ya ha empezado en el mundo, con todas sus consecuencias, no se decidirá entre los comunistas y los partidarios de la libre empresa, ni entre los

comunistas y los socialistas occidentales, sino entre los comunistas y los ex comunistas... Tampoco creía en eso. Decía que creía que, al final, ese juicio se decidiría entre los creyentes y los incrédulos... Como era deísta, no creía en las religiones, pero sí creía que el verdadero sentido de las luchas humanas es el combate entre creyentes e incrédulos. Para él, los incrédulos son quienes le han negado al hombre la capacidad de liberarse por sí mismo, mediante una revolución intelectual interior, del cautiverio de los sistemas sociales... Decía que no creía en ninguna solución social. Sólo creía en la salvación.

15

—Le pregunté qué entendía por «salvación» —siguió el sacerdote—. Traté de preguntárselo con objetividad. Entonces aún sospechaba que podía estar loco o ser un farsante. Respondió que no sabría definirlo con exactitud, pero que había analizado todas las posibilidades. Incluso pensó que aquello podía ser una idea... así lo dijo: una idea... una idea fija, un síntoma paranoico de una monomanía morbosa. Todos los que hasta entonces se habían presentado ante sí mismos y ante el mundo con una pretensión semejante habían sido casos patológicos. Eso dijo. Le pregunté si pensaba que Nuestro Señor Jesucristo también era un caso patológico... Respondió que no. «Jesús era un hombre sano, armonioso y noble», dijo. «Jesús nunca creyó ser el hombre elegido por Dios para salvar al mundo», continuó. «Jesús sufrió siempre ante la idea de que tal vez era él el Elegido; hasta el último instante, incluso en la cruz, sufrió por el gran papel que había aceptado y soportado, pero que nunca había buscado.»

»Cuando le oí decir eso, empecé a tomarlo en serio. A veces yo también lo he pensado mientras rezo. San Francisco nunca creyó estar llamado a salvar al mundo. San Francisco se asustó mucho al darse cuenta de que la gente veía en él una especie de salvador... ¿Por qué me mira así, *commandatore*? San Francisco lloró, huyó de

la gente, igual que Jesús cuando las multitudes se le acercaban pidiéndole ayuda. Ese hombre conocía aquel miedo, y aquélla fue la primera vez que lo miré con otros ojos... Ya no me interesaba saber si era un loco o un embustero, sino si había algo en él... ¿Qué?... La capacidad.

»Discúlpeme, *commandatore*. Debo decir la verdad. Veo que esta verdad le resulta incómoda. A usted le gustaría oír algo tangible, una confesión fiable que pudiera enviar a Roma... La confesión de que, en el fondo, ese hombre era en secreto un compañero de viaje. O tal vez algo más... un espía o un agente extranjero. Pero yo sólo puedo decirle que no estaba loco. Y que no era ni espía ni agente extranjero. Aunque no es imposible que, en otro sentido, sí fuera lo que aquí, en la policía, no gusta demasiado: uno de esos extranjeros a los que llaman *persona non grata*... Atengámonos a la realidad. Dijo que era posible que los hombres que se proponían salvar al mundo fueran casos patológicos. Desde el punto de vista médico, es posible. Pero no es seguro en absoluto que todo lo que desde el punto de vista médico parece patológico lo sea de verdad. San Francisco no era un caso patológico; simplemente era un santo... Para mí, eso es un hecho. También lo era para santa Clara. Puede que para usted, *commandatore*, no sea un hecho, sino una suposición. Pero hay hechos que prueban las suposiciones... Dijo que, en los momentos en que un hombre intenta lo imposible, lo sobrenatural, la línea que separa la salud de la enfermedad se borra. Cuando Beethoven decidió componer la *Missa Solemnis*, desde el punto de vista médico aquella empresa era tan poco «sana» como cuando alguien decide salvar al mundo... Lo recuerdo bien: ésa fue la comparación que hizo. Quien emprende una tarea así quiere lo

imposible. Pero querer lo imposible no convierte necesariamente a nadie en un caso patológico. Beethoven acabó componiendo la *Missa Solemnis* y demostró con ello que no hay nada imposible... ¿Cómo dice? ¿Que Beethoven compuso música?... ¿Y en qué sentido es la música más real que la fe? Quien tiene oído oye la música. Quien no lo tiene, al escuchar la *Missa Solemnis* sólo oye un ruido rítmico. Una persona con fe no tiene por qué ser un caso patológico, y Jesús, al decir «mi reino no es de este mundo» y «ama a tu prójimo como a ti mismo», dijo algo imposible, algo irrealizable; pero esa exigencia imposible ofreció a inmensas masas de creyentes una perspectiva que sintieron como una de las posibilidades de la redención... Dijo que la «salvación», como tarea y empresa humana, no es más «patológica» que componer música, escribir literatura o practicar una bondad desinteresada y activa... cuando un hombre, por la fuerza de esa bondad desinteresada, se eleva por encima de los límites de su personalidad y empieza a influir en los demás. «Puede que, individualmente, haya algo patológico en el hombre que asume la salvación», continuó, «pero la empresa en sí no es enfermiza». Cuando habló así, empecé a entender a ese hombre. Si uno le dijera esto a un comunista, el comunista se encogería de hombros, porque está sordo y no busca la salvación, sino el poder. Si se lo dijera a un hombre de negocios, también sería como hablarle a un sordo, porque el hombre de negocios no busca la redención, sino vender... Si se lo dijera a un médico, el médico se pondría las gafas, reflexionaría, le haría preguntas al que habla de salvación, le preguntaría si duerme bien, si por la noche lo atormentan imágenes angustiosas, fantasías de miedo... Los médicos no pueden hacer otra cosa, porque ellos tampoco quieren salvar a los hombres, sino curar

una parte del cuerpo de un hombre enfermo... Y la mayoría de los sacerdotes, cuando se encontraran con una persona interesada por la posibilidad de la salvación, se taparían los oídos con las dos manos. Para los sacerdotes, la salvación no es una empresa que pueda confiarse a aficionados. Pero san Francisco no pensaba así — dijo el sacerdote con seriedad, en voz baja y triste.

16

—Eso me dijo —prosiguió el sacerdote—. Y añadió que, cuando divisó el mar en Formia, comprendió que debía salvar al mundo; de lo contrario, todo se perdería. Vivía con una mujer... pero de eso usted sabe más que yo, *commandatore*. Le contesté que no podía aconsejarle nada. Que yo sólo era un sacerdote pobre e ignorante. Nosotros somos necios; es lo que nos enseñó san Francisco. Nosotros, los franciscanos, somos todos unos pobres necios, aunque estudiemos mucho... eso le contesté. Pero entonces ya sabía que no podría librarme de él tan fácilmente. Porque volvió otras veces a Sorrento, al convento, y luego me encontré con él en Pozzuoli, donde habíamos empezado a hacer unas nuevas excavaciones junto al jardín del señor obispo. Entendía de excavaciones, sabía distinguir las cosas y muchas veces nos ayudó con sus consejos. Y a veces yo también fui a verlos. Vivían en la parte baja de Marechiaro, cerca del mar. En esas ocasiones, la mujer callaba. Nos servía el café, se sentaba en un rincón y permanecía en silencio. Es una mujer especial. Tampoco lloró en el entierro. Estaba junto a la fosa con guantes, sombrero y ropa de calle cuando bajaron el ataúd; permaneció allí como en una estación o en un puerto cuando alguien emprende un viaje. En el entierro sólo éramos cuatro... ella, uno de sus hombres de la jefatura de aquí, *commandatore*, un agente

joven, pelirrojo, otro policía de Bagnoli, del campo donde viven los refugiados, y yo. A estos refugiados, si mueren aquí mientras huyen, no los llevan a Poggioreale, sino que los entierran en Bagnoli, cerca del campo, en un cementerio improvisado. Allí estábamos. Y ella no lloró. Me acordé entonces de una tarde en que ese hombre me acompañó a casa desde Pozzuoli... Veníamos de Cumas, donde aquella tarde habían desenterrado dos columnas nuevas, y en Pozzuoli entramos un momento en el anfiteatro, porque yo llevaba un mensaje de la dirección del museo... Cuando salimos del anfiteatro, emprendimos a pie el camino que sube a Posillipo. Entonces dijo algo que más adelante, cuando lo enterraron, recordé... Íbamos andando por el camino de la costa que lleva de Pozzuoli a Nápoles. Me preguntó qué pensaba yo de san Pablo cuando pasó siete días en Puteoli: si estaba solo o lo acompañaba alguien, una mujer... La pregunta me sorprendió. Entonces empezó a hablar nervioso y en voz alta. Mientras subíamos por la colina de Posillipo, se levantó un fuerte viento desde Ischia y el viento se llevaba algunas de sus palabras. Por eso hablaba en voz alta, casi a gritos, porque allí la ladera sube muy empinada y a veces se le cortaba la voz... «San Pablo se bañó aquí durante siete días. En Puteoli, aquí y aquí», decía, y me lo iba señalando. «Se bañó en las grutas sulfurosas de la Solfatara, luego paseó arriba y abajo por la costa, entre la gente... por aquí y por aquí», decía, y me lo mostraba. «Y puede que una tarde fuera al circo. Al fin y al cabo, era ciudadano romano», dijo. Nerón había actuado varias veces en aquel circo; había conducido cuadrigas y también había participado en espectáculos navales. «Es posible», dijo, «que san Pablo, una tarde, entre baño y baño, fuera a ver una carrera de cuadrigas o un

combate de gladiadores». Y me señaló que tal vez se había sentado allí, en lo más alto del graderío del circo. «Horacio ya había muerto entonces», dijo, «y también Virgilio. Y san Pablo estaba allí, en Puteoli, sentado en lo más alto del circo, viendo cómo dos gladiadores provincianos de segunda se mataban el uno al otro. Y sabía que a su alrededor había una cultura muerta, tan muerta como todo lo que pertenecía a esa cultura: el poder militar y el sistema jurídico. Luego, al terminar el espectáculo, se levantó del banco de piedra y echó a andar por este mismo camino por el que ahora vamos nosotros». Así me dijo. «Siguió por la costa, cruzó la colina de Posillipo, se puso en marcha hacia el Vesubio, recorrió las calles de Neápolis, donde nadie lo conocía, y siguió por la Vía Apia hasta llegar a Roma, para que allí lo encarcelaran, lo mataran y así salvara al mundo. Porque eso fue lo que hizo. Y sabía que ésa era su tarea. No le pareció imposible salvar al mundo. Lo sintió como una tarea que precisamente él, Pablo de Tarso, epiléptico, fabricante de tiendas y de origen judío, estaba llamado a realizar.» De eso me habló mientras subíamos por el camino que lleva a lo alto de la colina de Posillipo. Y como ya anochecía; y como veníamos de Puteoli, donde san Pablo se había bañado durante siete días antes de ir a Roma para salvar al mundo; y como íbamos por el mismo camino por el que él había pasado, pues tampoco entonces había otro camino de Puteoli y Neápolis a Roma que la Vía Apia; y como el polvo y las piedras que pisábamos eran los mismos, y era el mismo el mar junto al que caminábamos; y como también la humanidad era la misma; y como aquel hombre, a mi lado, en la oscuridad, me hablaba de que una vez ya se había conseguido... comprenda, *commandatore*: en ese camino, en aquellos instantes, no me pareció

del todo imposible que ese hombre, o cualquier otro, intentara una vez más lo que san Pablo ya había intentado una vez. No me pareció del todo imposible que alguien volviera a salvar al mundo.

17

—Al terminar la caminata nos separamos en lo alto de la colina —relató el sacerdote—. Él bajó por la pendiente, rumbo al mar y a Marechiaro, donde vivía con la extranjera. Lo seguí con la mirada antes de subirme al trolebús. Debo admitir que me sentía intranquilo. Sentía esa inquietud que sólo tienta a los mortales cuando el pecado está cerca. Soy sacerdote y franciscano. Nosotros vivimos según normas severas, *commandatore*. Lo seguí con la mirada y pensé en lo que me había dicho momentos antes de despedirnos, al borde de la bajada que lleva desde el promontorio de Posillipo hacia la cuesta de Marechiaro, donde aquel hombre, que en la penumbra de la tarde me hablaba de la salvación, vivía con una mujer. Me había dicho que, en la vida de san Pablo, no había habido una María Magdalena, como sí la hubo en la vida de nuestro Señor... «Seguramente a san Pablo lo rodeaban mujeres grises, poco agraciadas y sin la menor coquetería... militantes sin maquillar, como las revolucionarias profesionales que hoy se ven en las oficinas de los partidos de izquierda... San Pablo debía de sentirse muy solo entre mujeres así; eso se nota en sus epístolas...» Admitía que tal vez el santo hubiera tenido cerca a unas pocas figuras femeninas apasionadas y salvajes, mujeres desmandadas como las que aparecieron durante la Guerra Civil española. Pero, según él, esas

mujeres militantes no saben dar sosiego a un hombre en cuya alma vive la inquietud de una gran tarea... Y en eso pensaba yo mientras lo seguía con la mirada. Y también en lo que me había dicho de santa María Magdalena, que vertió oloroso ungüento sobre los pies del Señor... Yo sabía entonces, como lo sé ahora, que mis pensamientos eran pecaminosos. Aquel día, y también más tarde, cuando estaba con aquel hombre —sobre todo cuando fui a visitarlos a él y a la mujer en aquella casa, cerca del mar, en Marechiaro—, siempre me sentía inquieto, como quien se ha apartado en algún punto del camino recto. La mujer no era una oficinista sin maquillar. Era más bien una dama, pero de esas que ya no van a reuniones sociales y ya no tienen nada que ver con lo que las señoras de sociedad consideran importante... Era una dama solitaria. Creo que usaba perfume, aunque no estoy seguro. Sólo sé que siempre sonreía y callaba. Cuando en Bagnoli bajaron el féretro a la fosa también guardó silencio. Estaba junto al ataúd con las manos enguantadas; no se quitó los guantes, y eso también me molestó de algún modo... Y no se santiguó cuando cubrieron la fosa de tierra. Permaneció junto a la tumba como quien ha acudido a una visita de despedida, con sombrero y guantes... Esos entierros son muy desoladores. Cuando entierran a una persona en su patria, vuelve a casa, a la tierra de la que fue tomada. Pero esos refugiados que mueren por el camino, entre dos destinos inciertos e improvisados, siguen siendo en la tumba tan extraños como lo eran en los países extranjeros que atravesaban. Aquel hombre también me dijo que los refugiados desempeñan un papel importante en el mundo porque siempre es en ellos, los desterrados, las *displaced persons*, en quienes de pronto aparece la certeza de que, hoy como en el

pasado, sólo los profetas sufrientes de las civilizaciones en descomposición pueden dar orientación al mundo... Hablaba de Toynbee... ¿Cómo dice? No, Toynbee no vive aquí. Es un filósofo inglés, vive en Inglaterra. Pero el caso es que aquel hombre, como el filósofo Toynbee, también creía que las *displaced persons* tienen hoy en el mundo un papel parecido al de los judíos desterrados en Babilonia, que habían comprendido, junto a los ríos de aquella nación, lo que no habrían podido comprender en su propia tierra, donde la vida y la muerte tenían el amparo de lo familiar... Hay algo feroz en esos hombres sin patria, *commandatore*. Hasta su mirada es distinta. Se esfuerzan por ser corteses y llanos, escuchan las preguntas vejatorias de los funcionarios, firman los documentos y las declaraciones que se les exigen, suben al barco que los lleva al extranjero, donde los esperan nuevos funcionarios, nuevos documentos y una nueva forma de extranjería... pero al mismo tiempo saben que para ellos ya no existe ningún destino. Saben que quien, como ellos, ha pasado al otro lado y, desde allí, ha contemplado el tenebroso abismo donde vegetan los de su condición ya no quiere llegar a ninguna parte. Pero tampoco quiere volver. Los refugiados de hoy ya no quieren llegar a ninguna parte ni volver... ¿Cuántos son? No puede saberse... Dicen que las *displaced persons* que vagan por los grandes imperios, incluidos orientales y chinos, suman más de treinta millones en el mundo... No tienen hogar: incluso dentro de su propia patria son apátridas, vagan o se esconden, no tienen documentos ni domicilio; simplemente viven aquí o allá. Pero ya no esperan nada. Y quienes se ponen en camino ya no creen, en el fondo, que puedan volver a tener un hogar en ninguna parte. En adelante sólo están de paso en todas partes, con

permiso o sin él. Y, si alguna vez regresan a su país, la patria ya no será para ellos más que un lugar de paso conocido. Porque la patria hay que vivirla como se vive un sentimiento, como se vive el amor; y, si ese círculo de experiencia se rompe una vez, ya no es posible recomenzarlo. Aquel hombre lo sabía. Por eso se limitaba a pasear con aquella mujer por la orilla del mar mientras se preparaba para irse a Australia. Luego vino a verme y me preguntó, con tono de experto, qué pensaba yo: si era posible redimir al mundo.

18

—Una vez le pregunté si quería fundar un partido o un movimiento —continuó el sacerdote—. Traté de hablar con él como debe hacerlo un sacerdote. Lo advertí de que, para mí, sus ideas y sus planes eran pecado. Pero siempre me subyugaba la fuerza peculiar y salvaje de hombres como él. Esa gente se arrastra por océanos y continentes de un modo que nosotros, los que aún tenemos patria y hogar, no podemos comprender ni imitar. Siempre fue cortés, pero como los chinos cuando hablan con extranjeros de piel blanca... Cortés de una forma hiriente. Como quien dice: «Hay algo que tú no sabes.» Y, en efecto, cuando hablaba con ese hombre... y luego, a veces, con otros refugiados... había momentos en que la conversación se interrumpía, y entonces siempre tenía la sensación de que ocurría porque yo ignoraba algo, algo que el otro sabía pero no podía expresar con palabras... En nuestro tiempo sucede algo que no se puede verter en palabras, porque enseguida suena falso y vulgar... No se puede decir. Hay que vivirlo... Y quien no lo ha vivido nunca sabrá qué es lo que en realidad sucede en nuestro tiempo... Y quien lo ha vivido lo sabe, pero es incapaz de expresarlo con palabras, porque sólo se puede vivir, experimentar, pero nunca contar... Una vez, mientras conversábamos, le pregunté qué sentimientos, qué pasiones turbaban más profundamente a los

refugiados. ¿La venganza? ¿Las distintas formas de la nostalgia? ¿El deseo de volver? ¿La nostalgia de haber sido otros?... Me respondió: «El sentimiento más fuerte, la conciencia más tormentosa de los refugiados de hoy, es la culpa.» Lo dijo con toda seriedad... como quien habla de algo real, de algo en lo que ha pensado y sobre lo que ha reflexionado muchas veces y durante mucho tiempo. «El remordimiento», decía, «puede tener muchas causas... Hay quienes sienten remordimientos por algo que han cometido. Ésos no importan. Ésos tienen la posibilidad de aliviar su conciencia: se arrepienten, lo confiesan y, si pueden, reparan lo que han hecho... Pero luego están los otros, los que sienten remordimientos por no haber actuado. Y consideran imperdonable esa falta de acción. Por ejemplo, no salvaron a alguien a quien podían haber evitado grandes sufrimientos si hubieran asumido ciertos riesgos... No traicionaron a nadie, es verdad; simplemente, en el momento decisivo, no actuaron. Ése es todo su crimen. Y no hay autoridad en la Tierra que pueda pedirles cuentas formalmente por esa omisión. Pero tampoco hay ninguna autoridad en la Tierra, y quizá tampoco en el cielo, que pueda absolverlos del pecado de omisión». Así lo dijo. «Sin embargo, ésos son casos demasiado simples», siguió. «El remordimiento de los refugiados modernos es más complejo. Esta gente siente remordimientos por algo que no hizo... "Por no haber sido más fuerte que...", y entonces se les corta la voz. ¿Más fuerte que quién? ¿Que los regímenes de la violencia? ¿Que los regímenes del odio, la mentira y la crueldad? ¿Puede un individuo ser más fuerte que la tiranía y el Estado policial? ¿Dónde? ¿En qué puede serlo?... En la práctica, esta pregunta es ridícula», decía, «y también lo es suponer que el individuo pueda sentir remordimientos por no

haber sido más fuerte, más astuto, más capaz de actuar que el mundo en el que vive, un mundo lleno de alianzas malvadas y armas cada vez más perfectas. ¿Dónde y en qué puede el individuo ser más fuerte que un mundo malvado y armado hasta los dientes?... Precisamente por eso hoy es tan difícil acercarse a la conciencia de los hombres, porque el individuo huye de la responsabilidad de la conciencia individual y se refugia detrás de las consignas colectivas. Hoy el individuo se conforma con participar en algo... Pero no basta con participar. Hay que actuar personalmente, a solas. Y si es imposible, hay que intentar lo imposible». Eso decía: «Al otro lado»... aunque es difícil precisar qué significa exactamente ese «al otro lado». Porque ese «otro lado» probablemente no está sólo en el mapa, en algún punto detrás del telón de acero oficial; también de este lado hay una línea divisoria entre un hombre y otro... en todas partes... ¿Cómo dice? ¿Por qué se ríe, *commandatore*?... ¿Que si aquí, en esta sala, entre nosotros dos...? Sí, también es posible. Tal vez por eso decía: «Al otro lado llega un momento en que los hombres que no han intentado lo imposible empiezan un día a sentir remordimientos. El bolchevismo ya no es más que una consecuencia. El bolchevismo es un sistema. Y las defensas que, en forma de fascismos y nazismos, se han levantado contra el bolchevismo en el mundo entero no son más que defensas de unos sistemas contra otro sistema. El verdadero enemigo está en otra parte. Está al otro lado... y, por tanto, no se oculta entre las masas, sino en el individuo, en la personalidad que, en el instante en que se le abre como posibilidad la nada perfecta e incondicional, no empieza a protestar asumiendo todas las consecuencias, sino que calcula, compara, vacila y dice: "Será distinto", o "esperemos cien o

doscientos años", o habla de "energía religiosa"... Entonces ya ha empezado. ¿El qué? La nada.» Él creía que el bolchevismo no era más que la figura social de la nada. Pero la nada es más profunda, eso creía... más profunda y más peligrosa. «Un día lo comprenderán también los hombres que están al otro lado», decía, «y entonces sentirán remordimientos».

19

—La tarde en que tenía que embarcar, lo acompañé al puerto —contó el sacerdote en voz baja—. Pero el barco ya se había ido. Nos encontrábamos al pie del acantilado sobre el que se alza la plaza donde está la estatua de Tasso. Brillaba la luna, estábamos en la costa, y tengo que decir, *commandatore*, que, a la luz de la luna, aquel extranjero tenía el rostro de mármol, igual que la estatua de Tasso. Hay una clase de hombres que no están locos, pero a quienes los demás tampoco sienten como uno de los suyos. Son los poetas y los santos. Y allí, en la costa, a la luz de la luna, el rostro de aquel hombre brillaba así. De pronto me preguntó si yo, como fraile, creía en los milagros. Antes de que pudiera contestarle me pidió perdón... Pero lo hizo con pasión, como atacándome. Me dijo que no respondiera si no podía contestar algo distinto de lo que me imponían mis votos... Alzó la voz. Estábamos solos en la costa. Insistió en que le dijera si existían los milagros, pero que no se lo dijera como quien recita una lección aprendida de memoria, sino como le habla un hombre a otro cuando, a su alrededor, todo aquello en lo que los hombres parecían estar de acuerdo se desmorona y la única ayuda posible es un milagro... Que, como sacerdote y como hombre, le dijera si había tenido experiencia personal de algún milagro, si conocía alguna prueba o si sólo

predicaba lo que me enseñaban mi religión y mis votos. Hablaba con crudeza, sin cuidar sus palabras. Le respondí que los milagros existen, pero que es muy difícil llegar a ellos. Es difícil reconocerlos, por no hablar de invocarlos y hacer que ocurran... Y como hablábamos de algo que, en secreto, también a mí me tocaba muy de cerca en esta vida, y quizá me arrastró la situación, o el momento, o la personalidad de aquel hombre, le conté lo que creo sobre los milagros. Lo advertí de que el milagro sólo puede darse como algo extraordinario... Aquel hombre venía del Norte, y en el Norte eso no se entiende. No es que aquí, en el Sur, haya más milagros que en el Norte o en Occidente, pero aquí el milagro es más inmediato, más simple y más palpable. La gente del Norte se acerca a todo con método... pero no existe el milagro metódico. El milagro no hay que entenderlo, sino invocarlo. Y, a continuación, pronunciamos casi al unísono el nombre de san Francisco. En ese mismo instante, todo lo que aquel hombre singular había dicho se hizo tan real y palpable que empezamos a hablar con pasión y soltura, en la oscuridad, en la orilla, frente a Capri y Nápoles, donde ya estaban encendidas las luces... Más tarde entendí lo que había sucedido. Hablábamos en voz alta, como dos personas que discuten acaloradas, pero en realidad ya no nos hablábamos el uno al otro, sino que nos respondíamos a nosotros mismos en nombre de san Francisco. Hablábamos de lo más importante para cada uno de los dos. Yo pensaba que, como fraile franciscano, sabía bastante sobre el santo. Pero entonces comprendí que él también sabía cosas. ¿Que qué me contó?... Le pido paciencia, *commandatore*. Es difícil repetirlo. Recuerdo que fui yo quien habló primero. Le dije que no olvidara que los sacerdotes de verdad escasean. Tanto como los

artistas, los escritores o los hombres de Estado de verdad. San Francisco lo sabía. Sabía que él era un verdadero religioso. Y quienes vivían a su alrededor, quienes lo acompañaron por el camino franciscano, no lo eran necesariamente... Sólo eran seres humanos que estudiaban para ser sacerdotes, o que se vestían de sacerdotes, o que deseaban serlo y por eso se ponían el hábito... Pero no es lo mismo. San Francisco lo sabía y se impacientaba. Él, que sabía hablarle al viento, a la luna, al sol, a las plantas y a los pájaros, sabía lo difícil, casi imposible, que era hablarles a los hombres de manera convincente... Cuando se presentó ante el papa, ya fue incapaz de hablar, porque sabía que toda palabra era imposible. Por eso, atormentado, se puso a bailar. Y el papa lo comprendió y lo abrazó mientras bailaba... Todos lloraron, hasta los cardenales. Para mí, *commandatore*, esto es lo más hermoso y lo más pleno que sé sobre la vida y sobre los hombres... Discúlpeme que se lo diga. Le estoy muy agradecido al Señor por vivir, por conocer esa escena y por poder llevar el hábito de san Francisco, que en su turbación empezó a bailar ante el papa e hizo llorar incluso a los cardenales... Eso fue lo que le dije. Entonces empezó a soplar un viento procedente del Vesubio y, bajo sus embates, caminamos un buen rato arriba y abajo por la orilla. El barco de Nápoles ya se había ido, pero desde Castellammare llegaban a veces lanchas durante la noche. Esperábamos una. A causa del viento, tuvo que contestarme a gritos. Me dijo que no olvidara que san Francisco, ya en vida, había sido tan famoso en Asís como hoy lo sería un actor de cine americano de paso por Roma. Los vecinos de Asís mostraban con orgullo al santo a cualquiera que llegara a la ciudad. Los niños corrían tras él por las calles, lo señalaban con el dedo y gritaban:

«*Ecco il santo*...» San Francisco se ponía furioso y espantaba a los niños. «No soy santo», gritaba, enfurecido, agitando el puño contra aquellos pilluelos. «Aún podría incluso tener hijos...», gritaba. Eso me gritó él también aquella noche, gesticulando contra el viento, a la luz de la luna. Ya no hablábamos siguiendo la lógica. Cuando pienso en aquella hora de la noche, me invade la inquietud. Algo sucedió entonces... con él, el refugiado, y conmigo, el fraile franciscano. Tal vez ahora pueda contarlo. En nuestra conversación la lógica dejó de mandar. También dejó de mandar en nuestra vida. No se confesó; pero aquella noche, a la luz de la luna, en la orilla, el extranjero parecía un hombre en cuyo interior se hubiera revelado la nada y que por eso podía contarlo todo. En momentos así la gente da miedo. Y entre nosotros no había ninguna reja de confesionario que separara al sacerdote del creyente... Aquel hombre no era creyente. Y aquella noche, en la costa, tampoco yo era sacerdote de una manera tan estricta e incondicional como lo había sido hasta entonces. Llevaba hábito, como ahora, pero no estaba del todo seguro de ser fraile... Es algo que sólo me ha sucedido una vez en la vida. La gracia del Señor no estaba conmigo. Entonces el hombre me dijo que san Francisco podía ser muy impaciente e injusto. Que en los años del dominio nazi y bajo el yugo comunista había pensado mucho en san Francisco, así lo dijo, y que ahora, viviendo aquí entre nosotros, en Italia, donde había vivido el santo, donde aún se ven las piedras que le servían de almohada cuando dormía en el suelo, y su hábito, lleno de manchas y prueba clara de lo pequeño que era de estatura... aquí, donde san Francisco no es una leyenda, sino que se pueden tocar los objetos que él tocó, pensaba sin cesar en el santo que quería salvar al mundo. Y añadió que,

después de Jesús y de san Pablo, san Francisco había sido la única persona de Occidente con fuerzas suficientes para salvar al mundo. En Oriente, tal vez Gandhi. Confucio y Lao-Tse sólo eran filósofos: no querían salvar al mundo, sino educarlo. Pero san Francisco no sabía educar a la gente porque era un necio. Lo dijo así: un necio. San Francisco no sabía nada; sólo entendía de pobreza y de salvación. Por eso él pensaba siempre en san Francisco, dijo. Y cuando se sentía débil y las pasiones tentaban su razón, leía poemas de san Francisco y se calmaba. San Francisco, explicó, sabía que era poeta y que cada palabra que escribía o decía tenía peso. Y también era importante cuando callaba. En torno a una persona así, todo tiene peso... Le pregunté si él también se consideraba un hombre de esa clase. Contestó que era difícil responder, porque tal vez fuera un simple loco de atar que creía tener algo de la necia fuerza de san Francisco; un hombre así parece víctima de un complejo de superioridad o de inferioridad... Y él no era poeta, eso me dijo... Pero luego se sentó sobre una roca, miró el mar en la oscuridad y añadió que estaba muy débil y cansado, pero que era posible que pudiera salvar al mundo.

20

—«Pues sálvelo», le dije —continuó el sacerdote—. Yo también me senté y, sentados en la orilla del mar, esperamos. Tal vez la lancha que debía llegar desde Castellammare. O tal vez otra cosa... «Pues salve al mundo», le dije. No fui irónico. Si ahora pienso en aquella hora, entiendo muchas cosas. Sucede pocas veces en la vida de un hombre... o de la humanidad... o en la de un fraile errante y mendicante como yo... Sucede pocas veces que uno se encuentre con alguien de quien, aunque sólo sea por un instante, pueda creerse algo así... ¿El qué? Pues eso. Sí, eso. ¿Que qué es eso?... *Commandatore*, usted lo sabe tan bien como yo. «Eso» es sólo eso: la Posibilidad. ¿Sabe qué me llamó la atención? No sólo que allí, en la orilla, yo, un sacerdote, le dijera a un extranjero, a un refugiado, que, si podía, salvara al mundo. También me llamó la atención que él no protestara... No dijo: «No, qué va», con falsa humildad... No se mostró humilde. Más bien reflexionó, como quien ya ha tomado una decisión, pero aún no sabe exactamente cómo llevarla a cabo... ¿Qué? Pues eso; sí, la salvación. Luego se echó a reír. Dijo que en Inglaterra y en América ahora todo se enseñaba con libros: se imprimían manuales que explicaban con todo detalle cómo construir una casa con las propias manos, instalar la calefacción central, cuidar un jardín o encontrar marido. «Tal vez exista también un

manual de *know how* para salvar al mundo», dijo distraído. Hablaba distraído bajo la luz de la luna, sin prestarme atención, más bien para sí mismo. «No», dijo luego, y suspiró. «Eso no se aprende en los libros...» No le contesté. Yo también tenía la impresión de que no existe en el mundo, quizá ni siquiera en África, un libro del que alguien pueda aprender cómo se salva al mundo... Era la hora de la pleamar. El mar resollaba, las olas se acercaban a la roca en cuyos salientes estábamos sentados. Dijo que san Francisco tal vez se había equivocado al fundar una orden... Sí, la orden franciscana. Me lo dijo a la cara. «Piense cómo debió de ser la vida franciscana al principio, en la práctica», dijo. En torno a san Francisco se agolpaban hombres que no tenían ninguna experiencia en la vida monástica. Venían de los negocios, de las tabernas, de los castillos, para convertirse de la noche a la mañana en frailes. «Si empiezo», dijo, «sólo puedo empezar solo... Hoy no sería distinto. Acudirían a mí neuróticos en masa, como al consultorio de un psiquiatra». La policía enseguida prestaría atención, como hace hoy en cuanto alguien adquiere fama de dedicarse a algo así... ¿Verdad, *commandatore*? Pero la policía también lo vigilaría por otros motivos, porque en la guerra fría toda reunión numerosa despierta sospechas; hace falta permiso, y quizá a un extranjero, a una *displaced person*, las autoridades no le permitieran salvar al mundo en un país extranjero... Para cosas así, en todas partes hace falta autorización, *licence*, ¿verdad?... Hablamos un poco de eso. Porque era una hora en la que se podía hablar de todo. Me dijo, preocupado, que las masas eran un problema grave. Que imaginara qué podía hacer él, un extranjero, con las masas. Las masas ya habían sido un grave problema para san Francisco. Porque en toda

Umbría salían a recibirlo ciudades enteras. La gente bajaba de las colinas, de las ciudades, y le pedía que la dejara acompañarlo; lo dejaban todo atrás, la casa, el negocio, la familia, la ciudad... Como esas personas, las *displaced persons*, que un día lo dejan todo atrás por propia voluntad, todo lo que las une al mundo: el hogar, la lengua materna, su lugar en la sociedad, la familia... Los desplazados también acudían a san Francisco en masa, y le pedían que los recibiera. Imagínelo, *commandatore*... ciudades enteras, y luego la convivencia en campamentos improvisados, como hoy en Bagnoli y en todas partes donde hay campos de refugiados... Gente remilgada que un día hace cola con un cuenco ante el fogón del campo porque ya no soporta algo, porque ha dejado algo atrás, porque son desplazados... Todos, hombres y mujeres, ante san Francisco, con un cuenco en la mano. Y llevando consigo todo lo que acompaña a una convivencia así: vanidad, celos, furia, sed de venganza, el recuerdo de quienes se quedaron en casa, en la ciudad, junto a la olla llena de carne, porque no buscan ninguna salvación, ni una huida que prometa la salvación, sino que custodian la olla, la familia y la casa... Cuestiones de orden público. Histeria colectiva. Todo eso atormentaba a san Francisco. Dijo que era increíblemente difícil salvar al mundo. Y que, si el salvador tiene éxito y lo sigue la multitud, resulta aún más difícil, porque el éxito siempre es un malentendido. Así lo dijo. Estábamos sentados en la orilla, la luna brillaba, los delfines saltaban en el agua, y de vez en cuando sus grandes cuerpos, oscuros y plateados, resplandecían a la luz de la luna... lo recuerdo. Y nosotros hablábamos de la salvación. De que la humanidad ya no cree ni en el individuo ni en la salvación individual. La gente ya sólo cree en el poder, y el poder es obra del Diablo.

Todo poder es obra del Diablo, incluido el poder del saber. Por eso san Francisco negaba el saber. Lo único que quería era interpelar al mundo. ¿Qué es la salvación?... Que alguien interpele al mundo asumiendo todas las consecuencias. Entonces el mundo responde al instante. Eso creía aquel hombre... También dijo que en una empresa así hay mucha vanidad, y que él, que ya no poseía nada... ni pasaporte, ni recuerdos de su vida anterior, ni fotografías de otros tiempos, ni siquiera los acentos de su nombre... ¿Cómo dice? Sí, habló de que, por el camino, en su vagar por el mundo, había perdido los acentos de su nombre... Él, que ya no poseía nada, se observaba a sí mismo para averiguar si todo lo que pensaba sobre la posibilidad de la salvación y sobre su propio papel no era, sencillamente, una última forma de vanidad. Dijo que san Francisco también había sido muy vanidoso, porque era poeta: un poeta vanidoso que sabía que cada palabra que escribía tenía peso. Rara vez daba autógrafos y, cuando los daba, lo hacía con solemnidad. Pero, como no sólo era poeta, sino también santo, al final se reconciliaba con todos, incluso con aquellos a quienes había tratado con impaciencia y severidad... Porque podía ser también angelical y dócil, celestial y terrenal al mismo tiempo. Su gran secreto consistía en saber hablar al mismo tiempo con Dios y con los peces. Ése es el gran secreto. A Dios le hablaba directamente, como hoy llamamos por teléfono a un gran señor que nos ha dado su número privado y nos ha permitido llamarlo incluso de noche. Así sabía hablar san Francisco con Dios. Pero él decía que sólo era un pobre refugiado que no conocía el número privado de Dios.

21

—Para entonces ya estaba llegando la lancha desde Castellammare —continuó el sacerdote—. Le pregunté qué pensaba: cómo se podía salvar al mundo hoy, en nuestros días... Ya estaba completamente oscuro. Sólo brillaba el mar, desde dentro, con una luz azulada. Me contestó, sentado en aquella luz, junto a la orilla: «El precio de la salvación es siempre la renuncia, el sacrificio de uno mismo», dijo. «En todas las religiones, en todas las sociedades, hace falta sacrificarse para que los hombres se sientan salvados. Los comunistas sacrifican a otros con la promesa de la salvación social... clases, compañeros de lucha, enemigos reales e imaginarios, y prometen que la salvación social llegará cuando los hayan sacrificado a todos, incluida la antigua cultura con sus pactos morales.» Pero él había visto esa salvación comunista y no creía en ella. Estaba convencido de que ningún régimen, ni social ni religioso, puede salvar al mundo... «Sólo puede hacerlo el individuo, si asume su propio sacrificio. Pero no basta cualquier sacrificio. Tiene que ser un sacrificio real, uno cuyo sentido no sea la debilidad, ni la huida, ni el espectáculo, sino un sacrificio verdadero, que no busque otra cosa que la salvación a costa de uno mismo. Y siempre ha sido así», dijo. «Jesús y Gandhi eran individuos de esa clase, hombres que aceptaron ese sacrificio... pero hay pocos como Jesús y Gandhi»,

dijo. «Y lo triste es que el individuo, la mayoría de las veces, ni siquiera sabe si lleva dentro la posibilidad de asumir el sacrificio siguiendo el ejemplo de Jesús y de Gandhi.» También dijo, y para entonces la lancha ya estaba llegando a la orilla, que había que darse prisa. Lo dijo en voz ronca y baja, como si se tratara de un secreto que temía pronunciar en la oscuridad, no fuera a oírlo alguien... Había que darse prisa porque el individuo no durará mucho más en el mundo. Dijo que ya apenas quedan individuos en nuestros días, porque en la Tierra viven ya tres mil millones de personas, y en esa gran masa actúan sobre la individualidad unas fuerzas demoledoras, disolventes, pulverizadoras, capaces de diluir toda individualidad y toda resistencia hasta aniquilar al individuo. «Esa masa se multiplica de forma morbosa día tras día, en todo el mundo, y dentro de veinte o treinta años vivirán ya cuatro mil millones de personas en la Tierra, porque el peligro que el Saber, es decir, la obra del Diablo, ha desatado sobre el mundo con la fuerza del Poder es tan grande que la humanidad, asustada, quiere responder a ese peligro multiplicándose, quiere ahogar con una respuesta biológica el peligro técnico... Por eso se reproduce como se reproducen en la naturaleza las especies que han entrado en una zona de peligro. Pero entre cuatro mil millones de personas, dentro de veinte o treinta años, será mucho más difícil, sí, será imposible seguir siendo individuo, porque la voluntad individual se disolverá en la masa. Y del mismo modo que aquí, en el mar, la materia prima de la vida orgánica es una masa de seres vivos, las algas, que no está formada por individuos sino por organismos unicelulares, también la individualidad será dentro de cien años un fenómeno disuelto, una especie de masa proteínica pensante que anda sobre dos piernas. Ya

hoy, entre tres mil millones de personas, ser individuo es un papel tan herético como debió de serlo, hace trescientos años, en la época de las grandes personalidades incondicionales, ser una persona de inclinación y conducta espiritualmente socialista... Por eso hay que darse prisa», dijo. «Setenta kilos de células epiteliales que forman parte de una comunidad de setenta billones de kilos de células... no pueden salvar al mundo... Las células epiteliales ni siquiera quieren salvarse unas a otras. Sólo el hombre singular, el individuo, puede salvar a los hombres. Y no habrá muchos individuos dispuestos a sacrificarse en la Tierra.» Eso dijo. Se levantó, se dio la vuelta y caminó hacia la lancha como quien tiene prisa. Lo seguí desconcertado. Yo estaba tremendamente asustado... Ya puedo decir que en aquellos momentos estaba tremendamente asustado. La diminuta lancha atracó; el timonel nos hizo señas para que nos apresuráramos. Al pisar la pasarela para subir a bordo, se detuvo y se volvió. Preguntó en voz alta, en francés, si yo podía asumir la responsabilidad de disuadir de su decisión a alguien así. No le contesté enseguida. El viento ululaba, la lancha se balanceaba sobre las olas. No me dijo si se había decidido... sólo preguntó si yo podría asumir la responsabilidad de disuadir a alguien ya decidido a sacrificarse... Yo estaba helado. Helado por dentro, como quien tiene escalofríos. Nosotros, *commandatore*, en el confesionario oímos todo tipo de cosas. Pero nadie me había preguntado nunca si tiene derecho a quitarse la vida. Y, según mi fe, nadie tiene ese derecho. Ni siquiera si ése es el precio de la salvación. Pero en aquel momento comprendí que había que apresurarse, porque ya no hay ni «fe» ni «derecho». El hombre estaba ya sobre la pasarela, caminando hacia la lancha... Y entonces le grité que no me atrevía a

disuadirlo. No respondió. Avanzó hacia la lancha por la larga pasarela, que se balanceaba suavemente, vacilando como quien camina sobre el agua. En la oscuridad, casi parecía caminar de verdad sobre la superficie del agua. Subió a la lancha, el motor se encendió enseguida y la embarcación se alejó a toda velocidad rumbo a Castellammare. Eso fue el martes, me acuerdo: el martes pasado. Tenía entendido que el jueves se marchaba a Australia. Volví al monasterio. Me dormí enseguida. Al día siguiente estaba invitado a cenar, arriba, en Posillipo, en casa de unos parientes pobres que celebraban la visita de un joven llegado de América. Aquella noche, por casualidad, volví a ver al hombre. Bajaba por la empinada callejuela en compañía de la mujer. Estaba de buen humor, me saludó amistosamente. Dijo que se iba de viaje... Luego, al día siguiente, leí en el periódico lo que había sucedido. No, no sé nada más, *commandatore*. Esto es todo lo que sé... Sí, fui yo quien lo enterró.

22

El subcomisario acompañó al sacerdote hasta la puerta. Luego volvió a su escritorio, se sentó y se puso a hojear las actas. Levantó el auricular del teléfono y dijo:

—Que pase la señora.

CUARTA PARTE

1

La mujer dijo:

—Quería que yo lo matara. En el lugar donde cayó al vacío, la barandilla estaba en mal estado. Era de piedra. Ayer fui a verla. En ese punto la piedra estaba muy quebradiza. Si alguien se apoyaba en la barandilla, podían desprenderse pedazos. Y caer parte de la barandilla. Y despeñarse también quien se hubiera apoyado en ella... A esa hora había una gran tormenta en el mar. Y arriba, en el parque, hacía mucho viento. Nadie lo vio apoyarse en la barandilla. Discúlpeme, padre... no sé si me escucha. Quiero decir, si está dispuesto a escucharlo todo. ¿Sí?... Gracias. Porque tengo que contárselo todo. Desde aquí, desde la iglesia, desde este confesionario, cuando hayamos terminado... iré a la policía. Me han citado para las dos de la tarde. Van a interrogarme. Pero creo que allí no podré decir lo que necesito confesarle a alguien... Soy refugiada. No, no era mi marido. Padre, tengo que decirle que al entrar en la iglesia no pensaba confesarme. No estaba preparada... Sólo he entrado aquí porque iba a la comisaría y esta pequeña iglesia está al lado. Se me ha ocurrido entrar aquí antes de hacerlo en la comisaría. Esta iglesia sufrió daños en la guerra... Me inspira confianza... Tal vez porque lleva aún las heridas de la guerra y no ha habido dinero para reconstruirla... Ya sólo confío en quienes fueron

heridos personalmente en la guerra, en quienes perdieron algo en carne propia... Porque saben algo... Por eso he venido... Pero no pensaba confesarme. Qué frío hace aquí dentro... No hay calefacción, comprendo. Padre, lo he visto a usted en la sacristía, leyendo el periódico junto al brasero. Pero usted no me ha visto. Y no hay nadie... He leído el anuncio junto a la puerta de que aquí se confiesa también en francés... Por eso se lo he pedido, si tiene tiempo... Gracias... Padre, no sé si me escucha. Porque no quiero la absolución. Pero tengo que contárselo. Ya no creo en nada. No creo que un cura pueda absolverme... Vine con él hace tres años. No fui capaz de quedarme allí sin él. Al enterarme de que se marchaba, hice todo lo posible para irme con él. A mí personalmente nadie me hizo daño. Tenía trabajo. Pero cuando me enteré de que se marchaba y no volvería nunca más, comprendí que sin él yo ya no tenía ni trabajo, ni patria, ni familia. Hasta entonces me había estado engañando... Yo también pensaba que había que esperar y observar. Que ya pasaría algo. Que los comunistas se calmarían... A mi padre lo mataron los alemanes. Yo ya no tenía a nadie más que a él. Al enterarme de que se iba, sentí una especie de horror. El tremendo vacío en el que vivía se abrió de pronto... como si viviera en un abismo sin asidero alguno. Ya sé que tenía algo de ridículo. Ya no éramos jóvenes. No éramos dos enamorados. De pronto envejecimos los dos, durante la guerra, en el sótano, entre las bombas, y luego, al llegar los bolcheviques, en aquel otro sótano donde vivíamos tantos... Porque todos vivíamos en una especie de sótano invisible. Insisto, a mí en concreto no me perseguía nadie. A él tampoco le hicieron daño. Pero perseguían todo aquello que formaba parte de uno: lo que recordaba, lo que amaba... Es algo

que sólo entiende el que lo ha vivido. Fue muy difícil marcharse... No me refiero sólo a las dificultades oficiales, a la desconfianza, al telón de acero... Lo más difícil fue decidirse. Allí tenía relación incluso con lo que odiaba. Y al emigrar comprendí que un gran odio puede atar y sostener a una persona tanto como una gran simpatía. Pero me marché porque, al enterarme de lo que pretendía hacer él, sentí horror. No quería quedarme sin él en aquel vacío... Yo ya tenía piso, trabajo. A veces ya vivía como antes. Volvíamos a tener una ciudad a nuestro alrededor, puentes y teatros. Pero seguían estando las cosas horribles: las persecuciones, las ejecuciones, la desaparición de gente que conocías personalmente... Pero al mismo tiempo había también una especie de indiferencia. Como cuando uno despierta de la anestesia. La guerra, los alemanes, los bolcheviques, todo parecía una pesadilla. Había algo paralizante en todo aquello. La vida seguía; yo ya podía vestirme decentemente. A veces faltaba el pan o el combustible, o cortaban la luz, pero luego volvía a haber de todo, y entretanto ya había peluquera, champú y laca de uñas... De cerca todo era distinto. Por la mañana ejecutaban a alguien que conocías, pero por la tarde ibas a la Ópera porque actuaba otro conocido... Y pasó un año, tres años. Los que el día anterior protestaban contra los comunistas empezaron a cansarse. Se cansaron de indignarse y de protestar... Nadie confiaba en nadie. Y un día la gente dejó de confiar incluso en sí misma... Creo que fue entonces cuando él decidió dejar el país. Tal vez temía cansarse, sentirse demasiado cansado por dentro para indignarse y protestar; temía que llegara el día en que ya no pudiera confiar ni en sí mismo.

2

La mujer se cubrió el rostro con ambas manos y enmudeció. Luego dijo entre los dedos:

—Desde fuera, desde aquí... todo eso parece incomprensible. En la comisaría no puedo contar lo que le sucede por dentro a quien ha vivido todo eso, a quien ha visto cómo desaparece todo a su alrededor, todo aquello a lo que estaba unido, todo lo que le pertenecía como su propio cuerpo... Porque todo desaparece, todo se deshace... y entonces, un día, uno se horroriza porque teme que también en su interior se haya deshecho algo, que ya no le queden fuerzas para protestar y enfadarse. En esos casos, la mayoría se rinde. Son pocos los que se van... No tienen fuerzas o no tienen la posibilidad de hacerlo. Pero él, tal vez en el último instante, decidió marcharse. Y entonces yo, también en el último instante, decidí irme con él... Hasta entonces éramos amigos. Nos encontramos después de la guerra. Yo trabajaba en el instituto que él dirigía... Y luego, poco a poco, todo aquello a lo que pertenecíamos desapareció y se desintegró... Pero lo curioso era que, al mismo tiempo que todo se desintegraba, allí, en aquel mundo, también se estaba levantando algo... Es difícil de explicar... Se levantaba como levantan algo los esclavos cuando capataces armados con palos los obligan a trabajar; pero también de otra forma, al margen de los bolcheviques, desde

dentro, dentro de la gente, en las casas, en las calles, contra los bolcheviques, pero también en la realidad, porque el mundo no deja de construirse... Y la gente que salía de debajo de los escombros y empezaba a edificar acababa por no saber distinguir qué construía con asco y por obligación, y qué construía para su propia satisfacción y su propio orgullo... Pero de eso no puedo hablar en la comisaría... Hay un malentendido fatal, no sólo entre los dos mundos, padre; ese malentendido no es sólo el telón de acero... El malentendido es que el ser humano no puede vivir sin construir. Y aunque odie a quienes lo obligan a realizar trabajos forzados, el trabajo que hace acaba cobrando sentido en sí mismo, aunque lo odie, porque uno quiere demostrarse que en todas partes, incluso en el infierno y en manos del enemigo, sigue siendo un ser humano con fuerza creadora... Los bolcheviques lo saben y se aprovechan de ello. Saben que todos sabotean: el campesino, el obrero, el intelectual; pero también saben que llega un momento en que la capacidad creadora de la gente es más fuerte que el odio que siente hacia el régimen... Y entonces, aunque sea a regañadientes, inventa cosas, escribe novelas, compone música... Y no tiene fuerzas para ocultar lo creado... Los regímenes opresores viven de esa impotencia... Él también lo entendió cuando decidió dejar el país. Recuerdo una tarde, antes de la partida, todavía allí... dijo que no temía que los comunistas le cortaran la mano... pero sí temía verse obligado un día a estrecharle la mano a un comunista. No estaba dispuesto a hacerlo. Dijo que nunca había subestimado ni despreciado a nadie... Tampoco a los malhechores, porque había que juzgarlos, pero no despreciar a nadie... Sin embargo, a los comunistas los despreciaba. Dijo que el más malvado es quien

asume el delito de quitarle a otro la libertad de conciencia... Y no estaba dispuesto a estrechar la mano de alguien así. Hubo otros, y no pocos, que lo hicieron... Con una sonrisa irónica, con cortesía hipócrita, estrechaban la mano de los comunistas... Pero él era incapaz; prefería marcharse. Dijo que sabía que tendría que pagar un precio muy alto, porque aquello que había creado en su vida desaparecería, eso que con palabras altisonantes llaman «la obra de una vida»... Pero otros no sólo pagan con su obra, sino también con su vida, de modo que uno no debe mostrarse débil cuando paga un precio tan irrisoriamente bajo como el de su obra... Eso dijo la última tarde. Y comprendí que debía acompañarlo, porque el vacío que me rodeaba desde la mañana hasta la noche en aquel régimen sólo podía soportarlo teniéndolo a él a mi lado... Nos marchamos. Los detalles los contaré en la comisaría... Ya los he explicado varias veces en distintas comisarías. Marcharse es muy duro, y no sólo por las alambradas. Mientras planeábamos la huida al extranjero, de pronto dijo que no bastaba con querer marcharse... La voluntad necesita una chispa... Primero hay que querer algo de verdad; sólo entonces la voluntad se convierte en acción... Y lo difícil es hacer saltar esa chispa, esa llamita, en medio de la apatía, de la impotencia... Eso tampoco se entiende en el extranjero, donde basta con querer algo y luego realizarlo, mejor o peor... Nos marchamos, y fue entonces cuando empezó. ¿El qué?... Pues justo eso. Entre los dos, entre él y yo, padre... Y entre nosotros y el mundo. Empezó algo que ignorábamos cuando tomamos la decisión de marcharnos. No me refiero a las dificultades. Cuando recuerdo cómo era la vida al otro lado, cuánto soporta la gente sumida en la desconfianza, en la humillación y en las privaciones, día tras día, en el trabajo, en casa,

en la familia... me avergüenzo al oír cómo se quejan los que se han marchado. Todo esto no es nada en comparación con aquello... ¿Por qué se queda callado, padre? ¿Es que no me cree?... Bueno, sigo. Lo que empezó fue algo distinto. Es difícil expresarlo. No me estoy confesando, pero esto es un confesionario... y usted ha prometido escucharme. Imagine a dos personas que se desnudan. Pero no como dos enamorados que se desvisten... o sí, en parte... pero también de otro modo. Primero se desprenden de la ropa, de todo lo que cubre el cuerpo. Y entonces, entre los dos, empieza una desnudez que puede crecer hasta el infinito. La vida que llevan les arranca cada día un velo, una pantalla, una capa de piel... Y no tiene fin. Deben despojarse de la patria, de la nacionalidad, del nombre, del pasado. Deben despojarse de esa mentira peculiar, sí, de la mentira en que se habían convertido viviendo en su propio país. Porque detrás de la personalidad, del papel que interpretan, hay algo que en el extranjero se revela como una mentira constante, desde la cuna hasta la tumba... ¿Que qué es? Ese otro papel, esa otra identidad heredada en el país de origen, recibida ya hecha, y que había que llevar incluso durante el asedio de Budapest, en los sótanos, en las alcantarillas, continuamente, mientras los compatriotas, los testigos presenciales, rodeaban a un hombre al que conocían desde la cuna hasta la tumba... Ese constante «soy tal o cual persona». Y, mientras tanto, uno sabe que no es ni ésa ni aquélla, sino alguien distinto. Y eso no puede confesarlo nunca. Y en el extranjero, cuando uno ya no tiene pasaporte ni ciudadanía, cuando empieza ese vagabundeo que ataca a la gente como una infección, esa vida nómada controlada por las autoridades, ese ir de un sitio a otro, acampando en medio de desiertos que se llaman a sí

mismos países y naciones, pero que en realidad no son más que masas... entonces, un día, hay que despojarse también de la mentira ligada a la identidad que uno se ha traído de su patria. Y en eso hay un gran alivio... pero en esa completa desnudez, en esa impudicia, también hay algo que da miedo. Un día, uno siente que su identidad vacila, que empieza a desmoronarse... Ya sólo la recuerda como una idea fija. Ese estado de disociación, esa desintegración de la identidad, es hoy un síntoma general. Lo viven cada día millones y millones de personas en todos los continentes. Llegan con unos papeles sospechosos en el bolsillo, con sellos en la piel o en los documentos, con huellas dactilares; echan un vistazo al nuevo continente, empiezan a instalarse, alquilan un piso, se incorporan al nuevo país, adoptan un nombre nuevo, se acostumbran al sabor de otros platos, aprenden a saludar y a hablar de otra manera, participan, en suma, en la vida de un país extranjero... Y, mientras tanto, de noche, solos o entre extraños, en el nuevo entorno, los invade tal espanto que tienen que taparse la boca con la mano, porque tienen miedo... miedo de morirse de terror... porque comprenden que su identidad, todo aquello que creían ser, se disuelve... Y al mismo tiempo comprenden que la otra identidad, lo que eran en su país, aunque fuera falsa y prestada, también formaba parte de ellos... Este proceso de desnudarse es largo y al final uno queda completamente desnudo. Vuelve a tener papeles y tarjeta de visita, una tarjeta de visita impresa según las normas de una lengua extranjera; Balázs pasa a ser Blaise, y Jenő, Eugen o algo parecido... pero todo eso no es más que una nueva forma de desnudez. Uno pierde su identidad gota a gota, como quien se desangra en medio del desierto. Y no hay forma de escapar. Se

esfuerzan por ser nuevos y entusiastas patriotas, cuelgan en el balcón la bandera del país de acogida, son más patriotas en su nueva patria que los naturales del país, ondean la nueva bandera y presumen del documento que acredita su nueva nacionalidad, incluso votan en las elecciones del país extranjero y participan en las campañas políticas, como si de verdad tuvieran algo que ver con lo que sucede en esa patria extranjera, como si no sólo los toleraran, sino que los hubieran acogido de verdad... Y, mientras tanto, van quedando cada vez más desnudos. Y están cada vez más perdidos.

3

—En estos años hemos recibido muchas cartas —continuó la mujer —. Mejor dicho, él ha recibido muchas cartas... Porque antes, cuando aún tenía una identidad, lo conocían muchos, tanto a él como a su obra... De nuestra patria ya no recibíamos cartas, porque no convenía que nos escribieran desde allí, pero cada semana llegaban cartas de los cinco continentes. Y desde todas partes escribían lo mismo... Se jactaban o se lamentaban, o informaban con resignación y se limitaban a constatar los hechos... Pero, en lo esencial, siempre se trataba de lo mismo. Nos escribían lo mismo desde África que desde la India o desde Argentina... Que ya se habían resignado a casi todo, que todo podría resultar incluso bastante bueno y soportable, si no fuera porque el país y el continente donde se encontraba quien escribía eran imposibles de soportar... Decían lo mismo desde Suiza y desde Canadá. Y entonces, poco a poco, comprendimos que, cuando uno deja una patria, deja todas las patrias posibles. Y lo que recibe es un documento, aquí o allá, en algún lugar del mundo... Aquello era un lento despojo... Uno no sólo se despoja de su identidad, sino de todo lo que alguna vez, de un modo u otro, los hombres han llamado hogar y patria... Nos costó comprenderlo. Atravesamos los países que nos permitieron cruzar, y en cada uno nos fuimos

despojando de algo; y seguíamos adelante cada vez más desnudos, cada vez con menos equipaje... En sentido literal y también en otro sentido, cada vez teníamos menos de todo. Ese despojo, Dios mío... Uno lo lleva todo consigo, obstinadamente. Una vez, en Francia, adonde llegamos un día porque nos permitieron entrar para seguir poco después nuestro camino... me di cuenta de que llevaba años arrastrando conmigo una bolsa de papel vacía, una bolsa en la que figuraban el nombre y la dirección de la sombrerera que había tenido en mi ciudad... Era una bolsa arrugada, de esas en las que los comerciantes de mi país envolvían la mercancía, y hacía mucho que yo ya no tenía el sombrero que había llevado en esa bolsa al salir de la tienda, igual que seguramente ya no existía la tienda cuya dirección aparecía en aquel trozo de papel, ni existiría ya tampoco la propietaria de la tienda, ni muchas de las clientas que en otro tiempo solían comprar allí sus sombreros... Pero cuando, entre dos países, entre dos viajes, encontré en el fondo de la maleta aquella bolsa de papel cuidadosamente doblada, me invadió una curiosa calma, como si, después de tanta inseguridad, de tanto vagar y de tantas experiencias nuevas, tuviera en la mano algo realmente tangible, algo digno de confianza, algo a lo que podía agarrarme con toda mi esperanza para el resto de mi vida, para el resto del camino. No fue un ataque de emoción, padre, ni una erupción sentimental por tocar en el extranjero algo que de verdad había formado parte de mi hogar. No me eché a llorar, como cuando en el destierro uno se pone a mirar fotografías antiguas... Curiosamente me calmé, me sentí segura, como si tuviera en la mano una prueba decisiva e irrefutable de que yo había existido... Y en ese instante comprendí que daba igual el documento que al día siguiente me pusieran en la

mano en cualquier lugar: yo ya nunca volvería a ser realmente yo, ya no tendría identidad... Sólo sería una ciudadana, mano de obra o una contribuyente de Hacienda... Así nos fuimos despojando. ¿Me sigue, padre?... Así fuimos de un país a otro hasta que un día llegamos al mar. Entonces nos detuvimos. Estábamos en la orilla del mar, mirando alrededor. Allí, él empezó a hablar, en la orilla, una tarde... Porque hasta entonces, estuviéramos donde estuviéramos, en Suiza, en París o en Milán, más bien callaba y observaba. Pero allí se soltó a hablar. Dijo que habíamos llegado a casa. Dijo que el mar era la otra patria. Todos veníamos del mar, ésa es la única patria verdadera... Y la otra, la patria terrestre, también había surgido un día del mar, también procedía del mar, como toda materia y toda vida orgánica... Así se consolaba. Suspiré con alivio. Porque, por el camino, a veces ya llegaba a tener miedo... Tenía mucho miedo de perderlo también a él, como había perdido la patria, el hogar, los documentos y más tarde los nombres familiares y los recuerdos, como cuando un día uno ya no recuerda con exactitud en su propia ciudad dónde hay que hacer transbordo del tranvía al autobús para ir a la piscina o al trabajo... y un instante así es un pequeño horror, un paso más hacia la desaparición... porque otra vez se ha perdido algo, otra vez queda menos de lo que somos. Pero llegamos al mar. Sí, padre, llegamos aquí, a Nápoles. Alquilamos un piso en Marechiaro, muy cerca del mar. En la costa, cerca de la casa en cuya pared una lápida recuerda aquella antigua y famosa *canzone* napolitana: *Marechiare*... Así pues, vivíamos aquí. ¿Y cómo vivíamos?... ¿En qué transcurrían los días, los meses y luego un año, dos?... Porque el tiempo pasa y, cuando uno ya no tiene nada, pasa especialmente deprisa. De pronto también el tiempo desaparece...

uno ya sólo vive dentro del tiempo, pero no lo cuenta. En casa, quiero decir... allí, en mi patria, cada mañana me apresuraba a arrancar del calendario la hoja del día anterior, apremiaba al tiempo, como si cada nuevo día significara una nueva posibilidad de llegar a una solución buena... Pero luego en mi país llegó un momento en que todo se volvió tan árido y desesperanzado que ya no apremiaba al tiempo, ya no me apresuraba a arrancar por la mañana la hoja del día anterior... Y eso no cesa en el extranjero. Uno sólo vive mientras vive hacia algo... Si no siente que cada día lo acerca a algo que será bueno, a algo que será una solución, entonces no tiene prisa por vivir, ya no persigue al tiempo. Es verdad que tampoco lo retiene, tampoco lo frena... En estos años comprendí qué sentido tan distinto puede tener el tiempo para una persona condenada a largos años de prisión o para un enfermo incurable... Él también lo comprendió... No hay nada de lo que despedirse por la noche, nada de lo que alegrarse por la mañana... Pero vivíamos junto al mar. Y yo albergaba la esperanza de que él pudiera aferrarse al mar. Antes, en nuestro país, era capaz de reírse de pronto, sin transición... Pero luego, cuando comprendió lo que estaba ocurriendo, se volvió especialmente serio. Desde que dejamos nuestro hogar, nunca lo había visto reírse así, de pronto, sin transición. Pero ahora, junto al mar, a veces parecía como si recordara algo y rompiera a reír. El mar le recordaba algo. En su cuarto siempre se sentaba de modo que, mientras leía o conversaba, pudiera ver el mar. Y siempre paseaba por la orilla, solo o conmigo... Le encantaba estar aquí. Aquí le gustaba todo, padre. Decía que aquélla era la otra patria: la costa occidental del Mediterráneo y el mar... Decía que sólo en esa costa vivían ya, o vivían todavía, seres humanos. También le gustaba que

aquí no hubiera proletarios... Hay mendigos, pero no proletarios, porque aquí cada cual conserva su personalidad... Y le gustaba la orilla, las rocas, la bajada que conduce de Posillipo a Marechiaro, aquella verja de jardín tras la cual hay una hilera de cipreses y, al fondo, en la penumbra, una casa antigua donde ya no vive nadie, pero donde por la noche duermen vagabundos, un palacio ruinoso y vacío. A veces, medio dormida, lo veía, hacia las cuatro de la mañana, salir a sentarse a la terraza y mirar el mar, el sol que empezaba a clarear detrás de Salerno y el Vesubio... Me dijo que aquélla era la verdadera explosión atómica de cada día... Lo miré y tuve esperanza.

4

La mujer paseó la mirada por la iglesia como si buscara algo. Con voz serena, como quien evoca un recuerdo, prosiguió:

—Apenas disponíamos de dinero, pero aquí, en la costa, eso no nos preocupaba, porque los demás, la gente de aquí, la que vivía a nuestro alrededor, con la que compartíamos la vida, tenía aún menos... No obstante, había que pensar en el futuro, por eso nos apuntamos a las listas de emigración... Los dos queríamos ir a Estados Unidos, pero no nos concedieron el mismo visado, porque no éramos verdaderos *dipis*... éramos falsos *dipis*; *out-of-camp*, gente que no entraba en la definición de *displaced persons*. Hay un sinfín de categorías, como si en una colonia de apestados distinguieran a los enfermos según dónde, cuándo y cómo se contagiaron, y sólo pudieran compartir barraca los que sufrieran una misma variante de peste bubónica; los demás tendrían que conformarse con estar enfermos en otro lugar, con otra etiqueta... Pero no podían darnos el mismo visado porque él estaba enfermo de los pulmones. Lo examinaron varias veces en el campo y las radiografías siempre mostraron la enfermedad... A mí me concedieron el visado estadounidense, pero a él no... y no podía ir a explicarle al cónsul que a mí, sin él, el visado no me servía de nada, que para mí América era él... Nadie lo entendía. A él le dieron un

visado para Australia. Australia y América son lugares de residencia distintos; eso también resultó difícil de explicar a los cónsules: no lo entendieron. Dijeron que un refugiado estaría tan bien en Australia como en América, que cada uno esperara su turno y se alegrara de poder ir a alguna parte... Así pues, esperamos. Y llegaron los visados. Nos reímos mucho. Él compró mapas y cada noche los estudiábamos: Australia, donde viviría él cuando se exiliara, y América, donde viviría yo gracias a que tenía una radiografía que demostraba que mis pulmones estaban sanos. Mirábamos el mapa y tanteábamos dónde viviríamos: él en Australia y yo en América, un poco lejos el uno del otro y de todo lo demás. En tiempos de Hitler circulaba un chiste sobre dos refugiados: uno le preguntaba al otro, que se marchaba a Australia, si aquel continente no le parecía demasiado lejano, y el otro respondía: «¿Lejano? ¿De qué?» Él decía que ya no existían las grandes distancias; el problema era más bien que no había nada lo bastante cercano... y quizá quería decir: «¿Cercano? ¿A qué?» Así estudiábamos el mapa. Y llegaron los visados. Nos quedaban aún cuatro meses en Italia. No podíamos imaginar separarnos el uno del otro, de Italia y de aquella otra cosa difícil de nombrar. Muchos mienten, se mienten a sí mismos y al mundo en el último minuto... y palidecen cuando, en el puerto de Nápoles, suben a la cubierta del barco de los emigrantes, porque ése es el último instante en que aún ven algo de verdad... ¿Qué? ¿Europa? Pero ¿qué significa el concepto geográfico de Europa para un leñador lituano, un oficinista polaco o un jornalero húngaro? ¿Europa? ¿Qué había visto de Europa cuando realmente vivía en Europa, cuando era jornalero u oficinista en un pueblo o en una pequeña ciudad europea? ¿Y qué conoció más tarde, al huir de su

país cuando llegaron los nazis o los bolcheviques, o cuando ya no podía ganar lo suficiente para vivir, o cuando no soportaba que a su alrededor desapareciera todo lo que amaba y respetaba?... ¿Qué había visto de Europa desde la ventanilla de un vagón de tercera clase, al contemplar países que no lo acogían, o a través de las alambradas de los campos de refugiados? ¿Qué veía? ¿Qué había de Europa en una gorra de policía, en una metralleta, en unas huellas dactilares, en un documento de identidad?... Y, sin embargo, esa gente palidecía al tener que marcharse. Fuimos varias veces al puerto, los mirábamos y un día nos dimos cuenta de que nosotros también éramos así... como tantos otros, por toda Europa, millones y millones... Palidecían porque dejaban un lugar donde habían perdido todo cuanto tenían, y a veces también a sus seres queridos... Y la mayoría de ellos no conocía la literatura europea, no había visto las grandes pinacotecas, las maravillosas iglesias europeas; la mayoría no había visto nada de lo que Europa tiene de bello... Y, sin embargo, palidecían. Parece que no se puede nacer impunemente en Europa... Y, aunque esa Europa se hubiera transformado en las últimas décadas en campos de batalla y campos de concentración, aunque estuviera el telón de acero, aunque por todas partes hubieran ido surgiendo en Europa nuevas policías secretas, una tras otra —ayer la Gestapo, hoy la GPU soviética, pasado mañana Dios sabe cuál más—, todo aquel horror, la desconfianza, la indiferencia de los Estados pequeños y grandes, los disparates oficiales, nada de eso cambiaba el hecho de que leñadores lituanos o jornaleros húngaros miraran pálidos a su alrededor, en la cubierta de un barco, en Nápoles, cuando tenían que marcharse de allí, de un lugar donde se lo habían arrebatado todo...

Parece que, a pesar de todo, quien ha nacido aquí ha recibido algo. Él decía que era muy difícil explicar qué significa en realidad, hoy, pensar que uno es europeo, que ha nacido en Europa... Muchos mentían, también a sí mismos. Él decía que ser europeo equivalía a ser cómplice. Pero no aclaró de qué... Más tarde murió sin haberlo dicho.

5

El sacerdote se frotó las manos: tenía frío. La iglesia estaba vacía. Una bomba había hundido parte del techo. La diócesis no tenía dinero suficiente para reparar los daños. Del techo destrozado sobresalían tablones arrancados, y por el boquete se veía un jirón de cielo. Era de un azul oscuro, como el mar de la bahía. Pero de aquel cielo azul emanaba un frío semejante a la indiferencia que desprende la mirada de un hombre de ojos claros.

El altar mayor estaba cubierto por una gruesa capa de escombros, cascotes y polvo caídos del techo. El edificio ya no parecía una iglesia: ya nada recordaba en él su carácter divino. Todo evocaba, en cambio, la destrucción. Después de la guerra no habían vuelto a consagrar el altar mayor, sino sólo uno de los altares laterales, para que el sacerdote pudiera decir la misa de la mañana.

La mujer callaba. Se sonó la nariz. Hurgó en el bolso como si buscara el pintalabios o la polvera. Pero luego, turbada, cerró el bolso y suspiró. Después reanudó el relato con voz quebrada.

6

—No sé exactamente cuándo me di cuenta de que aquello había empezado... Sólo sé que un día lo noté. Pero puede que lo supiera ya antes. Estas cosas no empiezan sin más, como si alguien tocara el timbre y entrara. ¿El qué?... Pues aquello. Cuesta explicarlo, padre. Pero lo intentaré. Más tarde, él me contó que una vez en el tren, camino de Roma a Nápoles, había comprendido que no quedaba otra solución. Pero yo nunca lo creí. No es seguro que empezara en el tren... ya sabe, allí, cuando, a la altura de Formia, el tren sale del túnel y el mar aparece ante uno... Él calculaba que había empezado allí. Quizá fuera antes, pero él no lo había comprendido aún. ¿El qué? Pues aquello... Ya le digo, padre, cuesta explicarlo, pero he venido a hacerlo. En la policía no puedo hablar de ello, porque creerían que estoy representando una comedia o mintiendo... Yo sólo puedo decir que un día dejamos de discutir sobre si era posible o no. Ya sólo hablábamos de hasta qué punto podía realizarse. Y de si le correspondía a él hacerlo. Y de si había algún indicio visible, tangible o sólo estábamos fantaseando al creer que existen señales así... Esa transición se produjo de repente. Primero él habló nervioso de todo aquello, sin darle mucha importancia, como queriendo librarse de una idea fija, de una idea recurrente, de una melodía que se le había metido en la cabeza por

el camino y que ahora no lo dejaba tranquilo, que le estorbaba al pensar... Hay jirones de melodías, recuerdos de palabras, que de pronto surgen en la mente y luego ya no hay forma de ahuyentar... Habló así de la posibilidad, molesto y sin darle mucha importancia. Y, mientras, sonreía con cierta ironía, como quien se ríe de sí mismo, de una idea absurda... Pero entonces yo ya vivía muy cerca de él. No sólo de ese modo... también de otro. Ya no éramos jóvenes. Y los años, la condición de extranjeros, de apátridas, me había acercado a él... Durante mucho tiempo creí que en aquellos años él también estaba igual de cerca de mí. Pensé que habíamos partido al mismo tiempo el uno hacia el otro, porque ya no había otro destino, no había pretexto para ir en otra dirección... Australia y América no eran destinos, sino continentes... Pero él, para mí, en aquellos años, era un destino. Tenía que llegar hasta él, igual que quien ha decidido volver a casa cruzando alambradas y países extranjeros, sin temor. Así trataba de acercarme a él. Y pensaba que él también se acercaba a mí y que nos encontraríamos a medio camino... Pero de pronto comprendí que en aquellos años él no se había estado acercando a mí, que yo no era el destino de su viaje... Comprendí que había encontrado otro destino para sí y avanzaba en esa dirección, alejándose de mí... Entonces me sentí verdaderamente sola... Comprendí que pensaba alejarse de mí, alejarse de todo y de todos, igual que se había alejado de su patria y de su profesión, porque quería salvar al mundo... ¿Qué dice, padre? Sí, lo ha entendido bien. Le digo lo que pienso. ¿Que si quería salvar al mundo? Sí, lo ha entendido usted bien. ¿Por qué? Padre, ¿cómo iba a saberlo yo? ¿Por qué quiere alguien salvar al mundo? Mire lo que hay en esta iglesia... Disculpe. ¿Quién puede responder a la pregunta de por qué

un día alguien quiere salvar al mundo? Y le trae sin cuidado que su familia, sus amigos, su médico, las autoridades, todos, lo consideren un pobre loco por decirlo... Ya ha habido casos. Repito, disculpe. Lo curioso fue más bien que, desde ese momento, el plan no me pareció ni extraño ni imposible... Que quisiera salvar al mundo no me pareció más imposible que si hubiera dicho que se iba al Tíbet a escalar el pico más alto del Himalaya o a emprender una empresa parecida... Porque hay personas a cuyo alrededor nada parece imposible. Ahora comprendo que él también era alguien así... Probablemente es algo que comprende toda mujer cuando vive cerca de esa clase de hombres. Un músico o un poeta... Hay personas que se ocupan profesionalmente de lo imposible... Y, en aquellos meses, vivir con un redentor no me pareció más sorprendente de lo que puede parecerle a una mujer vivir con un artista... Pero luego llega un día en que hay que realizar lo imposible... Hay que pintar el Juicio Final en la Capilla Sixtina o algo por el estilo... Eso es tan imposible para miles y miles de millones de personas como salvar al mundo... Y, sin embargo, a veces aparece alguien que hace realidad lo imposible... Tal vez pueda decirlo. Lo comprendí enseguida, desde el primer instante. Que no bromeaba. Que no estaba loco. En la comisaría seguro que no lo entienden... Pero aquí, en esta iglesia, usted, padre, en el confesionario, tal vez sí... ¿Dónde van a entenderlo, si no aquí? ¿Y quién va a entenderlo, si no usted?... Yo lo comprendí enseguida. ¿Cómo fueron aquellos primeros tiempos? Ahora, cuando los recuerdo, nos veo a él y a mí como dos personas que por fin hubieran conseguido serenarse. Como cuando, después de un largo vagar y de muchos tanteos, uno comprende cuál es su destino... Su destino consistía en emprender

algo que no tiene nombre ni género, algo que los médicos llaman locura; la policía, tentativa peligrosa; y la mayoría de la gente, fantasía, tal vez comedia, autoengaño o fraude puro... Y lo que los curas y la Iglesia llaman herejía... Ése era su cometido. Y los dos lo comprendimos. Por eso estábamos tranquilos. Yo sabía que no estaba loco. Me lo explicó con tanta calma como si hablara de los planes de un trabajo para el que se necesita lápiz y compás, luego actas y quizá alguna autorización oficial... Imagine a dos personas que ya no poseen nada. Y ya no creo que la gente pueda ayudarse de otro modo. Ya no creo que ellos dos pudieran ayudarse de otra forma. Sólo quedaba una posibilidad, para ellos y para la humanidad: la salvación. Cuando uno lo comprende, sucede algo que da miedo. Tal vez uno suelta un grito, se tapa la boca horrorizado, como cuando dice o hace algo definitivo, irrevocable. O guarda silencio y se calma. Él calló al decirlo y siguió tranquilo. Permaneció extrañamente tranquilo todo el tiempo... hasta el último instante... hasta que me dejó para no volver nunca más. Yo también estaba tranquila. Pero al mismo tiempo me sentía muy triste, porque comprendía que ya no podía retenerlo ante algo más fuerte que cualquier cosa que yo pudiera ofrecerle. O que cualquier cosa que aún pudiera ofrecerle el mundo. Parece que a un hombre que emprende la redención del mundo ya no se le puede dar nada. Pueden encerrarlo en un manicomio. O sentarse frente a él, al otro lado de la mesa, cenar y hablar de cosas triviales. Aquellos a quienes les sucede algo así pasan sin transición, con su cuerpo, su conciencia y sus inclinaciones, a otra dimensión. Como si hubieran viajado a alguna parte de donde no hay camino de regreso. Y adonde la gente no puede seguirlos con preguntas racionales,

irónicas o titubeantes... A partir del momento en que dijo que quería salvar al mundo, yo ya no dudé. Más bien observé lo que le sucedía a él y a su alrededor. Como en un experimento físico o tal vez químico... Como cuando alguien, con fines experimentales, toma un medicamento o un veneno. O se expone voluntariamente, con fines científicos, a los efectos de una radiación peligrosa. Y, entretanto, mientras dura el experimento, va dictando en voz baja a su compañero, al observador, lo que siente, los efectos que tienen el veneno o la radiación, los cambios que nota o experimenta en sí mismo y en el mundo. Así observábamos las cosas. Puede que en esta iglesia sea pecado lo que digo. Pero debo decir la verdad. Por eso, padre, le digo que yo nunca dudé de lo que él quería hacer... Sólo observé con atención si era lo bastante fuerte para salvar al mundo. ¿Puedo seguir, padre?

7

El sacerdote no contestó. Inclinó el torso hacia delante y se quedó inmóvil. Se cubrió los ojos con las manos. La mujer esperó un rato. Al no obtener respuesta, prosiguió en un tono tranquilo, conversacional:

—Todo sucedió de repente, de un día para otro. La gente de aquí es singular. No se entusiasmaban. Un día empezaron a llamar a la puerta o a detenerse en la calle; sonreían, extendían la mano para tocarle el brazo o el abrigo. O se presentaban por la tarde, a primera hora de la mañana, o ya de noche, a cualquier hora, sin previo aviso, sin decir quiénes eran... Se sentaban, recobraban el aliento, gesticulaban y, con voz quejumbrosa y una verborrea atropellada, contaban algún problema personal, alguna queja. Luego esperaban la respuesta. Y sonreían. A veces lo hacían con un aire burlón. Como quien conoce desde hace mucho la naturaleza humana. Y también a los santos, las religiones y todo lo que los hombres han construido, llenos de esperanza sobre sus vínculos con lo sobrenatural. Entre ellos había reincidentes, personas que frecuentaban a los hombres en olor de santidad como los neuróticos frecuentan a los charlatanes. Había una anciana viuda y adinerada que ya había ido a ver al doctor Moscati y luego al Padre Pío, cerca de Foggia, y hablaba de aquellas visitas con aire de experta, como un

hipocondríaco habla, desilusionado, de médicos famosos. Contó que el Padre Pío no había querido recibirla. Había tenido que esperar tres días en un hotel de la ciudad vecina hasta que había conseguido que la admitiera en su presencia. Se quejaba del hotel, del mal trato y de lo dura que era la cama. Contó que, cuando por fin había llegado ante el Padre Pío, se había echado a temblar, porque éste la había reprendido y la había echado de allí, diciéndole que era una criatura vanidosa y nerviosa, que él no tenía nada que ver con ella, que se volviera a casa y procurara vivir de una manera decorosa y sana. Contó que el Padre Pío llevaba mitones, porque tenía estigmas, y que durante la misa levitaba ante el altar, elevándose casi medio metro, aunque eso último nadie lo había visto. Aquella mujer no era tonta en absoluto. Dijo que el Padre Pío tenía sesenta años, que probablemente era tuberculoso; un hombre de origen campesino, inteligente y fuerte, que veía con agudeza las mentiras humanas, que era poco afable y no creía en los hombres. Moscati era distinto, según nos contó. Moscati era mucho más apacible: un científico, un médico que quería curar, curar con amor y con medicamentos. «Bueno, y ahora aquí están ustedes», dijo la viuda sin transición. Estábamos sentados en la sala. Lo dijo con la mayor naturalidad del mundo, como si hablara de una actividad regulada por las autoridades y para la que se expidiera una licencia. Vestida a la antigua, con la sombrilla en la mano, estaba sentada en el sofá de terciopelo; charlaba con soltura y hacía sus preguntas. ¿Sabe, padre, qué fue lo más curioso? Que la situación no nos pareció nada fuera de lo común. Lo mismo que nuestros visitantes tampoco veían nada extraño en presentarse de pronto en nuestra casa, porque se había corrido la voz de que... Pero ¿qué querían? ¿Qué esperaban? Lo

curioso era también que nunca pedían nada. A veces se quejaban, se lamentaban, gemían con larguísimos «*eh!*», pero al final se iban sin pedir nada. Algunos iban sólo por curiosidad, eso era evidente. Como quien no quiere dejar escapar una ocasión tan a la mano. Otros eran desconfiados y críticos: nos escudriñaban con mirada atenta, hacían preguntas insidiosas, guiñaban los ojos, mascullaban, ponían las cosas en duda. Se comportaban como esos peritos que, después de haber visto ya muchos fenómenos humanos extraordinarios, están convencidos de que nadie puede engañarlos porque saben distinguir y valorar las cosas con la máxima precisión... Todo aquello resultaba indeciblemente ridículo y divertido... aunque, de algún modo, no lo era. Porque tanto los curiosos como los mirones, tanto los ingenuos que emergían de un sufrimiento generalizado y arrastraban ese sufrimiento como una sombra oscura, como los parlanchines que cacareaban sin escrúpulos, aseguraban que «sólo se iban a quedar un instante», que «pasaban por allí» y se les había ocurrido entrar a mirar... Durante aquellas visitas había de todo: unos venían a ver un espectáculo de feria, algo insólito y de aficionados; otros, por superstición... Y lo curioso era que no había forma de evitar a esos visitantes. Iban a nuestra casa como quien ejerce un derecho, porque corría el rumor de que allí vivía temporalmente un hombre que no pedía dinero y que tal vez podía ayudar... ¿Cuándo se corrió la voz? ¿Quién habló de ello por primera vez? No sabría decirlo. Ese cura viejo, de mirada incisiva, que vive arriba, en Villa Ricciardi y que, por las tardes, pasea muy serio, con su sombrero de ala ancha, por el camino bordeado de pinos que conduce al llamado jardín de Virgilio, también debió de haber oído algo, porque cuando nos

cruzábamos con él en nuestros paseos siempre nos miraba sombrío y hostil. Nos observaba como puede observar un médico titulado, serio y en activo, a un curandero que aparece de pronto, que llega del extranjero y tiene fama de sacar muelas con dos dedos y sin dolor, y la gente hace cola para verlo porque cobra barato, incluso trabaja gratis... Otros miraban con curiosidad. Pero en el comportamiento de la gente de la zona, de Posillipo y de Marechiaro, había un acuerdo tácito, una conciencia general. Un día, inesperadamente, con una simple mirada, con un leve guiño, nos dieron a entender que ellos también estaban al tanto. Eso era lo más chocante. Esa naturalidad. La gente de los alrededores considera lo sobrenatural como algo cotidiano... Los desconfiados eran interesantes. Llegaban sin invitación, igual que los creyentes. A veces mostraban mucho descaro. Iban sonrientes y afables, con algún pretexto, hablaban de otra cosa y, mientras tanto, observaban. Luego, sin más, giraban sobre los talones con un gesto de desprecio. Salían y, desde el umbral, mascullaban: «*eh!*»; y con un solo gesto daban a entender que ellos estaban versados en esos asuntos y que no se les podía engañar. Todo aquello resultaba gracioso y al mismo tiempo daba miedo. Más allá de la inmensa naturalidad que caracterizaba a la gente del lugar, había algo imposible que despertaba ansiedad y parecía agorero. ¿Cuándo se había corrido la noticia de que quizá él...? Él nunca había hablado de aquello con nadie de los alrededores... Conocía a un franciscano; tal vez con él sí lo hubiera tratado alguna vez... No estoy segura... Pero aquel fraile guardaba silencio. No, la noticia se propagó por sí sola. Estas cosas arden en las almas como fuegos fatuos. Luego, una tarde, le pregunté...

8

La mujer hizo una larga pausa. El sacerdote respiraba suave y rítmicamente, como si se hubiera adormilado. Ante la iglesia pasó un hombre con un organillo, y su melodía ronca y melosa se filtró a través de la cortina de la puerta. La mujer esperó a que la música cesara. Se cubrió el rostro con las manos y continuó:

—Una noche, después de cenar, estábamos sentados en la terraza. Le dije que ya no lo soportaba más. Que nos habíamos metido en algo tan enmarañado como la locura. Que hiciéramos algo. Que redimiera al mundo y, dentro de él, también me redimiera a mí y se redimiera a sí mismo. O que nos fuéramos: él a Australia, yo a América. Si la locura pasa a ser un estado cotidiano, hay que actuar. Por aquel entonces yo estaba leyendo un libro. El autor hablaba con un hombre que había padecido esquizofrenia y acababa de curarse. O al menos eso era lo que creían los médicos y él mismo... El escritor le preguntaba qué recuerdo conservaba de la locura y el paciente respondía que era como estar siempre ante una puerta cerrada, pero sin saber nunca, en ningún momento, a qué lado de la puerta se encontraba... Nosotros vivíamos así. Nunca, en ningún momento, sabía a qué lado de la puerta estaba... Porque en aquella época había una puerta cerrada entre él y yo, entre nosotros y el mundo. Esa puerta era el presente, la realidad cotidiana en la

que vivíamos. A un lado de la puerta estaba el pasado. Y al otro, el futuro. Y ya nunca sabíamos en qué lado vivíamos. Si orientados hacia el pasado, hacia los recuerdos, hacia la personalidad que habíamos sido, o hacia el futuro, hacia aquella extraña falta de personalidad que era nuestro destino en un mundo masificado, estuviéramos donde estuviéramos... No lo interprete mal, no sentíamos nostalgia por la patria. Los nazis y los comunistas nos habían curado de todo tipo de nostalgia. Cuando pensaba en mi patria, ya no añoraba volver... sólo pensaba en esa posibilidad como cuando uno piensa que algún día tendría que volver a su ciudad natal para adecentar las tumbas en el cementerio. Allí la vida continuaba sin nosotros, y eso era natural, porque cuando alguien deja su patria como la dejó él... sin una causa exterior, directa y forzosa, simplemente porque no podía seguir viendo el fraude y la maldad con que los regímenes inhumanos, violentos, destruían todo aquello a lo que uno se sentía ligado, para luego destruirse también a sí mismos y a todos los que se habían aliado con ellos por codicia, crueldad, estupidez o buena fe, por sueños utópicos y falta de orientación... cuando alguien se va porque teme cansarse de protestar por dentro y de callar, y teme que un día lo obliguen a decir algo en lo que no cree... las personas que se marchan así de su país no sienten nostalgia. Ése era el otro mundo, y estaba al otro lado de la puerta... pero ¿a qué lado? ¿En el lado donde estábamos nosotros?... Contestó pausadamente. Me dijo que lo que yo llamaba «puerta» no era una idea fija, sino nuestro destino. Que lo que nos había pasado era que nuestro destino se había acelerado hasta convertirse en fatalidad. En tiempos de paz, el destino es tan lento como la vida sana y feliz. Pero nuestro tiempo no es un tiempo de

paz, sino el tiempo de un destino impulsado por la energía atómica, un tiempo fatal. Y nosotros estamos ante la fatalidad cada día, a cada instante. Un loco percibe la fatalidad como una idea fija. «Pero nosotros no estamos locos», dijo, «sino que somos seres humanos que han tomado conciencia de la fatalidad, del destino humano transformado en fatalidad...». En tiempos felices, el destino envuelve al hombre como una atmósfera. Pero nosotros vivimos en otro tiempo y cargábamos constantemente, en nuestro fatal peregrinaje, con un destino minúsculo, un destino que puede empaquetarse en una maleta de mano... Me contó que poco antes, en Roma, había hablado con un físico entendido en la teoría de las explosiones atómicas, y que aquel científico le había expuesto la hipótesis de que las nuevas bombas, la atómica y luego las de hidrógeno, ya no eran capaces de abrasar sólo ciudades aisladas, sino regiones enteras en un radio de cientos de kilómetros, o incluso más, en una fracción de segundo y a cien millones de grados... Esas nuevas bombas también son portátiles, no ocupan demasiado, son como una caja... Incluso se pueden sacar de contrabando dentro de una maleta; los propios norteamericanos han advertido oficialmente a la opinión pública sobre esa posibilidad... «Así de portátil es ahora la fatalidad técnica», dijo. «Y así es también el destino humano. Vivimos ahora, condensada en una fracción de la vida, toda la fatalidad humana. Ése es el instante que yo percibo como una puerta cerrada, sin saber a qué lado de la puerta estoy...» Eso dijo. «Pero no soy sólo yo quien tiene esa impresión, sino la humanidad entera. Y no sólo por el peligro. También ha sucedido algo dentro del hombre», dijo. «Los grandes descubrimientos científicos que han cambiado el mundo siempre produjeron en la gente impresiones parecidas, y después los

hombres respondieron a esas impresiones con revoluciones, nuevos sistemas sociales y nuevas religiones.» Él pensaba que el peligro era ya tan grave que no se podía responder con nuevos sistemas, sino sólo con la salvación. «Si no se logra la salvación», dijo, «estamos perdidos». La luna brillaba, aunque, hacia Ischia, el cielo estaba nublado. Fue la primera vez que mencionó que la salvación exigía el sacrificio de uno mismo. No lo entendí enseguida. Estaba agotada. Teníamos los visados, Australia, América; luego estábamos él y yo... y en alguna parte había otra cosa que podía ser una especie de locura o quizá una última solución. Los dos comprendimos que había llegado el momento de decidir. O nos íbamos los dos por el camino que nos marcaban las fuerzas del mundo, o seguíamos juntos... pero, en ese caso, antes tenía que suceder algo. Había que decidirse. Ya amanecía cuando me pidió que hiciéramos un viaje de un día a Asís.

9

—Él nunca había estado en Asís —continuó la mujer—. Y yo tampoco. Me dijo que nunca se había atrevido a ir. Siempre había temido aquel viaje y lo había ido aplazando. Salimos por la tarde, viajamos en tercera clase, en el rápido de Florencia. En la primera estación después de Roma tuvimos que hacer transbordo a un tren local. El pequeño tren avanzaba por vías sinuosas, al pie de las colinas de Umbría, rumbo a Asís. En el compartimento viajaban dos monjas, un joven napolitano gordo y una chica muy maquillada. El mozalbete napolitano quería entretener a la chica y avergonzar a las monjas con comentarios picantes... Me acuerdo de cada palabra, de cada rostro, de cada minucia que vi por el camino, entre Roma y Asís... Él, sentado en un rincón del compartimento, pálido y atento, también observaba. Viajábamos y sentíamos que se trataba de la última oportunidad. Si entonces no ocurría algo, en nuestro interior y alrededor nuestro, no habría ningún milagro, y todo seguiría sucediendo mecánicamente: Australia, América u otra cosa... Y, para nosotros, igual que para toda la humanidad, se convertiría en realidad el hecho de que los milagros no existen. Así nos sentíamos. Eso era lo que creíamos. En una época en la que el individuo ya no tiene poder sobre su destino personal, es muy difícil, tal vez imposible, vivir sin la esperanza del milagro. Por eso él quería que

viajáramos a Asís. ¿Qué quería ver en realidad?... El lugar. Tocar las piedras donde había sucedido algo que la gente más adelante iba a considerar un milagro. Las monjas permanecían inmóviles junto a la ventanilla del compartimento. No rezaban, no hablaban; miraban fijamente al frente. A veces asomaba un monasterio en lo alto de las colinas. El napolitano dijo en voz alta, para que lo oyeran las monjas:

»—Fíjese bien. Los monasterios siempre se construyen en los sitios más bellos. Y el pueblo sigue subiéndoles el agua en cubos.

»La monja de más edad intervino con cortesía y seriedad:

»—No es verdad —aseguró—. El agua la subimos nosotras, las hermanas.

»La joven maquillada se avergonzó de la desfachatez del muchacho.

»—No le haga caso, hermana —dijo señalándolo—. Sólo habla por hablar. En secreto está rezando.

»El mozo empezó a morderse las uñas, avergonzado.

»—No basta con rezar en secreto —dijo con calma y sencillez la monja.

»Después de esto nadie volvió a hablar. Llegamos a Asís. El letrero de la estación era distinto al de las otras estaciones italianas: el nombre de la ciudad figuraba con pomposas letras arcaicas. Subimos a la ciudad en autobús. La cumbre del monte Subasio estaba nevada y brillaba, blanca. Lo recuerdo todo desde el mismo instante en que bajamos del tren en Asís. Y recordaré cada instante de aquellas veinticuatro horas mientras viva. Incluso cuando no ocurría nada... Aunque que no suceda nada en Asís es imposible. Porque allí está continuamente pasando algo... Hay otra clase de acontecimientos,

además de los que la gente suele considerar como tales... La tensión que emanaba del paisaje, de las piedras de las casas, rodeaba a la gente como un acontecimiento. Un autobús nos llevó arriba, a la ciudad. Abajo, en el valle, ya estaban encendiendo las luces; las ventanas de la Porciúncula brillaban, se disponían a rezar las vísperas... En el hotel aún tenían la calefacción encendida. La ventana llevaba mosquitera. Entré en la habitación, salí al balcón, observé el valle. En la luz crepuscular se veía a gran distancia, hasta Perugia... En ese momento sentí algo por lo que tal vez merecía la pena vivir. Un aturdimiento, un arrebato, luego una alegría como nunca antes... Como le he dicho, ya no éramos jóvenes. Pero lo que nos sucedió en ese momento fue como una luna de miel incorpórea. No sabía, ni me atrevía a esperar, que existiera algo así en el mundo. Siempre hay un momento en que todo es distinto de lo que esperan los instintos, el cuerpo... y el placer incorpóreo es tan denso, tan embriagador como el otro. Quizá por eso debía ir con él a Asís... y por eso había tenido que vivir antes todo aquel saber doloroso que llenaba mi vida anterior... En aquel balcón de Asís me sentí como quien está en viaje de novios. Una sensación de «por fin solos», como la que sienten los recién casados cuando, tras burdas ceremonias, antecedentes indiscretos, chabacanos y artificiales, por fin se quedan solos con sus cuerpos... Nosotros también nos quedamos solos, pero nuestros cuerpos sólo eran testigos presenciales. La tensión que emanaba del paisaje era como la radioactividad. Él estaba a mi lado en el balcón, observando el paisaje, observando Perugia. Era natural que ambos pensáramos lo mismo. Para entonces siempre pensábamos lo mismo. Dijo que los átomos de carbono radiactivo emiten radiación durante seis mil

años. Pero un hombre era capaz de irradiar una radiación más potente y duradera. La radioactividad emanada del cuerpo de san Francisco, de los muros de las casas, de las piedras de las cercas de los huertos, de todo lo que un día había tocado y vuelto radiactivo con la fuerza de su alma, aún duraría mucho... «Eso es lo que sentimos aquí», dijo. «Y san Francisco seguirá irradiando durante mucho tiempo. Ahora hay un gran malentendido en torno a san Francisco, porque los comunistas esperan poder hacer de él un compañero de viaje. Pero san Francisco no se deja arrastrar.» Oscureció. Seguíamos en el balcón, pero no estábamos solos. En Asís uno nunca está solo. Él contemplaba el paisaje. Y dijo que era difícil contestar a la pregunta que le ronda a todo el mundo en un lugar así: si fue san Francisco quien hizo de la ciudad lo que ahora es o si siempre había habido allí algo de lo que surgió san Francisco... Bajamos al restaurante. Dos mesas estaban ocupadas: en una se sentaba una pareja en viaje de novios; en la otra, un profesor universitario alemán que lo reconoció y vino a sentarse con nosotros. Durante la cena, el profesor alemán nos habló de Asís en tono de experto. Aún resplandecían los colores de los frescos de Giotto, estaban intactos, nos explicó. Pero a los Cimabue ya los había ultrajado el tiempo, la humedad y el moho. Pidió queso y mencionó en tono crítico que había estado en la cripta, en la tumba del santo, y que los frailes iluminaban el mohoso féretro de piedra con una luz verde demasiado teatral, casi cinematográfica. Así lo dijo. Los recién casados bebían vino y lo escuchaban, desconcertados. Eran unos recién casados de otra clase, que tal vez habían ido a Asís porque habían oído que los hoteles eran baratos... De pronto, él se despidió del alemán. Parecía nervioso. Salimos a la

oscura noche. Me tomó del brazo y caminamos lentamente entre las casas. Me sentía tan feliz como nunca antes. Cada piedra, cada ventana irradiaba una singular tensión. Caminamos por las calles adoquinadas, empinadas y frescas, mientras él hablaba en la oscuridad. Hablaba en voz baja, con espontaneidad, de nuevo de buen humor. En una calle oscura de Asís dijo que san Francisco había sido un hombre de una fuerza erótica extraordinaria... ¿Me escucha, padre? ¿Puedo decirlo?... Erótica, sí; igual que la de santa Catalina de Siena. Como todos los grandes santos. El erotismo que llenaba el cuerpo y el alma de san Francisco y santa Clara era gracia y fuerza. Un erotismo que no se refugia en los límites del cuerpo, sino que se proyecta al mundo y mueve montañas. Hay que equivocarse mucho y sufrir mucho para llegar a apartar el erotismo del cuerpo y convertirlo en una fuerza que se proyecte al mundo. Estábamos ante la iglesia de Santa Clara. Brillaba la luna. Dijo que aquél había sido el amor más arrebatado que había conocido Occidente... san Francisco y santa Clara. Se arrancaron el uno al otro, encarnizadamente, el papel social, el rango, el patrimonio, la ropa y, por último, también el cuerpo. Y todo fue poco. Se despojaron de todo. Estábamos en la plaza, ante la iglesia de Santa Clara. Las aves nocturnas revoloteaban inquietas alrededor de la iglesia; sus plumas brillaban a la luz de la luna. Dijo que santa Clara también había tenido una fuerza extraordinaria. Más que la otra mujer, la dama de Perugia, *frère* Jacqueline, a cuya casa iba san Francisco a descansar cuando ya no soportaba el amor y los tormentos que lo habían llevado a la santidad. La dama de Perugia alimentaba a san Francisco con almendras cocidas en leche... Pero santa Clara no tenía a nadie a quien huir. A veces se encontraba con

san Francisco, en presencia de testigos, formalmente. Vivía allí, entre aquellas piedras... «Era una mujer extraordinariamente fuerte», dijo con reconocimiento. «Comprendió que aquel amor sólo podía realizarse si ella, Clara Scifi, se transformaba en santa Clara. Todo lo demás era vano. Al principio creyó que aquí, en Asís, se había encontrado con el joven Bernardone, pero luego comprendió que se trataba de san Francisco. Y tuvo fuerza suficiente para vivir ese encuentro. Y tuvo fuerza suficiente para sobrevivir a san Francisco... Y también para abrazar la pobreza. Eso fue lo más fácil, porque contaba con un maestro maravilloso.»

»Dijo que san Francisco nunca fue pobre como un proletario. Su pobreza era infinitamente noble. Él, que muchas veces era impaciente, a veces injustamente exigente, un maestro desagradable y un compañero de viaje difícil, se mostró con santa Clara implacable, sí, pero siempre cortés. Le ofreció la pobreza como un gran caballero ofrece un raro regalo a una dama. Yo lo escuchaba, delante de la iglesia, en Asís. Decía lo que yo pensaba... Ya no tenía ideas mías, propias; pensaba al unísono con él. Como le digo, parecía un viaje de novios... un último viaje de novios, cuando ya no se puede ir más allá. Él hablaba y, entre aquellas piedras, en los lugares donde habían vivido las personas de quienes hablaba, sus palabras tenían el sello de lo auténtico. Habló de los estigmas, de que en realidad nadie había visto los de san Francisco, excepto santa Clara, en una sola ocasión, en el último instante, cuando se quedó a solas con san Francisco, ya muerto... Me explicó que el santo sufría de tracoma, contraído en Tierra Santa, adonde había ido en una misión diplomática, una misión enigmática durante la cual el pequeño fraile enfermo de tracoma se encontró ante un príncipe de

piel oscura, extranjero y hostil, y se comprendieron porque, en el fondo, los dos eran verdaderos señores. Y los verdaderos señores siempre se entienden, aunque sean enemigos. Sólo los zafios y los nuevos ricos ven como rival irreconciliable a todo el que no se parece a ellos... y lo mismo le ocurre al intelectual disminuido, al tullido del espíritu, al hombre sin fe. Esa clase de gente no entiende a los santos; cuando habla de ellos, exhibe una sonrisita de superioridad. No entienden que los grandes santos son siempre principescos. Y tampoco entienden que un santo nunca tiene patria, porque es extranjero en la Tierra...

»De eso hablaba aquella noche, ante la iglesia de Santa Clara, a la luz de la luna. Dos días antes de que regresáramos a Nápoles y llegara la última noche. Cuando me pidió que lo matara.

10

La mujer levantó la mirada. A través de la reja del confesionario escudriñó la penumbra.

—Padre, ¿se ha dormido? —preguntó.

El sacerdote se espabiló. Se sacó del bolsillo del hábito un tosco pañuelo campesino de colores y se sonó la nariz.

—No —respondió con amabilidad, en tono afable—. *Favorite*.

—¿Puedo contárselo todo? —preguntó la mujer.

La polvorienta iglesia se llenó de la pesada luz del mediodía que caía a través de los huecos del techo dañado. Las mutiladas estatuas brillaban en la luz: un san Antonio barato, de feria, junto al confesionario; un san Francisco Javier sin orejas, y una santa Catalina con una guirnalda de mimosas marchitas al cuello.

—Siga —añadió el sacerdote con indiferencia—. No estaba durmiendo.

Entrelazó las manos sobre la tripa y cerró los ojos. Respiraba suavemente.

11

—Pero aquella noche aún estábamos vivos —dijo la mujer sonriendo —. Y de buen humor. Según él, nos sentíamos tan incomprensible e irresistiblemente alegres porque allí, muy cerca de nosotros, estaba todo lo que san Francisco había legado al mundo. Porque respirábamos lo que había rodeado a san Francisco, tocábamos lo que él había tocado. No estábamos de juerga, no me entienda mal, padre... pero aquella noche estaba llena de buen humor, y nosotros dos también. Atravesamos la ciudad dormida y bajamos al valle muy contentos. Me dijo que la condición de la salvación era que quien se ofrecía al sacrificio aceptara ese sacrificio de buen humor. No aclaró a qué sacrificio se refería... Sólo más tarde lo comprendí... dos días después... al verlo muerto en la orilla, con los brazos abiertos y el rostro hundido en la arena húmeda de la playa. Aquella noche aún no comprendía qué era lo que llamaba «sacrificio». Tampoco se lo pregunté, porque me sentía contenta. Aquella noche aún era mía. Me dijo que san Francisco sabía dirigirse al mundo con tanta alegría que también las aves y los peces a los que hablaba se alegraban. Y también nosotros estábamos llenos de alegría. Madrugamos. Fuimos a ver la tumba y luego salimos hacia las montañas. Él quería verlo todo: los caminos, los senderos del monte por donde había pasado el santo, la piedra que le había servido de almohada en el bosque, el

último hábito que había llevado. Quería tocarlo todo. Aún tenía esperanza... Era un día fresco y seco. En la luz intensa, subimos y bajamos entre la ciudad y las colinas de alrededor. No se cansó... Iba de un lado a otro como un arqueólogo o un detective. Como si buscara alguna huella. Como si san Francisco hubiera dejado caer en el bosque una señal secreta dedicada personalmente a él... Y yendo y viniendo por Asís, como turistas curiosos, comprendí su inquietud... Allí estábamos, en el lugar justo. Allí había sucedido... ¿el qué? Lo que esperaba la gente. Un hombre de escasa estatura, de ojos enfermos, procedente de una familia adinerada de la ciudad... hoy diríamos que de buena familia burguesa... un día intentó lo imposible. ¿Lo consiguió?... Eso nos preguntábamos los dos. ¿Mejoró el mundo? ¿Se hizo más humano? ¿Más espiritual?... Él, muy serio, me dijo que sí. ¿Qué había hecho san Francisco?... Nada especial. Había escrito unos cuantos poemas. Había contado algunas parábolas. Se había dirigido a los hombres, también cuando estaban enfermos, cuando habían perdido la fe y la esperanza... pero eso era algo que ya se había hecho muchas veces antes entre los hombres. Había fundado una orden religiosa. Había dignificado la pobreza, esa maligna enfermedad humana... pero no la había superado, no había inventado ningún sistema social, no había anunciado revoluciones: tan sólo se había dirigido también a la pobreza, como se dirigía a todo y a todos, y ese monstruo, la pobreza, se había visto obligado a mostrar su verdadero rostro, a responderle... A eso del mediodía, cansados, nos sentamos en el borde de piedra de una fuente, en la calle que llevaba al hotel. Junto a la fuente había un laurel, y en el fondo del cuenco de mármol donde caía el agua que manaba del muro brillaban monedas de

cinco liras. Recuerdo bien ese detalle. Abrí el bolso y saqué una moneda para tirarla a la fuente. Pero él me agarró la mano. Me dijo que no la tirara, porque una vez que nos fuéramos ya nunca volveríamos a Italia. Que aún estábamos allí, pero pronto nos marcharíamos lejos... a Australia, a América o a quién sabe dónde... y no volveríamos jamás a Italia.

»Al oírselo decir se me encogió el corazón. "¿Por qué?", le pregunté. "¿Por qué no debemos volver nunca más a Italia?" Me respondió que, para nosotros, Italia no era un país que pudiéramos visitar como turistas, sino una emoción. Y una vez fuera de esa emoción, ya no se debía volver, porque uno ya no encontraría más que ciudades, piedras y personas. "Italia es un círculo de emociones, como el amor, el último gran regalo para los apátridas en este mundo", dijo. Y ya lo era también, incluso, para los italianos, porque muchos de ellos se estaban volviendo apátridas en su amada Italia...

»"Pues no nos vayamos", le dije. "Rompamos los visados. Hemos roto tantas cosas en la última década: documentos de ciudadanía, cartas que significaban y valían más que visados de países extranjeros... Rompamos todos esos papeles y quedémonos en Italia." Era demasiado, no pude dominarme, lloré y me reí al mismo tiempo. Luego callamos durante largo rato. Sólo oíamos el murmullo del agua, las frías gotas que corrían por los lados del cuenco de mármol. En Asís siempre reina el silencio. La mayoría de las veces sólo se oye el vuelo de las aves y las campanadas. Pero en ese momento también las aves y las campanas callaban. Y en ese momento el mundo también estaba lejos, padre... ¿me cree? El mundo enloquecido, con su traqueteo mecánico, las voces humanas de la radio, todo quedaba lejísimos. Pero Italia estaba muy cerca,

como un amor. No puedo explicarlo mejor. Entonces empecé a hablar yo. Ya era pleno día, brillaba el sol, y estábamos sentados junto a una fuente de piedra en Asís. Ya nada poseíamos, salvo nuestros dos visados. Y su idea fija: la salvación, la posibilidad del milagro... Le dije que tal vez eso era el milagro. Que era un milagro que siguiéramos vivos después de todo lo que nos había pasado, a nosotros y a tantos otros hombres... Estábamos vivos, y en Italia, donde todo nos gustaba. Le dije que nos quedáramos. En el peor de los casos, viviríamos de limosna. Tal vez las autoridades nos encerraran en un campo de refugiados por ser extranjeros apátridas... pero ese campo estaría en Italia. Y sobre el campo brillaría el mismo cielo azul que ahora veíamos allí, en Asís. Mendigaríamos, pero había tanta gente mendigando en Italia... nadie repararía en dos extranjeros más pidiendo limosna. Los ricos no nos darían nada, a nosotros, pobres mendigos extranjeros, pero los pobres nos ofrecerían siempre un plato de pasta, un par de pescaditos fritos, un vaso de vino. Podíamos confiar en los italianos pobres: ellos no nos abandonarían. Seguí argumentando... San Francisco también mendigaba, insistí; todos los franciscanos lo hacen hasta el día de hoy. Y estuviéramos donde estuviéramos en Italia, sobre nosotros brillaría el mismo sol, con sus rayos densos, abrasadores e implacables, ese sol que produce efectos parecidos a los de la morfina, que vuelve a uno lánguido y feliz... una morfina fría y ardiente, que hace que, cuando recibe ese opiáceo resplandeciente, el hombre esté sobrio y ebrio al mismo tiempo. Le recordé que había mucha gente viviendo así en los alrededores de Nápoles, en las islas, gente llegada del norte o de Oriente. En aquellos días había muerto en Capri Norman Douglas, el escritor

inglés, que había llegado para pasar tres días y se había quedado veinte años; y en Amalfi nos habían presentado a un húngaro, o un austriaco, que un día sencillamente se había olvidado de marcharse, porque no era capaz de renunciar a la embriaguez opiácea del sol meridional... "Tal vez eso sea el milagro", le dije. "Quedémonos en Italia; sí, tal vez eso sea el milagro."»

12

La mujer hizo una larga pausa. Se tapó los ojos con las manos. Luego continuó:

—Por la tarde volvimos a Nápoles. Pasamos por Roma; a eso de la medianoche llegamos a la estación de Mergellina, en Nápoles. Sobre la estación, entre rosales, a la luz de la luna, brillaba la tumba de Virgilio. El autobús nos subió a Posillipo; desde allí bajamos andando hacia el mar, a Marechiaro, al edificio donde teníamos alquilado el piso. En el tren guardamos silencio, y también durante el camino a casa. Ya no había de qué hablar... Yo estaba muy cansada. Ya sólo quería callar, fuera donde fuese... No quería más preguntas ni más respuestas. En el piso nos esperaban dos cartas. Una para él, de parte de la comisión de inmigración australiana, para que se presentara al día siguiente a las nueve en el campo de Bagnoli, porque habían olvidado vacunarlo contra el tifus, sin lo cual no podía poner el pie en el barco de emigrantes. La otra la enviaba el fraile franciscano. Era una invitación, para los dos, para que al día siguiente, a las nueve de la mañana, fuéramos a la catedral, a la sacristía, pues nos habían concedido permiso para ver de cerca el milagro... sí, el milagro de la sangre de san Genaro licuándose en el relicario. Él me dijo que no iría al campo ni dejaría que lo vacunaran contra el tifus. Nos levantamos temprano; a las nueve estábamos

ante la catedral. A la sacristía se entra por el edificio contiguo, a través del portal de una casa de vecinos. ¿Conoce usted esa entrada, padre?... Disculpe, no le comprendo... ¿Nunca ha estado en la catedral cuando tiene lugar el milagro?... Comprendo... Llegamos puntualmente. Para entrar en la sacristía hay que pasar por el portal de un edificio de viviendas común y corriente. Pero esa parte del edificio pertenece ya a la catedral: gótico angevino, bóvedas de crucería... Nos quitaron las entradas y nos indicaron que nos sentáramos en un banco junto a la ventana hasta que empezara. En la sacristía se alinean tres recintos con paredes revestidas de mármol policromo. Un día vaya a verla, padre, vale la pena. ¿Cómo dice?... ¿Que continúe mi relato? Sí, sigo. Había dormido poco, pero estaba muy atenta. Él también observaba todo, y se mantuvo callado. Nunca habíamos visto de cerca un milagro... quiero decir, cara a cara. Nunca habíamos visto cómo se preparaba un milagro... Y ahora estábamos aquí, en Nápoles, en un recinto de paredes de mármol, por donde entraban y salían toda clase de personas, eclesiásticos y laicos, con presteza, actividad, aires de importancia y competencia. Estaban preparando el milagro. Un lacayo vestido de librea azul y roja con botones dorados iba y venía por la sala ordenando lo necesario para el milagro sobre las mesas y los estantes... todo lo necesario... igual que el criado de una casa principesca que, con ocasión de una gran recepción, coloca en su sitio todo lo que pueden necesitar los ilustres invitados. Todos los protagonistas de la ceremonia se movían con familiaridad por los recintos de la sacristía. Un operario iba y venía. Llevaba una chaqueta de trabajo azul y una corbata de seda amarilla. Era el responsable de la escena; se movía como un tramoyista que, entre

bastidores, antes de que empiece la función, ajusta los cortinajes y coloca en su sitio la utilería y el decorado. Algunos diáconos ya se estaban revistiendo.

»Luego apareció un señor vestido de frac, el maestro de ceremonias de la catedral. Llevaba un frac perfectamente cortado, era ligeramente calvo, muy cortés, una especie de mayordomo celestial. Se movía con familiaridad, bromeaba con los sacerdotes que se estaban revistiendo, parecía un prestidigitador. Desapareció por unos segundos y, al volver, ya llevaba sobre la reluciente pechera una banda rojo sangre, una condecoración papal. Era el tesorero y el maestro de ceremonias de la catedral. A las nueve de la mañana, en la sacristía de la catedral, aquel hombre elegante, vestido de frac, constituía una presencia singular.

»Los que estábamos sentados en el banco junto a la ventana comprendimos que todos allí sabían cómo moverse y que se preparaba una especie de espectáculo... El hombre del frac se comportaba como un laico. Y los sacerdotes que se revestían ante hermosas mesas talladas llenas de casullas y cálices, ante los armarios, estaban todos de buen humor, como actores antes de una función de gala... En la sacristía no se notaba la tensión que precede al milagro... Aquellos hombres eran los profesionales del milagro, también los sacerdotes... No nos atrevimos a hablar, ni siquiera a susurrar entre nosotros. Nos limitamos a observar. Los sacerdotes, el hombre de frac, el lacayo de librea, el obrero de chaqueta azul, todos eran profesionales del milagro, hombres que ya lo habían visto a menudo, pues en Nápoles ese milagro se repite dos veces al año, según calendario. Ya no se maravillaban, porque el milagro les resultaba familiar. Colocaban objetos y bromeaban. Era curioso, pero

de algún modo resultaba natural. Allí no había misterio barato en torno al milagro. Observamos atentos y comprendí que los seres humanos sólo pueden esperar y preparar el milagro sincera y verdaderamente de esa forma tan humana... De pronto, a través de una de las entradas laterales, apareció inesperadamente un sacerdote gordo, pálido, con gafas, que llevaba el capelo con borlas de los cardenales. La sacristía se llenó de expectación. Todos, incluido el maestro de ceremonias de frac, besaron la mano del cardenal que se había presentado tan inesperadamente. Al alto prelado lo acompañaban unos *carabinieri* con uniforme de gala y también un sacerdote joven, tísico, de mirada febril, que tosía y seguía al cardenal con los ojos bajos, sin mirar a nadie; de vez en cuando se sacaba el breviario del bolsillo y leía. El joven sacerdote estaba visiblemente enfermo. Entonces entraron en la sacristía otros prelados italianos de alto rango, vestidos para la gran ocasión, y besaron la mano del cardenal. Por los susurros que llenaron la estancia supimos que el cardenal invitado no era italiano, sino canadiense; estaba de paso por Nápoles y había ido a presenciar el milagro en la catedral: la sangre de san Genaro licuándose. La visita constituía un gran honor y provocaba una gran expectación. El hombre de frac iba de un lado a otro, y los sacerdotes también estaban inquietos. Sólo permanecía tranquilo el joven sacerdote tísico, con el rostro encendido por la fiebre; el sacerdote que asistía y acompañaba en el viaje al cardenal canadiense. Estaba tranquilo, no miraba a nadie; más bien agachaba la cabeza, como si se sintiera avergonzado de algo. Se notaba que era un verdadero sacerdote. Pero el cardenal también estaba desorientado. Callaba, y a veces sonreía nerviosamente y se ajustaba las gafas.

»Llegó un obispo con vestiduras litúrgicas seguido de varios diáconos. Los prelados se saludaron ceremoniosamente. Entonces, el tesorero vestido de frac, con una llave larga, una especie de simbólica llave de san Pedro, abrió lenta y solemnemente una hermosa puerta de madera tallada encajada en el muro de mármol, y tras la puerta apareció una moderna caja fuerte de grueso acero. El hombre de frac abrió también aquella caja fuerte de acero. Y los sacerdotes, con movimientos lentos, colocaron ante el cardenal, sobre una larga mesa, los tesoros de la iglesia. Pusieron piezas innumerables sobre una mesa larga y baja. Mírelo un día, padre... Cálices con incrustaciones de diamantes, anillos, custodias resplandecientes de piedras preciosas. Los sacerdotes, los lugareños y los extranjeros observaron los tesoros con interés, aunque con cierta perplejidad.

»El cardenal estaba especialmente serio, casi triste... No sé por qué, pero el cardenal canadiense, bajito y regordete, parecía triste al contemplar los tesoros de la iglesia napolitana... Miraba como si no hubiera ido para eso. Como si quisiera ver otra cosa, pero por educación tuviera que comportarse como si aquellos tesoros le interesaran. De cuando en cuando tomaba en las manos alguna de las piezas más bellas, levantaba hacia la luz algún cáliz resplandeciente, decorado con diamantes y esmeraldas, trataba de comportarse como un entendido en un museo... y luego devolvía la pieza a la mesa con lentitud y sumo cuidado. Todos estaban turbados. El joven sacerdote tísico no miró los tesoros. Permanecía con la cabeza gacha entre los sacerdotes que contemplaban aquellas riquezas, leyendo el breviario, como si nada tuviera que ver con la escena. Sus labios se movían en silencio... Entonces uno de los

diáconos napolitanos escogió una mitra episcopal de oro y un suntuoso broche pectoral con incrustaciones de diamantes. Los sacerdotes hablaron en voz baja. Comprendimos que se trataba de los tesoros personales de san Genaro. La estatua que representa al santo lleva esa mitra y ese broche en los grandes días de fiesta, cuando la exhiben al pueblo en la capilla... Acto seguido pasamos a la capilla lateral. El busto que representa al santo en la catedral no está tan polvoriento ni tan ajado como este san Antonio o san Francisco que hay aquí... con todos mis respetos. Todo el busto es de oro y plata macizos. Entonces el hombre de frac y el diácono vistieron al santo. Le encajaron en la cabeza la mitra de piedras preciosas; le echaron sobre los hombros un manto espléndido, y le prendieron sobre el pecho de plata el broche cuajado de diamantes... Lo vestían con solemnidad y manos expertas; la escena recordaba a unos chamanes paganos vistiendo un ídolo. Pero al mismo tiempo era distinto, más teatral, más profesional. Se estaba preparando un milagro y ¿sabe qué fue lo que me sorprendió, padre?... Que yo no podía ni escandalizarme ni sentirme irritada. Procedían con tanta naturalidad, manejaban de un modo tan convincente aquella figura de oro y plata, preparaban con tal sencillez y tanta alegría lo necesario para el milagro, para lo sobrenatural, que yo no podía ni molestarme... Me quedé observando con la boca abierta, atenta a todo. Los miembros del alto clero formaban un semicírculo y también observaban. Y entre ellos estaba el cardenal canadiense, aquel turista excepcional, que de vez en cuando sacaba el pañuelo y tosía discretamente. Era evidente su confusión. Al fin y al cabo, era sacerdote; por oficio tenía que creer en el milagro que se preparaba en su presencia como un

prestidigitador prepara su número antes de la función. En realidad, sólo faltaban el conejo y la chistera... Y, sin embargo, ni por un instante resultaba dudoso ni comercial. Todos comprendimos que no podía ser de otra manera. El único que no se daba por vencido era el joven sacerdote tísico. Tenía manchas rojas en el rostro pálido; se notaba que estaba enfermo, que tenía fiebre. Rezaba con expresión sombría y la mirada baja... No había dejado de rezar ni por un instante, murmurando a media voz... como si aún no se resignara a que el milagro no pudiera ser otra cosa que aquello, a la vez mágico y maravilloso. Pero los demás, en torno al altar, ya se habían resignado. Así esperamos a que terminaran de vestir a san Genaro.

13

—¿Me escucha, padre? —preguntó la mujer—. ¿Usted no ha visto nunca el milagro?... ¿Vive aquí, en Nápoles, y no lo ha visto?... ¿No siente la necesidad de verlo? Entiendo. Pues no está de más verlo... Nosotros íbamos al final de la fila y nos detuvimos en silencio ante el santo, siguiendo al hombre de frac, a los miembros del alto clero, a los sacerdotes auxiliares y a los *carabinieri*. Había guirnaldas de luces por todas partes, y una luz cegadora llenaba la capilla; los *carabinieri*, con uniforme de gala y guantes blancos, se colocaron a ambos lados del altar. Entonces el obispo sacó la sangre de san Genaro de detrás del altar... Se custodia entre dos cristales, en el interior de un relicario de oro parecido a una custodia. La sangre está seca y coagulada, parece un trozo de resina o de pez... Un diácono iluminó con una vela el cristal de la reliquia y el obispo acercó el relicario a las gafas del cardenal miope, para demostrarle que no había ninguna trampa ni engaño, que la sangre estaba seca y coagulada... Todos los que veníamos de la sacristía nos arrodillamos en torno al altar de la capilla... Sólo entonces me atreví a mirar alrededor. Había una balaustrada finamente tallada que separaba el altar de los bancos de la capilla, y en los bancos se arrodillaban algunos feligreses, más que nada mujeres de edad. No eran muchos, porque Nápoles está habituada al milagro que se

repite periódicamente, y ya le resulta tedioso... Varias docenas de feligreses estaban arrodillados en los bancos, viejas avinagradas, pescaderas napolitanas, ancianos desdentados... Dicen que algunos son descendientes de la familia del santo. Pero no es seguro... Sólo una cosa lo es: que eran napolitanos desaliñados, de ojos brillantes; muchas mujeres, pocos hombres; todos testigos expertos y adiestrados en el milagro, auténticos *habitués*... Esperaban el milagro como si se tratara de una función de la *commedia dell'arte* en una feria. Pero también lo esperaban de otro modo: estaban bien preparados. En sus ojos brillaba un profundo conocimiento de causa. Así pues, estábamos de rodillas. Y entonces, inesperadamente, el coro de mujeres empezó a cantar. Como un coro griego del inframundo en un antiguo drama mistérico, iniciaron una letanía rítmica, quejumbrosa, impaciente, devota y apremiante... Al resonar esas voces, se inició algo. ¿Qué era?... ¿El milagro?... No lo sé, padre. Allí había de todo: circo, superstición, tradición, liturgia, magia, y además profesionalidad y negocio; pero también algo más... Aquel rumor. Aquel lamento. La forma en que aquellas viejas invocaban el milagro. Atendimos arrodillados. Y comprendimos que al milagro había que invocarlo. No bastaba con esperarlo cómodamente. El milagro no llegaba por correo, por encargo. Comprendimos que a veces el milagro se prepara con esa espectacularidad, como un número de feria, pero que lo esencial no es eso... Lo esencial es creer en el milagro e invocarlo... Pero ¿creer en qué? ¿En el abracadabra? ¿En la licuefacción de la sangre de san Genaro? No creo que hubiera una sola persona en la capilla que creyera en eso... Ni siquiera los sacerdotes creían en eso. Lo que sucedía allí no tenía lugar en éxtasis, sino fríamente, con teatralidad.

Pero también ocurrió otra cosa... En aquel espectáculo preparado con frialdad y con trucos de circo, de pronto, sin transición, nos arrojamos todos... todos los que estábamos en la capilla nos arrojamos a la posibilidad del milagro, incondicionalmente, como a un horno encendido... Es muy difícil de explicar. Usted, padre, es sacerdote, por eso no creo que lo comprenda... perdóneme, por favor. Puede que lo que en esos momentos pasara con la sangre coagulada no fuera un milagro... pero usted es sacerdote y debe creer que lo fue. Yo sólo puedo decir que el murmullo se intensificaba, los gritos quejumbrosos e invocadores eran cada vez más potentes, y ya no sólo gritaban las mujeres desdentadas, aquellas figurantes del milagro, sino también todos los que estábamos arrodillados en la capilla gritábamos por dentro. Me fijé en el rostro del sacerdote canadiense tísico. Miraba al suelo con los ojos vidriosos, y sus labios se movían en silencio. Miraba como quien cree en los milagros... como quien cree con tal fuerza que lo considera posible incluso allí, en medio de aquel abracadabra. Porque para el milagro no hay nada imposible... puede cumplirse incluso donde lo organizan y desean según calendario, varias veces al año, a modo de espectáculo turístico... puede haber milagros incluso allí, en la iglesia. Fue lo que sucedió en aquellos momentos... No me atreví a mirar al hombre que estaba arrodillado a mi lado. A veces yo ya creía conocer todos sus pensamientos... y lo que nos sucedía en aquella época ya no era un acontecimiento, sino destino, destino y fatalidad cada día y en cada instante... Vivíamos como quien enciende un cigarrillo con dinamita, encaminados a cada instante hacia lo fatal... Ese destino podía ser Australia o América, o el hogar que se había desintegrado y desaparecido a nuestras

espaldas, o el mundo, que ya resultaba tan extraño como el hogar... en todo ello estaba la fatalidad. El obispo, con el relicario en las manos, caminaba lentamente de un lado a otro ante el altar; mostraba en alto, con movimientos rítmicos, la porción de sangre coagulada, sellada entre las láminas de cristal con marco de oro, como si meciera a un inquietante recién nacido-fetiche. Un ayudante caminaba detrás de él e iluminaba al trasluz, con la llama de una vela, el relicario con la sangre seca y coagulada. El obispo movió lentamente la reliquia de derecha a izquierda, mostrando que la sangre aún no se había licuado... y luego, de pronto, sucedió algo distinto, algo diferente del fetiche engalanado, del coro de mujeres gimientes, de la sangre que por fin empezaba a licuarse en el interior del relicario y de los movimientos triunfales, pendulares y rítmicos con que el obispo movía de un lado a otro la urna de cristal llena de sangre ya líquida... algo diferente. Las mujeres que esperaban el milagro en la capilla estaban chillando y, luego, sin transición, se pusieron a vociferar y a aplaudir, porque el espectáculo había culminado... Pero más allá de todo eso, al mismo tiempo y con independencia de todo aquello, sucedió algo más... En nuestro interior, en el interior de los que estábamos arrodillados ante el altar mirando el cristal tras el cual se veía la sangre líquida. Algo sucedió en nuestro interior... algo real, más allá del escepticismo, la desconfianza y la superstición... La certeza de que no sólo existe lo que se puede probar. También existe lo que no se puede demostrar, lo que no hay forma de controlar... Y hay otra posibilidad aún. El obispo alzó con orgullo el relicario de oro; luego se lo acercó al cardenal arrodillado, y éste y todos los que estaban arrodillados ante el altar besaron el cristal redondo. El único que no lo hizo fue el

joven sacerdote tísico que acompañaba al cardenal canadiense. Él seguía leyendo el breviario, con la cabeza gacha, arrodillado en el último peldaño de la escalera que conducía al altar. Miraba sombríamente al suelo. Ni siquiera levantó la vista para ver el milagro que acababa de producirse. Miraba como quien dice: «Basta creer. ¿Para qué es necesaria la sangre?...»

14

Entonces el sacerdote empezó a removerse dentro del confesionario, como si se hubiera cansado de estar tanto tiempo sentado; estiró los miembros y cambió de postura. La mujer se sonó la nariz; luego, con la punta del índice de la mano derecha enguantada, se subió la manga de la blusa a la altura de la muñeca izquierda y, entornando los ojos miopes, consultó las agujas de su reloj de pulsera.

—Tengo que irme —dijo.

Entonces, inesperadamente, el sacerdote intervino. Carraspeó y, en un francés imperfecto, preguntó con voz ronca:

—¿Lo mató usted?

15

—No —dijo la mujer, sumisa—. No lo maté. Pero hacia la madrugada llegó un momento en el que ya no lo retuve... no sé si me explico. Hay momentos en los que uno ya no puede hacer nada. Era nuestra última noche en Nápoles... la noche del día en que se licuó la sangre de san Genaro. La prensa informó de que el milagro se había producido de nuevo... pero sólo entre las noticias secundarias, porque en Nápoles el milagro ya no es un gran acontecimiento. Regresamos enseguida de la iglesia. Era una noche sofocante. Por el camino pasamos junto a una casa donde, en la penumbra de la callejuela, alrededor de una mesa puesta, inesperadamente vimos al franciscano, que cenaba allí con otros huéspedes. Nos saludó amablemente, en francés. «Hasta mañana», dijo. Como quien responde a una despedida con un saludo. Una vez en casa, nos sentamos en la terraza. Durante largo rato no me atreví a hablarle. El cielo anunciaba tormenta. Era un tiempo más tropical que europeo... con algo venenoso en todo, en el olor del mar, de las flores, de las plantas. Y la atmósfera era como la sensualidad... pero envenenada. Ya no había nada que pudiéramos decirnos. Habíamos presenciado el milagro. Y su barco partía al día siguiente. Nuestros visados caducarían en breve... Al caer la noche, el calor flotaba con destellos amarillos y azules sobre el mar, como las llamas del

alcohol... Luego, de repente, el cielo se oscureció. No se veía ni una estrella... y en Nápoles el firmamento sin estrellas da miedo. No se veía ni el Vesubio ni el mar. Estábamos solos. Habló pasada la medianoche. Me pidió que lo matara. Habló con calma. Entró en su cuarto y, de entre los pocos objetos personales que le quedaban y que ya había empaquetado, sacó una caja de hojalata en la que guardaba su último objeto de valor: doce ampollas de morfina. Y una jeringa. Dijo que no tenía fuerzas para hacerlo él solo porque estaba muy cansado. Hablábamos en voz baja. Le pregunté por qué pensaba que yo era más fuerte... Respondió tranquilamente que las mujeres siempre son más fuertes. «Santa Catalina de Siena tuvo que decidir en cierto momento si llegaba a ser santa Catalina o seguía siendo una histérica vulgar. Fue cuando consoló a Niccolò di Toldo, un joven sienés condenado a muerte. Fue un momento duro, pero santa Catalina fue más fuerte que la histérica que había sido... y ayudó al joven a morir.» Hablaba como si dictara una conferencia en un aula, en voz baja, con intención didáctica. Dijo que para el suicidio se necesita mucha fuerza, la fuerza de la locura... Muchos médicos piensan que en el instante clave todos los suicidas se vuelven locos, dijo, pero él no estaba loco. Era simplemente una persona sin fuerzas, y por ello me pedía que tuviera la bondad de matarlo. Le pregunté si la morfina bastaba para los dos. Contestó fríamente, me explicó que no bastaba. Hablábamos sin pasión, como siempre antes, en nuestra vida anterior... Había que disponerlo todo para que pareciera un suicidio... Él escribiría una nota, unas pocas líneas, para la policía... Dijo que en su situación era fácil de explicar... Nadie sospecharía. Habló con objetividad, pensando en cada detalle, se notaba en sus palabras que llevaba tiempo cavilando

sobre el asunto, que no valía la pena discutir con él porque tenía una respuesta preparada para cada argumento... Las palabras ya no tenían sentido. Llega un momento en el que ya no se puede convencer a alguien para que viva ni tampoco para que muera... Es el instante en que la gente se decide a actuar y entonces sólo es posible contestar con actos. Se había preparado con profunda minuciosidad para morir, como si se tratara de un largo viaje. Como cuando uno prepara una emigración. Dijo que no valía la pena trasladar sesenta o setenta kilos de células de un continente a otro, como una remesa de carne de res congelada y con marchamo. Si él al día siguiente llegaba a Australia, ya sólo llegarían sesenta y pico kilos de células... pero él, su personalidad, no. Su personalidad se quedaría aquí, en Europa. Entonces ¿para qué mandar las células epiteliales a Australia? Era preferible que se quedaran también aquí. «Sí, aquí, pero conmigo», le dije. Era lo que yo quería. Era lo que le había pedido en Asís. Contestó con paciencia. Dijo que él no podía seguir vivo en Europa, porque la Europa a la que pertenecía su personalidad ya no existía, no lo sostenía. Hacía tiempo que estaba muerto. Había muerto al desaparecer a su alrededor todo lo que lo mantenía íntegro, como la presión atmosférica a los seres vivos en la tierra o la presión del agua a los del fondo marino, que, sin presión, empiezan a flotar o revientan... Para él la atmósfera que lo mantenía, que era Europa, ya no existía. Quería morir y que después yo me fuera de aquí. Era lo que había dispuesto. Él lo prepararía todo, lo único que tenía que hacer yo era clavarle la aguja en el brazo. Y luego asegurarme de que durante al menos seis horas no lo molestara nadie. El tiempo necesario para que el veneno se absorbiera por completo. Dijo que sabía que era muy duro, pero que

yo era la única persona en el mundo a quien se lo podía pedir. Si no lo hacía, moriría igual, pero sería una empresa penosa y difícil, porque se sentía agotado... Hasta ese momento no había sido consciente de lo fuerte que tiene que ser uno para matarse. Dijo nombres... ¿me escucha, padre?... No creo que le suenen... Pero para él constituían una realidad, eran personas con autoridad... Dijo que Stefan Zweig lo había hecho en Brasil, al desaparecer la Europa a la que había pertenecido. Y Toller, comunista soñador, lo había hecho en Nueva York, adonde había huido. Y Mayakovski, un comunista convencido, lo había hecho en Moscú. Y el hijo de Thomas Mann, que no era comunista, lo había hecho en Francia tras la Segunda Guerra Mundial. Y mencionó unos cuantos más que lo habían hecho porque un día vieron que no había nada que esperar... que ya no existía aquello en lo que creían. Zweig creía en Europa, y un día comprendió que Europa ya no existía... Toller y Mayakovski creían en la revolución, y un día comprendieron que la revolución no existía... Y otros que lo habían hecho por diferentes razones, todos lo habían comprendido. Y él también había llegado a ese punto. ¿Qué le respondí?... En momentos así es difícil hablar. No hay forma de contestar con argumentos si en el corazón de uno se ha coagulado la sangre... Le recordé el milagro que habíamos visto por la mañana: la sangre que un día había palpitado en el corazón de un ser humano y que luego se había coagulado... parecía un trozo de pez negra... pero con la fuerza del milagro de pronto se había hecho líquida... Le pregunté si no creía que en nuestro corazón algún día también se licuaría la sangre coagulada... si todo lo vivido, todo lo que lleva a la muerte, un día se licuaría y empezaría a vivir, como la sangre coagulada del santo en el relicario... Dijo que no lo creía. «El

mundo sólo se puede salvar con el sacrificio», insistió. Le advertí que los comunistas se alegrarían si se quitaba la vida, que dirían que eso le pasa al que se aleja de ellos... que eso sucede con todos los que no asumen la gran batalla, junto a ellos o contra ellos, de un modo o de otro... Dijo que lo había pensado, pero que el mundo vive en un momento en el que ya son indiferentes las mentiras que cuenten los comunistas. Luego callamos. Empezó a soplar el viento sobre el mar; los árboles, eucaliptos y pinos piñoneros, gemían y se combaban. La tormenta llegó de súbito. Después de medianoche entré en mi cuarto. No lo maté. Por la mañana volví a la terraza; la tormenta bramaba. Él ya se había ido. Las ampollas de morfina estaban sobre la mesa, intactas. Yo ya no esperaba nada. Me quedé largo rato en la terraza, en medio de la tormenta. Hacia mediodía sentí miedo. Entonces fui a casa de una pareja que vive cerca... Fue allí donde me enteré. Pero no es seguro que se quitara la vida. Puede que la tormenta lo arrastrara desde lo alto, desde la cima de Posillipo, cuando se apoyó contra el pretil de piedra y miró al abismo... Ya le he dicho que estaba resquebrajado, tenía fisuras, eso lo comprobó también la policía... Desde allí se ve a gran distancia, Ischia, Capri... Abajo, en la costa, hay una roca en forma de gancho, parece uno de los brazos de un ancla... dicen que Ulises amarró allí su barco cuando llegó a la costa para dormir con sus compañeros en la cueva de Polifemo... Y cerca, en el mar, hay una roca recubierta de musgo en la que rompen las olas haciendo espuma... La habíamos observado muchas veces. Él estaba allí, en ese punto de la costa. Con los brazos abiertos. Ahora tengo que ir a la policía, me han citado —dijo.

16

La mujer se acarició con la mano izquierda los dedos del guante derecho. Se dispuso a levantarse. Y, como callaba, el sacerdote dijo:

—¿Se duele de sus pecados y se arrepiente?

Lo dijo mecánicamente. La mujer agachó la cabeza. Calló un instante más. Luego, en voz baja, pero decidida, dijo:

—No me duelo. Y no me arrepiento.

El sacerdote también enmudeció. Los labios se le movieron en silencio, como si estuviera contando.

—Tres padrenuestros —dijo en tono monótono—. Y tres avemarías...

De pronto miró a la mujer y preguntó con curiosidad:

—¿Se queda aquí? ¿En Italia?...

Ella se levantó. Se alisó el vestido a la altura de la cintura, se colgó el bolso en el antebrazo. Inclinada hacia la reja del confesionario, dijo en voz baja:

—No. Mañana viajo a Estados Unidos.

Con pasos regulares, como si paseara, salió lentamente de la iglesia. El sacerdote la siguió con la mirada a través de la reja. Pasó un buen rato sin que entrara nadie.

17

El Vesubio dijo:

—Les cuesta comprenderlo, pero no es imposible que al final lo entiendan. Olvidan rápido, y eso es una suerte para ellos. Aprenden lento y lo poco que por fin entienden pronto cae en el olvido. Los he visto lamentarse a gritos y correr por las carreteras cuando les arrojo piedras ardientes y pez negra porque sólo se puede enseñar con rigor. Se lamentan y juran. Pero al poco tiempo vuelven, excavan las ciudades cubiertas de ceniza y vuelven a empezar: inventan dioses, construyen ciudades, llenan sus casas de vanidad y superstición. A veces les gruño, una vez cada trescientos o cuatrocientos años. Todo en vano. Aprenden lento y olvidan rápido. Los vigilo. Ahora piensan que duermo y se vuelven descarados. Pestañean, indagan mis secretos, se ufanan de que ellos también pueden provocar explosiones, más grandes y más sonoras que yo. Golpean la corteza de la tierra, bajo la cual, en mi taller, arde la sustancia abrasadora. Escudriñan, se inclinan sobre la materia, trastean alrededor de mis secretos con manos curiosas e inquietas. Piensan que lo saben todo y, con malicioso y demente orgullo, pregonan al mundo que la energía no es otra cosa que el producto de la materia y el cuadrado de la velocidad de la luz. Pero la energía es también otra cosa. Ese

secreto no se lo voy a entregar. Y todavía no he dicho mi última palabra.

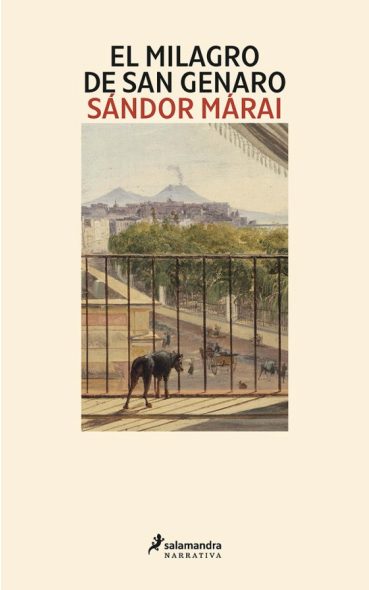
El mar dijo:

—El secreto es mío. El secreto no es la destrucción. La vida es lenta, constante y suave. La única energía es la ola que, desde diez o diez mil kilómetros de distancia, alcanza la costa donde han construido sus casas y sus ideas fijas. Ignoran su secreto. Destruir el mundo no es tan difícil. Pero crear un solo ser vivo unicelular es extremadamente difícil. Sólo yo entiendo de eso. Los he creado, primero minúsculos; luego, con branquias; más tarde retozaron en mis olas con pulmones. Los traje y los llevé entre costas cambiantes, entre continentes que emergían y se hundían, como yo quería. Yo no he cambiado. Los he mecido. Cuando se abrazan para dar vida a la materia, remedan el movimiento ondulante con que yo los mezo. Piensan que el acuerdo es definitivo, que ya podrán retozar eternamente en sus costas. Pero aún no he dicho mi última palabra.

El viento dijo:

—De África les traigo el aroma dulzón y mohoso de las lianas y de los helechos de la selva, y la pestilencia del desierto, donde, bajo capas de arena y materia vegetal corrompida, yace un estiércol que un día fue cultura, ciudades y sistemas jurídicos. De Asia traigo el mensaje frío de las cumbres nevadas. De América, las máquinas voladoras. Les hablo sin parar, murmurando, siseando, tronando, ululando. Con mi aliento derribo montes, remuevo el mar y levanto montañas de agua. Los he visto ir y venir a través de continentes y océanos, y al final he sepultado la huella de sus pies. Por donde yo paso, no queda nada. Yo digo la última palabra. Después sólo queda el silencio.

Escrito desde la vibrante Nápoles, el gran libro de Sándor Márai sobre el exilio. Una novela fundamental para entender la Europa del siglo xx



Publicada originalmente en alemán en 1957, esta obra nace de una herida en la vida de Sándor Márai: la ruptura con el régimen comunista en 1948 y la salida definitiva de Hungría. En Nápoles, entre las ruinas de la posguerra y la persistencia de una religiosidad milenaria, encontró una ciudad donde la miseria y una vitalidad indestructible se entrelazan; allí, en tierra ajena, esa condición de extranjero dio lugar a *El milagro de San Genaro*, una novela atravesada por sus preguntas sobre la historia y la dignidad del individuo frente a los totalitarismos.

En el barrio napolitano de Posillipo, la llegada de una misteriosa pareja de refugiados de Europa Oriental altera el equilibrio de la comunidad. Mientras la ciudad espera el milagro de la licuefacción de la sangre de San Genaro, el santo patrón cuya sangre debe licuarse como signo de protección, el protagonista, un intelectual despojado de patria y nombre, libra una batalla interior contra el sinsentido de la historia. Cuando aparece muerto al pie de un acantilado, la investigación y la confesión de su compañera revelan que su final no fue un simple suicidio, sino un acto extremo de afirmación frente a la masa y la burocracia.

Más que la crónica de un milagro, esta es una novela sobre el exilio geográfico y existencial y sobre la resistencia moral del individuo en tiempos de derrumbe. Nápoles aparece aquí no sólo como escenario, sino como una conciencia viva, contradictoria y orgullosa. La mirada de Márai convierte el prodigio en una meditación universal sobre la necesidad de creer cuando todo se tambalea y nos ofrece una obra esencial para comprender la conciencia y la fragilidad de Europa en el siglo xx.

La crítica ha dicho:

«Márai da rienda suelta a sus creencias políticas y religiosas. […] El autor consigue conciliar la geopolítica, la potencia del átomo y la angustia metafísica con el bullicio napolitano en una bella prosopopeya final que da voz al Vesubio, al mar y al viento.» *Le Monde*

«Contiene hermosos pasajes sobre el dolor del exilio y análisis perspicaces de un mundo sacudido, en tan poco tiempo, por innumerables cataclismos: del fascismo al nazismo, del nazismo al bolchevismo y, finalmente, a la bomba atómica. […] Una novela de frases impactantes que invita constantemente a una profunda introspección.» *Critiques Libres*

«Una novela fascinante y perturbadora sobre la fe, la esperanza, el mar y el viento.» *Die Welt*

«La belleza natural, combinada con el folclore y el estimulante entorno intelectual, permitieron a Sándor Márai sumergirse en la realidad napolitana, observando cada fenómeno cultural, político y social con una perspectiva antropológica. […] Una de las mejores obras del escritor.» Letteratura.it

«Y Márai fue a Nápoles, donde observó con emoción los desfiles de sus queridos napolitanos gritando: "¡Hungría libre!"» *La Repubblica*

«Ésta es la novela napolitana de Márai. […] Es difícil olvidar los aromas, las flores y los árboles de Posillipo, donde se desarrolla la novela, pero también el cielo, el sol, el mar, todos impregnados de milenios de historia.» *L'Osservatore Romano*

Sándor Márai nació el año 1900 en Kassa, una pequeña ciudad húngara que hoy pertenece a Eslovaquia. Pasó un período de exilio voluntario en Europa durante el régimen de Miklós Horthy en los años veinte, hasta que abandonó definitivamente su país en 1948, con la llegada del régimen comunista, y emigró a Estados Unidos. La subsiguiente prohibición de su obra en Hungría hizo caer en el olvido a quien en ese momento estaba considerado uno de los autores más importantes de la literatura centroeuropea. Así, habría que esperar varios decenios, hasta el ocaso del comunismo, para que este extraordinario escritor fuese redescubierto en su país y en el mundo entero. Sándor Márai se quitó la vida en 1989 en San Diego, California, pocos meses antes de la caída del muro de Berlín.



Título original: *San Gennaro Vére*

Primera edición: noviembre de 2026

© Heirs of Sándor Márai
Csilla Gaal (Toronto)
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Mária Szijj y José Miguel González Trevejo, por la traducción

Los personajes de la novela son fruto de la imaginación del autor
y no representan a personas reales

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de la cubierta: Franz Ludwig Catel, *Vista de Nápoles a través de una ventana* (1824).
Adquirida con fondos de Mr. y Mrs. William H. Marlatt Fund. Número de inventario 1994.198.
The Cleveland Museum of Art. Imagen de dominio público, CC0.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso mediante medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-71-2

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

El milagro de San Genaro

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Tercera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Cuarta parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Sobre este libro
Sobre Sándor Márai
Créditos